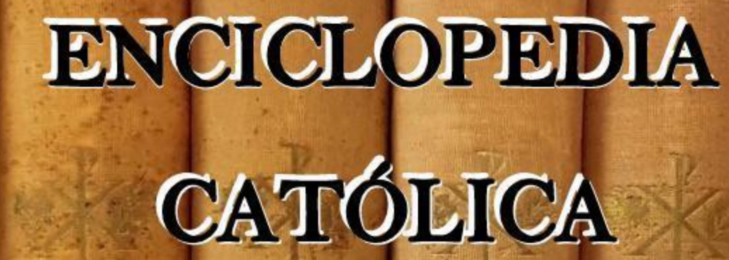


ENCICLOPEDIA CATÓLICA

TOMO III

Ley Natural
explicada y perfeccionada por la
Ley Evangélica

1845

ENCICLOPEDIA CATOLICA.

TOMO III.

LEY NATURAL

EXPLICADA Y PERFECCIONADA

POR LA LEY EVANGELICA:

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL ABATE PEY, CANONIGO DE LA IGLESIA DE PARIS;

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL P. Y D. DE C.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

MADRID: 1845.
Imprenta de D. José Felix Palacios, *editor*,
carrera de S. Francisco, núm. 6.

ÍNDICE.

Pág.

PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

BIOGRAFIA DEL ABATE PEY.

JUAN PEY, eclesiástico instruido y celoso, despues de haber sido cura en la diócesis de Tolon, fue promovido á una canongía de la iglesia metropolitana de París. Habiéndose visto en la precision de emigrar á causa de la revolucion, se retiró á Flandes, y despues á la Alemania. Es conocido por sus muchos escritos, entre los que son los principales estos: 1.º *Verdad de la Religion cristiana probada á un deista*, 1770, 2 tomos: 2.º *El filósofo catequista*, ó *conversacion sobre la Religion encre el conde de *** y el caballero de ***, 1779, en 12.º: 3.º *Observaciones sobre la teología de Leon*, intitulada: *Institutiones Theologicæ*, etc., *Lugduni*, *fratres Perise*, 1787, en 8.º: 4.º *El sabio en la soledad*, imitacion de *Young*, 1787, en 8.º: 5.º *De la autoridad de las dos potestades*, Estrasburgo y Lieja, 1781, 3 tomos en 8.º: en Estrasburgo y Bruselas, 1788, 2 tomos en 8.º Esta obra es la mas conocida entre las del abate Pey, quien refuta en ella con razones sólidas los alegatos de los enemigos de la autoridad de la iglesia. 6.º *La ley de la naturaleza explicada y perfeccionada por la ley evangélica*, París, 1789, en 8.º: 7.º *El filósofo cristiano considerando las grandezas de Dios en*

sus atributos y en los misterios de la Religion, Lovaina, 1793, en 8.º 8.º *Carta pastoral del príncipe de Sajonia, Wenceslao, arzobispo de Tréveris, á su iglesia de Augsburgo, traducida del aleman*, Paris 1782, en 12.º 9.º *De la tolerancia cristiana, opuesta al tolerantismo filosófico.* 10 *Rendimiento del cristiano á la Santa Virgen.* El abate Pey murió en Constanza en 1797. La asamblea del clero habia hecho en 1775 elogios debidos al celo y talento de este sabio y juicioso escritor.

EL TRADUCTOR.

La razon extraviada por un filosofismo orgulloso, no cesa de impugnar la religion adorable de nuestro Redentor por cuantos medios le sugieren los delirios de su fantasía febricitante. Admira ciertamente la multitud de errores á que se ha precipitado en su desesperado intento de destruir la obra de Dios, no menos que su obstinacion en cerrar los ojos para no ver la luz con que tantas y tantas veces se ha procurado mostrarla el camino de la verdad que debiera seguir.

Nada la importa haber de pasar por las mas ridículas inconsecuencias y contradicciones, con tal de llevar adelante sus atrevidos é impíos conatos. Su marcha tortuosa multiplicará las aberraciones: un error se sucederá á otro y otros: su paso vacilante hará ver claro que está destituida de guia; y semejante á la nave sin piloto, despues de haber servido de juguete á las olas parará por estrellarse y sumirse en los abismos de la incredulidad.

Esto cabalmente es lo que una experiencia constante tiene acreditado acerca de los mas osados enemigos de la Religion católica: entregados á sí mismos, creyendo comprenderlo todo, han propalado los absurdos mas repugnantes á la razon, chocándose de contínuo sus contradictorias doctrinas, hasta intrincarse en los mas enmarañados laberintos: y despues de arrastrar una vida acibarada de crueles remordimientos, que pudieran haber hecho saludables, un fin funesto terminó su carrerá desatinada.

Pero ni esto ha bastado para retraer á muchos del precipicio en que vieron perecer á los que les precedieron. Renacen sin cesar esos espíritus, que por un contrasentido el mas palpable apellidan fuertes, abrigando en sus entrañas un furor que los devora contra la Religion santa, y una ansia, una sed inextinguible de hacer prosélitos de su temeridad, y de su desventura.

Para ello, unas veces atacan los dogmas sagrados, pretendiendo ser contrarios á la razon del hombre, que debe ser su única guia: otras, ponderando las dificultades de una moral austera, la pintan tambien como enemiga de la misma razon, por cuanto aniquila la existencia que debemos conservar; y con esto ya creen haber hecho lo bastante para inferir que debe huirse de una Religion insoportable á la naturaleza y razon humana.

Mas como seria el último de los escándalos querer que el hombre no reconociese ley alguna, ni la dependencia de su Criador, mentidamente muestran adoptar un rumbo contrario á su dañado intento, protestando altamente la necesidad de que el hombre acomode sus acciones á la ley que existe en su corazon; pero en realidad este es un nuevo lazo que tienden á los incautos.

Estos nuevos apologistas de la ley natural encarecen la excelencia de sus máximas, la universalidad de sus preceptos, y la completa analogía entre estos y las fuerzas del hombre para su observancia, siendo el código en que se encuentran descritos todos sus deberes, y al que exclusivamente deba consultarse. Pero aquí solo hay palabras pomposas, ideas vagas, y una confusion que daria por resultado el quedar el hombre á merced de sus caprichos, ó mas bien á los que le inspirasen los pretendidos sabios, sin llegar jamás á conocer las obligaciones que tiene para con Dios, para consigo mismo y para con los demas.

El abate Pey quitó la mascarilla á estos hipócritas en la preciosa obrita que presentamos traducida del francés. Su lectura será el mejor garante de esta verdad. Con una fuerza irresistible de razones y autoridades confunde su vana arrogancia, y evidencia la mala fé que les anima. Propúsose demostrar, y lo consiguió ventajosamente, que fuera del Evangelio no hay ley natural, ó, lo que es lo mismo, que Jesucristo nos explicó y determinó con toda exactitud los deberes que en aquella se contienen, y que toda la sabiduría humana no habria jamás acertado á comprender. Por consiguiente, si arrostrando los fueros de la razon misma desprecian esta grande é interesantísima verdad, y obstinados rehusan admitir la doctrina de Jesucristo que explica la ley natural de que afectan ser defensores, tendremos derecho para reputarlos por tan enemigos de Jesucristo como de la ley natural que no quieren conocer.

Tambien á nuestra patria se ha vendido, por desgracia, esta mala semilla, como otras muchas, que jamás brotaron espontáneamente en su hermoso suelo; y por esto juzgamos hacerla un servicio traduciendo á nuestro idioma esta obrita que podrá atajar el mal, convenciendo á muchos alucinados quizá, y en quienes hay todavía deseos sinceros de conocer la verdad. Solo este objeto nos ha movido á emprender esta tarea, no sin gran pesar de nuestra alma, al reflexionar que la España tiene necesidad, y necesidad grande de semejantes remedios y preservativos; porque el hombre enemigo logró sembrar en ella la cizaña, porque han alterado su creencia, han corrompido la sanidad de sus ideas, despues de haber corrompido sus costumbres. El cielo mire con piedad esta porcion de su pueblo distinguida siempre con sus misericordias: haga renacer en el corazon de todos los españoles aquel ferviente amor á la Religion católica que tan justamente

les ha merecido la denominacion de católicos, que llevan sus reyes como el mejor de sus blasones, y que siempre se vean libres de los ponzoñosos y mortíferos hálitos de la incredulidad, peste la mas terrible de todas. Estos son mis votos, que con esta traduccion ofrezco á mis compatricios.

PROLOGO DEL AUTOR.

Son tan manifiestas la sabiduría y santidad de la moral de Jesucristo, que sus mismos enemigos se han visto precisados á respetarlas. Les era mas fácil asestar sus tiros contra los misterios, cuya incomprensibilidad les ofrecia un pretexto especioso para sus sofismas. Pero mil veces se les ha repetido: supuesto que convenís en la pureza de la moral, practicadla ante todas cosas, y no se os tendrá en adelante por sospechosos de combatir los misterios de la Religion de Jesucristo, con el objeto de sustraeros de la severidad de sus máximas.

Para eludir esta reconvencion han querido poner en paralelo con la ley de Jesucristo la moral de Séneca, de Epitecto, de Confucio y otros, cuyos extractos han procurado presentarnos, moralizando cada cual segun su antojo. Han metido mucho ruido con las voces de humanidad, probidad, beneficencia..... han pretendido, en una palabra, reformar el Evangelio, sin hacer otra cosa que desatinar.

Yo, pues, me propongo hacer ver que la Ley natural, de quien se tienen por apologistas, solo se encuentra en el Evangelio, y que Jesucristo explicando todos los deberes del hombre los colocó en un grado de perfeccion á que jamás podia aspirar toda la sabiduría humana.

Esta idea me ha sugerido naturalmente la division de mi obra. En su primera parte expondré las máximas de la Ley natural conforme á las simples nociones de la recta razon; y aunque sin pretender valernos de la autoridad de la revelacion, presentaremos sin embargo

en las notas diferentes textos de la Sagrada Escritura, para mostrar la conformidad de la ley natural con la de Jesucristo. Se tocan ligeramente los primeros principios de la moral por ser tan universalmente conocidos, y porque lo hacemos mas detenidamente en la explicacion que seguirá despues de los deberes particulares.

Demostrada la conformidad de la Ley natural con la de Jesucristo, seria ocioso repetir en la segunda parte las máximas que quedaron expuestas en la primera: por lo mismo me ha parecido conveniente solo recordarlas para hacer sentir así la elevacion y mayor firmeza que las comunica la ley de Jesucristo por la eficacia de los motivos, por la sublimidad del fin, y por la multiplicidad de los medios: demostrando al mismo tiempo que no hay legislacion mas á propósito para obrar la felicidad de las naciones que la de Jesucristo. Y como los principios del Evangelio alcanzan á todos los deberes del hombre, ha sido preciso mas de una vez repetirlos para mayor esclarecimiento, y para hacer conocer el espíritu y enlace de la ley evangélica. El fin de la obra será un breve análisis que haga ver la perfecta analogía de la ley de Jesucristo con las necesidades y dignidad del hombre.

LA LEY NATURAL

EXPLICADA Y PERFECCIONADA

POR LA LEY EVANGELICA.

Lex Domini immaculata, convertens animas: Testimonium Domini fidele sapientiam præstans parvulis. — Ps. 18, 7.

PARTE PRIMERA.

DE LA LEY NATURAL.

CAPITULO PRELIMINAR.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

El hombre siente dentro de sí mismo una ley que le prescribe sus deberes, y que, para la voz interior de su conciencia, aprueba ó condena sus acciones.

Esta ley de la naturaleza que emana de un poder superior al hombre, porque jamás podrá destruirla ni modificarla, supone un legislador supremo que habla al corazon de todos, y á todos manda en virtud del soberano dominio que ejerce, sin que á nadie sea lícito jamás desobedecerle; pues no es posible concebir legislacion alguna, ni regla, por consiguiente de costum-

bres, (1), sin suponer al mismo tiempo un legislador que tenga derecho de atar las conciencias. Tambien debe ser justo este primer legislador; porque su voluntad ha de ser la regla de la justicia. Si es justo, debe recompensar á los que sean fieles á su ley, y castigar á los transgresores. La Ley natural, pues, anuncia de una manera muy positiva la existencia de un primer ser, que ejerce un imperio absoluto sobre las conciencias; y un juez supremo, que es remunerador de la virtud, y vengador del crímen (2).

Este monarca universal que hace sentir su voz en el fondo del corazon del hombre, habla ademas por todas partes á nuestros sentidos por medio de las maravillas de la naturaleza. No habiendo nada estable en el mundo, ni eterno por consiguiente, necesariamente ha de existir un ser, que todo lo ha criado, sin que él haya tenido jamás principio. Yo siento, yo pienso, yo veo: pero ¿quién me adornó con estas facultades? Yo man-

(1) Y como no dieron pruebas de que conociesen á Dios; así los entregó Dios á un réprobo sentido, para que hiciesen cosas que no conviene. = Llenos de toda iniquidad de malicia, de fornicacion, de avaricia, de maldad, llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaño, de malignidad, chismosos. = Murmuradores, aborrecidos de Dios, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres. = Necios, inmodestos, malévolos, sin fé, sin misericordia. — Rom. 1 vv. 28, 29, 30, 31.

(2) Y asi sin fé es imposible agradar á Dios. Pues es necesario que el que se llega á Dios crea que hay Dioses, y que es remunerador de los que le buscan. — Hbr. 11, v. 6. = El temor del Señor es el principio de la sabiduría..... Prov. 1, 7. = Desterrad la piedad para con los Dioses y desterrareis tambien la religion: y desde entonces se introducirán en la sociedad la turbacion y el desórden: y aun no sé si podrá subsistir la misma sociedad. — Cicer. De *nat. Deor.*

do á mi cuerpo, y mi cuerpo obedece: mi mano obra se mueven mis pies, y habla mi lengua. ¿Quién me ha dado el poder de hacerme entender, y de hacerme obedecer de esta multitud de agentes sin inteligencia que tengo dentro de mí mismo, y que ni aun yo conozco, para hacerles concurrir á las mismas operaciones que ejecutan, si no hay un primer ser que les impera, y á quien todo obedece? La estructura de mi cuerpo es una maravilla cuyo mecanismo aventaja en mucho á las obras mas primorosas de los hombres: mis ojos estan conformados para ver, mi lengua para hablar, mis oidos para oir; y todo ejecutado con tal precision que ni una sola fibra de cualquiera de estos órganos carece de su oficio y destino particular; el menor desorden en su disposicion, basta para trastornarlo todo y confundirlo: ¿quién, pues, es el que ha organizado, el que ha combinado todo esto con tanta sabiduría (1)? ¿Quién el que ha prescrito á la naturaleza leyes tan sabias, tan seguras, tan constantes para que en la multitud innumerable de generaciones que se han sucedido se encuentre siempre con la misma energía para reproducir las especies, si no existe un primer Ser, que lo ha reglado todo desde un principio para perpetuar este desarrollo constante de generaciones?

Al venir al mundo, todo cuanto me rodea lo encuentro dispuesto para la conservacion de mis dias. El aire modificado para respirar; el agua para apagar la sed; la tierra para suministrarme alimentos; el fuego para prepararlos, para darme luz, y para defenderme

(1) No sé (decia á sus hijos la madre de los Macabeos) de qué modo os formasteis en mi seno: porque no fuí yo la que os dí espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fuí yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros. = Mas el Criador del mundo, que formó al hombre en su orígen y que dió el principio á todas las cosas... 2. Macch. 7, 22, 23.

contra el rigor de los frios. Nada es obra del poder humano: todo, por consiguiente, ha sido efecto de un ser Criador.

¡Y los cielos! Una infinidad de fuegos centellantes discurre al través de esa inmensa bóveda azulada. Un astro que su resplandor excede á los demas, envia sus rayos hacia todas partes, anima la naturaleza, mide la duracion de los tiempos. Otro globo menos brillante le sucede en las tinieblas de la noche, despidiendo una hermosa y apacible luz, y ambos como todos los demas astros, todos los planetas siguen una marcha constante, sin retrasar, sin acelerar, sin interrumpir su curso. ¿Quién, pues, les trazó un camino tan seguro en la inmensidad de los aires? ¿Quién les hace obedecer con tanta precision y constancia, sino un primer Ser, que ha marcado á todas sus criaturas el lugar que han de ocupar sujetándolas á las leyes que tuvo á bien prescribirlas (1)?

(1) Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos. Un dia habla palabra á otro dia, y una noche muestra sabiduría á otra noche. = No hay lenguaje, ni habla, de quien no sean oidas las voces de ellos. = Ps. 18, vv. 1, 2, 3, 4. = Dios dijo á Job..... ¿Dónde estabas, cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién echó las medidas de ella, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella la cuerda? ¿Sobre qué estan apoyadas sus basas? ¿O quién asentó su piedra angular cuando me alababan aun los astros de la mañana, y se regocijaban todos los hijos de Dios? ¿Quién encerró con puertas el mar, cuando salia fuera como el que sale de la matriz? ¿Cuando yo le ponia una nube por vestidura, y lo envolvia en obscuridad, como con envolturas de infancia?—Lo cerré dentro de mis términos, y le puse cerrojo y puertas; y dije: hasta aquí llegarás, y no pasarás mas allá, y aquí quebrarás tus olas hinchadas. = ¿Por ventura despues de tu nacimiento diste ley al alba, y mostraste á la aurora su lugar?—¿Y tomaste la tierra por sus ex-

La tierra ofrece tambien á mi vista otra multitud de maravillas. Esta masa informe que yo oprimo con mis pies parece participar de un espíritu de vida. ¡Qué fecundidad, qué variedad, qué órden, cuántas bellezas en sus producciones! ¡Qué cuadros mas brillantes, variando hasta lo infinito el bello, el sorprendente espectáculo que por todas partes presenta la naturaleza! Todo vive, todo se reproduce en su seno, sin que ella se debilite, sin que se canse, ni deje jamás de obrar y reproduçir. ¿Quién, pues, ha establecido en ella un órden tan admirable? ¿Quién organizado de tal modo sus producciones que ninguna extrae de la tierra sino los jugos convenientes á su nutrimento y vida? ¿Quién enseña á cada planta el modo de prepararlos y convertirse en su propia sustancia? ¿Será posible que esa tierra, destituida de todo sentimiento; que esa masa bruta obrase con tanto órden, con tanta sabiduría, con tanto arte, sin estar dispuesta y dirigida por un primer mo-

tremidades estremeciéndola, y sacudiste de ella á los impíos.....? ¿Acaso has entrado en las profundidades de la mar, y te has paseado por lo mas hondo del abismo? = ¿Por ventura te han sido abiertas las puertas de la muerte, y has visto las entradas tenebrosas? = ¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razon, si sabes, de todas estas cosas. = En qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas: para que lleves cada cosa á sus términos, y entiendas las sendas de su casa. = ¿Sabias entonces que habias de nacer? ¿y tenias noticia del número de tus dias? ¿Por ventura has entrado en los tesoros de la nieve, ó has visto los tesoros del granizo? ¿Que tengo prevenido para el tiempo del enemigo, y para el dia de pelea y de combate? ¿Por qué camino se esparce la luz, y se reparte el calor sobre la tierra? — ¿Quién dió curso á un aguacero copiosísimo, y camino al trueno ruidoso, para que lloviese sobre una tierra sin nombre, en desierto, en donde

tor cuya sabiduría todo lo regla, cuyo poder obra en todo con el imperio de Criador? Si la elegancia de un edificio prueba la inteligencia del que le trazó, y la menor flor de los campos contiene en su mecanismo interior, en la simetría, en el tejido de sus hojas, en la variedad de sus colores una perfeccion infinitamente superior á cuanto el saber humano puede idear, ¿cuál deberá ser la sabiduría y el poder del que ha producido todas las maravillas de la naturaleza, sembrándolas con tanta profusion por todo el universo, y distribuyéndolas al propio tiempo con tanto órden, que, cuando por su multitud y variedad infinitas parecia que debian causar la confusion, forman por el contrario la obra mas bien acabada por su distribucion, por el sabio contraste y mútua relacion que todas sus partes tienen entre sí (1)?

no mora ninguno de los mortales, para inundarla, siendo descaminada y desolada, y que produjese yerbas verdes? =¿Quién es el padre de la lluvia? ¿ó quién engendró las gotas del rocío? — ¿De qué vientre salió la helada? ¿y quién engendró el hielo del cielo? = Las aguas se endurecen á semejanza de piedra, y la superficie del abismo se aprieta. — ¿Podrás, acaso, juntar las brillantes estrellas de las Pleyadas, ó podrás detener el giro del Arcturo? ¿Eres tú, acaso, el que haces comparecer á su tiempo el lucero, ó que se levante el Véspero sobre los hijos de la tierra? — ¿Acaso entiendes el órden del cielo, y darás razon de él en la tierra? =¿Por ventura alzarás tu voz á la niebla, y te cubrirá un ímpetu de aguas? =¿Por ventura enviarás los relámpagos, ó irán, y te dirán cuando vuelvan: aquí estamos? — ¿Quién puso en las entrañas del hombre la sabiduría.....? Job. 38, vv. 3, et sig.

(1) Vanos son ciertamente todos los hombres, en quienes no se halla la ciencia de Dios; y que por las cosas buenas que se ven no pudieron conocer á aquel que es, ni considerando las obras reconocen quién era el

El universo que publica la gloria de su autor, anuncia tambien su infinito poder (1), su sabiduría, su majestad (2). La unidad de sus obras prueba la unidad de su naturaleza (3): sus beneficios publican su bondad y su providencia (4). La ley que nos ha dado es la imágen de su santidad. El imperio que ejerce sobre las

artífice: sino que tuvieron por Dioses, gobernadores del universo, ó al fuego, ó á el espíritu, ó á el aire conmovido, ó al giro de las estrellas, ó á la mucha agua, ó al sol y á la luna. = De cuya hermosura si encantados, los creyeron por dioses, reconozcan cuánto es mas hermoso que ellos el que es su Señor. Pues el autor de la hermosura crió todas estas cosas. = O si se maravillaron de su virtud é influencias, entiendan por ellos, que el que las hizo, es mas fuerte que ellas. = Porque de la grandeza de la hermosura, y de la criatura, se podrá á las claras, venir en conocimiento del criador de ellas. = Mas ni aun á estos se les debe perdonar. = Porque si pudieron saber tanto, que podian hacer concepto del mundo; ¿cómo con mayor facilidad no hallaron á el Señor de él? = Sap. 13, vv. 1, 2, 3, 4, 5, 8, 9. = Porque las cosas de él (*Dios*) invisibles, se ven despues de la creacion del mundo, considerándolas por las obras criadas..... Rom. 1, v. 20.

(1) Porque no estaba imposibilitada tu omnipotente mano, que crió el mundo de una materia nunca vista..... Pues todo el mundo es delante de tí, como un pequeño grano de balanza, y como una gota del rocío de la mañana, que desciende á la tierra. Sap. 11, vv. 18 y 23. = Todo es posible á Dios. — Matth. 19, 26.

(2) Toda sabiduría es del Señor Dios, y con él estuvo siempre, y está antes de los siglos..... Eccl. 1, 1.

(3) El Señor él mismo es Dios, y no hay otro sino él. = Deut. 4, 35. = Oye Israel, el Señor Dios nuestro, es el único Señor. = Deut. 6, 4. = Mar. 12, v. 29.

(4) Solo uno es bueno, que es Dios. = Matth. 19, 17. = Marc. 12, 29.

ciencias es el anuncio de su justicia (1). Tal es el Dios á quien adoramos: tal el Soberano legislador que ha grabado en el fondo de nuestro corazon esta ley inmudable que se extiende á todos los hombres, y á la que todos deben obedecer.

CAPÍTULO I.

DEBERES PRIMITIVOS DE LA LEY NATURAL.

Los deberes primitivos de la Ley natural, que las pasiones del corazon humano y las disputas de los filósofos de la antigüedad habian oscurecido, son tan universalmente conocidos en el dia, que solo parece suficiente el indicarlos aqui sumariamente para que sirvan como de fundamento á lo que he de manifestar despues. Divídense, pues, estos deberes en tres clases: los

(1) Porque no hay otro Dios sino tú, que de todas las cosas tienes cuidado, para mostrar, que no hay injusticia alguna en tus juicios..... Siendo, pues, tú justo, con justicia ordenes todas las cosas; y crees que es ajeno de tu poder el condenar á aquel, que no merece ser castigado. = Porque tu poder es el principio de la justicia; y por lo mismo, que eres el Señor de todas las cosas, te haces clemente con todos. — Porque tú muestras tu poder, cuando no te creen, que eres soberano en poder, y confundes el atrevimiento de aquellos que no te reconocen. Sap. 12, vv. 13, 15, 16, 17. = ¿No sabes que la benignidad de Dios te convida á penitencia? Mas por tu dureza y corazon impenitente atesoras para ti ira en el dia de la ira, y de la revelacion del justo juicio de Dios. — El cual retribuirá á cada uno segun sus obras: — Esto es, con la vida eterna, á los que perseverando en hacer obras buenas, buscan gloria, y honra é inmortalidad: — Mas con ira é indignacion, á los que son de contienda, y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. Rom. 2, 4, 5, 6, 7, 8.

unos se refieren directamente á Dios: los otros pertenecen á nosotros mismos; y los terceros son relativos al prójimo.

Artículo 1.

Deberes del hombre para con Dios.

Habiendo Dios criado cuanto existe, debe la excelencia de su naturaleza encerrar en sí todas las perfecciones de los seres. Habiendo nosotros recibido de sus manos cuanto tenemos, el bien que nos dispensaron otros hombres, y hasta la voluntad que tuvieron para hacerlo, se sigue que este Dios es infinitamente bueno; y siendo tambien infinitamente justo y poderoso, debe recompensar la virtud y castigar el crímen. Debemos, pues, amarle por justicia; debemos amarle por reconocimiento; y debemos amarle por nuestro propio bien, pues siendo justo, al menos que obremos con rectitud, no podriamos esperar la felicidad que concederá solamente como mérito de la justicia. Pero ¿y cuál deberá ser la medida de este amor? Es evidente que no pudiendo nosotros amarle tanto como merece, al menos debemos amarle cuanto podamos: esto es, con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas (1).

Los mismos beneficios que publican su bondad nos invitan á que coloquemos toda nuestra confianza en el seno paternal de su divina providencia. El que cuida de alimentar las aves del cielo y viste las flores de los campos (2). ¿dejará de velar sobre sus criaturas privi-

(1) Matth. 22, 37.

(2) Echando sobre él toda vuestra solicitud; porque él tiene cuidado de vosotros. — 1, Petr. 5, 7. = Por tanto os digo que no andeis afanados para vuestra alma, que

legradas, y despues de haberlas colmado de los mas preciosos dones (1)? ¿Nos hubiera dado los ojos para que no vieramos, y los oidos para que no le entendiesemos (2)? ¿O seria indigno de la majestad suprema dirigir sus miradas hácia la tierra? Por el contrario, ¿el que es infinitamente grande no debe conocerlo todo, todo comprenderlo, y todo dirigirlo por la inmensidad de su inteligencia y sabiduría (3)? ¿No es acaso

comereis, ni para vuestro cuerpo, que vestireis. ¿No es mas el alma que la comida: y el cuerpo mas que el vestido. — Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan en trojes; y vuestro padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? — ¿Y quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo á su estatura? — ¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan, ni hilan. — Ya os digo, que ni Salomon en toda su gloria fue cubierto como uno de estos. — Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste asi: ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fé? — No os acongojeis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos.....? Vuestro padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas. Matth. 6, vv. 25 y siguientes. = Cree á Dios y te recobrará. Y endereza tu camino, y espera en él..... Los que temeis á Dios, aguardad su misericordia; y no os aparteis de él, porque no caigais. — Ecclesiast. 2, 6, y siguientes.

(1) Todo el que cree en él (*Dios*), no será confundido. Rom. 10, v. 11. = Ps. 8, 6, etc.

(2) Ps. 32, 12, 13, 14, 15, 16.

(3) Porque Dios es verdadero escudriñador de su corazon, y oidor de su lengua. — Porque el espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra; y este, que contiene todas las cosas, tiene conocimiento hasta de una voz. Sap. 1, vv. 6, 7.

su poder infinito el que ha criado tan perfectas todas las cosas, y él mismo el que las conserva (1)? ¿Y si no tuvo por indigno de su grandeza el criarlo todo lo seria el estar á todo presente, el ordenarlo y conservarlo todo? Mas Dios ve y obra en todo de una manera conveniente á su ser infinitamente perfecto, sin salir del reposo eterno que encuentra en sí mismo (2). Finalmente, siendo esencialmente veraz cuando habla, del mismo modo que sabio y poderoso cuando obra, debemos tambien estar dispuestos á creer sus palabras, si alguna vez se digna revelarnos los secretos de su infinita sabiduría.

El amor que debemos á Dios es inseparable de la obediencia á su voluntad santa; pues *el que dice que conoce á Dios y no guarda sus mandamientos, se miente á sí mismo, y no hay verdad en él* (3). Ni bastan las obras exteriores, pues que el Señor de los cielos observa el corazon del hombre, y las ofrendas que no parten de aquel no pueden serle agradables (4). Las aparen-

(1) Solo poderoso el Rey de los reyes, y Señor de los señores. 1 Tim. 6, v. 15. = ¿Qué tienes tú, que no hayas recibido? 1 Cor. 4, v. 7.

(2) Toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto que desciende del Padre de los hombres, en el cual no hay mudanza ni sombra de variacion. Jac. 1, 17.

(3) 1 Joan. 2, 4.

(4) Y no hay ninguna criatura que esté encubierta en su acatamiento; y todas las cosas estan desnudas y descubiertas á los ojos de aquel de quien hablamos. Hebr. 4, 13. = No digas: me esconderé de Dios, ¿y desde lo alto quién se acordará de mí? — Entre un grande pueblo no seré conocido: ¿Pues qué es mi alma en tanta inmensidad de criaturas? — Hé aquí el cielo y los cielos de los cielos, el abismo y toda la tierra y las cosas que hay en ellos á su vista se conmoverán. — Asimismo los montes y los collados y los fundamentos de la tierra: cuando Dios los mirare serán unos con otros sacudidos de temblor. —

tes exterioridades del hipócrita desacreditan á la virtud misma, y son semejantes á un sepulcro blanqueado, depósito de infeccion y de la muerte (1). *Dios, que es la verdad, detesta la mentira* (2), *y el que miente causa la muerte de su alma* (3). *El corazon doble es tambien inconstante en todos sus caminos* (4), porque no proponiéndose la verdad por regla *anda en tinieblas y no sabe á dónde va* (5). Por último, la hipocresía, que es una mentira de hecho, puede asegurarse que es tambien un sacrilegio, por cuanto invoca la divinidad como para hacerla cómplice del engaño (6).

Aunque *Dios no quiere ser adorado sino en espíritu y en verdad* (7), sin embargo, como el hombre es sensible y las modificaciones del alma tienen una conexion natural con los signos exteriores que son la expresion del sentimiento, la adoracion del corazon debe manifestarse exteriormente por medio de un culto público (8) que uniese á los hombres como hijos amados

Y en medio de todo esto es insensato el corazon; mas él entiende todo corazon. Eccli. 16, vv. 16 y siguientes.

(1) Matth. 23, 27, 28.

(2) Joan. 14, 16.

(3) Sap. 1, 11.

(4) Jac. 1, 8.

(5) Ay del que es de corazon doble!.... Eccli. 2, v. 14. = No te vuelvas á todo viento, ni quieras ir por todo camino, porque asi es probado todo pecador en su lengua doble. — Está firme en el camino del Señor..... Eccli. 5, vv. 11 y 12.

(6) No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano. Exod. 20, 7. — Lev. 19, 12. — Matt. 9, 33.

(7) Joan. 4, 24.

(8) En el Pentatéuco se halla el pormenor de las ceremonias que Dios prescribió á los israelitas; y aunque hayan sido abolidas como correspondientes á la ley antigua, la ley nueva conserva su espíritu. Jesucristo dijo á sus discípulos..... *Donde estan dos ó tres congregados en*

de una misma familia para tributar al padre comun un homenaje solemne de adoracion y acciones de gracias. Hasta la idolatría tuvo sus altares, sus ministros, sus sacerdotes; y no ha habido nacion alguna civilizada sin culto religioso. Mas este culto debe ser conforme á razon, que sea santo, que sea puro y á propósito para elevar el alma hácia Dios y honrar su majestad divina. Bajo este respecto las ceremonias religiosas participan de la santidad del Ser Supremo que las consagra; y por lo mismo nada seria mas criminal que presentarlas como una cosa vana para hacerlas asi despreciables. Al paso que la pompa mas augusta degenera en supersticion cuando va desnuda del espíritu que debe santificarla, ó acompañada de ceremonias opuestas á la santidad del culto divino: por el contrario, las prácticas mas sencillas son siempre venerables cuando sirven para inspirar los sentimientos de amor y adoracion de que somos deudores al Soberano Señor de los cielos, y que constituyen el verdadero culto.

ARTÍCULO II.

Deberes del hombre para consigo mismo.

Sed justos y sereis felices. Esto dice á todos los hombres la Ley natural; y como es consiguiente que bajo la ley de un Dios justo la justicia sea quien prepare la entrada á la bienaventuranza, aquella ley se encuentra perfectamente contenida en este precepto. «Temed á Dios, y observad sus mandamientos (1):»

mi nombre, allí estoy en medio de ellos, Matth. 18, 20.— Los fieles convertidos por los primeros sermones de los apóstoles perseveraban con ellos *en la fraccion del pan y en la oracion.* — Act. 2, 42. —Véase tambien la 1.ª Epist. de S. Pablo á los de Corintio.

(1) Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre. Eccles. 12, 13.

pues si temeis á Dios respetareis vuestras personas, detestareis los vicios que degradan el alma, practicareis las obras que le ennoblecen, y evitareis las ocasiones que comprometen la virtud (1).

Obrando con justicia que es el bien principal del hombre, los demas bienes de la vida presente estan tambien bajo la salvaguardia de la ley de Dios. Mándanos igualmente conservar nuestros dias, que debemos mirar como un don del cielo. Nos ordena atender á nuestra reputacion (2), que es al mismo tiempo un bien público por la influencia quo tiene en el órden social (3). Nos prescribe la diligencia en la administracion de los bienes de fortuna para emplearlos en el uso correspondiente; pero avisándonos que siendo un presente del cielo cuanto poseemos en la tierra, su uso debe regularse por la voluntad suprema del que los reparte, sujetándolo siempre al bien principal que es la justicia. Pecais, pues, contra la ley de Dios cuando malversais los bienes de cuya administracion os ha encargado; cuando los disipais en prodigalidades, ó cuando los anteponeis á la justicia. Tambien pecais contra esta ley si por la depravacion de las costumbres os deshonrais, si

(1) Quien ama el peligro perecerá en él. Eccli. 3, 27. — Si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y échale de ti, porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno. Matth. 5, 29.

(2) Ten cuidado del buen nombre, porque este será para ti mas permanente que mil tesoros grandes y preciosos. Eccli. 41, 15.

(3) A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria á vuestro Padre que está en los cielos. Matth. 5, 16. = Muéstrate á ti mismo en todo por dechado de buenas obras..... — Para que el que es contrario se confunda, y no tenga que decir mal ninguno de nosotros. Tit. 2, 7, 8.

escandalizando con el mal ejemplo ofendeis á los demas: pues no basta ser inocente, es necesario ademas evitar el parecer culpable (1). Los que exponen temerariamente su vida; los que arruinan con los excesos su salud, se hallan condenados por esta misma ley, amiga siempre del hombre, y el desesperado que se atreve á darse la muerte es reo no solo de homicidio para consigo, sino que tambien se hace criminal ante la sociedad á quien es deudor de sus dias, y reo tambien ante el Criador, cuya voluntad debia cumplir llenando los fines por que le habia colocado en el universo. El centinela debe guardar su puesto mientras no se le mande dejar: el darse la muerte es efecto, no del valor, sino de la cobardía y debilidad, por no tener ánimo para arrostrar las desgracias de la vida.

Los cuidados y atenciones de ella deben mirarse como una ocupacion útil que nos pone á cubierto de la ociosidad, preservándonos de los vicios que la son inseparables (2), y haciéndonos entrar en las miras benéficas de la Providencia. Quien rehuse el trabajo y escuche los pretextos de la pereza (3) no se extrañe si tarde ó

(1) Porque procuramos lo honesto, no solamente delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. 2. Cor. 8, 21. = Teniendo buena conversacion entre los gentiles, para que asi como ahora murmuran de vosotros como de malhechores, considerandoos por vuestras buenas obras glorifiquen á Dios en el dia de la visitacion. 1 Petr. 2, 12. = Guardaos de toda apariencia de mal. Thes. 5, 22.

(2) Porque muchos vicios enseñó la ociosidad. Eccli 33, 29.

(3) Dice el perezoso: el leon está en la calle y la leona en los caminos. — Como se vuelve la puerta sobre su quicio asi el perezoso en su cama. — Esconde el perezoso la mano debajo de su sobaco, y le cuesta trabajo si la ha de llevar á su boca. Prov. 26, vv. 13, 14, 15.

temprano ve entrar por sus puertas *la indigencia como un hombre armado* (1).

Artículo III.

Deberes del hombre para con el prójimo.

El hombre se halla en el mundo al lado de sus semejantes, en el seno de una famila, en medio de una grande sociedad, rodeado de una poblacion inmensa que cubre la faz de la tierra. Es, pues, deudor, en primer lugar al órden público de la nacion á que pertenece, á la autoridad de las leyes, á la sagrada persona del príncipe, á la majestad de los magistrados; pues la saluz de todos descansa sobre el afianzamiento del órden público. Es deudor ademas á sus prójimos, á sus conciudadanos, y en fin á todos los hombres en proporcion al poder que haya recibido y circunstancias en que se encuentre (2). Debe ser, en una palabra, justo y benéfico para con todos (3). *Haced á los demas lo que qui-*

(1) Mas como sabios: redimiendo el tiempo, porque los dias son malos. Eph. 5, 16. — Ve á la hormiga, ó perezoso, y considera sus caminos, y aprende sabiduría: — la cual no teniendo guia ni maestro ni caudillo previene para sí el sustento en el estío, y en tiempo de la mies allega lo que ha de comer. — ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño? — Un poquito dormirás, dormirás un poquito, un poquito cruzarás las manos para dormir, y te vendrá la indigeneia como caminante, y la pobreza como armado. Mas si fueres diligente vendrá como fuente tu mies, y la indigencia huirá lejos de ti. Prov. 6, vv. 6 hasta el 11.

(2) Y les mandó á cada uno de ellos acerca de su prójimo. Eccli. 17, 12.

(3) No se aparten de ti la misericordia y la verdad: rodealas á tu garganta, y copialas en las tablas de tu corazon. Prov. 3, 3.

siérais hiciesen con vosotros (1). Tal es el compendio del código social. Pero ¿y cuáles son los deberes particulares? Vamos á manifestarlos.

PÁRRAFO I. — Deberes particulares del hombre para con sus semejantes.

Amad á vuestros semejantes (2) y así cumplireis todos los deberes que la ley os impone para con ellos (3); pues si los amais jamás abrigareis deseo alguno de ofenderlos, y siempre querreis sinceramente su felicidad; y siendo el primer bien del hombre la justicia, procurareis principalmente que sea hombre de rectitud, instruyéndole sobre sus obligaciones, advirtiéndole sus defectos, animándole, dirigiéndole cuando se halle extraviado, tendiéndole una mano cuando esté para caer, levantándole cuando haya caido, y mostrándole los modos de preservarse en adelante (4). Es verdad que todas estas obligaciones ú oficios no pueden practicarse todos á la vez, ni todos exigen una cabal aplicacion

(1) El que sigue la justicia y la misericordia hallará vida, justicia y gloria. Prov. 21, 21. = Matth. 7, 12.

(2) Amarás á tu prójimo como á ti mismo. — Matth. 19, 19.

(3) El que ama á su prójimo cumplió la ley. Rom. 13, 8.

(4) Enseñándoos y amonestándoos los unos á los otros. Col. 3, 16. = Os rogamos tambien, hermanos, que corrijais á los inquietos, consoleis á los pusilánimes, soporteis á los flacos, seais sufridos con todos. — Mirad que ninguno vuelva otro mal por mal: antes seguid siempre lo que es bueno entre vosotros y para con todos. — 1 Thes. 5, vv. 14, 15. = Hermanos mios, si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y alguno lo convirtiere: — debe saber, que el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino, salvará á su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de los pecados. Jac. 5, 19, 20.

tampoco á todos los casos (1). Las circunstancias dictarán aquella, y la prudencia seguirá el modo de verificarlo. Un solo deber hay que comprende á todos y alcanza á todos los tiempos y circunstancias: quiero decir, el ejemplo de una vida irreprensible (2) que á un tiempo instruye y corrige sin ofender, y hace amar la virtud, porque naturalmente inspira estimacion el hombre de bien. No hagas, sin embargo, ostentacion de las buenas obras, porque esto seria vanidad (3); pero no te avergüences tampoco, porque seria debilidad (4). Ocúltese el hombre criminal, que el virtuoso no debe temer el ser conocido por lo que es. No muestres á los libertinos semblante risueño por agradarles ó por captarte su estimacion: sus alabanzas lejos de honrar (5),

(1) No increpes á el anciano: mas amonéstale como á padre; á los jóvenes como á hermanos, á las ancianas como á madres, á las jovencitas como á hermanas con toda castidad. 1 Tim. 5, 1, 2.

(2) Muéstrate á ti mismo en todo por dechado de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de las costumbres, en la gravedad. Tit. 2, 7. = A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria á vuestro Padre que está en los cielos. Matth. 5, 16.

(3) Mirad, que no hagais vuestra justicia delante de los hombres para ser visto de ellos: de otra manera nó tendreis galardon de vuestro Padre que está en los cielos. — Y asi cuando haces limosna..... no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. — Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre que ve en lo oculto te premiará. Matth. 6, vv. 1, 2, 3, 4.

(4) Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. — Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. Matth. 10, 32, 33.

(5) La alabanza no es vistosa en la boca del pecador. Ecli. 15, 9.

mancillan nuestra opinion. Lejos de ti el querer imitar su lenguaje por la ridícula pretension de ser reputado por hombre despreocupado y de luces. Tal fatuidad solo tiene lugar entre los necios. Aparta tambien de tí con noble indignacion á aquellos hombres disolutos que por hacer lugar al vicio querrian te avergonzases de la virtud; y ostentando á las veces vanas exterioridades de una mentida amistad se proponen enredarte en sus crímenes y liviandades (1).

Respeta las leyes primitivas de la justicia y las de la sociedad, pues los hombres independientes en su orígen se sometieron á la autoridad de los gobiernos para obrar el bien y ser protegidos. Entiende, pues, que traspasas estas leyes sagradas, no solo cuando con violencia ó fraudes arrebatas lo que es de otro (2), sino tambien cuando niegas al jornalero su salario (3), ó le obligas con dilaciones á que haya de pedirlo muchas veces (4); cuando rehusas devolver los bienes que te

(1) Y os ruego, hermanos, que no perdais de vista á aquellos que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que habeis aprendido, y que os aparteis de ellos.— Porque los tales no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sino á su vientre, y con dulces palabras y con bendiciones engañan los corazones de los sencillos. Rom. 16, vv. 17 y 18. = Evita las pláticas vanas y profanas, porque sirven mucho para la impiedad. — Y la plática de ellos cunde como cáncer..... 2 Tim. 2, 16, 17. = El hombre inicuo paladea á su amigo, y llévalo por camino no bueno. Prov. 16, 29.

(2) No hurtes..... no hagas engaño..... Marc. 10, v. 19. = ... Ni los ladrones..... ni los robadores poseerán el reino de Dios. 1 Cor. 6, 10.

(3) Quien derrama sangre, y quien defrauda al jornalero, hermanos son. Eccli. 34, 27.

(4) No calumniarás á tu prójimo, ni le oprimirás con violencia. No estará detenido en tu poder el trabajo de tu jornalero hasta el dia de mañana. Lev. 19, 13.

confiaron en depósito (1) ó por tu culpa se perdieron ellos ó los títulos que aseguraban su pertenencia. Uno te pedirá prestado lo que no podrá pagar. Otro ofrecerá hacerlo con mil pretextos mientras lo consigue, y llegado el plazo se olvidará de lo prometido, y aun hablará mal de quien le hizo el bien. Aquel otro aventurará la fortuna de sus acreedores y aun la suya propia por el deseo insaciable de acumular riquezas. Este publica una banca-rota para eludir las diligencias de sus acreedores, ú obligarles á una cesion injusta de sus créditos (2). Los agiotistas estancando ciertos ramos de riqueza é industria defraudan al comercio, vejan á los ciudadanos, y atentan al órden público. Todos estos culpables de injusticia son ademas responsables de los perjuicios que causaron.

(1) El alma que pecare, y despreciando el Señor negare á su prójimo el depósito que fue encomendado á su fé, ó por fuerza le sacare alguna cosa..... restituirá..... por entero todo lo que quiso adquirir por engaño, y ademas la quinta parte al dueño á quien hizo el daño. — Y por su pecado ofrecerá un carnero sin mancha..... Lev. 6, vv. 2, 4, 5 y 6.

(2) Da prestado á tu prójimo en tiempo de su necesidad, y restitúyele al prójimo á su tiempo. — Manten tu palabra, y trata fielmente con él..... Muchos creyeron que lo que se les prestó era como un hallazgo, y causaron molestia á aquellos que los ayudaron. Hasta recibir besan las manos del que da, y hacen promesas con voces sumisas. Mas al tiempo de pagar pedirá espera, y dirá palabras de enfado y de murmuracion, y se excusará con el tiempo. — Y aunque lo pueda pagar se resistirá: apenas volverá la mitad del capital, y lo contará como un hallazgo. — Y si no defraudará al acreedor de su dinero, y le tendrá por enemigo sin motivo. — Y le pagará con injurias y denuestos, y en cambio de la honra y del beneficio le volverá ultrajes. Eccli. 29, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.

El hombre de bien, no solo respeta los bienes á los otros, sino que está dispuesto á favorecer su conservacion y aumento, aunque sea con los suyos propios (1).

Los que nosotros poseemos deben servir de salvaguardia á nuestra vida; pues aunque sea cierto que una necesidad la pone término, tambien lo es que una estrecha obligacion nos manda conservarla y suavizar las penalidades que la acompañan. Cualquiera que atenta contra los dias de otro es un criminal. Pero á quien quiere hacernos un daño no debemos corresponder con otro ni aborrecerle (2): del odio nace el homicidio (3); y como de aquel procede la venganza, esta tambien nos está prohibida. A Dios solo toca hacerlo (4) como defensor de los derechos de la justicia, y

(1) Quien hace misericordia da prestado á su prójimo, y el que es maniroto guarda los mandamientos. Eccli. 29, 1. = Si puedes (*hacer bien*) hazlo tú mismo tambien. Prov. 3, 27. = Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Matth. 5, 7. = Porque se hará juicio sin misericordia á aquel que no usó de misericordia. Jacob. 2, 13.

(2) Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen. Matth. 5, 44. = Perdona á tu prójimo que te dañó; y entonces rogando tú te serán remitidos los pecados. — ¿Un hombre guarda irá contra otro hombre y pide á Dios el remedio? ¿De un hombre semejante á sí no tiene misericordia, y pide perdon de sus pecados? Eccli. 28, vv. 2, 3 y 4. = Porque si perdonáreis á los hombres sus pecados, os perdonará tambien vuestro Padre celestial..... — Mas si no perdonáreis á los hombres, tampoco vuestro padre os perdonará..... Matth. 6, 14 y 15. = Cuando cayere tu enemigo no te alegres. — Prov. 24, 17.

(3) Cualquiera que aborrece á su hermano es homicida..... 1 Joan. 3, 15.

(4) No defendiéndoos a vosotros mismos..... mas dad lugar á la ira. Rom. 12, 19.

al magistrado en cuyas manos puso su espada (1), el cual debe ser recto como las leyes de cuya ejecucion está encargado. El magistrado, pues, es quien ha de decidir sobre los agravios y perjuicios que se os irroguen. Todo seria confusion si erigiéndose cada uno juez en propia causa procediese á exigir las reparaciones á que se creyese con derecho; y ved aquí por que la humanidad no podrá menos de mirar siempre con horror esa ley bárbara desconocida de los pueblos mas feroces, tan generalmente detestada en la especulativa, como aplaudida en la práctica: hablo del duelo, de esa ley de sangre, de ese honor homicida que coloca al ofendido en la triste alternativa de hacer perecer á su contrario, ó de perecer él mismo, quedando asi la vida del ciudadano y la suerte de familias enteras á merced del primer criminal que se atreve á todo, porque desgraciadamente reune cualidades para hacerse temer. Y examinada esta materia con el debido detenimiento, ¿se nos podrá decir qué cosa sea este ídolo detestable apellidado honor, cuyo altar humea todos los dias con la sangre de tantas víctimas? ¿Probará un gran valor entregarse á la ferocidad de las fieras? ¿Será valiente el cobarde asesino, cuyo título se ha granjeado por no tener valor para hacerse superior á la pasion del odio y de la venganza, y á la errada opinion que tanto dista del verdadero honor, ó aquel que despreciando esta falsa opinion enfrena sus resentimientos para perdonarlos? Obsérvese á ese hombre atroz que ardiendo en rabia y lanzando sus ojos el furor va á hundir el hierro mortífero en el seno de su enemigo; y póngase la vista tambien en este otro hombre sensible que enternecido á

(1) Someteos, pues..... y esto por Dios..... á los gobernadores como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los buenos. 1 Petr. 2, 13, 14.

un mismo tiempo y lleno de espanto deja caer de sus manos la espada para correr á abrazar á su contrario, logrando de este modo desarmarle. Contémplese este cuadro, y decídase despues. No, no hay mas que una venganza legítima, digna solamente de las almas grandes: esta consiste en vencer el odio con los beneficios, obligando al malo, si no á amarnos, por lo menos á que nos estime y se confiese culpable (1). Para curar la nacion de este horrible frenesí que tanta sangre le ha costado ya, y aun arrastra á la desgracia á tantos miserables, bastaria la observancia de las leyes que severamente lo prohiben, teniendo presente que la indulgencia es homicida cuando por ella se pone en peligro la vida de los ciudadanos.

Asistiendo á todas las clases de la sociedad un derecho á la estimacion pública, las mismas leyes sociales que marcan las categorías (2) conservan tambien á los inferiores las consideraciones debidas á la cualidad de ciudadanos (3), y los grandes se mostrarán verdaderamente muy pequeños, si tomando la hinchazon por grandeza no llegan á conocer que su elevacion estará en proporcion de lo que sepan humillarse (4). La

(1) Por tanto si tu enemigo tuviere hambre dale de comer: si tiene sed dale de beber; porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza. — No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien. Rom. 12, 20 y 21. Prov. 25, 21.

(2) Pues pagad á todos lo que se le debe: á quien tributo, tributo: á quien pecho, pecho: á quien temor, temor: á quien honra, honra. Rom. 13, 7.

(3) adelantándoos para honraros los unos á los otros.... Rom. 12, 10.

(4) No te alces en el pensamiento de tu corazon como un toro, no acontezca que sea estrellada tu fuerza por tu locura. Eccli. 6, 2. = Detesto la arrogancia y la soberbia, y el camino malo y la boca de dos lenguas.

importancia que dan á las prerogativas del nacimiento prueba que carecen de otro título para engrandecerse (1). La alta nobleza se distingue por aquella dulce afabilidad que la concilia el amor y respeto de los ciudadanos. Los hombres nuevos se afanan, por el contrario, en hacer olvidar lo oscuro de su nacimiento por un desprecio intolerable que los hace odiosos, conociéndose bien claro que aspiran á puestos elevados por temor de que sean conocidos si se les mira de cerca.

Siendo el honor preferible á las riquezas (2); la reputacion de los demas debe sernos, por lo menos, tan sagrada, como sus bienes de fortuna. ¿En qué consistirá, pues, que los que mas necesitan de indulgencia, son precisamente los menos indulgentes, los mas propensos á juzgar, y publicar lo malo? Nace esto sin duda, de que juzgamos de los demas por el conocimiento que tenemos de nosotros mismos. ¿Pero y quién, ó tetemerarios censores, os ha constituido reformadores de las costumbres públicas? ¿Sereis acaso jamás dignos de este noble encargo, vosotros que cobardemente os atreveis á infamar en secreto á quien nunca quizá se acordó de ofenderos (3)? ¿Vosotros, que tal vez propagareis el vicio por la perversidad de vuestras máximas, y por la seduccion de vuestros malos ejemplos?

Prov. 8, 13. = La soberbia es aborrecible á Dios y á los hombres. Eccli. 10, 7.

(1) El hombre vano se alza en soberbia. Job. 11, 12.

(2) Prov. 22, 1.

(3) Aparta de ti lengua maligna, y los labios que desacreditan, lejos sean de ti. Prov. 4, 24. = ¿Oiste alguna cosa contra tu prójimo? Muera en ti confiado que no te hará rebentar. Eccli. 19, 10. = No digais mal los unos de los otros, hermanos. El que dice mal de su hermano, ó que juzga á su hermano, dice mal de la ley. Jacob. 4, 11. = ... ni los maldicientes..... poseerán el reino de Dios. 1 Cor. 6, 10.

Si deseais la correccion, advertid privadamente la falta á el que la cometió; ponedlo en noticia de los que puedan enmendarle; prevenid á los que pudiera sorprender; pero no le difameis. El alma generosa disimula las flaquezas de sus hermanos, el malo por el contrario, las acecha, y está dispuesto á calumniar hasta las intenciones (1). Tal vez dirás que la maledicencia es en ti solamente una ligereza, un pasatiempo: y bien, ¿concedes tú á los demas esta pretendida ligereza que te permites? ¿O por ventura no eres tú quien acaso te ofendes de una chanza, como si fuera la mayor injuria? Ten entendido que la que dices ligereza, yo la llamo injusticia, porque perjudica al prójimo: la llamo calumnia, porque bajo muchos aspectos es casi siempre una falsedad: la llamo bajeza, porque ataca á los ausentes que no pueden defenderse (2): la llamo por último malignidad, porque comunmente nace del orgullo, y casi siempre de la envidia. ¿Deberá pues llamarse desahogo genial, lo que es un verdadero delito, ó podrá jamás la ligereza abonar el crímen? *El que no sabe enfrenar su lengua, es semejante á una ciudad abierta por todas partes* (3); y nunca será hombre de bien (4). Una palabra imprudente siembra la discordia (5), sin que pueda recogerse despues que se soltó.

(1) Porque tornando el bien en mal (*el corazon de los soberbios*) arma asechanzas, y pondrá tacha en las cosas mas puras. Eccli. 11, 33.

(2) No maldecirás al sordo. Lev. 19, 14. = El que de otro dice mal en secreto, no es menos que una sierpe que muerde sin ruido..... El principio de sus palabras es necedad, y lo último de su boca, es un error pésimo. Eccli. 10. vv. 11 y 13.

(3) Prov. 25, 28.

(4) Si alguno pues se tiene por religioso, y no refrena su lengua sino que engaña su corazon, la religion de este es vana. Jac. 1, 26.

(5) ¡Hé aquí un pequeño fuego cuán grande selva in-

Atended á aquellas reconvenciones amargas que han roto los vínculos de la amistad, observad esas quejas intestinas, que han introducido la division en las familias; pues sabed, que todo esto es obra del maldiciente que muerde, y del hombre ligero, que murmura. Este es quien inspira la aversion y la desconfianza, valiéndose de medios odiosos, y aun ridículos; porque todo lo pone en juego para conseguir el placer del entretenimiento ocioso, y la vanidad de parecer amable: este, sin duda, este es el que lo altera y embrolla todo: por eso está escrito: *despide de tu casa al murmurador, y saldrá con él la discordia* (1). Alejad al maldiciente, y evitareis las disensiones (2). Imponedle silencio con la gravedad de vuestro semblante (3). *Cerrad vuestros oidos con espinas, y en vuestra boca poned una puerta con cerrojos* (4).

El honor, la fortuna y la vida de los ciudadanos está bajo la salvaguardia de la autoridad pública; y por lo mismo bajo la proteccion especial de los ministros y depositarios de aquella, é intérpretes de las leyes. El jurisconsulto, pues, antes de dar su dictámen, debe, con toda diligencia, actuarse y atentamente examinar la

cendia....! La lengua fuego, es un mundo de maldad. La lengua se cuenta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, é inflama la rueda de nuestro nacimiento inflamada ella del fuego infernal. Jac. 3. vv. 5, 6. =El chismoso, y el de dos lenguas maldito es: porque perturbará á muchos que tienen paz. Eccli. 28, 15.

(1) Prov. 22, 10.

(2) Cuando faltare la leña, se apagará el fuego; quitando el chismoso, cesarán las rencillas, Prov. 26, 20. =Terrible es..... el hombre lenguaz; y el temerario en sus palabras será aborrecido. Eccli. 9, 25.

(3) El viento Aquilon disipa las lluvias, y la cara triste la lengua murmuradora. Prov. 25, 23.

(4) Eccli. 28, 28.

materia, porque de otro modo expondria por su inconsideracion la suerte de sus clientes. Jamás debe olvidar que un ministerio consagrado á la defensa de las leyes nunca debe seguir el engaño: que su celo debe dirigirlo siempre la justicia: que en la defensa de las partes no ha de dar cabida á sus pasiones; y que su propia reputacion será siempre la elocuencia mas persuasiva para con el magistrado íntegro. Debe tener valor bastante para mudar de dictámen, cuando conozca ser errado; y estar dispuesto á abandonar la causa que patrocina, aunque justa, antes que hacer traicion á la verdad. Jamas ha de valerse de medios inicuos para hacer triunfar la justicia. Ante todas cosas ha de emplear sus consejos en la conciliacion, estando dispuesto á ser él mismo el árbitro de la paz, sin que entibie su celo la corta retribucion, pues no es pequeño interés favorecer al necesitado (1). Acaso su miseria sea tal que no le permita contribuir con cosa alguna: pero ¿seria justo abandonarle, privándose del consuelo de salvar al oprimido, y de las recompensas del que, siendo protector del pobre tiene prometido bendecir al misericordioso (2)?

El magistrado recto se presentará en el santuario de la justicia teniendo presente á Dios (3), para ejercer con saludable temor las funciones de su noble encargo (4).

(1) El que menosprecia al pobre, insulta á su Hacedor. Prov. 17, 5.=El que cierra su oreja al clamor del pobre, gritará á su vez, y no será oido. Prov. 21 13.

(2) A Dios dá á logro el que hace misericordia con el pobre; y sus réditos se los dará á él. Prov. 19, 17.

(3) Y provee de todo el pueblo hombres de valor, y temerosos de Dios, en quienes se halle verdad, y que aborrezcan la avaricia, los cuales juzgan al pueblo. Exod. 18, 21 y 22.

(4) No demandes al Señor principado, ni al Rey silla de honor. Eccli. 7, 4.=Hermanos mios, no os hagais

Examinará detenidamente las leyes (1), todo lo observará, todo lo pesará; y una sola mirada suya hará estremecer á la intriga. Armaráse de firmeza contra el crédito, arrojará de su alrededor aquellas almas bajas que buscaran su benevolencia para hacer de ella tráfico entre los clientes. Dará facil entrada á cualquiera que la solicite, considerando que es digno de compasion todo ciudadano, por solo tener que discutir sus intereses, y haber de ser juzgado en un tribunal que se compone de hombres. Oirá al criminal sus defensas: ¡Desdichado!!! ¿habrian de añadirse á su desgracia las humillaciones del menosprecio? La gravedad que honra la magistratura no consiste en el orgullo y arrogancia: antes esto se la quita (2). Es verdad que las tareas contínuas de negocios enojosos, y la mala fé é injusticia que por lo comun tiene lugar entre los hombres, y la importunidad de su ciego, y muchas veces injusto interés, son motivos bastante fuertes para provocar el enojo y mal humor; mas debe tener presente, que los grandes cargos, no son otra cosa, que grandes servidumbres. El amor propio se deja preocupar en favor del rico; pero la presuncion favorece al pobre, porque nadie quiere entrar en lucha con un contrario que sea mas fuerte. Mas para obrar con entera rectitud es preciso sobreponerse al favor y á la prevencion (3). Cuando la mala fé desespera del triunfo; procura embrollar, fatigar á su adversario con dilaciones, y arrui-

muchos maestros, sabiendo que os tomais mayor juicio. Jac. 3, 1.

(1) Instruios vosotros, que juzgais la tierra. Ps. 2, 10.

(2) Ojos altivos.... (*aborrece el Señor*), Prov. 6, 17.

(3) No harás lo que es injusto, ni juzgarás injustamente. No tengas consideracion á la persona del pobre, ni honres la cara del poderoso. Juzga á tu prójimo segun justicia. Lev. 19, 15.

narle con gastos, para forzarle así á que abandone sus derechos. El magistrado advertido simplifica, abrevia cuanto es posible los plazos, y administra justicia con prontitud. Cualquiera ofrenda debe tenerse por un insulto; porque solo se promete para cohechar; y así prevarica el juez que admite dádivas (1): pues el reconocimiento, á que obligan, destruye el equilibrio de la justicia: aun los mismos ruegos pasando de lo regular, vienen á ser una injuria, porque nada deben influir en el ánimo del magistrado recto; cuyo desinterés, debido á la dignidad de su cargo, debe estar á cubierto de todo; y permitiéndole las leyes tasar el mérito de sus tareas, estrechan doblemente aquella obligacion, por esta confianza dispensada al honor de la magistratura. Todavía es mayor la que lleva consigo el poner en sus juicios la vida y libertad de los ciudadanos; y así, procurar hacerle conocer este depósito interesante, trazándole la conducta que debe seguir para que sean justas sus sentencias, y puedan desbaratar los artificios de la calumnia. No bastan las sospechas; se necesita convencer al acusado para declararle culpable: y en caso de duda, vale mas absolver al criminal, que condenar al inocente. Solo teniendo presente la inevitable necesidad de asegurar la salud pública por medio del terror de las penas, y entonces lleno de sentimientos de humanidad y de justicia, es como el magistrado se ha de resolver á firmar la sentencia de muerte para expiacion del crímen.

A las leyes primitivas, que forman la basa del ór-

(1) Establecerás jueces..... para que juzguen al pueblo con justicia, juicio.—Sin inclinarse á alguna de las partes. No serás aceptador de personas, ni de dádivas: porque las dádivas ciegan los ojos de los sabios, y trastornan las palabras de los justos. Deut. 16, 18 y 19.

den público, se unen los deberes particulares de la sociedad, que tienen por objeto hacer agradable el trato y comunicacion de la vida civil.

El primero entre ellos es sobrellevar las incomodidades que ofrecen los demas (1). Seria necesario desterrarse del mundo, si no se quisiesen tolerar; su trato te seria muy ingrato, al paso que el tuyo seria insoportable á los otros. ¿Y qué razon habria para que no dispensases á los defectos de los demas aquella indulgencia que han menester los tuyos? ¿Te indigna una accion criminal? Enhorabuena; esto es el primer grito de la naturaleza contra la iniquidad: pero contente en esto, sin pasar al odio del que la cometió. ¿Te ha ofendido una palabra cualquiera? Sea asi: mas disimula y calla, sacando de esto el aprender tú á ser mas circunspecto. ¿Deseas corregir. Muy bien: pero sea *al prudente, y no al insensato* (2). ¿Quieres calmar la ira del hombre arrebatado de ella? Yo lo apruebo tambien: mas cuida de no enfadarte con él, teniendo presente: *que la aspereza enciende la cólera* (3), para no atizar el fuego, que pretendes apagar. ¿Respondiste con una palabra picante á una proposicion atrevida? Pues

(1) Vosotros, pues, como escogidos de Dios.... revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia. — Sufriéndoos los unos á los otros, y perdonándoos mútuamente, si alguno tiene queja del otro: asi como el Señor os condenó á vosotros, asi tambien vosotros. — Mas sobre todo esto tened caridad; que es el vínculo de la perfeccion. — Y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, en la que tambien fuisteis llamados en un cuerpo; y sed agradecidos. Col. 3, vv. 12, 13, 14 y 15. = Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumplireis la ley de Cristo. Gal. 6. 2.

(2) Prov. 9, 7.

(3) Prov. 15, 1.

aguarda una réplica injuriosa; y de este modo viene á parar en asunto serio, lo que solo fuera una palabra (1). *Una chispa causa un incendio*, si la soplas; pero se apaga, echándola una gota de agua (2). Opon á la ira la serenidad y paz de la razon: y el que se encuentre arrebatado de la cólera, conocerá que obra mal (3).

Las virtudes no deben aparecer sino con aquellos atavíos amables, que las son propios (4). ¿Por qué, pues, han de confundirse tan frecuentemente con los vicios, que tienen con ellas alguna proximidad? Aquella aspereza de carácter á que dais el nombre de franqueza, no es otra cosa, que rusticidad. Este espíritu sombrío, inquieto, y siempre descontento que anima á los hombres que entendeis apetecen la reforma, es una verdadera misantropía: aquella tristeza impenetrable, tan incómoda á los demas, como perjudicial al que se dejó dominar de ella (5), es fruto de un humor atrabiliario, no rectitud de corazon. Sed, pues, veraces; pero dulces y modestos: corregid los vicios; pero no

(1) La palabra dulce multiplica amigos, y amansa á los enemigos; y la lengua de buena gracia en el hombre bueno abunda. Eccli. 6, 5.

(2) Abstente de litigios y te ahorrarás pecados: Porque el hombre iracundo mueve pendencias. Eccli. 28, 10, 11, 14.

(3) La respuesta suave quebranta la ira; la palabra dura aviva la saña. Prov. 15, 1.

(4) Mas la sabiduría que desciende de arriba, primeramente es casta, despues pacífica, modesta, dócil, que se acomoda á lo bueno, llena de misericordia, y de buenos frutos, no juzgadora, ni fingida. Jac. 3, 17.

(5) Como la polilla al vestido, y la carcoma á la madera: asi la tristeza daña al corazon del hombre. Prov. 25, 20. = Porque á muchos mató la tristeza, y no hay utilidad en ella. Eccli. 30, 25.

odieis á los hombres (1). Suele aparentarse en el trato social el semblante hermoso de la virtud, y aun desnaturalizarla á veces para hacerla asi mas brillante; pero esto no pasa de una bella apariencia: y, ¡ay del que pretenda hacerla servir para ocultar un corazon corrompido (2)! bien pronto vendrá por tierra este edificio levantado sobre arena, y se dejará ver el hombre como es en sí, para que el desprecio y la indignacion le despojen de la estimacion que se habia granjeado por sorpresa (3). La virtud camina entre dos extremos, la sencillez de corazon, y circunspeccion prudente (4): honra á los hombres (5) sin adular sus pasiones: sabe acomodarse á los usos, sin adoptar los abusos; y dejándose ver con aquellos colores que la son naturales cautiva nuestra voluntad bien diferentemente que la virtud de solo aparato.

Guardaos bien de tocar al amor propio, que es la parte mas sensible del corazon humano: la humillacion; le alarma, y aun le ofende la simple indiferencia. Respetad las personas, sus parientes, su patria, su profesion y hasta sus preocupaciones. Absteneos de censurar ninguna de las cosas en que alguno pueda creerse retra-

(1) Y finalmente sed todos de un mismo corazon, compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes. 1 Petr. 3, 8.

(2) ¡Ay del que es de corazon doble, y de labios malvados, y de manos malhechoras, y del pecador que va sobre la tierra por dos caminos. Eccli. 2, 14.

(3) El corazon que entra en dos caminos no tendrá buen suceso, y el depravado de corazon en ellos tropezará. Eccli. 3, 28.

(4) Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Matth. 10, 16.

(5) Adelantándoos para honraros los unos á los otros. Rom. 12, 10. = Honrad á todos. 1 Petr. 2, 17.

todo; pues si os tomais la libertad de hacerlo, jamás dejará de resentirse, aun cuando no lo manifieste: solo el necio podrá alucinar en esta parte el disimulo del hombre sensato; pues el advertido teme el silencio del que calla. Tal vez aquel personaje de modo, que se presenta, que saluda con desenfado, que mira á todas partes, que charla, que salta, que vuelve á parlar, que decide, que habla de todo, sin saber nada, y que despues se marcha muy satisfecho de sí mismo porque nadie se tomó el trabajo de contradecirle; este tal ente, digo, quizá no tenga la fortuna de agradarte, ni tú tal vez tampoco fuiste de su complacencia; procura huir su trato, y aun á solas puedes reirte; pero si has de hablarle, sufre el enojo que esto te cause, sin querer chocar: perdónale su vanidad, porque no se convierte al mentecato, hiriéndole en su amor propio. Disimula cualquier desprecio que se le escape; y cuanto mas humillante sea menos debe notarse. ¿Tienes precision de defenderte? Pues hazlo siempre en el tono que aconseja la moderacion (1): el ostentar cierto aire de triunfo te haria aparecer sin razon, aunque estuviese de tu parte (2): una buena razon seguida de un profundo silencio, vale mas entonces que el discurso mejor acabado (3). Por lo comun la vanidad se obstina en sostener lo que se dijo

(1) Vuestra conversacion sea siempre sazonada con gracia, con sal..... Col. 4, 6. = Porque al siervo del Señor no le conviene altercar sino ser manso para con todos, propio para instruir, sufrido. 2 Tim. 2, 14.

(2) No derrames palabras donde no hay quien oiga, y no hagas ostentacion de tu saber, fuera de razon. Eccli. 32, 6.

(3) Huye de contiendas de palabras, que para nada aprovechan, sino para trastornar á los que las oyen. 2 Tim. 2, 14.

acaso sin intencion (1): bueno seria sin duda saber confesar el error; pero por tan bueno no puede exigirse siempre á los hombres (2): el amor propio ya humillado se ofende, si se pretende que haga manifiesta su derrota ó vencimiento: contentémonos entonces con hacerle conocer la verdad, en cuyo obsequio únicamente, debemos contradecir á los demas.

Como el amor propio ambiciona siempre la superioridad, está dispuesto á irritarse contra las buenas cualidades de los otros que le obscurecen (3): por el contrario, el alma generosa aplaude el mérito en donde quiera que le encuentra lo hace valer, lo favorece, se regocija en los frutos de sus empresas, como de un bien comun (4); y cuando no puede aspirar á la superioridad de

(1) Alégrase el hombre en la sentencia de su boca y la palabra á sazon es muy buena. Prov. 15, 23. = No tengas pleito con hombre lenguaz: y no eches leña en su fuego. Eccli. 8, 4.

(2) El justo es el primer acusador de sí mismo..... Prov. 18, 17. = De ningun modo contradigas á la palabra de la verdad, y ten vergüenza de la mentira por falta de tu saber. — No tengas vergüenza de confesar tus pecados. Eccli. 4, 30, 31.

(3) La envidia es podredumbre de los huesos. Prov. 14, 30. = De nuevo contemplé todos los trabajos de los hombres, y eché de ver que sus industrias estan expuestas á la envidia del prójimo. Eccles. 4, 4.

(4) Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son no obstante un solo cuerpo, así tambien Cristo. — Porque en un mismo espíritu hemos sido bautizados todos nosotros para ser un mismo cuerpo..... — De manera que si algun mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él, ó si un miembro es honrado todos los miembros se regocijan con él. — Pues vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros de miembro. 1 Cor. 12..... 12, 13, 26, 27.

los talentos, procura suplirlo con el superior influjo de las virtudes (1).

Pero como la envidia suele ofenderse con el mérito de otro; debe evitarse el provocarla por la ostentacion: con gusto hacemos justicia á la modestia, negándola siempre á los aires de la presuncion. La vanidad que por sí es una debilidad es ridícula al mismo tiempo, descubriendo la medianía del que la tiene, pues no se pretende ordinariamente el concepto del mérito, sino porque se desconfia de lo que se vale en efecto. El verdadero mérito siempre está lejos de la ostentacion, aunque lo esté tambien de la bajeza (2). Los verdaderos nobles, dice un moralista (3), no hablan jamás de su nobleza, como los valientes no lo hacen tampoco de su valor: mas el hombre nuevo que se pone zancos para aparecer grande, el ignorante que cree saberlo todo, porque de todo habla, la mujer filósofa que pretende pasar la plaza de erudita porque entiende el latin, todos estos quizá os hagan enmudecer por el aire de superioridad que les acompaña, triunfando con su locuacidad de vuestra modestia; pero poco importa: sufrid su fatuidad: el triunfo no será duradero (4): solos los

(1) Sed pues celosos del bien en bien siempre. Gal. 4, 18. = Aspirad pues á los mejores dones. Yo os muestro un camino aun mas excelente. 1 Cor. 12, 31.

(2) Ni te envanezcas en el dia de tu honra. Eccli. 11, 4. = Mas la sabiduría que desciende de arriba es..... modesta. Jac. 3, 17. = Vuestra modestia sea manifiesta á todos los hombres..... Phil. 4, 5. = Nada hagais por porfía ni por vanagloria, sino con humildad, teniendo cada uno por superiores á los otros. Phil. 2, 3. = Cuanto mayor eres humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios. Eccli. 3, 20.

(3) La Bruyere.

(4) Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado. Matth. 23, 12. = ...

necios vendrán á ser sus admiradores; y ademas de que seria un empeño vano querer reformar todos los defectos, por otra parte es incorregible el mentecato (1), é inútil hablar á el que no tiene oidos (2).

Si el envidioso es siempre enemigo del mérito, el ambicioso nunca es amigo del hombre. Concentrado en el amor exclusivo de sí mismo, solo aprecia á los demas por el provecho que puede sacar de ellos. A todo se prestará si espera conseguir algo, y nada hará si únicamente se promete el reconocimiento. Ninguna entrada tiene la humanidad en estas almas mercenarias que venden su amistad al que mas ofrece, que traban relaciones con los hombres sin amarlos, y las rompen sin dejar por eso de estimarlos (3). El hombre de bien, verdadero amigo de sus semejantes, á todos quisiera hacer felices (4): previene los deseos cuando conoce

El que es vano y sin cordura estará expuesto al desprecio. Prov. 12, 8.

(1) Quien enseña al fatuo, como el que engruda un tiesto. — Quien cuenta palabra al que no la oye, como el que despierta al que duerme de un pesado sueño. Eccli. 22, 7, 9.

(2) No derrames palabras donde no hay quien oiga..... Eccli. 32, 6.

(3) No hay cosa mas detestable que el avaro..... No hay cosa mas inícua que el que ama el dinero. Porque este aun su alma tiene venal. Eccli. 10, 9, 10.

(4) Me he hecho enfermo con los enfermos para ganar á los enfermos. Me he hecho todo para todos para salvarlos á todos. 1 Cor. 9, 22. = Como tambien yo en todo procuro agradar á todos, no buscando mi provecho, sino el de muchos para que sean salvos. 1 Cor. 10, 33. = Y si prestáreis á aquellos de quienes esperais, ¿qué mérito tendreis? Porque tambien los picadores prestan unos á otros para recibir otro tanto. —..... Haced bien y dad prestado, sin esperar por eso nada..... Luc. 6, 34, 35.

las necesidades, y temiendo humillar cuando da (1), sabiendo que á las veces cuesta tanto el pedir como recibir, hace mas cuando puede aun de lo que se desea (2). Tan dispuesto se encuentra para hacer como para recibir cualquier beneficio; y sabe olvidarle tan pronto como lo hizo (3). Nada es extraño á su corazon de cuanto puede interesar á la humanidad No conoce el desden altanero, ni el orgullo arrogante, deseando la paz con todos. Se alegra con los alegres, y llora con los que lloran, compadeciéndose de sus penas como de sus debilidades (4). De nada se enfada, sospecha difi-

(1) Hijo, en el bien no des motivo de queja, y en todo don no entristezcas con palabra mala. — ¿Acaso el rocío no templará el ardor? Asi tambien la palabra es mejor que el don. Eccli. 18, 15, 16. = En toda ofrenda muestra tu cara alegre. Eccli. 35, 11. = Cada uno..... no con tristeza..... porque Dios ama al que alegremente da. 2 Cor. 9, 7.

(2) Y al que te precisare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil mas. — Da al que te pidiere: y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda. Matth. 5, 41, 42.

(3) Mas tú cuando haces limosna no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Matth. 6, 3.

(4) Socorriendo las necesidades de los santos: ejercitando la hospitalidad. — Bendecid á vuestros perseguidores: bendecidlos, y no los maldigais. — Gozaos con los que se gozan: llorad con los que lloran. — Sintiendo entre vosotros una misma cosa: no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á las humildes. No seais sabios en vuestra opinion. — No pagando á nadie mal por mal: procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. — Si ser puede, cuanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres. — No defendiéndoos á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira..... — Por tanto si tu enemigo tuviere hambre dale de comer: si tiene sed dale de

cilmente lo malo, abomina el vicio, sufre al malo, sin desesperar jamás de su correccion (1): quiere todo lo que es justo, todo lo que es honesto (2): sus virtudes son fruto de la sabiduría (3); y por esto, en solo la elevacion de sus máximas es en donde busca la verdadera grandeza.

beber; porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza. — No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien. Rom. 12, vv. 13 et sig.

(1) La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. — No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal. — No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad. — Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. 1 Cor. 13, 4, 5, 6, 7.

(2) Resta, hermanos, que todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbres, esto pensadlo. Phil. 4, 8.

(3) Mas las obras de la carne estan patentes: como son, fornicacion, impureza, deshonestidad, lujuria. — Idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas. — Envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas como estas, sobre las cuales os denuncio, como ya lo dije: Que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios. — Mas el fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad. — Mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay ley. — Y los que son de Cristo crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias. — Si vivimos por espíritu, andamos tambien por espíritu. Gal. 5, vv. 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25.

Párrafo II. — Socorros que debemos á las diferentes clases de desgraciados.

Como los desgraciados se hallan sumidos en mayores necesidades, tienen tambien mayor derecho á nuestra beneficencia; mas los socorros deben ser distintos, porque son diferentes las necesidades. Unos se encuentran en la indigencia, otros gimen en las prisiones, aquellos sufren la afliccion y congojas de las enfermedades, estotros lloran los infortunios, muchos carecen de albergue, otros se ven oprimidos. ¿Qué auxilios, pues, reclamará la humanidad en favor de todos estos miserables? Escuchad, almas sensibles, pues á vosotras es á quienes dirijo mi voz principalmente.

Derramando la Providencia con tanta profusion y desigualdad los bienes sobre la tierra, no ha podido ser su designio favorecer el fausto y sensualidad de los unos, mientras á otros falta aun lo necesario, sino el hacer servir á los ricos de instrumento á su bondad paternal, y participantes al mismo tiempo del mérito de la pobreza (1), acercar á los pobres por sus necesidades y reconocimiento hácia los ricos, y estrechar asi, por medio de esta misma desigualdad de fortunas, las distancias que parecia debia ella ocasionar entre estas diversas condiciones (2). Esta máxima fundada sobre las ideas que tenemos de la sabiduría y bondad del Padre comun de los hombres la dictan tambien los movimientos de una compasion natural que nos inclina á favorecer á los desgraciados.

Mas el rico, cuya *iniquidad engorda en la opulencia* (3), se endurece á vista de la miseria del mendigo, insultando por su insensibilidad á aquella misma Provi-

(1) 2 Cor. 8, 13, 14.
(2) 2 Cor. 8, 13, 14.
(3) Ps. 72, 7.

dencia, que si le colmó de bienes fue para hacerle repartidor de sus dones (1). En vez de reprenderse á sí mismo su fria indiferencia, se atreve á hacer un cargo al miserable por su pobreza, echándole en cara el abuso de los dones que él no le dispensó (2). Su lujo, sus placeres, su vanidad lo necesitan todo: el pobre de nada tiene necesidad; y si experimenta los efectos de la indigencia, es solo en castigo de su holgazanería. Pero mira, ó cruel, mira esa turba de desdichados que te rodea, y que para prolongar los dias de una vida amarga te ofrece inútilmente el trabajo de sus brazos: repara en aquel anciano que está para sucumbir á la miseria: ve á sus tiernos hijos abandonados á la pública conmiseracion: observa este otro padre de familias consumido del trabajo, y á quien llorando piden pan sus hijos sin que pueda darles mas que un pedazo del que humedeció con sus lágrimas: los gritos de estas criaturas miserables llegan hasta tus oidos; pero estos gritos te incomodan, los desatiendes, y ¿quieres, hombre cruel, que soporten sin quejarse un estado de miseria, que ni aun para mirar tienes tú ánimo bastante? ¡Qué! ¿entre los restos de las prodigalidades de tu mesa, de tu lujo, de tu fastuosa opulencia no encuentras nada que dar á los desdichados que de todo carecen? ¿Nada hay para alimentar al hambriento? ¿Nada para vestir al desnudo? ¿Es posible que aquella industriosa economía que sabe hallar recursos para las necesidades imprevistas, y frecuentemente aun para las de puro capricho, no los encuentre para cercenar alguna cosa en favor del indigente? Este hace presentes al rico que cree dispensarle un obsequio en aceptar; y tú, rico,

(1) El que menosprecia al pobre insulta á su Hacedor. Prov. 17, 5. — Cap. 14, 31.

(2) El rico hizo una injusticia y bramará: mas el pobre maltratado callará. Eccli. 13, 4.

niegas un pedazo de pan al pobre que muere de hambre y te lo pide. Al rededor de ti se sustentan, acaso con regalo, viles animalejos, ¡y el pobre que desfallece á tu puerta no tiene libertad ni aun para recoger las migajas que caen de tu mesa! Tú buscas á gran costa los placeres que no puedes hallar, y te niegas al mas dulce, al mas puro de todos ellos, al placer de las almas generosas, al placer delicioso de enjugar las lágrimas del afligido, ¡y pretendes sin embargo honrarte con el título de benéfico (1)!!! ¿Tú temes que el pobre abuse de tus dádivas? ¡Ah! Y ¿por qué no temes que el miserable perezca? Supuesto que aseguras que quieres conocer sus necesidades, ya que rehuses acercarte á verlas por ti mismo, repara al menos en los ojos de aquellos que vienen de su lado. Supongamos que en efecto el pobre abuse de tu liberalidad, ¿dejará por esto de ser ella una virtud? Cuando en todo lo demas solo eres benéfico por interés, ¿dejarás aquí de serlo, siendo tú únicamente quien recoja el fruto de tus beneficios? ¡Ah! deja, deja de comprimir los movimientos de tu corazon, y tampoco temas empobrecerte socorriendo al miserable. Dios ha prometido á la misericor-

(1) El que tuviere riquezas de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él? S. Joan. 3, 17. = Hijo no defraudes la limosna del pobre, y no apartes tus ojos del pobre. —No desprecies al alma hambrienta, y no exasperes al pobre en su necesidad. — No aquejes el corazon del desvalido, ni dilates el dar al angustiado.— No deseches el ruego del atribulado, y no vuelvas tu cara del necesitado. — No apartes tus ojos del menesteroso á causa de la ira; y no des lugar á los que te buscan de maldecirte por detrás. — Porque oida será la plegaria del que te maldijere en la amargura de su alma, y le oirá aquel que lo hizo..... Inclina al pobre tu oreja sin desden; y paga tu deuda, y respóndele cosas apacibles con mansedumbre. Eccli. 4, vv. 1 et sig.

dia los beneficios de la abundancia (1). Entrégate á las dulces emociones de la compasion, y reparte, á ejemplo de la Divinidad, los bienes que ella misma te da, y repártelos con la misma liberalidad que los recibes (2). Aun el que es pobre puede dar mucho cuando cercena de lo necesario; y acaso el que cree dar mas da menos muchas veces (3), y en algunas ni aun lo bastante.

En esas lóbregas mansiones que hacen estremecer habitan los cadáveres de aquellos infelices que solo salen de sus moradas, semejantes á los sepulcros, para oir la sentencia que va á decidir su suerte, y cuya vida está sujeta al juicio de los hombres. Perseguidos tal vez por injustas delaciones, entregados á incertidumbres mortales, todos pasan las angustias de los criminales, y muchos, ¡ah! son declarados inocentes. Los culpables, atormentados por sus remordimientos, no son ya sino desgraciados; y si la justicia reclama contra ellos la severidad de las leyes, la humanidad invoca en su favor la misericordia. Rodeados de objetos fu-

(1) ..... la misericordia y la verdad preparan bienes. Prov. 14, 22.

(2) Segun pudieres asi usa de misericordia. — Si tuvieres mucho da con abundancia: si tuvieres poco, aun lo poco procura darle de buena gana. — Porque te atesoras un grande premio para el dia de la necesidad. Job. 4, 8, 9, 10.

(3) Y estando Jesus sentado de frente al arca de las ofrendas estaba mirando echaban las gentes el dinero en el arca, y muchos ricos echaban mucho. — Y vino una pobre viuda y echó dos pequeñas piezas del valor de un cuadrante. — Y llamando á sus discípulos les dijo: en verdad os digo que mas echó esta pobre viuda que todos los otros que echaron en el arca. — Porque todos han echado de aquello que les sobraba: mas esta de su pobreza echó todo lo que tenia, todo su sustento. Marc. 12, vv. 41 et sig.

nestos, separados de la sociedad, olvidados de los hombres, ni aun les queda, como á otros desgraciados, el triste consuelo de gozar de la consideracion pública. ¡Cuán agradable es ver algunas almas compasivas penetrar en estas mansiones tenebrosas, que debiendo ser solamente lugar de seguridad, lo son de tormento por lo comun! ¡Cuán agradable es, digo, verlas á los pies del criminal afligido consolándole, ocupándose de sus necesidades (1), excitando la vigilancia de la administracion, solicitando alivios para este infeliz, reanimando en él las últimas centellas de una religion vacilante, y enseñándole á respetar á Dios que invoca por la santidad del juramento! Desolado en el fondo de su corazon, y desamparado en lo exterior, sola una verdad hay capaz de consolarle, y que por lo mismo nunca se le repetirá demasiado: esto es, que si la justicia humana castiga sin misericordia, hay sobre ella otra justicia de misericordia que perdona al arrepentido (2), y que recibe en expiacion la pena misma que ha merecido el crímen.

(1) Entonces dirá tambien á los que estan á la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.— Porque tuve hambre y no me disteis de comer: tuve sed y no me disteis de beber. — Era huesped y no me hospedasteis: desnudo y no me cubristeis: enfermo y en la cárcel y no me visitasteis..... En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis. Matth. 25. 41, 42, 43, 45.

(2) Si el impío hace penitencia de todos sus pecados, guarda todos mis mandamientos, y observa la justicia, él vivirá y no morirá, y yo no me acordaré más de las iniquidades que haya cometido. Ezech. 21, 22. = Os digo que asi habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no han menester penitencia. Luc. 15, 7.

Cuando yo vuelvo la vista hácia ese hombre que yace en el lecho del dolor fluctuando entre la esperanza y el temor, con la muerte á los ojos y el sepulcro á los pies; para quien el dia ninguna serenidad tiene, ni la noche ofrece algun descanso; que nada puede, que de todo necesita, y que si conoce su existencia es por los dolores que la sitian, yo querria llamar en socorro de este miserable á todos los hombres (1). Mortales, les diria, mortales, cualesquiera que seais, ved aquí en lo que vendreis á parar algun dia: sujetos como este á las enfermedades y á la muerte, venid y llevad á el hombre dolorido los consuelos que otra vez reclamareis para vosotros (2). Y ¡ó vosotros, cuya asistencia implora, y á quienes yo veo á su alrededor ocupados de su curacion y de sus males! instruios, y guardaos de exponer los dias de su vida por una temeraria ignorancia, ó por efecto de una bárbara indolencia. Acomodad vuestra conducta, no á la condicion de los enfermos, sino á lo que sus necesidades exijan. Considerad que son estos momentos decisivos, que pasados no se logran otra vez, y entonces el descuido vendria á ocasionar la muerte. Que un sórdido interés no aventure la vida del pobre. ¡Desgraciados vosotros si os negais al dulce consuelo de aliviarle cuando vieseis que su indigencia solo le permitia presentaros las tiernas expresiones de su reconocimiento!

El rico enfermo tiene necesidad tambien de la conmiseracion de los demas lo mismo que el pobre, y los servicios que compra con su dinero no siempre son los que mas ha menester. Mientras padece, muchas veces se muestra injusto, y algunas ingrato: agitado por el

(1) No te pese de visitar á el enfermo, porque por tales cosas serás afirmado en la caridad. Ecli. 7, 39.

(2) Y asi todo lo que quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas. Matth. 7, 12.

desasosiego y especies que en su mal se presentan con desórden en su fantasía, molesta, enfada; ya pide, ya no quiere lo que pidió; ahora dice injurias, luego vuelve á pedir, y nunca acierta á saber lo que apetece. Es necesario compadecer sus caprichos como se tiene compasion de sus males, y continuar haciéndole bien muchas veces, aun contra su voluntad. Mas para consolarle comenzad procurándole la calma del espíritu enseñándole á sufrir. Esto es lo primero que necesita; y para lograrlo, para que aprenda á soportar los trabajos de la vida presente, no hay mas que la consideracion de la futura y eterna que nos espera (1). Este importante servicio falta sin embargo al rico, á quien solo es permitido acercarse ó para distraerle ó engañarle. Por el contrario, todos tienen la libertad de penetrar en la choza del pobre: cada uno puede hablarle de este porvenir que le consuela, y cuya sola memoria tanto á otros espanta y atemoriza. Mas ¡ah! es tán poco frecuente hallar almas tiernas, que el menor testimonio de compasion llena de consuelo, y despierta los sentimientos de gratitud y reconocimiento.

Seria imprudente franquear la puerta de tu casa á todos los que vienen á llamar á ella, y aun la indiscrecion en esta parte os ofreceria peligros. Pero si el caminante extraviado, si la inocencia expuesta por la miseria é inexperiencia de la edad reclaman un asilo; si el hombre de bien infortunado, si una familia honesta tienen necesidad de un rincon, ¿seria justo despe-

(1) Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Matth. 5, 5. = Porque entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros. Rom. 8, 18. = Porque lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria. 2 Cor. 4, 17.

dirlos cuando puede dárseles acogida (1)? Y en los casos de naufragio, incendio, etc., ¿no deben abrirse de par en par las puertas á estos miserables que huyen de la muerte?

No habiendo persona alguna á quien no alcancen las penas, ninguno hay tampoco que deje de necesitar consuelo: el hombre afligido tiene por esto un derecho á nuestra beneficencia. Aléjese en buen hora el egoista, como de un edificio que amenaza ruina, de la casa del duelo, mientras que las almas caritativas corren hácia ella para llevar, si no el remedio, al menos la dulzura del consuelo. A un dolor muy vivo seria inútil presentar la calma de la razon: dejemos correr las lágrimas: la conmiseracion es el primer apósito que hemos de aplicar á la llaga (2). Seria ocasion de aumentar el sentimiento el intentar violentarle, pues la virtud no muda la naturaleza, la corrige solamente. El tiempo calmará las agitaciones del alma: los entretenimientos pasajeros solo ofrecerian una pausa al dolor, pues como las distracciones no son las que curan, el primer momento de reflexion el desgraciado se encontraria solo consigo mismo, y se sumiria de nuevo en sus infortunios. Para consolar, pues, al hombre racional, es preciso hablar á la razon. Pero ¿qué diremos al desventurado que padece? ¿Se le hará presente que es preciso sufrir lo que no puede evitarse? Mas para enseñarle á padecer es necesario ofrecerle una esperanza que le anime. ¿Se le inculcará aquello, de que el sabio debe sufrir, debe bastarse á sí mismo? Pero este vano fantasma de sabiduría ¿impresionará suficientemente su corazon? ¡Ah! No, no: nada de esto es bastante pa-

(1) Era huesped y no me hospedasteis. Matth. 25, 43. — Ejercitad la hospitalidad los unos con los otros sin murmuracion. 1 Petr. 4, 9.

(2) No faltes en el consuelo á los que lloran, y anda con los que lamentan. Eccli. 7, 38. — Rom. 12, 15.

ra consolar al hombre: otros motivos mas proporcionados á la dignidad de su ser y á la exigencia de sus necesidades son los que, en medio de todos ellos, podrán sostener su espíritu reanimando su valor. Es necesario, en una palabra, ponerle delante la perspectiva de un porvenir cierto en que la virtud paciente recibirá de un Dios infinitamente bueno las recompensas prometidas á la perseverancia, independientes de la voluntad de los hombres y del capricho de la fortuna. Alejad del miserable esta esperanza halagüeña, y solo le quedará la desesperacion.

El pobre, la viuda, el huérfano, y cuantos por su humilde condicion, por la debilidad de su sexo ó edad se hallan mas expuestos á el engaño y á la opresion, estan puestos por la Providencia bajo la especial proteccion de los que tienen medios para socorrerlos (1). Las leyes que se dictaron para su proteccion no siempre son suficientes; y tal vez los tutores que estas mismas les dan se ocupen los primeros en despojar á sus pupilos por la violencia ó por el engaño. Un celo aparente sorprenderá á su confianza; y, si no se les tiende una mano protectora, si no se les advierte, si no se les aconseja, si no se les apoya, y si, quitándoles la mascarilla, no se intimida á sus opresores, sabrán ocultarse con tanta destreza, que será muy difícil descubrir sus marañas; y el ministerio público encargado de

(1) Libra á aquel que padece injuria de mano del soberbio. Eccli. 4, 9. = Aprended á hacer bien, buscad lo justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended á la viuda..... y..... si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos..... mas si no quisiereis y me provocareis á enojo la espada os devorará..... Isai. 1, vv. 17, 18, 20. = La religion pura y sin mancilla delante de Dios Padre es esta: visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionados de este siglo. Jac. 1, 27.

velar en la defensa del pupilo, siéndole imposible actuarse de todo, ó no siendo excitado, se mantendrá en inaccion, ó vendrán á ser inútiles sus pesquisas. Y entonces ¿quién salvará á este pequeñuelo que perece (1)? ¡Ah! Tal vez algunas horas sustraidas al ocio, y cuando mas algun pequeño socorro, que en nada disminuiria tu fortuna, podria bastar para su remedio. ¡Cuántas veces vosotras, almas sensibles, solicitadas de la compasion por todas partes, cuántas veces habreis sido tentadas á murmurar contra el cielo porque no os dió bienes que repartir! Pues sabed que cuando conservais los bienes de un huérfano es lo mismo que si le dieseis un patrimonio entero

Observaciones sobre la preeminencia de los deberes.

Hay en el órden de los deberes, asi como en las leyes de la naturaleza, cierta subordinacion que regula, por decirlo asi, las preeminencias. La ley natural que recibimos de Dios, Monarca Soberano del universo, de cuya voluntad santísima reciben su sancion las leyes humanas, debe ser la primera entre todas las demas. No hay autoridad que pueda dispensarnos de su fiel observancia: ningun interés, ningun motivo puede facultarnos para traspasarla (2).

Siendo *el amor de Dios* el primer precepto de esta ley, todos los demas deben depender y referirse á este (3). No hay deber alguno que pueda compararse con

(1) Lidia por la justicia en favor de tu alma, y hasta la muerte combate por la justicia, y Dios peleará por ti contra tus enemigos. Eccli. 4, 33.

(2) ..... es menester obedecer á Dios antes que á los hombres. Act. 5, 29.

(3) Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza. Deut. 6, 5.—Matth. 22, 37.

este primer deber. No hay ventaja alguna que pueda igualar al bien sumo que nos proporciona su cumplimiento; y por consiguiente todo afecto que se le oponga será desordenado, como que contradice á la primera de todas las leyes.

El amor de Dios ha de reglar el amor propio, pues solo por medio de la observancia fiel de sus preceptos es como podremos alcanzar nuestra felicidad, que es á lo que aquel nos inclina. Debemos, pues, *ante todas cosas buscar la justicia* (1). El amor, el deseo de los bienes terrenos debe ajustarse de manera que no ofenda á el amor al Bien Supremo, ni á los principios de la ley que modera aquel deseo, y prescribe el uso que debemos hacer de ellos (2).

El amor de nosotros mismos, que ha de ser la regla del amor del prójimo, nos enseña que debemos proporcionarle los bienes del alma con preferencia á los que se dicen de fortuna, y á no preferir jamás al amor de Dios, que es al mismo tiempo el amor de nosotros mismos, el amor y benevolencia de los hombres (3).

La misma ley dispone tambien el órden de los beneficios, segun las relaciones mas ó menos íntimas que tenemos con los hombres. Segun esta regla que se encuentra entre los sentimientos naturales, y que ha sido trazada por la Divina Providencia un esposo, una esposa, un hijo, deben ocupar el primer lugar. Los parientes, los bienhechores, los amigos siguen despues: luego los que estan bajo nuestra dependencia, y aquellos que por las circunstancias de su necesidad reclaman especialmente nuestra beneficencia, prefiriéndose el ciu-

(1) Matth. 6, 33.

(2) Y los que usan de este mundo como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo. 1 Cor. 7, 31.

(3) El que ama á padre ó á madre mas que á mí no es digno de mí. Y el que ama á hijo ó á hija mas que á mí no es digno de mí. Matth. 10, 37.

dadano al extranjero; pero sin que dejemos á unos sin lo necesario por acudir á otros con demasía. La liberalidad indiscreta no ha sido jamás virtud.

En este órden de beneficencia brilla la economía admirable de la Providencia, que habiendo derramado con profusion los bienes sobre la tierra, y distribuido al mismo tiempo por toda ella los desgraciados de todas clases, ha dado tambien á cada hombre inclinaciones y maneras diferentes como para mostrarle los auxilios que debe prestar; y que si lo ha estrechado con ciertas clases de ciudadanos por las relaciones de pariente, de amigo, de criado ó de amo, en fin, de un prójimo mas ó menos distante, ha sido para indicarle por esta gradacion el órden con que debe repartir sus beneficios. Confórmense todos con estas miras benéficas de la sabiduría infinita, y distribuyéndose asi con mayor proporcion los beneficios, la humanidad se hallará tambien mas socorrida.

CAPÍTULO II.

DEBERES PARTICULARES DE CIERTAS CLASES DE CIUDADANOS, CUYAS RELACIONES INFLUYEN DE UN MODO ESPECIAL EN EL BIEN DE LA SOCIEDAD.

Asi como la diversidad de los miembros y las relaciones que tienen entre sí forman la belleza, la fuerza, y la armonía del cuerpo humano, asi tambien de la variedad de condiciones y fortunas resulta el órden del cuerpo social (1). La sana moral, pues, no debe aspi-

(1) Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operacion.—Asi muchos somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno miembro los unos de los otros. — Mas tenemos dones diferentes..... Rom. 12, 4, 5, 6.

rar á igualarlas todas, sino á conservarlas en equilibrio bajo las leyes de la justicia y de la humanidad, y á estrecharlas por los lazos de la beneficencia, impulsando todos los miembros hácia el bien público, y haciéndoles conocer que sobre él descansan sus intereses particulares (1). De este gran principio se derivan los deberes de todos los estados. Estos los dividiremos en tres clases de ciudadanos, cuyas relaciones tienen mayor influencia sobre las costumbres públicas. Los primeros son aquellos que se hallan unidos por las inclinaciones del corazon, como los casados y los amigos: los segundos por los vínculos de la sangre, como padre, madre, hijos; y los terceros por subordinacion, como los príncipes y los vasallos, los amos y los criados. Examinemos los deberes propios de cada uno de estas clases.

ARTÍCULO I.

Deberes de los casados y de los amigos.

El Criador infinitamente sabio no instituyó la sociedad del hombre y mujer para que se entregasen á satisfacer brutalmente el instinto animal, sino que lo hizo con el fin de proveer á la propagacion del género humano, á la educacion de los hijos, á las necesidades de las familias, y á la honestidad de las costumbres

= Y si todos los miembros fuesen uno ¿dónde estaria el cuerpo?.... Y el ojo no puede decir á la mano, no te he menester, ni tampoco la cabeza á los pies, no me sois necesarios. 1 Cor. 12, vv. 19, 21.

(1) ¿Fuiste llamado siendo siervo? No te dé cuidado; y si puedes ser libre aprovéchate mas bien..... Pues cada uno, hermanos, estése delante de Dios en aquello que fue llamado. 1 Cor. 7, vv. 21, 24.

públicas (1): así es que todas las obligaciones que les impuso caminan á este fin.

El estado del matrimonio ofrece al hombre una carrera nueva: su entrada se halla coronada de flores, pero el camino está sembrado de espinas (2). Una sociedad tan indisoluble, tan íntima que obliga á los dos esposos á partir sus cuidados y sus penas, y á hacer de consuno el bien recíproco: esta sociedad, digo, que encierra obligaciones tan sagradas y tan permanentes, exige de los socios la mas constante fidelidad para soportar las cargas y cumplir con sus deberes. Es preciso meditar despacio antes de abrazar tan séria determinacion, para que así sea la eleccion razonable, y nó nos veamos despues expuestos á arrepentimientos inútiles. La virtud sola será la que afiance la fidelidad y el cumplimiento de los demas deberes conyugales, sin que de otra manera pueda haber union alguna que sea dichosa ni durable (3). La virtud, pues, es lo primero á que en

(1) Pues aquellos que abrazan el matrimonio da manera que echan á Dios de sí y de su mente, y se entregan á su pasion como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento: sobre los tales tiene potestad el demonio..... tú recibirás la doncella en temor del Señor, llevado mas bien del amor de tener hijos que de la pasion, para que consigas en los hijos la bendicion reservada al linaje de Abraham. Job. 6, 17, 22. = Cásese con quien quiera, con tal que sea en el Señor. 1 Cor. 7, 17,

(2) ..... Pero los tales (*los que se casan*) quebranto tendrán de la carne..... 1 Cor. 7, 28.

(3) No hables mucho con el necio, ni te vayas con el insensato. — Guárdate de él y hallarás reposo, y no te acedarás con su necedad..... — Es mas fácil de llevar la arena y la sal y una masa de hierro que á un hombre imprudente y fatuo é impío. — La trabazon de madera que está bien ligada en el cimiento de un edificio no se disolverá: así tampoco el corazon que está afirmado con

la eleccion debemos atender; y como la contrariedad de carácter nos pondria á pruebas terribles, es preciso procurar tambien la conformidad de los gustos é inclinaciones: debe asimismo hacerse de la desproporcion de la edad ó de nacimiento, porque mediando esto por lo comun se separan las voluntades, ó no suplirse por otra superioridad de mérito capaz de inspirar respeto y confianza recíproca. Si tus bienes no sufragan para las cargas del nuevo estado, busca una compañera que te ayude con los suyos. ¿Mas tienes los bastantes? Pues no calcules ya sobre este particular; y aun seria laudable y ventajoso á ti mismo el hacer la dicha de un esposo, ú esposa que no aportase á la comunion de bienes mas que su propia virtud, pues su reconocimiento seria un nuevo lazo con que estrecharias su afecto (1). La virtud pobre es un tesoro que enriquece, y empobrece el partido rico cuando lleva consigo el gusto á las frivolidades y el amor á los placeres (2). El exterior agradable suele ser lazo muchas veces: el hombre amable no siempre es un buen marido. Una mujer bella es comunmente una esposa incómoda (3): se apetece su

el pensamiento del consejo. Eccli. 22, 14, 15, 16, 18, 19. = El camino de los pecadores está pavimentado de piedras; mas su fin infiernos, tinieblas y penas. Eccli. 21, 11. = No hay paz para los impíos, dice el Señor. Isai. 48, 22. = Mas el fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, — mansedumbre, fé, modestia, continencia y castidad. = Gal. 5, 22, 23.

(1) Quien buena mujer halla, halla un bien, y recibirá contentamiento del Señor. = Prov. 18, 22.

(2) La mujer sabia edifica su casa; mas la necia aun la fabricada destruirá con sus manos. Prov. 14, 1.

(3) Como anillo de oro en el hocico de una cerda es la mujer hermosa y fátua. Prov. 11, 22. = Engañosa es la gracia, y vana la hermosura: la mujer que teme al Se-

trato social, mientras que se la teme en los asuntos ú ocupaciones domésticas. No dejarán, pues, las pasiones de preparar disgustos cuando tuvieron la parte principal en la eleccion de los esposos; porque no siendo estables nuestros deseos, tampoco será constante la inclinacion que ellos inspiraron. La ilusion ó desenfrenado entusiasmo del amor está muy vecino al disgusto (1); y aun las mismas complacencias que parecia debian fijar el corazon sirven con el tiempo para resfriarlo por medio de la desconfianza; y entonces es cuando cambia la escena, cesa la ilusion, las cualidades amables desaparecen, los defectos principian á notarse; hácense tanto mas incómodos, cuanto son mas frecuentes y menos se procura reprimirlos; entonces las protestas solemnes que se hicieron no sabrán ya dominar la inconstancia del corazon, aprendiéndose, aunque tarde, que los bienes que se buscaron por medio de una alianza opulenta no equivalian á la libertad perdida; y que solo las buenas costumbres pueden fijar el corazon por el aprecio, y proporcionar una dicha durable (2).

ñor esa será alabada. Prov. 31, 30. = Toda malicia es muy pequeña en comparacion de la malicia de la mujer: la suerte de los pecadores caiga sobre ella. — Como subida arenosa para los pies del viejo, asi la mujer parlera para un hombre quieto. No mires la hermosura de la mujer, y no codicies á una mujer por su hermosura. Grande es la ira de la mujer, y el desacato y la confusion. = Eccli. 25, 26, 27, 28, 29.

(1) Amnon tomó un odio grande á su hermana. Thamar despues de haberla torpemente ofendido la echó de su casa, y no pudo sufrir mas su presencia. 2 Reg. 13.

(2) Con la sabiduría se edificará la casa, y con la prudencia se afirmará. Prov. 24, 3. = La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz.... — Y me vinieron todos los bienes juntamente con ella, é innumerable riqueza por sus manos. Sap. 7, 10, 11.

Procurad, pues, conocer los hombres, y mejor todavía las mujeres, antes de fijar vuestra eleccion; pero no formeis juicio de sus cualidades cuando las circunstancias hacen que se presenten á la observacion de los demas, porque entonces por la prevencion se obra de modo diferente. Siempre tendré por sospechosa una virtud de mucho aparato, pues ordinariamente es mas brillante el exterior de las cosas que su entidad ó naturaleza: reparad si no cómo el disimulo deja señales bien sensibles al través del velo que le ocultaba. Pero ¿y por qué han de ser precisas tantas precauciones para evitar el engaño? ¡Ah! si al matrimonio se llevase la buena fé por lo menos de que se glorian las sociedades comerciales, bastaria abrir los ojos para precaverse; pero lejos de esto la sociedad conyugal parece ser la única en que está permitido engañarse para hacerse asi recíprocamente desgraciados.

Contraido el vínculo no es tiempo ya de entregarse á reflexiones melancólicas que solo servirian de hacer el yugo mas pesado. Lo que conviene entonces es decidirse á llenar exactamente las obligaciones que habeis contraido, á conservar la paz en vuestra familia, velar sobre vuestros intereses, procurar el órden, y atender á la educacion de vuestros hijos.

Aunque el matrimonio establece cierta igualdad entre los dos esposos, no obstante, la Providencia ha determinado el lugar que cada uno debe ocupar, señalando los derechos que respectivamente les pertenecen. A el hombre le ha dotado de una alma mas fuerte, de una constitucion mas robusta, de un espíritu mas extenso y reflexivo, y de un juicio mas sano, y por decirlo asi, mas racional. Conforme á estas cualidades es tambien la intervencion que le conviene en el gobierno y direccion de los negocios (1), intervencion reconocida

(1) Pues yo no permito á la mujer que enseñe, ni que tenga señorío sobre el marido, sino que esté en si-

por todos los pueblos. Todos los asuntos exteriores son de su competencia. La mujer junta, con un juicio mas vivo, los atractivos del agrado, que á su vez y por lo comun la dan un imperio todavía mas efectivo; y como su ingenio es mas á propósito para entender en las cosas mas pequeñas, la corresponden todas las interioridades del manejo de la casa (1).

Mas debe tenerse presente que en todo género de mando la autoridad, á ejemplo de la de Dios de que procede, ha de gobernar en cuanto sea posible sin hacerse sentir; y la superioridad del marido lejos de concederle un poder arbitrario, le impone una obligacion mas estrecha de disimular la ligereza de un sexo que, siendo naturalmente mas débil que malo, tiene tambien mayor derecho á la indulgencia (2). Debe, pues, el

lencio..... Adan no fue engañado, mas la mujer fue engañada. 1 Tim. 2, 12, 14.

(1) Mujer fuerte ¿quien la hallará? lejos, y de los últimos confines de la tierra su precio. — Confia en ella el corazon de su esposo, y de despojos no tendrá necesidad. — Le dará el bien y no el mal en todos los dias de su vida. — Buscó lana y lino y lo trabajó con la industria de sus manos. — ..... — Y se levantó de noche, y dió la porcion de carne á sus domésticos, y los mantenimientos á sus criadas. — ..... no se apagará su candela durante la noche. — Echó su mano á cosas fuertes, y tomaron sus dedos el huso. — ..... — No temerá para los de su casa los frios de la nieve; porque todos sus domésticos vestidos estan de ropas dobles. — Abrió su boca á la sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua. — Consideró las veredas de su casa, y no comió ociosa el pan. Prov. 31, vv. 10, 11, 12, 13, 15, 18, 19, 21, 26, 27.

(2) Asimismo las mujeres sean obedientes á sus maridos..... como Sara obedecia á Abraham, llamándole señor..... Y los maridos asimismo habitando con ellas segun ciencia, tratándolas con honor, como á vaso mujeril mas flaco. 1 Petr. 3, 1, 6, 7.

hombre amar verdaderamente á su esposa aunque sin bajeza (1): ha de disimular sus frivolidades para no turbar la paz; pero cuidando de que las condescendencias no cedan en perjuicio de las sanas costumbres; y sobre todo ha de procurar no despojarse de aquella autoridad que es necesaria para conservarlas (2). En vano intentaria recobrarla una vez perdida: si se dejó dominar, es preciso resolverse á obedecer. Y como el poder usurpado se hace siempre opresivo, la mujer acabaria infaliblemente por avasallarle (3). El convencimiento de su propia debilidad que la hace buscar un apoyo en la persona de su marido, solo la inspira el desprecio cuando llega á conocerle bastante débil para dejarse subyugar (4). Pero por otra parte vendrá á ser una dominacion bárbara la autoridad del hombre si se vale de ella para oprimir. De cualquiera parte, pues, que vengan las injurias debe emplearse desde luego para corregirlas la via del ruego, el tono de la blandura, y el ejemplo de una virtud constante (5). No es ra-

(1) Casadas, estad sujetas á vuestros maridos como conviene en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres y no seais desabridos con ellas. Col. 3, 18, 19.

(2) No des á la mujer poder sobre su alma, porque no se levante contra tu autoridad y quedes avergonzado. Eccli. 9, 2.

(3) Si la mujer tuviere la autoridad, será contraria á su marido. La mujer mala es corazon abatido, y cara triste, y llaga del corazon. Eccli. 25, 30, 31.

(4) En otro tiempo las mujeres decian *nosotros*: mas en el dia dicen *yo*, *mis tierras*, *mi casa*, *mi dinero*, *mi criado*. Lenguaje que ha dejado de ser risible desde que por el uso perdió lo que tiene de ridículo.

(5) Y finalmente sed todos de un mismo corazon, compasivos, amadores de la humanidad, misericordiosos, modestos, humildes. — No volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendicien-

ro que habiéndose por estos medios granjeado el cariño y estimacion de un marido injusto, consiga por fin la mujer virtuosa enmendarle, ni que el marido prudente acierte asi á curar los caprichos de su mujer (1).

Mas ¿no se quiere disimular? ¿no se quiere perdonar? Pues será preciso contradecir eternamente: las contradicciones llevarán á los altercados: estos á las injurias: de aquí se pasará á la indiferencia, á el odio, y, á Dios para siempre la paz (2). Si por la buena crianza, y las consideraciones del respeto humano se reprimen estos resentimientos por temor á la publicidad, estallarán con nueva y mayor violencia, cuando no tengan que temer la presencia de ningun testigo, cuando á solas se encuentren en libertad. Y ¿será posible que no se quiera todavía buscar remedio por otra parte á los enfados domésticos? ¡Ah! que por lo menos se contengan á la vista, al borde del precipicio (3), y que se

do: pues para esto fuisteis llamados, para que poseais bendicion por herencia. — Porque el que quiere amar la vida, y ver los dias buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño. — Apártese del mal, y haga bien: busque paz y vaya en pos de ella. 1 Petr. 3, 8, 9, 10, 11.

(1) Porque ¿dónde sabes tú, mujer, si salvarás al marido? ¿ó dónde sabes tú, marido, si salvarás á la mujer? 1 Cor. 7, 16.

(2) El corazon perverso será agravado con dolores, y el pecador añadirá pecado á pecado. — La sinagoga de los soberbios no tendrá sanidad..... Eccli 3, 29, 30. = En la congregacion de los pecadores arderá mucho el fuego. Eccli. 16, 7. = La junta de los pecadores es un monton de estopa, y la consumacion de ellos llama de fuego. Eccli. 21, 10.

(3) Porque hoya profunda es la ramera, y pozo angosto la ajena. — Acecha ella en el camino como ladron, y matará á los que viere incautos. Prov. 23, 27, 28. — Y hallé mas amarga que la muerte á la mujer, la cual es lazo de cazadores, y red el corazon de ella, prisiones son

tenga presente que la infidelidad, á los empeños contraidos es un sacrilegio, que al mismo tiempo atenta á los derechos de los casados, y á las costumbres públicas. En vano se esperará que á fuerza de repetirse el crímen pierda su infamia á los ojos de los hombres: en vano el seductor querrá ocultar su propia vergüenza al que injurió: en vano una odiosa parcialidad absolverá á una esposa infiel porque ella perdone á su cómplice; pues no hay prescripcion contra la regla de las costumbres (1); y la infraccion de esta ley santa será siempre acreedora á el odio de los ciudadanos y á la correccion de la vindicta pública. Si, pues, quereis evitar las caidas en tan feo crímen evitad las ocasiones (2), y nunca confieis en los sentimientos del honor para defenderos contra las inclinaciones que arrastran hácia el precipicio. Daos priesa á romper aun las mas honestas relaciones tan luego como principien á cautivar el corazon: es demasiado resbaladizo el terreno para poderse man-

sus manos. El que agrada á Dios huirá de ella; mas el que es pecador preso será de ella. Eccli. 7, 27.

(1) Los adúlteros..... no heredarán el reino de Dios. 1 Cor. 6, 9, 10.

(2) No mires á mujer que quiere á muchos, porque no caigas en sus lazos. — No frecuentes trato con la bailarina, ni la escuches, porque no perezcas con su eficacia. — No pongas los ojos en la doncella, porque no tropieces en su belleza. — ..... — No derrames la vista por las calles de la ciudad, ni andes vagueando por sus plazas. — Aparta tus ojos de la mujer ataviada, y no mires curioso la hermosura ajena. — Por la hermosura de la mujer se perdieron muchos: y de aquí la concupiscencia se enciende como fuego. — Toda mujer que es fornicaria será hollada como el estiercol en el camino. — Muchos admirando la belleza de la mujer ajena se hicieron réprobos, porque su trato enciende como fuego. Eccli. 9, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11.

tener firme en él por mucho tiempo. El amor ordinariamente comienza por las demostraciones de respeto, y las confianzas de la amistad. El sexo mas débil es tambien demasiado incauto para defenderse de los lazos; y cuando el amor propio ha conseguido algunas ventajas prescinde fácilmente de los sentimientos que las han inspirado. Una mujer no deberia olvidar jamás que se la deja de estimar desde el mismo momento en que se tuvo libertad para decirla *que se la ama.*

El medio mas seguro de evitar las infidelidades es el estrechar los lazos de la concordia con las atenciones y con las condescendencias de un afecto recíproco; pero dirigido por las reglas de la decencia, pues para amarse siempre es preciso tambien respetarse siempre. Las condescendencias pedirán sin duda algunos sacrificios; pero el que los haga conseguirá tambien la ventaja de mostrarse digno de aprecio, y de hacerse por lo comun amar. Despues de esto aun queda acaso lo mas difícil, pero que la prudencia lo aconseja: esto es, tener ánimo bastante para callar. Las quejas sacadas á plaza no producen mas efecto que publicar los secretos de las familias. La mediacion de personas extrañas suele á veces abusar indiscretamente de las confianzas, y muy pocas sirve para unir las voluntades. Yo no condenaré, sin embargo, la virtud oprimida á gemir eternamente bajo un yugo de hierro: la opresion debe tambien tener su termino; y si despues de haber apurado todos los recursos de la moderacion y prudencia para hacerla cesar el mal se aumenta, es permitido, oyendo á personas que por su cordura puedan aconsejar, es permitido, repito, el separarse; mas cuidando de que esta separacion se haga con tal reserva y prudencia que deje ocultos bajo velos impenetrables los desórdenes que la motivan. No es raro en tales casos irrogarse injurias verdaderas por disculparse ó vindicarse de las que no se habian cometido.

La sociedad de los amigos puede entrar despues de la de los casados; y aunque es menos importante que esta, no deja por eso de tener sus inconvenientes cuando la eleccion se hizo sin discernimiento (1). La amistad nace de la estimacion, de la conformidad de inclinaciones y de principios, suponiendo ordinariamente cierta proporcion de cualidades. Rara vez los que pertenecen á clases muy elevadas tienen el alma bastante noble para bajarse hasta nosotros, y para preferir las dulzuras de la amistad á los inciensos que se dispensan á la preeminencia de su rango.

Nada mas comun entre los hombres que el nombre de amigo, y nada mas raro al mismo tiempo que la verdadera amistad. Hay amigos de pasatiempo, amigos de ostentacion ó lujo, amigos de fortuna; mas todos estos amigos no merecen este nombre. El interés y el amor propio que los une los separa tambien á la vez (2): serán oficiosos mas de lo que pide la amistad porque no amarán la justicia (3); y todo aquel que no respete sus leyes estará pronto á violar los derechos de la amistad, siempre que halle interés en hacerla traicion (4). El que aplaude todas mis cosas rara vez será sincero; y el hombre falaz jamás debe merecer mi confianza (5). El

(1) Si te haces con un amigo, hazte con él en la prueba, y no te fies de él fácilmente. Eccli. 6, 7.

(2) Porque hay amigo segun su tiempo, y no durará este en el tiempo de la tribulacion. — Y amigo hay que se torna enemigo; y hay amigo que descubrirá su odio y contiendas é injurias. — Y hay amigo compañero de la mesa, y que no permanecerá en el dia de la necesidad. Eccli. 6, 8, 9, 10.

(3) Los que dicen á el impío: justo eres: los maldecirán los pueblos..... Prov. 24, 24.

(4) Hijo mio, si te halagaren los pecadores, no condesciendas con ellos. Prov. 1, 10.

(5) Mejor es el ladron, que el hombre habituado á

que ligeramente contrae amistad la deshace del mismo modo; y el amigo de todos no lo es de nadie; pues cuanto mas sinceramente se pretende cumplir las obligaciones, tanto mas circunspectamente se entra en ellas. Habrá alguno, por el contrario, que al principio manifieste indiferencia en todas las cosas, y despues que haya captado tu estimacion, faltará á todas sus promesas: otro se dará priesa á solicitar tu amistad y á granjearse tu afecto, y tú te pagarás desde luego de sus frecuentes visitas, de sus elogios, de su cuidado en complacerte; pero espera un momento y verás cómo él reputa hacerte un servicio con sus demandas (1). Los grandes se hallan como asediados de amigos porque tienen que repartir; pero si la fortuna falta tambien estos amigos se eclipsarán (2), mientras que los verdaderos que fueron suplantados acudirán prontamente al socorro. Los antiguos amigos son los mas seguros, pues se les tiene mejor conocidos y experimentados: el continuado trato les da, digámoslo asi, cierta consistencia (3). El que permanezca fiel en las desgracias y no se avergüence de ser tu amigo en circunstancias que ni mostrarse tal parecia permitido: el que os tendió la mano en la adversidad; el que en la elevacion conserva el tono de la amistad (4); todos estos amigos generosos

mentir. Mas ambos heredarán la perdicion. Eccli. 20, 27.

(1) Un amigo se conduele con su amigo por causa de vientre..... Eccli. 37, 5.

(2) Las riquezas multiplican mucho los amigos; mas del pobre, aun aquellos que tuvo se separan. Prov. 19, 4. = El compañero alégrase con el amigo en las diversiones: y en el tiempo de la afliccion será tu adversario. Eccli. 37, 4.

(3) No abandones el amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él. — Vino nuevo, el amigo nuevo..... Eccli. 9, 14, 15.

(4) El que es amigo ama en todo tiempo; y el hermano se experimenta en las angustias. Prov. 17, 17.=

que han resistido á las mas fuertes pruebas, se han hecho tambien acreedores á tu estimacion con preferencia; pero tales amigos solo los hallarán aquellas almas honradas que practican la virtud (1).

La honradez es la primera ley de la amistad. La sociedad de los malos no será otra cosa que un comercio de iniquidad ó de especulacion (2). Cuanto mas se traten, menos se amarán, porque cada vez se conocerán mejor: cuando aparentan afligirse por las desgracias del amigo, entonces mismo se estan secretamente regocijando con el placer maligno de ver humillado al poderoso, ó cuando no sea porque asi tienen un rival menos que temer. El hombre de bien, justo, humano, veraz, nunca ciertamente tendrá ánimo de perjudicarte; pero es necesario que sea tambien desinteresado, oficioso y complaciente para merecer el título de amigo, y aun

Guarda fidelidad á tu amigo en su pobreza para que tambien te alegres en sus bienes. Eccli. 22, 28. = No olvides en tu corazon á tu amigo, y en tus riquezas acuérdate de él. Eccli. 37, 6.

(1) El amigo fiel es una defensa fuerte; y quien lo halló, halló un tesoro. —Nada hay comparable al amigo fiel, y no es digno el oro ni la plata de ponerse á peso con la bondad de la fé de él. — El amigo fiel es un medicamento de la vida y de la inmortalidad; y los que temen al Señor lo hallarán. — El que teme á Dios, igualmente tendrá buena amistad, porque conforme á él será su amigo. Eccli. 6, 14, 15, 16, 17.

(2) En la congregacion de los pecadores arderá mucho el fuego, y en la gente incrédula se encenderá la ira. Eccli. 16, 7. = ¡Bienaventurado el varon que no se encontró en junta de impíos!.... Ps. 1, 1. = No traigais yugo con los infieles. Porque ¿qué comunicacion tiene la justicia con la injusticia? O ¿qué compañía la luz con las tinieblas?.... Por tanto salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo que es inmundo. 2 Cor. 6, 14, 17.

asi podrá dañarte sin intencion, si le falta ser discreto. Tal vez le querrias ademas generoso, de talento, agradable, &c., &c.: mas no exijamos tanto de los hombres si no queremos vivir aislados. La amistad tiene como la virtud sus apariencias: es necesario por tanto distinguirlas, y saber, por decirlo asi, calcular los hombres para colocar nuestra confianza (1). Habrá quien te aconseje y no quiera franquearte sus facultades: otro te servirá con su crédito, y rehusará al mismo tiempo ayudarte con sus bienes de fortuna; y muchos se limitarán á lamentar contigo tus desgracias; y ¡ojalá que sus sentimientos sean sinceros! Mas ¿qué ha de hacerse? Contentémonos con lo que cada uno quiera darnos, sin olvidar que quizá seriamos injustos en murmurar, porque no temamos motivo para que se nos diese mas.

Formar el corazon y el espíritu por el ejemplo de las virtudes y la comunicacion de las luces, gozar de un trato agradable, de una libertad honesta inspirada por el afecto y la estimacion, referir sus penas depositándolas en el seno del amigo, doblar su dicha partiéndola con él, ayudarse mútuamente con sus consejos, con su crédito y con sus bienes, hé aquí las principales ventajas que ofrece la amistad, las mismas que determinan sus deberes. Una amistad sin interés seria una amistad imaginaria. Si la humanidad quiere el bien de todos, la amistad ordena preferencias, prescribe cuidados particulares, los inspira, sugiere medios, y todo lo facilita por los conocimientos individuales que nos suministra de la situacion de nuestro amigo, y por la libertad que ella misma nos concede para obrar.

Siéndonos impenetrable el interior del corazon humano, es preciso que los hombres se contenten con las

(1) Ten paz con muchos, y sea tu consejero uno de mil. Eccli. 6, 6.

apariencias, las cuales reducidas á cierta regla forman, por decirlo asi, el código ceremonial de la sociedad. Esta es la moneda falsa que corre, que cada uno toma por lo que vale, y todos, como por un convenio, estan precisados á darse con ella por satisfechos. Mas no asi la amistad verdadera: esta se vale de la franqueza en lugar de la falsa etiqueta, y sin faltar en nada á la sencilla y natural urbanidad, logra hacer dulce y agradable el trato de la vida. Estando asegurados de la voluntad debe prescindirse de todo lo demas. Si la amistad quiere descender á pequeñeces, exige mucho, y viene á ser incómoda. No esperemos jamás hallar amigos sin defectos; y ¿por qué no sabremos disimularlos á los amigos estando obligados á hacerlo á todos los hombres?

Como la amistad da derecho á la confianza del amigo, seria una injuria usar para con él de excesiva reserva; pero de aquí se infiere que la confianza debe tambien tener sus límites. Las interioridades de otro no nos deben interesar (1), ni nuestros secretos deben tampoco participarse cuando son tales que deban permanecer ocultos (2), y el modo de que lo esten consiste en que solos nosotros seamos depositarios.

El servicio mas interesante de la amistad es darnos á conocer nuestros propios defectos (3), aunque por lo regular son solos nuestros enemigos los que nos dispensan este beneficio. Pero un enemigo los publica á voz

(1) El que descubre los secretos del amigo pierde el crédito, y no hallará amigo segun su deseo. Eccli. 27, 17. = Ama á tu prójimo, y únete á él con lealtad. — Mas si descubrieres sus secretos, no vayas en pos de él. Eccli. 27, 18, 19.

(2) No cuentes lo que sientes al amigo y al enemigo; y si tienes delito no lo descubras. Eccli. 19, 8.

(3) No respetes á tu prójimo en su caida. — Ni retengas la palabra en tiempo de salud..... Eccli. 4, 27, 28.

en grito y nos incomoda: el adulador los aplaude y adormece nuestros remordimientos (1); mas el verdadero amigo nos los dice al oido (2); y si nuestra obstinacion lo exige, se une á otros para vencerla, ó bien si es conveniente difiere la correccion, procurando aprovechar la oportunidad de hacerla (3). Mas para que tenga efecto es necesario hablar siempre al corazon, porque el corazon es el que hay que convertir: de otra manera el amor propio avergonzado ya de sus própias debilidades resiste el buen consejo, y aun toma aversion á el que se lo da para corregirle. Los oidos de los grandes acostumbrados á la adulacion, son demasiado delicados para oir la voz austera de la verdad que humilla. El mismo celo, pues, que nos inspira valor para decirla nos impone tambien la precision de conducirnos con prudencia, para que sin ofender su sensibilidad podamos darles avisos con utilidad. Alguno quizá despues de dado el primer paso malo reputará interesado su honor en continuar en su extravío antes que volver atrás; y en vez de acusarse á sí mismo estará dispuesto á acusar la franqueza del amigo que le avisó (4). La mayor

(1) El hombre que habla á su amigo con conversaciones halagüeñas y fingidas, red tiende á sus pasos. Prov. 29, 5.

(2) Mejores son las heridas del que ama, que los ósculos fraudulentos del que aborrece. Prov. 27, 6. = Mejor es ser reprendido del sabio, que ser engañado de la adulacion de los necios. Eccli. 7, 6.

(3) Por tanto si tu hermano pecare contra ti, ve y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano. — Y si no te oyere toma aun contigo uno ó dos para que por boca de dos ó de tres testigos conste toda palabra. Matth. 18, 15, 16.

(4) El necio no recibe palabras de prudencia: si tú no le hablares aquello que pasa en tu corazon. Prov. 18, 2. = La lengua falaz no ama verdad; y la boca resbala-

injuria para él será que otro tenga razon, y esta injuria se hará imperdonable, porque para otorgarse el perdon sería preciso aprobar el desórden. Solo el cortesano que tenga la bajeza de aplaudirle será el que gane su benevolencia; mas este tal será *maldito por el pueblo* (1). Ya hace mucho tiempo que por una triste experiencia deberian haber aprendido los grandes á desconfiar de semejantes apologistas, si no los fascinase el ciego amor propio. No se quejen, pues, de que no se les dice la verdad: acúsense de no tener el valor bastante para escucharla (2). Un corazon recto recibirá siempre un consejo prudente como un beneficio precioso (3): confesará su error por amor á la justicia (4): por su propia sensibilidad juzgará de la generosidad del que se atreve á mostrarle la verdad: sabrá disimular el disgusto que esto le ocasiona; y aun en pago de la franqueza perdonará los medios poco atentos de que quizá se haya valido para hacerle conocer el error (5).

Si el malo logró apoderarse de tu amistad, ó algun antiguo amigo no es ya digno de gozarla, no hagas alarde de una constancia indiscreta; pero tampoco de-

diza obra ruina. Prov. 26, 28. = El apestado no ama al que le corrige, ni va á buscar á los sabios. Prov. 15, 12.

(1) Los que dicen al impío: justo eres :: los maldecirán los pueblos. Prov. 24, 24.

(2) La doctrina es recia para el que deja el camino de la vida: el que aborrece las reprensiones morirá. Prov. 15, 10.

(3) Corrige al sabio y te amará. Prov. 9, 8.

(4) El justo es el primer acusador de sí mismo..... Prov. 18, 17. = El justo detestará la palabra de mentira: mas el impío avergüenza, y será avergonzado. Prov. 13, 5. = El camino del necio es derecho en los ojos de él; mas el que es sabio escucha los consejos. Prov. 12, 15.

(5) Compra verdad, y no quieras vender sabiduría, ni doctrina, ni inteligencia. Prov. 23, 23.

bes romper bruscamente los lazos: conténtate con desliarlos, pues no hay duda que seria peligroso el irritar al malo, cuando podria hacer uso de tus antiguas confianzas para satisfacer sus resentimientos con tu daño (1).

ARTÍCULO II.

Deberes de los padres y de los hijos.

Un cariño natural dicta bien claramente hablando al corazon de los padres cuales sean las obligaciones que tienen contraidas; y asi nos contentaremos con repetir aquí las lecciones que él les da.

La madre que se halla en cinta tiene una doble obligacion de atender á su existencia para no exponer la del fruto precioso que ella lleva. Hecha depositaria del alimento necesario para la conservacion de los dias de aquel á quien acaba de dar á luz, y dotada al mismo tiempo de una sensibilidad y afecto necesarios para los contínuos cuidados que aquel exige, ha querido la Providencia advertirle con esto aquello de que es deudora. Sin embargo los cuidados que parecian al principio una servidumbre se cambiarán á poco en un puro regocijo; y bien pronto servirán para inspirar en su hijo la ternura del cariño con que, pagando la solicitud de su madre, añadirá un nuevo lazo que estreche la concordia entre los dos esposos. Uno y otro viéndole crecer á su alrededor se llenarán de complacencia, trabajarán de consuno por su bien estar, se gozarán con sus entretenimientos, y se darán por satisfechos de su mútua solicitud. Los hijos que sobrevivan, criados á su

(1) No te hagas de amigo enemigo á tu prójimo, porque el malo heredará el improperio y la contumelia.... Prov. 6, 1.

lado como tiernos vástagos, se acostumbrarán desde sus primeros años á esta amistad franca é ingenua que conservan los cuidados diligentes y un mútuo amor, y que aumentándose segun pasan los dias podrá llegar á ser la defensa y apoyo de los padres contra los reveses de la fortuna (1). La madre que por entregarse á una molicie indolente rehusa recibir en su seno los primeros gritos del hijo que asi lo demanda, ejecuta con él una especie de inhumanidad en el momento mismo que acaba de darle á luz: pervierte con esto las miras de la Providencia, se priva á sí misma de las ventajas que la estaban reservadas, y encuentra algunas veces el castigo en consecuencias lamentables que la conducen al sepulcro. El niño que no puede esperar de una mercenaria el cuidado y vigilancia de madre, corre ademas el peligro de recibir un alimento dañoso; y si por una disposicion admirable de esta Providencia la mujer extraña llega con el tiempo á cobrarle una ternura maternal; si el niño corresponde con igual cariño, vendrá á ser esto una pérdida efectiva para la verdadera madre, que se verá defraudada de una gran parte del amor filial.

Los cuidados de la infancia se limitan al principio á solo lo físico, porque las necesidades no pasan de aquí. El niño vive en una agitacion contínua, y esta agitacion le es necesaria para el desarrollo de sus miembros, para adquirir fuerzas, agilidad y ligereza. Seguid en esto, á ejemplo de los médicos, las indicaciones de la naturaleza: si por el contrario oprimís los tiernos miembros, no será extraño que padezcan; y en vez de tomar aquella direccion que les convenia, se les obligue á que tomen quizá la que les es contraria. Padece el niño en la prision que se le tiene, y deseando verse libre lo

(1) El hermano ayudado del hermano es como una ciudad fuerte..... Prov. 18, 19.

dá á entender de la manera que le es posible: él llora cuando está fajado, y manifiesta alegria cuando se le restituye su libertad. La madre que no comprende este lenguaje atribuye á malignidad de su hijo aquella inquietud de que debiera acusarse á sí misma, y por efecto de su cruel impericia, despues de haberle tenido aprisionado por largo tiempo le da soltura, quizá cuando ya adquirió enfermedades, que muchas veces duran tanto como la vida.

A proporcion que se verifica el desarrollo y se va fortificando la constitucion, ensaya el niño sus fuerzas con carreras y saltos, que son como el preludio de otros juegos de mayor ejercicio, y que exigen mas fuerzas y valor. Luego vendrá el tiempo en que siendo ya capaz de reflexion apetecerá la quietud, y preferirá los entretenimientos tranquilos que dan lugar al discurso. Son tan distintos por sus inclinaciones el hombre de la infancia y el de la vejez, que seria monstruoso ver en el niño la calma de la ancianidad, y la inquietud de la infancia en el hombre viejo. Acomodaos, pues, á las exigencias de la edad: secundad sus primeras inclinaciones, permitiéndole el ejercicio inquieto y desasosegado, contentándoos solamente con reprimir el exceso y apartar los peligros: acostumbrad la juventud á una vida austera y frugal, pues el hombre habituado á una vida muelle y regalona será infeliz, y huirán de él todos los contentos tan pronto como sienta la menor privacion (1).

Mas habiendo sido criado el hombre para un fin digno de la excelencia de su naturaleza, en su educa-

(1) Dóblale la cerviz (*á tu hijo*) en la juventud, y golpéale los costados mientras que es niño, no sea que se endurezca, y no te crea, y cause dolor á tu alma.— Mas vale el pobre sano y recio de fuerzas que el rico débil y plagado de miseria. Eccli. 30, 12, 14.

cion debe cuidarse principalmente de hacerle conocer este alto fin á que está destinado. Al presentarse en el mundo ya tiene designado el punto que ha de ocupar: miembro de una familia, individuo de una grande sociedad, él está ligado bajo relaciones diferentes con la cadena inmensa del género humano; y á su vez le será preciso cumplir con los deberes de ciudadano, de padre, de esposo, de juez, de príncipe, segun el estado en que plugo á la Providencia colocarle. ¿Será un hombre oscuro, ó un personaje ilustre? ¿Pertenecerá al número de los afortunados, ó habra de gemir entre tantos desgraciados? ¿Será acaso un ciudadano inútil? La cizaña sembrada en un campo desgraciadamente fértil no podrá menos de producir muchos y muy malos frutos; pero si sobre un buen fondo se esparce el gérmen de las virtudes, producirá un hombre de bien, y tal vez un hombre eminente. La educacion resuelve casi siempre la suerte del hombre, y por lo mismo los padres son responsables de todo el mal que ella haya producido, y de todo el bien que se malogró y pudo conseguirse.

El niño tiene necesidad de aprenderlo todo, y todo quiere saberlo al mismo tiempo. La Providencia le ha dotado de la memoria, que es un prodigio ciertamente: el juicio ó discernimiento lo adquiere mas tarde y con lentitud; y sin embargo de que es mas racional de lo que parece, su razon distraida por la volubilidad de la edad obra, por decirlo asi, como de corrida. Seguid tambien en esto la marcha de la naturaleza: cultivad con diligencia su memoria, y no ejerciteis demasiado su discurso: aumentad insensiblemente sus conocimientos, excitando su curiosidad por medio de preguntas sencillas que le obliguen á reflexionar: observad con él: haced que las ideas nazcan como naturalmente: aplaudidle cuando discurra con rectitud, y mostradle el error cuando se engañe: responded en pocas palabras y

con claridad á sus preguntas, dejando siempre alguna cosa por decir para mover su curiosidad, y tener asi siempre que enseñarle. El discurso es todavía para él un alimento fuerte, y hariais que le cobrase astío sobrecargándole demasiado: es mucho mejor haber de repetirle la misma cosa en dos ó tres ocasiones diferentes: ayudad su razon, haciéndole concebir deseos de conocer la verdad, y asi sin llevarle por el medio penoso de la discusion lograreis formar poco á poco su juicio, cualidad esencial á todos los estados y en todas las circustancias de la vida, sin que haya otra capaz de sustituirla.

Necesario es cultivar y dirigir el juicio; pero aun es mas indispensable dirigir y formar el corazon; el hombre de bien será siempre bueno; pero el hombre de talento si llega á ser vicioso será por esto mas malo y perjudicial.

Para formar el corazon es necesario conocer primero el carácter ó genial, para procurar en seguida inclinarlo hácia aquellas virtudes que le son mas propias, y alejarlo de los vicios á que se nota mayor propension. Mas guardaos siempre de querer mudar su naturaleza, porque esto se consigue mal y dificilmente; y la nueva forma que pretenderiais darle serviria de frustrar las ventajas que de otra manera sacariais, pues jamás se representa bien el papel de un personaje que no es el nuestro. Contrariando los gustos se fatiga, se atormenta el talento, se oponen contínuos y penosos obstáculos á su desarrollo y al acrecentamiento de las virtudes; y acaso el que habia nacido para ser un hombre grande no llegará á ser mediano por haberlo conducido por distinto giro que aquel que le era conveniente. Instruid al mismo tiempo en sus deberes á el jóven discípulo: no separeis jamás de su alma el conocimiento del Soberano legislador, ni la ley suprema que tiene promulgada, y que es la antorcha que debe dirigirle en la carrera que va á comenzar. Que conozca ademas que este

primer legislador registra el fondo de los corazones, que castiga el crímen y recompensa la virtud; pues sin esto no le suministraríais motivos suficientes para evitar el mal y obrar el bien; y destituida la moral de una basa sólida en que descansar, vendria á tierra con las pretendidas virtudes de una probidad aparente luego que el hombre tuviese la luz suficiente de la razon para preguntarse á sí mismo ¿por qué título el sentimiento íntimo de la conciencia, á que llamamos Ley natural, habria recibido el derecho de mandarle, y de sujetar á la austeridad de sus máximas las inclinaciones y deseos de su propio corazon?

Un niño no concebirá, es verdad, la naturaleza de este primer Ser que ve todas las cosas por la inmensidad de su inteligencia, que todo lo ordena con su infinita sabiduría, y que todo lo puede y lo obra con la virtud omnipotente de su voluntad. ¡Ah! ¿qué entendimiento será capaz de comprenderle? ¿pero acaso este mismo niño comprenderá mejor la naturaleza de este *yo* que vive dentro de él, y que por lo mismo conoce con bastante claridad, para hablarle á él mismo, y para obedecer cuando se le manda obrar, hablar, callar, &c.? ¿Por qué, pues, no podrá tener tambien las nociones suficientes de este primer Ser, para obedecerle, para adorarle, para darle gracias, para amarle, aunque por otra parte no fuese capaz de definirle? Levanta, mi querido niño, levanta tus ojos hácia el cielo: repara en esos astros que brillan con tanta luz: en el sol y la luna que ruedan con tanta majestad á tu rededor: observa con qué regularidad se suceden los dias y las noches: ¿hay por ventura algun monarca tan poderoso sobre la tierra que pueda encender esas lumbreras del firmamento, trazarles su marcha por los aires, y hacerse obedecer constantemente?.... No le hay seguramente..... Existe, pues, un Señor invisible sobre todos los monarcas del universo, infinitamente poderoso,

cuyo imperio se extiende á todas las cosas. Repara en esos árboles que estan á tu lado, en esas plantas, en esas flores: observa su estructura, sus matices, su variedad: ¿será el acaso ciego el que los haya dibujado, quien los haya embellecido con tan vivos y variados colores? La tierra que les suministra los jugos convenientes á su nutrimento, que en cada estacion renueva constantemente sus producciones, y ella misma parece ser siempre nueva, ¿estará acaso dotada de inteligencia para ordenarlo todo con tanto discernimiento, y para obrar con tanta exactitud?.... De ninguna manera..... Es el monarca universal, quien todo lo dirige, y quien lo gobierna todo..... Pero ¿quién es este primer Ser á quien yo no veo? ¿Cómo puede él mismo ver si no tiene ojos? ¿Cómo obrar si tampoco tiene manos?.... Y no me dirás tambien, hijo mio, ¿quién es este *yo* que piensa dentro de ti, que manda á tu mano sin conocer los resortes que ha de mover, que se hace obedecer, y que sin embargo ni le ves ni puedes comprenderle? Infiérese de aquí que hay seres invisibles, de cuya existencia no puedes dudar, porque sientes sus operaciones, aun cuando no concibas su naturaleza. El primer Ser, por tanto, debe haber existido siempre, porque siendo sobre todas las cosas, nada ha podido existir antes que él. Debe ser infinitamente poderoso, pues reina sobre todo el universo con un imperio absoluto. Debe ser infinitamente sabio, pues manda con tanta sabiduría. Debe ser infinitamente bueno, pues nos colma de bienes: por tanto debes amarle con todo tu corazon, porque todo lo has recibido de él: tambien debes amar á los demas hombres, porque él los ama: debes honrarle por la observancia de sus divinos preceptos, por la práctica de las virtudes que ama, y por la fuga de los vicios que detesta. Este Señor debe recompensar la virtud y castigar el crímen en otra vida, pues siendo infinitamente justo, vemos que muchas veces no ejerce

su justicia en la vida presente (1). Este es el lenguaje de la naturaleza, y no hay niño alguno que llegando al uso de la razon no sea capaz de comprenderlo.

Las ideas que acabamos de expresar acerca de la Divinidad se insinuan tambien en el alma con los primeros principios de la moral; se gravan, se desarrollan, y, por decirlo asi, se identifican con el corazon y el talento, acompañando en todas partes al hombre para advertirle sus obligaciones (2); y si se extravia, al punto despiertan los remordimientos para volverle al camino recto que abandonó. No es necesario mas para conducir como por la mano á vuestro discípulo que os coloqueis á su lado, enseñándole con la práctica la aplicacion de las lecciones que le hubiereis dado, cuidando al reprenderle los vicios disimular las ligerezas, sin pretender jamás formar un hombre perfecto; pués todo lo pierde quien todo lo quiere (3). Cuando un campo por todas partes cria malas yerbas es preciso arrancarlas de continuo. Poned especial cuidado en notar aquellas inclinaciones que se dejan conocer en la edad tier-

(1) Vi debajo del sol en el lugar del juicio la impiedad, y en el lugar de la justicia la iniquidad. — Y dije en mi corazon: al justo y al impío juzgará Dios, y entonces será el tiempo de toda cosa. Eccles. 3, 16, 17.

(2) Hijo, desde tu niñez recibe la doctrina, y hasta las canas hallarás sabiduría. — Acércate á ella como aquel que ara y siembra y espera sus buenos frutos. — Porque en su obra un poco trabajarás, mas luego comerás de las producciones de ella. Eccli. 6, 18, 19, 20.

(3) Quien de recio aprieta la ubre para sacar leche, exprime manteca; y quien con mucha fuerza se suena saca sangre..... Prov. 30, 33. = Ni echan vino nuevo en odres viejos. De otra manera, se rompen los odres y se vierte el vino, y se pierden los odres. Mas echar vino nuevo en odres nuevos, y asi se conserva lo uno y lo otro. Matth. 9, 17.

na, en aquella edad en que el corazon todavía nuevo ignora el arte del disimulo: daos priesa á corregir las que fueren viciosas: advertid y reprended, mandad, y no cedais jamás á la obstinacion, pues sereis vencidos si dais á entender que retrocedeis á vista de la resistencia. *Redoblad vuestra vigilancia sobre la hija que no mira por sí misma* (1); mas *corregid sin perder la esperanza de la enmienda* (2). Formad el hombre de bien por amor á la virtud mas que por temor del castigo, pues á el hombre racional se le ha de guiar por la razon y por el convencimiento. Como se hayan echado buenos cimientos, el término de la educacion vendrá á ser el amor á la virtud. Por el contrario, el temor solo del castigo hace tímido al educando, pusilánime, disimulado: muchas veces irrita, y otras desalienta (3); y no teniendo otro motivo para apartarse del mal, nada será bastante para contenerle cuando haya salido de la dependencia. Acostumbradle sobre todo á ser veraz: tratadle con franqueza, é inspiradle, si es posible, confianza, para que oyéndoos con docilidad reciba bien vuestros consejos é instrucciones. Perdonadle cuando confiese sus faltas, y castigad severamente la mentira (4). Usad para corregirle de privaciones, cuidando siempre de que sean proporcionadas á la gravedad de la culpa. Sea siempre paternal el castigo, y acompañe á la misma serenidad el tono de la razon. La ira escandaliza, la razon ilustra y la amistad persuade.

Observad con especial cuidado las primeras amistades que contraiga. Naufragaria sin remedio la mas com-

(1) Eccli. 26, 13.
(2) Prov. 19, 18.
(3) Padres, no provoqueis á ira á vuestros hijos, para que no se hagan de ánimo apocado. Col. 3, 21.
(4) Los labios mentirosos son abominacion al Señor..... Prov. 12, 22.

pleta educacion con el trato de los malos (1), especialmente en una edad en que el mal ejemplo es todavía mas contagioso, por el apoyo que encuentra en la efervescencia de las pasiones que entonces principian á sentirse, siendo indudable que se contraen los hábitos, y hasta la manera de explicarse de las personas con quienes mantenemos una frecuente comunicacion. El vicio que al principio avergonzaba, pierde con la costumbre de verle una parte de su deformidad: mas adelante arranca una sonrisa el temor de desagradar; y finalmente, se concluye por avergonzarse hasta de parecer virtuoso. Que las madres, encargadas especialmente del cuidado de sus hijas, procuren apartar los peligros. Advertidas, por propia experiencia, de las redes que se tienden á su sexo, deben saber que las pasiones mas desenfrenadas tienen comunmente su orígen, en el amor á frivolidades, en el deseo de agradar y de ser preferidas. Mas por desgracia suele suceder que partiendo con una hija querida los testimonios de afecto que se tributan á la madre, no siempre cuida esta de las peligrosas impresiones que aquella puede recibir. Observad, pues, y daos priesa á romper las relaciones aun mas lisonjeras cuando pueden ser funestas, y no espereis á que el mal esté hecho para aplicar el remedio (2). La condescendencia es un homicida cuando es necesaria la severidad (3). Una vez apoderadas del corazon las pasiones, en una edad que hierve en deseos, y que mira cubierto de flores el borde del precipicio, le dominan bien pronto con tiranía, y entonces tienen que llorar las familias

(1) Apártate de lo inícuo, y se retirarán de tí los malos. Eccli. 7, 2.

(2) Proverbio es: el mancebo segun tomó su camino, aun cuando se envejeciere no se apartará de él. Prov. 22, 6.

(3) No escasees al muchacho la correccion; porque si le golpeares con vara no morirá. —Tú le sacudirás con vara, y librarás su alma del infierno. Prov. 23, 13, 14.

la deshonra de los desórdenes que por descuido no quisieron prevenir (1).

Pero cuidad sobre todo de que vuestras lecciones esten acordes siempre con vuestras obras. ¿Tú has dicho á tu hijo que la virtud es el principal mérito del hombre? Pues respeta en su presencia al hombre de bien, y no le hagas envidiar la suerte del malo, alabando excesivamente sus tratos, su fortuna, su nacimiento &c. (2). ¿Le has enseñado tambien que las cualidades agradables no valen tanto como las de estimacion ó mérito? Pues no le hagas un crímen del aturdimiento que te avergonzó, disimulando por otra parte crímenes que degradan al hombre, ni celebres tampoco una truanada como una agudeza de ingenio. ¿Tambien le habrás recomendado la modestia? Pues no le hables de sus títulos, de su nacimiento, de sus riquezas. Cuanto mas brillante haya de ser su destino, tanto mas necesaria ha de ser para él la afabilidad humilde y atenta; y mayor necesidad tendrá de que se le inculque la grande máxima de que «el último de los hombres le será superior si es mas virtuoso (3).» Que nada en-

(1) El que adoctrina á su hijo, loado será en él, y se gloriará en él en medio de los de su casa. Eccli. 30, 2.= Por las almas de los hijos atará sus heridas, y sobre toda voz se turbarán sus entrañas. — El caballo no domado sale duro; y el hijo dejado saldrá precipitado. — Halaga á tu hijo y te causará espanto: juega con él y te contristará — ..... — No le des libertad en la juventud, y no desprecies sus pensamientos. — ..... — Enseña á tu hijo, y trabaja con él porque no tropieces en su afrenta. Eccli. 30, 7, 8, 9, 11, 13.

(2) No envidie tu corazon á los pecadores..... Prov. 23, 17.

(3) No quieras despreciar al hombre justo pobre, ni quieras engrandecer al hombre pecador rico. — El grande, y el juez, y el poderoso está en honor; pero nadie lo está en mayor que aquel que teme á Dios. Eccli. 10, 26, 27.

cuentre en la casa paterna que no sea digno de su imitacion: que no vea, que no entienda cosa alguna que no apruebe la virtud; y ¡desgraciado de ti si por enseñarle el arte de agradar sofocas el encogimiento del pudor! Y ¡mas desgraciado todavía si eres tú quien le das el primer ejemplo del vicio! ¡Ah! ¿Cómo te atreverias despues á repetirle las lecciones de la virtud? ¿Cómo, con qué cara osarias luego reprender los desórdenes de que tú mismo eras el primer culpable (1)?

Las predilecciones introducen siempre la rivalidad y la discordia en las familias: destiérrense de la casa paterna. Aunque se merezcan no deben jamás manifestarse, á fin de que todos los hijos vivan en perfecta armonía; y creyendo tener la misma parte en el afecto paterno, se animen por una noble emulacion á hacerse cada vez mas dignos de él. ¡Ah! Y ¿qué es, por fin, lo que vosotros, padres ciegos, haceis cuando seducidos por las gracias tempranas, ó por el talento precoz que lisonjean vuestro amor propio, todo lo concedeis, todo lo disimulais á un hijo querido, guardando toda vuestra severidad para aquellos que aunque sus cualidades sean menos brillantes, no por esto son, tal vez, menos apreciables? Seguramente que os engaña vuestro cariño. Quisierais hacer feliz á vuestro hijo, y nada omitis para que sea vano, caprichoso, indolente, presumido, obstinado, y por consiguiente infeliz sin remedio, mientras que los otros acostumbrados á obedecer, probados por la contradiccion, y sin esperar cosa alguna de

(1) El que escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno, y le anegasen en el profundo de la mar. — ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas ay de aquel hombre por quien viniere el escándalo. Matth. 18, 6, 7.

la condescendencia paternal, aprenderán fácilmente á soportar los reveses de la vida, haciéndose recomendables por un verdadero mérito.

Si las ocupaciones de vuestro estado os impiden entregaros á los asíduos cuidados de la educacion, confiad la de vuestro hijo á una de las casas de enseñanza en que con preferencia se atiende á las costumbres, procurando mas que cultivar los talentos, formar el corazon. Pero ¿preferís acaso la instruccion privada? Pues buscad un preceptor que junte una alma recta, con una virtud sólida: un juicio sano, con unos modales sencillos, bien que nobles; y hallándole tal que le juzgueis á propósito para un encargo tan delicado, otorgadle la confianza que se merece, y las consideraciones tambien que sean suficientes para desempeñarle dignamente. Yo no sé por qué fatalidad y trastorno de ideas, mientras que nada se perdona, todo se prodiga al refinamiento de los placeres y al capricho del lujo: una sórdida avaricia cercena los gastos de la educacion, considerándola, por decirlo asi, como cosa que debe ser barata ó de bajo precio. ¡Se honra á los bufones públicos, mientras que se tienen por mercenarios á los maestros de la juventud! ¿Qué resulta de aquí? Que las almas honradas, y por consiguiente mas sensibles, abochornadas de su envilecimiento abandonan la profesion; y siendo entonces preciso buscarlo entre la multitud del vulgo para poner en sus manos con la educacion el honor, la fortuna, las esperanzas de una familia entera, se suele tropezar con una de esas almas mezquinas y mercenarias que, haciendo poco caso de su deber, se ocupan mas en agradar que en ser útiles; sin que puedan jamás ser sus discípulos mas que medianos, cuando no sean despreciables.

Concluida la educacion es necesario pensar en la eleccion de estado, que Dios destina á cada uno con arreglo á las inclinaciones y talentos que ha repartido,

y segun la condicion en que le ha colocado. Conformaos, pues, en esto con las miras de la Providencia: aconsejad, pero no decidais; y cuando se haya adoptado la resolucion, conducios discretamente. Las leyes dan poder á los padres para oponerse á los casamientos que preven hayan de ser peligrosos, teniendo en cuenta que la juventud inexperta puede dejarse sorprender por las apariencias de una honestidad fingida, ó bien ser arrastrados por el frenesí de una ciega pasion. Mas si la virtud presidió á la resolucion (1) cuando está esta acorde con la condicion y circunstancias, entonces no es justo oponerse á partido tan razonable, y mucho menos lo es todavía el hacer violencia por respetos puramente personales para que un jóven contraiga empeños, que rara vez dejan de producir antipatías, y de hacer infelices á los que los contraen de esta manera.

Es muy justo que resolviéndote á casar un hijo le asegures parte de tus bienes con que pueda atender á las cargas de su nuevo estado; pero no prives á los demas de la porcion que les corresponde por enriquecer á este, ni tú tampoco te despojes de lo necesario. Una prevision prudente reserva para tener siempre medios con que hacer á tiempo liberalidades que sirven para mantener los sentimientos que contínuamente se debilitan, y aun quizá desaparecen de un todo por las nuevas obligaciones, que dividiendo el corazon al principio, llegan con el tiempo á borrar hasta los deberes mas sagrados (2).

(1) Casa tu hija, y dala á un hombre sensato..... Eccli. 7, 27.

(2) ..... no des á otro tu herencia (*en vida*), no sea que te arrepientas y les ruegues á ellos. — ..... — Porque mejor es que tus hijos te rueguen, que no estar tú mirando á las manos de tus hijos. — En todas tus obras conserva tu preeminencia..... Eccli. 33, 20, 22, 23.

Naciendo el hombre desnudo absolutamente de todo, la Providencia ha cuidado de sus necesidades, asignándole un patrimonio en los bienes de los que le dieron el ser. Los padres, pues, deben cuidar de conservar estos bienes, y aun de aumentarlos cuando no bastan á cubrir todas las necesidades y exigencias de su condicion; por lo cual las leyes todas condenan el detestable egoismo de un padre bárbaro que por multiplicar sus goces arruina su existencia, y destruye su caudal con disipaciones odiosas; y que reposando despues en el seno de la indolencia, ve tranquilo abrirse delante de él el abismo espantoso de la miseria, en que despues de su muerte será sumida su triste y desolada familia. No son menos dignos de la execracion pública, segun las mismas leyes, aquellos otros padres que llenos de codicia, á trueque de aumentar la fortuna de sus hijos, quisieran apoderarse de cuanto les rodea, presentando un corazon de bronce para el resto de los hombres. ¡Insensatos! ¿Estos mismos hijos á quienes pretenden encumbrar hasta el rango mas elevado lograrán siquiera ser afortunados? ¡Ah! Instigados por los ejemplos que vieron en la casa paterna, ricos de esperanzas, muy medianos en virtudes, y ansiosos de disfrutar, suspirarán por el momento que ha de ponerlos en posesion de una opulencia largamente deseada. Remontados entonces como de repente á la altura de una atmósfera que les es ajena, se les trastornará la cabeza, y creyendo su valer en proporcion de los gastos y prodigalidades del fausto, se apoderarán de su corazon la vanidad y el orgullo. Envanecidos con sus riquezas no llegarán á conocer su mérito, dando con ellas al traste en menos tiempo quizá que empleó su padre en acumularlas (1).

(1) Hijos se hacen de abominacion los hijos de los pecadores..... — Perecerá la herencia de los hijos de los pecadores, y el oprobio será contínuo en el linaje de ellos.

¡Dichosa la medianía que conservando la inocencia y el honor en el seno de las familias las asegura una tranquila y modesta abundancia (1)!

El amor filial, lo mismo que el paternal, es un deber que inspira la naturaleza. Este da autoridad para gobernar, y aquel incluye la docilidad para obedecer; y asi como el amor de padre se muestra solícito para proveer á las necesidades de los hijos, el de estos debe tambien manifestarse por el respeto, por la obediencia, y por aquellos cuidados afectuosos que de tanto consuelo sirven á los padres en sus enfermedades y achaques propios de la edad (2). Estos comienzan por lo comun cuando han desaparecido las necesidades de los hijos, y como les son inherentes defectos incómodos, que eclipsan las cualidades agradables, alejan las concurrencias, que eran de solo pasatiempo. ¿Habrá, pues, de abandonarse el anciano enfermo? ¡Ah! Este es el tiempo en que sus necesidades reclaman principalmente del corazon de sus hijos aquel cariño tierno, lleno de solicitud, que él empleó sin reserva cuando eran pequeñuelos. Acérquense, pues, los hijos cuando todo el mundo se separa: acuérdense que á sus padres no les retraia, ni la inconstancia de la edad, ni sus contínuas necesidades. Díganse á sí mismos que aquella madre enferma

—Del padre impío queréllanse los hijos, porque por él viven en ignominia. Eccli. 41, 8, 9, 10.

(1) Mendiguez ni riquezas no me des á mí: dame solo lo necesario para mi sustento. — No sea que hallándome harto me tiente á negarte..... — Prov. 30, 8, 9. = Mejor es un pedazo de pan seco con gozo, que una casa llena de víctimas con pendencias. Prov. 17, 1.

(2) Hijos, obedeced á vuestros padres en todo..... Col. 3, 20. = 1 Petr. 5, 5. = Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra..... — Exod. 20, 12. = Deut. 5, 16. = Matth. 15, 4.

los trajo en sus entrañas, y ha velado por la conservacion de sus dias con una solicitud infatigable: que este padre encorvado bajo el peso de los años ha partido con ellos el fruto de sus afanes: que ambos han trabajado de concierto para hacerlos felices, para proporcionarles mas de lo que pudieran necesitar: que han tomado sobre sí todos los cuidados de su colocacion y suerte para hacerla con todas las ventajas posibles: que en el tiempo en que sus cuidados eran mas enojosos, el cariño paternal supo cambiarlos en una dulce complacencia: para que de todo esto infieran el estrecho deber que tienen de suavizar las amarguras de la vejez de sus padres, pagándoles con la asistencia mas asídua de un cariño reconocido (1). Deben soportar sus debilidades,

(1) Honra á tu padre, y de los gemidos de tu madre no te olvides.—Acuérdate que no hubieras nacido sino por ellos; y corespóndeles del modo que ellos hicieron tambien por ti. Eccli. 7, 29, 30. = Y si alguna viuda tuviere hijos ó nietos, aprenda primero á gobernar su casa, y á corresponder á sus padres, porque esto es acepto delante de Dios. 1 Tim. 5, 4. = El que teme al Señor honrará á los padres, y servirá como á señores á aquellos que le engendraron.—En obra y en palabra y en toda paciencia honra á tu padre.—Para que venga sobre ti la bendicion de él, y su bendicion permanece hasta lo último.—La bendicion del padre afirma las casas de los hijos; y la maldicion de la madre les desarraiga hasta los cimientos.—No te glorîes en la contumelia de tu padre, porque no es gloria tuya su confusion.—Pues la gloria del hombre proviene de la honra de su padre, y es desdoro del hijo un padre sin honra.—Hijo, ampara la vejez de tu padre, y no le contristes en su vida.—Y si le faltare el sentido, perdónalo, y no le desprecies en tu valor, porque la limosna del padre no quedará en olvido. —Pues por el pecado de la madre te se pagará con bien. —.....—¡Cuán infame es el que desampara á su padre! Y es maldito de Dios el que exaspera á su madre. Eccli. 3, vv. 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14; 15, 16, 18.

así como los padres sufrieron sus defectos; y si tuvieren algun motivo de queja, deben olvidarlo para manifestarles mas vivos los sentimientos preciosos del amor filial. ¡Qué espectáculo mas embelesador que el ver los tiernos conatos de una familia reunida por el amor y el respeto al rededor de un padre y de una madre decrépitos, toda ocupada en aliviar sus penalidades, en proveer á sus necesidades, en prevenir todos sus deseos, que con cariñosa solicitud endulza los disgustos, los padecimientos, las angustias inseparables de aquella edad, y se esfuerza, por decirlo así, en retener con las dulces efusiones de su corazon el último aliento de una vida que está á punto de acabarse! Pero este espectáculo solamente le ofrecen aquellas familias que hayan sido la escuela de la virtud (1), cuyos padres bendecirán á sus hijos, y estos transmitirán á su posteridad las bendiciones que recibieron de sus padres (2).

(1) Enseña á tu hijo, te recreará y causará delicias á tu alma. Prov. 29, 17. = Salta de gozo el padre del justo: el que engendró al hijo sabio, se alegrará en él. Prov. 23, 24, 25. = El hijo sabio alegra al padre: mas el hijo necio tristeza es de su madre. Prov. 10, 1.

(2) La generacion de los justos será bendita. Ps. 3, 2. = Tobías, pues, creyendo que era oida la oracion que habia hecho de poder morir, llamó á sí á Tobías su hijo, — Y le dijo: oye, hijo mio, las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazon como cimiento. — Luego que Dios recibiere, entierra mi cuerpo; y honrarás á tu madre todos los dias de su vida. — Porque debes acordarte de cuántos y cuán grandes peligros pasó por ti llevándote en su seno. — Y cuando ella hubiere cumplido el tiempo de su vida, la enterrarás cerca de mí. — Tendrás á Dios en tu mente todos los dias de tu vida; y guárdate de consentir jamás en pecado, ni de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro. — De tus haberes haz limosna, y no apartes tu rostro de ningun pobre; porque así

ARTÍCULO III.

Deberes de los soberanos y de los vasallos, de los amos, y de los criados.

La sociedad no podria existir sin las leyes que arreglan las diferentes clases de ciudadanos, ni tampoco sin el poder del soberano que las hace ejecutar. El órden público descansa enteramente sobre este doble fundamento: ora la soberanía pertenezca á muchos, ora

será, que tampoco se apartará de ti el rostro del Señor.— Segun pudieres, así usa de misericordia.—Si tuvieres mucho, da con abundancia: si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana. —Porque te atesorarás un grande premio para el dia de la necesidad.—Por cuanto la limosna libra de todo pecado, y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya á las tinieblas.—La limosna servirá de gran confianza delante del sumo Dios á todos los que la hacen. — Guárdate, hijo mio, de toda fornicacion, y fuera de tu mujer nunca consientas en conocer crímen.—No permitas jamás que reine la soberbia en tus sentimientos ó en tus palabras, porque en ella tomó principio toda la perdicion.— A todo aquel que hubiere trabajado alguna cosa para ti, dale luego su jornal, y la soldada de tu jornalero de ningun modo quede en tu poder.—Guárdate de hacer jamás á otro lo que no quisieres que otro te haga á ti. — Come tu pan con los hambrientos y menesterosos, y con tus vestidos cubre á los desnudos. — Pon tu pan y tu vino sobre el sepulcro del justo, y no quieras comer ni beber de ello con los pecadores.— Busca siempre consejo del hombre sabio. — Alaba al Señor en todo tiempo; y pídele que enderece tus caminos, y que permanezcan en él todos sus designios. Tob. 4, vv. 1 *et sequent.* =Y habiendo cumplido (*Tobías*) ciento y dos años, fue sepultado honoríficamente en Nínive.—

sea uno solo en quien resida. Quitad las leyes, y el honor, la libertad, los bienes y hasta la vida de los ciudadanos estarán á merced del despotismo. Haced que desaparezca el soberano, intérprete y ejecutor de las leyes, y la sociedad se hundirá en el caos de la anarquía. Las mismas leyes servirian entonces de un manantial perenne de discordias: pues hecho cada cual juez en causa propia, las interpretará de un modo favorable á sus pretensiones: todos querrán mandar, y ninguno obedecer, porque ninguno tendrá derecho para arrogarse el gobierno; y sucederá que el mas débil será presa del mas fuerte.

La misma Providencia que ha dado un jefe á cada familia para mantener en ella el órden y la paz por medio de la autoridad paterna, ha querido tambien que cada pueblo tuviese un superior que, como padre de una gran familia, reuniese todos los miembros del estado bajo la autoridad pública, para atender á la salud

Porque siendo de cincuenta y seis años perdió la luz de los ojos, y de sesenta la recobró. — Y pasó en gozo el resto de su vida, y con grande adelantamiento en el temor de Dios se fue en paz. — Y á la hora de su muerte llamó á sí á Tobías su hijo, y á los siete mancebos hijos de este, nietos suyos, y les dijo: — ..... Oid, pues, hijos mios, á vuestro padre: servid al Señor en verdad: é indagad para hacer lo que le es agradable: — Y encargad á vuestros hijos que hagan obras de justicia, y limosnas, que tengan á Dios presente, y le bendigan en todo tiempo con verdad, y con todas sus fuerzas. Tob. 14, vv. 2 *et sequent.* = ... Y vió (*Tobías el hijo*) la quinta generacion, los hijos de sus hijos. — Y habiendo cumplido noventa y nueve años en el temor del Señor le sepultaron con gozo. — Y toda su parentela, y toda su descendencia perseveró en buena vida, y en santas obras, de tal manera, que fueron aceptos á Dios y á los hombres, y á todos los habitadores de la tierra. — Tob. 14, 15, 16, 17.

de todos (1). La majestad, pues, que rodea el trono del soberano, es la salvaguardia de los pueblos; y la felicidad de los ciudadanos, que es el fin de su institucion, es tambien la regla de sus deberes. De dicho fin emanan, asi los derechos que le corresponden, como las obligaciones á que debe responder. Al soberano pertenece el poder de dar leyes; mas este poder le está otorgado para hacer reinar la justicia: él tiene derecho para imponer tributos; pero solo para atender á las necesidades del estado: de hacer la guerra; pero para defender sus súbditos. Si lleva la espada es para castigar el crímen y proteger la inocencia (2). Si nombra oficiales y ministros es para partir con ellos los cargos de la administracion pública, para poderse enterar mejor de los asuntos y gobernar con justicia: aun las gracias que dispensa no son una propiedad suya; pues son bienes del estado los beneficios que hace el príncipe; cuya distribucion siempre debe corresponder al mérito. Cuando estas gracias se refieran al bien público y se observen las leyes que dictó la justicia y la equidad, será amable el poder del soberano, y el trono descansará sobre estos apoyos incontrastables. Pero si este fundamento llega á conmoverse, por todas partes aparecerán desórdenes, como fruto de la mala administracion. La corrupcion infestará todas las clases; y, perdiendo el pueblo las costumbres, bien pronto carecerá de todo freno. Si la autoridad no se encuentra revestida de grandes virtudes, que inspiren respeto, amor y confianza, los descontentos y quejosos tramarán sediciones

(1) Sobre cada nacion puso gobernador. Eccli. 17, 14.

(2) Someteos, pues, á toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al Rey, como soberano que es. — Ya á los gobernadores, como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los buenos. 1 Petr. 2, 13, 14.

y las mas florecientes monarquías, despues de haber luchado por algun tiempo contra las borrascas, serán por último destruidas (1).

Debiendo la soberanía ocuparse, por las mas estrechas obligaciones, de la felicidad de los pueblos y sostenimiento del órden público, es sin duda una carga mucho mas pesada para el buen príncipe que lleva todo el peso de ella, como que ha de dar cuenta un dia al Soberano Señor de los reyes (2), que para sus vasallos, quienes, sin participar de sus cuidados, gozan de todas las ventajas de un buen gobierno. Un padre de familias puede vivir feliz en el recinto de su pequeña dominacion. Limitadas sus obligaciones y cuidados á la esfera de una condicion privada, le permiten gustar todas las dulzuras de una vida tranquila. Mas el soberano encargado de la administracion pública, debiendo atender á todos los ramos del gobierno, se encuentra sin cesar abrumado con la multitud de los negocios, y de circunstancias apremiantes que contínuamente se presentan: de suerte, que pareciendo el mas indepen-

(1) La potestad de la tierra está en mano de Dios, y él levantará á su tiempo á quien le gobernare últilmente. — ..... — Un reino es trasladado de gente en gente por causa de las injusticias, y agravios, y ultrajes, y diferentes engaños. Eccli. 10, 4, 8.

(2) Dad oido, vosotros que refrenais pueblos, y os complaceis con muchedumbre de naciones. — Porque de Dios os ha sido dado el poder, y del Altísimo la fuerza, el cual examinará vuestras obras, y escudriñará los pensamientos: — Porque siendo ministros de su reino, no juzgasteis derechamente, ni guardasteis la ley de la justicia, y ni anduvisteis segun la voluntad de Dios. — Con espanto y de repente se os mostrará: por cuanto juicio muy duro se hará sobre los que gobiernan. — Porque al pequeño es otorgada misericordia; mas los poderosos, poderosamente padecerán tormentos. — Sap. 6, 4, 5, 6, 7.

diente, es en realidad el menos libre de todos. Lo que en un particular no pasaria de un defecto, se reputa un crímen en el hombre público. La prodigalidad de un particular solo arruina una familia: la de un príncipe aniquila un reino, seca los manantiales de las riquezas del estado; y ocasionando impuestos exorbitantes consume la sustancia de los pobres. Los empleos que reparte el favor causan la desdicha de los vasallos. Los ministros incapaces é infieles vejarán los pueblos, robarán el tesoro del príncipe, disiparán la hacienda pública, y para reparar las quiebras se valdrán de medios ruinosos. Un general inhábil hará perecer los ejércitos, y perderá el estado. La justicia confiada á manos inícuas, se valdrá de la espada de las leyes para sacrificar al huérfano y á la viuda. La demencia que alienta al crímen, será una especie de crueldad para los ciudadanos; y si el príncipe es negligente en elegir buenos ministros, ó en enterarse del modo con que marcha la administracion; si no se arma de una severidad inflexible contra el que se atreva á llevar la mentira y el engaño hasta el trono, carecerá la inocencia oprimida de medios para hacer resonar en él sus gemidos: todas las avenidas la estarán cerradas, y el temor sofocará sus clamores. La verdad calumniada, perseguida, no se atreverá á presentarse (1): la ambicion y la negra envidia pondrán en olvido al mérito; y en aquellos momentos decisivos en que hubiera podido salvar el estado (2) será inútil, porque no llegará á ser conocido.

(1) El príncipe que oye con gusto palabras de mentira, todos los ministros los tiene impíos. Prov. 29, 12.

(2) Habia una ciudad pequeña, y pocos hombres en ella: vino contra ella un grande rey, y cercóla, y levantó fortalezas alrededor, y quedó concluido el cerco.—Y se halló en ella un hombre pobre y sabio, y libró la ciudad por su saber, y despues ninguno se acordó de aquel

Los súbditos serán vejados en nombre de aquella autoridad sagrada que debiera protegerlos, siendo el príncipe responsable de todas estas desgracias públicas, no obstante la rectitud que pueda abrigar en sus intenciones. Los ministros del príncipe, como asociados á los mismos cargos, tienen las mismas obligaciones en la parte que se les confia. Cada uno de ellos, viendo desde mas cerca las cosas, con particular diligencia debe buscar el merito (que lo hallará indudablemente siempre que lo busque), hacerlo presente y premiarlo. Tambien debe cuidar de hacer buena eleccion de los que hayan de ayudarle en los negocios, debe vigilarlos, recompensar los buenos servicios que presten, castigar sin compasion el fraude y la injusticia, ser accesible á todos, y mas que nada, servir de asilo á los desgraciados, que solo descansan en la proteccion de las leyes.

A las obligaciones contraidas por el hombre público, respecto del pueblo, se juntan las particulares para con el soberano. El destino que ocupa le advierte sin cesar la fidelidad que ha jurado á su señor (1); y esta misma debe inspirarle la confianza suficiente para no temer ofenderle, cuando el amor al bien público le obligue á proponerle su dictámen sobre cualquier asunto. El príncipe sabio acogerá siempre sus representaciones como un testimonio de su celo (2), yendo, como es jus-

hombre pobre. — Y decia yo, que es mejor la sabiduría que la fuerza: ¿pues cómo ha sido despreciada la sabiduría del pobre, y sus palabras no han sido escuchadas? Eccles. 9, 14, 15, 16.

(1) Ni retengas la palabra en tiempo de salud. No encubras tu sabiduría en su hermosura. — ..... — No resistas en su cara al poderoso, ni quieras ir contra el raudal del rio. — Lidia por la justicia en favor de tu alma, y hasta la muerte combate por la justicia, y Dios peleará por ti contra tus enemigos Eccli. 4, 28, 32, 33.

(2) Porque en la lengua se conoce la sabiduría; y la

to, acompañadas del respeto debido (1); y examinará y meditará todo lo que pueda conducirle á el acierto. Y como le corresponde la inspeccion general de todos los ramos que constituyen la administracion, por estar revestido de la autoridad suprema, á él solo pertenece tambien el derecho de decidir; y cuando lo haya hecho, la obediencia debe suceder á las representaciones, fuera del caso de injusticia notoria, á lo que de ninguna manera es permitido cooperar. Haga, pues, el hombre público conocer los abusos: jamás haga traicion á los intereses del pueblo por la baja adulacion; y no olvide tampoco que las consideraciones debidas á los puestos elevados entran en el órden general de la sociedad civil; que la justicia y la verdad nada pierden de sus derechos cuando se presentan con la modestia y gravedad convenientes al verdadero celo; y que el modo de conservar la autoridad que ha recibido, es haciendo respetar la potestad del príncipe, de quien aquella emana y la sirve de apoyo. Aun en el caso de verse precisado á desobedecer, jamás le será permitido, por defender los derechos de la justicia, debilitar los principios sobre que descansa la soberanía, con opiniones arbitrarias que harian vacilar los fundamentos de la monarquía. El mismo celo que dispertó su valor en defensa de los intereses del pueblo, debe inspirarle una severa indignacion contra aquellos ciudadanos audaces, que buscando en las revueltas del estado los medios de ele-

prudencia, y la ciencia, y la doctrina en el dicho del cuerdo, y la firmeza consiste en las obras de justicia. — De ningun modo contradigas á la palabra de la verdad, y ten vergüenza de la mentira por falta de tu saber. — No tengas vergüenza de confesar tus pecados. Eccli. 4, 29, 30, 31.

(1) Pues pagad á todos lo que se les debe...., á quien temor, temor: á quien honra, honra. Rom. 13, 7.

varse, ó el último recurso para asegurar su fortuna vacilante, procurarán hacer odioso el gobierno con declamaciones sediciosas y sátiras atrevidas; con lo cual sembrando la division entre los súbditos y el monarca, lograrán presentar como mas dura la condicion de los pueblos, y dispondrán asi los ánimos para las revueltas (1).

Es un principio inconcuso, que residiendo la suprema autoridad en el soberano, á solo él corresponde reformar los abusos del gobierno: de otra suerte, estando la autoridad sujeta á errar, porque son hombres los que la desempeñan; y aun los mejores príncipes no están libres de defectos, como ni los mas sabios gobiernos carecen de abusos, los espíritus turbulentos tendrian siempre pretextos para alborotarse, y ni habria órden fijo en el estado, ni seguridad tampoco para el ciudadano. Un pueblo descontento que se promete siempre mejorar de suerte en las mudanzas, se rebela á los primeros gritos de una libertad quimérica, y luego se divide en banderías: entonces una turba de ciudadanos avezados al crímen por la impunidad, otra multitud de gente vil ansiosa del pillaje vienen á aumentar el número de los descontentos, gritando contra los abusos y pidiendo reformas. Bien pronto este incendio se extiende por todas partes seguido de la desolacion y de la muerte. El furor de las guerras civiles hace callar las leyes: no hay dique contra la violencia y la barbarie: las campiñas se ven arrasadas y cubiertas de sangre: las ciudades incendiadas, muertos los ciudadanos, y

(1) No seas calumniador, ni chismoso en el pueblo. Lev. 19, 16. = Cuando faltare la leña se apagará el fuego; y quitando el chismoso cesarán las rencillas. Prov. 26, 20. = ... Sed obedientes á los señores con todo temor, no tan solamente á los buenos y moderados, sino aun á los de recia condicion. 1 Petr. 2, 18.

robado cuanto poseian; y si los rebeldes triunfan, la tiranía ocupa el lugar de la autoridad, la fuerza ejerce el imperio de la ley, y el pueblo, despues que con su propia sangre aseguró la dominacion de sus déspotas, gimiendo bajo un yugo de hierro, expia en la mas cruel de todas las esclavitudes la loca esperanza de una mentida libertad, llegando hasta el colmo su desesperacion. Nunca fue mas esclava la Inglaterra que cuando Cromwel, despues de haber echado por tierra el trono, se declaró protector de la libertad pública. La experiencia tiene acreditado que los jefes de partido son los que menos se interesan en las desgracias de los pueblos. El bien del estado es un pretexto para ellos, que solo significa su bien personal: habrá paz si hicieron grandes fortunas; todo se trastornará si fueren desatendidas sus pretensiones; y á trueque de satisfacer á su ambicion, continuarán atizando el fuego de la discordia; y debiéndose á sus intrigas é iniquidad la ruina del estado, ellos sin embargo osarán apellidarse los patronos y defensores del bien general. Esto nos dice claro que la autoridad de los reyes es la protectora de la salud de los pueblos; y por tanto que los golpes dirigidos contra ella no pueden menos de recaer sobre todos los ciudadanos (1). Todos, por lo mismo, tienen obligacion estrecha de defender los derechos sagrados del Monarca:

(1) Someteos, pues, á toda humana criatura, y esto por Dios, ya sea al rey como soberano que es: — Ya á los gobernadores como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los buenos. — Porque asi es la voluntad de Dios, que haciendo bien hagais enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes. — Como libres, y no teniendo la libertad como velo para cubrir la malicia mas como siervos de Dios: honrad á todos: amad la hermandad: temed á Dios: dad honra al rey. 1 Petr. 2, 13, 14, 15, 16, 17.

todos deben respetar su persona (1); y en atencion á que todos participan de las ventajas de la sociedad, todos tambien deben á proporcion contribuir á las cargas públicas y al pago de los tributos.

Los fraudes que se hacen en el tesoro del príncipe ocasionan desfalcos en la hacienda pública, que hacen imposible la diminucion de los impuestos, cuando no sean causa de que hayan de aumentarse; y naturalmente esto lleva perjuicios á todas las clases de los contribuyentes. Los encargados de recaudar las contribuciones son doblemente culpables cuando vejan al pueblo en nombre del soberano abusando del poder. Los que roban á el estado, roban los pueblos; y la misma ley que obliga á la restitucion de los bienes usurpados á un particular, obliga tambien á indemnizar los daños causados al bien público.

Los amos, asi como los soberanos, contraen obligaciones particulares, respecto de aquellos que tienen á sus órdenes. La Providencia que ha dispuesto que los pobres tengan necesidad de los ricos, ha querido tam-

(1) Toda alma esté sometida á las potestades superiores; porque no hay potestad sino de Dios; y las que son de Dios son ordenadas. — Por lo cual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios; y los que le resisten, ellos mismos atraen á sí la condenacion..... — Porque es ministro de Dios (*el príncipe*) para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme: porque no en vano trae la espada; pues es ministro de Dios; vengador en ira contra aquel que hace lo malo. — Por lo cual es necesario que le esteis sometidos, no solamente por la ira, mas tambien por la conciencia. — Por esta causa pagais tributos; porque son ministros de Dios, sirviéndole en esto mismo. — Pues pagad á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo: á quien pecho, pecho: á quien temor, temor; y á quien honra, honra. Rom. 13, vv. 1, 2, 4, 5, 6, 7.

bien darles un protector en la persona de estos; y en el hecho de haber puesto un criado bajo de tu voluntad, le ha puesto tambien bajo de tu cuidado. Vigila, pues, sus costumbres, procura instruirle, y no olvides jamás que si él debe obedecerte, tambien tiene derecho á no ser envilecido, ultrajado, ni abrumado por el exceso del trabajo. Ten entendido que el servicio que debe prestarte, lejos de dispensarte de los deberes de la humanidad para con él, le da por el contrario un título especial á tu benevolencia (1); que si la indigencia le obliga á la triste necesidad de servir, conserva aun en la humillacion de su estado toda la sensibilidad de su alma; y tal vez una elevacion de sentimientos superior en gran manera á la condicion en que se encuentra (2), y que no es menos apreciable que tú á los ojos del que, siendo padre comun de los hombres, los ama á todos segun son sus virtudes (3). Por lo que tú exiges de aquellos á quienes estas sometido, puedes juzgar lo que debes á tus criados; pues *no debes hacer con otro lo que no quisieras que hiciesen contigo.* Pensarás por ventura ¿que haciendo esclavos serás mejor obedecido? Yo, por el contrario, procuraria persuadir al mismo esclavo, que estando la verdadera grandeza dentro del hombre, sola la virtud puede ennoblecerle, solo el vicio degradarle, y llegaria á asegurarme de su fidelidad cuando hubiese logrado inspirarle semejantes sentimien-

(1) Y si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. 1 Tim. 5, 8.

(2) Y vosotros, señores, haced eso mismo con ellos, dejando las amenazas: sabiendo que el Señor de ellos y el vuestro está en los cielos, y que no hay acepcion de personas para con él. Ephes. 6, 9.

(3) El hombre sólo ve por defuera, mas el Señor registra el corazon. 1 Reg. 16, 7. = Mejor es mozo pobre y sabio, que rey viejo y necio. Eccles. 4, 13.

tos (1). Los mejores amos son por lo comun los mejor servidos, porque mandan en el corazon. Si solo por el temor te has de hacer únicamente obedecer, solo tendrás esclavos. Tú les pagas los servicios que te prestarán en efecto; pero el afecto no se compra. Si tú los desprecias te aborrecerán; y si por causas ligeras los despides, tambien ellos te abandonarán por el menor disgusto.

El criado fiel desea naturalmente gozar de la confianza de su señor: no se la nieges, pues se les debe de justicia; y, llegándose á persuadir de que merece todo aprecio, encontrarás en tu criado cada vez mejor voluntad para complacerte. Sé cauto en no dejar traslucir las sospechas que hayas concebido hasta estar bien asegurado, para no esponerte á contristar á un inocente; y porque asi podrás mas fácilmente aclarar la verdad, no recelando de que se observan sus acciones. Harias mal en reprenderle su apego á los intereses, si esta aficion está exenta de bajeza: ¿pues qué otro motivo pudiera obligarle á servir? ¿Acaso son otras las causas por que tú mismo te sujetas á empleos penosos? ¡Ah! Tú, que te hallas á cubierto de la indigencia, te ocupas sin embargo con solicitud en el cuidado de tus bienes: ¿llevarás á mal que un desdichado que no ve delante de sí mas que los trabajos de la edad y las miserias de la pobreza procure agenciar para sí y para sus hijos los recursos que un dia necesitarán? ¿No seria mas justo que en vez de improbárselo, asegurándole una recompensa á sus servicios, procurases desvanecer

(1) Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y con respeto, en sencillez de vuestro corazon como á Cristo. — No sirviéndoles al ojo como para agradar á hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazon la voluntad de Dios. — Sirviendo con buena voluntad como al Señor, y no como á los hombres. — Sa-

en él tan congojosa y triste perspectiva (1)? Si se halla enfermo, será doblemente digno de compasion, ya por la pena que le causará el verse inútil, y ya por el temor de ser incómodo para sus amos. Disipa sus inquietudes, y procura que ni pueda sospechar de que le miras como una carga pesada (2). ¿Pretenderias afligirle en sus enfermedades? Sé, pues, bueno para con él, aunque sin bajeza; afable, pero sin familiaridad. Ten presente este consejo: la prudencia es útil para todos los estados. Aplaude la franqueza, ríndete á la verdad: cierra tu boca á la mentira, y no des nunca á entender que tendrá lugar en ti la impostura. Corrige, habla poco, y nunca disputes; las cuestiones ocasionan menosprecio (3). El amo que regaña mucho no enmienda á sus criados; y basta una mirada del que es prudente para entrarlos en su deber.

El criado debe corresponder á la bondad de su señor por la estimacion, y á su confianza por la rectitud en todo. Si es un libertino, solo podrá agradar á malos amos. Obedezca con buena voluntad (4): mire con celo religioso por los intereses domésticos: impida las defraudaciones: tenga arreglo y economía en la administracion de lo que se le ha confiado: no se valga de sus

biendo que cada uno recibirá del Señor aquel bien ó mal que hiciere, ya sea siervo, ya libre. Ephes. 6, 5, 6, 7, 8. = Col. 3, 22, 23, 24, 25.

(2) Al siervo cuerdo ámalo como á tu alma..... ni le dejes desvalido. Eccli. 7, 23.

(3) Si tienes tú un siervo fiel, mírale como á tu alma: trátale como á hermano..... Eccli. 33, 31.

(4) ..... el que es sabio escucha los consejos. Prov. 12, 15. = Quien desecha la disciplina, desprecia su alma; mas el que otorga á las reprensiones, es dueño de su corazon. Prov. 15, 32.

(5) Siervos obedeced á vuestros señores &c. Ephes. 6, 5.

servicios para subirse á mayores: sea para todos atento y respetuoso; pues nada mas insufrible que despues de haber experimentado en el recibimiento del amo las atenciones y miramientos propios de la urbanidad, ver luego las groserías de toda especie de los lacayos envanecidos con la librea, que no es suya, y que tal vez el dia siguiente irán á pedirte una limosna. Si la humildad es un deber para todas las condiciones, lo es muy especial para los que se hallan en perpetua dependencia (1). Si el criado vive en compañía de otros, debe conservar la paz, ser complaciente y oficioso para todos; pero sin concurrir jamás al mal para agradar á otros: antes debe tener firmeza bastante para vituperar el vicio, y advertir los desórdenes cuando puede remediarlos. ¿Es preciso que se exponga al resentimiento de los malos? Pues sepa que le será glorioso incurrir en su odio por declararse amigo de la virtud. Tambien debe sellar con el secreto las interioridades domésticas. En el caso de que una enfermedad le lleve al lado de su amo, no solo debe hacer lo que es propio de un criado, llenándose de tierna compasion, sino que debe mostrarse como un cariñoso amigo para aliviarle en sus fatigas, y en los disgustos que traen consigo las enfermedades. En estas tristes circunstancias es cuando el amo duro y enfadoso experimenta por una prueba desoladora que todo el vano aparato de una turba de esclavos, no vale tanto como el afecto de un criado fiel. ¿Halla este demasiado congojosa su condicion? Pues que mude de amo. ¿Conoce que su virtud se halla en peligro? Pues que huya, contentándose con prevenir á aquellos que podrian verse en el mismo peligro; pues nunca es lícito exponer la

(1) Tres especies de personas aborrece mi alma, y me son muy gravosas las almas de ellos. — Al pobre soberbio, al rico mentiroso, al viejo fátuo é insensato. Eccli. 25, 3, 4.

virtud del inocente por mirar por la reputacion del culpable.

CAPITULO III.

DE TRES PASIONES, QUE SON EL ORÍGEN DE TODOS LOS VICIOS.

Yo siento dentro de mí una inclinacion que me arrastra hácia el mal; y siento tambien al mismo tiempo una ley que le condena (1). ¿Estará acaso en contradiccion consigo mismo el autor de la naturaleza, puesto que me inspira deseos contrarios á la ley que me ha dictado? No, ciertamente; pues cuando yo me examino á mí mismo, conozco claramente que mis inclinaciones en su orígen estan de acuerdo con el destino para que he sido criado; y por consiguiente que son conformes á la sabiduría del Criador, que quiso advertirme por un vivo atractivo de mis necesidades físicas, guiarme hácia mi felicidad por el amor á el bien, y ennoblecer mi alma por el deseo de gloria. Pero estas mismas inclinaciones, muy sábias en su orígen, se encuentran desviadas de su verdadero fin por un principio, cuya causa yo desconozco todavía: el atractivo que me advertia mis necesidades físicas me arrastra mas allá de sus límites, hácia los placeres de la sensualidad; el deseo de felicidad se clava en los bienes de la tierra, y termina en codicia; y el deseo de grandeza volviéndose hácia la gloria mundana para en orgullo. Tres pasiones que for-

(1) Así queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que el mal reside en mí; — Porque yo me deleito en la ley de Dios, segun el hombre interior, — Mas veo otra ley en mis miembros que contradice á la ley de mi voluntad, y me lléva esclavo á la ley del pecado que está en mis miembros. Rom. 7, 21, 22, 23.

man el manantial de todos los vicios (1); y que merecen, por tanto, tratarse aquí particularmente.

ARTÍCULO I.

De la sensualidad.

Queriendo el autor de la naturaleza proveer á la propagacion del género humano, y al órden social, puso en nosotros las inclinaciones conducentes á este fin; mas al propio tiempo ha grabado tambien en el fondo de la conciencia las leyes de la moderacion y del pudor, que vienen á ser su regla; y cuya transgresion hace á el hombre criminal é infeliz. Pondremos dos ejemplos solamente.

Un estímulo bien sensible nos indica el uso de los alimentos necesarios á la vida. Cuando las exigencias de la naturaleza estan satisfechas, llenos sus deseos, cesa el estímulo; y aquí es en donde el hombre debe contenerse (2); mas allá de este término es un vicio el uso de los alimentos. De la hartura, se pasa al refinamiento de los apetitos para condescender con la sensualidad, que consume en el lujo de la mesa la parte, que

(1) Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y soberbia de vida: la cual no es del padre, sino del mundo. 1. Joan. 2, 16.

(2) Usa como hombre moderado de aquello que te se pone delante; no sea que por comer mucho, te tengan por enojoso.—Cesa el primero por respeto de buena crianza; y no seas nimio, no sea caso que caigas en falta. Eccli. 31, 19, 20.—Enseñándonos que renunciando á la impiedad, y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo sóbria, y justa, y piamente. Tit. 2, 12.—Mirad pues vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, y de embriaguez. Luc. 21, 34.

reclaman las necesidades ajenas, y aun quizá las propias. Llevando aun mas lejos el abuso, el hombre entregado enteramente á la glotonería, se convierte en un animal puramente carnal: á fuerza de irritar la sensualidad, se entrega á los últimos excesos; y en fin, pierde hasta la noble y preciosa cualidad que le distingue de los brutos. ¡Ah! ¿Qué es en efecto este reptil, mandado por la organizacion de su fantasía exaltada, agitado de un delirio engullidor, este reptil, digo, balbuciente, tormento de sí mismo, rencilloso, libertino, soberbio, todo desarreglado en lo interior y exterior, cuya sola vista horroriza, y cuyo nombre es un verdadero ultraje (1). Este es el hombre antes racional, á quien una fatal bebida ha convertido en bruto; y que aun cuando al recobrar el uso de su razon habrá de avergonzarse, carecerá quizá de valor para enmendarse. Entre tanto, gástanse los órganos, embótanse los sentidos, cayendo el alma en un brutal estupor, del que ya no puede librarse, sin que se vea ya en el hombre, mas que los tristes restos de la humanidad degradada (2).

(1) Sanidad es para el alma y para el cuerpo el beber templado.—El vino bebido con exceso ocasiona despecho, é ira, y muchas ruinas.—Amargura del alma es el vino bebido con exceso.—La osadía de la embriaguez tropiezo es del imprudente, disminuye la fuerza, y ocasiona heridas. Eccli. 31, 37, 38, 39, 40.

(2) Pues basta para estos que en el tiempo pasado hayan cumplido la voluntad de los gentiles, viviendo en lujurias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías en excesos de beber, y en abominables idolatrías.—Por lo que extrañan muchos, de que no concurrais á la misma ignominia, llenándoos de vituperios. 1 Petr. 4, 3, 4.=Caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías ni en embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias, y envidias.—Mas vestidos de N. S. J. C., y no hagais caso de la

El amor hácia nuestros semejantes, este vínculo sagrado, que une los esposos, las familias, los amigos, los ciudadanos, los hombres todos entre sí; este lazo precioso que produce las dulzuras de la sociedad, y los dichosos frutos de la beneficencia, vendrá á ser el orígen de los desórdenes mas vergonzosos, si sacudiendo el yugo del deber, no es dirigido por las leyes de la decencia (1); y bien pronto todo el género humano no seria mas que una masa confusa de seres envilecidos por pasiones brutales, arrastrado sin cesar por deseos siempre nuevos emanados de un frenesí, que no conociendo, ni hartura, ni intermision, lo sumergiria cada vez mas en la cloaca impura en que se dejó precipitar.

Para evitar este abismo no basta cumplir con el bien parecer, ó exteriormente: el hombre no podrá ser inocente, teniendo dañado el corazon (2), y este lo está, desde que no huye del peligro. Nadie expone su tesoro á ser robado cuando hay temor de perderle. ¿Por qué tienen para ti tanto atractivo los espectáculos, sino por que sirven de pábulo á las pasiones que fomentan; pues que, cuando hablan al corazon te parecen tan insípidos? El agradarte, procede de la peligrosa cabida que les das, y que era justo evitases: porque si la virtud mas circunspecta, y mas probada tiene sin embargo tanta dificultad en libertarse de los asaltos de un vicio

carne en sus apetitos. Rom. 13, 13, 14. =..... ni los afeminados..... ni los dados á la embriaguez..... poseerán el reino de Dios. 1. Cor. 6, 10. =Gal. 5, 21.

(1) El vino y las mujeres hacen apóstatas á los sabios..... Eccli. 19, 2.

(2) Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon..... Matth. 5, 28. =No mires la hermosura de la mujer, y no codicies á una mujer por su hermosura. Eccli. 25, 28.

que alarma el pudor; ¿podrá esperarse él triunfo, cuando se le franquean todas las avenidas? Huid, pues, de un enemigo, que es mas fácil de evitar, que de combatir. No confies en la calma; pues sobrevendrá una tormenta, que prevaliéndose del descuido, enseñará por una funesta experiencia, que se habia confiado demasiado en nuestras propias fuerzas. Es tan rápida la pendiente hácia el mal, que el primer paso es mas temible que todos los demas que faltan hasta llegar al término. Grita al principio la conciencia; en vano se procura desoirla: no es posible separar de ella la imágen que recuerda. A las inquietudes que traen consigo los remordimientos es preciso agregar el disimulo, los sobresaltos contínuos por si falta la discrecion en los cómplices y confidentes; no tardarán en acudir las sospechas, la inquietud, los celos. Aun no es bastante; el corazon que creiamos haber cautivado, se llenará de tedio, y marchará por caminos tortuosos (1); y finalmente arrastrado de su propia inconstancia, dejará de pertenecernos. Entonces acaban de oprimir al miserable las desesperaciones y la vergüenza de las cadenas (cuyo peso se siente, sin que haya fuerza bastante para romperlas) huyó el reposo; la pasion turbulenta que le agita, le impide gozar de los entretenimientos tranquilos, ni gustar los deleites de la amistad honesta; cada vez mas se sumerge en el fondo del abismo á que se lanzó; y no tardará en presentarse un disgusto mortífero que rompa los nudos mas sagrados. Se aborrecerán los dias de un esposo, ó de una esposa que todavía detesta

(1) Tres cosas son difíciles para mí, y la cuarta del todo ignoro: — El camino del águila por el aire, el camino de la culebra sobre la peña, el camino de la nave en medio del mar, y el camino del hombre en la mocedad.... Tal es tambien el camino de la mujer adúltera..... Prov. 30: 18, 19, 20.

mucho una pasion, que no puede sufrir el ser reprimida. ¡ Ah! ¿ De qué desgracias no será ella culpable entonces? Reprimida por la necesidad (porque al fin ha de encontrar obstáculos), y semejante á un torrente que se enfurece contra el dique que le rechaza; obrará con mayor furor, en el corazon en que se ve encerrada. Se descorrerá el velo finalmente, la infancia se dejará ver con claridad: y una vez perdida la opinion, no se reconocerá ya freno alguno contra la pasion dominadora. Se principió por ser seducido, y se acabará por seducir: al principio llenaban de rubor los desórdenes; mas despues se llega hasta hacer gala de ellos; y cubriendo toda la carrera de su vida con las manchas del vicio, logrará anticipar los achaques de la vejez. Entre tanto, se abandonan los cuidados domésticos, se disipan los bienes, y la educacion se abandona. Instruidos los hijos en esta escuela del libertinaje por padres que no saben respetarse á sí mismos, aprenden de ellos á despreciarlos; el seno de las familas, que debia ser el asilo de la paz y del contento, es solo la mansion del desórden y de las turbulencias; y tal vez el orígen de estos males haya sido un recreo que se juzgó inocente, una lectura peligrosa, una palabra atrevida, una amistad sospechosa, un paso imprudente. Asi es como una chispa causa un incendio (1); los torrentes impetuosos

(1) Hijo mio, atiende á mi sabiduría..... — Para que guardes los pensamientos..... No atiendas á las supercherías de la mujer. —Porque son panal que destila miel, los labios de la ramera, y mas lustrosa que el aceite, su garganta.—Mas los deseos de ella amargos como el ajenjo, y agudos como espada de dos filos. — Sus pies descienden á la muerte, y sus pasos penetran hasta los infiernos.— Por sendero de vida no andan: vagos son sus pasos, é investigables. — Ahora, pues, hijo mio, escúchame, y no te apartes de las palabras de mi boca. — Aleja de ella tu camino, y no te acerques á las puertas de su casa. — No

que destruyen las campiñas, no son en su nacimiento mas que pequeños arroyuelos.

ARTÍCULO II.

De la codicia.

Las necesidades físicas engendran el deseo de los bienes precisos para la vida; y cuando este primer sentimiento se somete á las leyes de la moderacion y de la equidad, se desea sin inquietud; se posee sin pasion, se usa de ellos con discrecion, se tolera su pérdida sin debilidad, y se dejan, cuando así lo reclama un deber de justicia (1). Mas si el hombre se deja una vez

des tu honra á las ajenas, ni tus años á una cruel. —Para que no se llenen los extraños de tus haberes, y tus trabajos esten en la casa ajena.—Y gimas en las postrimerías, cuando hayas consumido tus carnes y tu cuerpo, y digas: — ¿Por qué aborrecí la correccion, y no se aquietó mi corazon ó las reprehensiones.....? —Casi en todo lo malo me hallé..... — Alégrate con la mujer de tu mocedad..... —Sea como cierva muy amada..... —El Señor mira atentamente los caminos del hombre, y considera todos sus pasos. — Sus propias maldades prenden al impío, y es apretado con las ataduras de sus pecados.—El mismo morirá, porque no abrazó la amonestacion, y se hallará engañado de su mucha locura. Prov. 5.....

(1) ..... el tiempo es corto: lo que resta es, que..... los que lloran, como que no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen.—Y los que usan de este mundo, como si no usasen: porque pasa la figura de este mundo. 1 Cor. 7, 29, 30, 31.—Mas es grande ganancia la piedad con lo que basta..... —Teniendo pues con que sustentarnos, y con que cubrirnos, contentémonos con esto. 1 Tim. 6,

dominar del amor á las riquezas, ya no sabrá poner coto á sus deseos, ni guardar delicadeza en los medios (1). Hecho idólatra de la fortuna (2) será esclavo de cuanto pueda merecerle sus favores: tolerará todos los trabajos, arrostrará todos los peligros, y devorará todos los disgustos. Acompañado siempre de sus cálculos y especulaciones, siempre querrá adquirir, todo lo querrá allegar, sin dar nada jamás; nunca tendrá tiempo de disfrutar, y de esta sed devoradora de riquezas nacerán las disensiones, las envidias, las perfidias, las injusticias, las opresiones, y la mayor parte de los males que afligen la sociedad (3). No se hable, pues, á esta

6, 8. = Manda á los ricos de este siglo que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo (que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso). — Que hagan bien, que se hagan ricos en buenas obras, que den, y que repartan francamente. — Que se hagan un tesoro, y un fundamento sólido para lo venidero á fin de alcanzar la vida venidera. 1 Tim. 6, 17, 18, 19. = Muchos cayeron por el oro, y en su hermosa vista se halló su perdicion — ..... ¡Ay de aquellos que van tras él! Y todo imprudente perecerá por él. Bienaventurado el rico, que fue hallado sin mancilla; y el que no se fue tras el oro, ni esperó en dinero, ni en tesoros. — ¿Quién es este, y le alabaremos.....? Eccli. 31, 6, 7, 8, 9.

(1) ..... quien se apresura á enriquecerse, no será sin culpa. Prov. 28, 20.

(2) ..... Porque habeis de saber, que ningun fornicario, ó inmundo, ó avaro, lo cual es culto de los ídolos, no tiene herencia en el reino de Cristo, y de Dios. Ephes. 5, 5.

(3) No hay cosa mas inicua, que el que ama el dinero. Porque este aun su alma tiene venal..... Eccli. 10, 10. = ... y el que anhela á enriquecerse, aparta su ojo. Eccli. 27, 1. = ¿De dónde las contiendas y pleitos en vosotros? ¿No son de vuestras concupiscencias, que comba-

alma corrompida de generosidad, de honor, de amistad; su tesoro está en otra parte, y *su corazon está con su tesoro* (1). La misma pasion que le instiga para adquirir, le atormentará tambien para conservar; con las riquezas crecerán los cuidados y sobresaltos: cuanto mas se deje dominar de la codicia, tanto mas le inquietarán los peligros, y le desesperarán las pérdidas. ¿Qué sucederá cuando llegue el tiempo en que es preciso dejarlo todo (2)? ¡Ay! el codicioso anduvo por caminos difíciles para levantar un edificio de barro, que se des-

ten en vuestros miembros? —..... litigais y haceis guerra. Jac. 4, 1, 2. =Porque los que quieren hacerse ricos caen en tentacion, y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que anegan á los hombres en muerte y en perdicion. —Porque raiz de todos los males es la avaricia: la cual codiciando algunos, se descaminaron de la fe, y se enredaron en muchos dolores. 1 Tim. 6, 9, 10.

(1) Luc. 12, 34.

(2) Hay quien se enriquece viviendo con escasez, y esta es la parte de su galardon. — Porque dice: Yo he hallado mi reposo, y ahora comeré solo de mis bienes. — Y no sabe que el tiempo pasará, y que se le acerca la muerte, y que lo dejará todo á otros, y morirá. Eccli. 11, 18, 19, 20. = ... guardaos de toda avaricia: porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posee. —Y les contó (*Jesucristo*) una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico habia llevado abundantes frutos. —Y él pensaba entre sí mismo y decia: ¿Qué haré, porque no tengo en donde encerrar mis frutos? —Y dijo: Esto haré: Derribaré mis graneros y los haré mayores: y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes. —Y diré á mi alma: Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: Descansa, come, bebe, ten banquetes. —Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te vuelven á pedir el alma: ¿Lo que has allegado, para quién será? —Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios. Luc. 12, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21.

morono, sin quedarle mas que un sepulcro en que va á ser encerrado (1). El fruto de sus fatigas pasará á unos hijos para quienes quizá, en grandes bienes amontonó grandes desgracias, y grandes crímenes ó tal vez pararán en almas venales, que habiendo estado sometidas á él por vil interés, se felicitarán de haber recobrado su libertad, para gozar en paz del precio de su servidumbre (2). Los deseos moderados le habrian ahorrado una vida toda llena de tormentos, y de iniquiquidades; y en vez de la pompa fúnebre que pasará sobre su tumba como una sombra de su fortuna eclipsada, hubiera podido gozar en vida de la dulce satisfaccion de hacer á otros felices, y de que á su muerte regasen con sus lágrimas los desdichados las cenizas de su bienhechor.

¡Mas pluguiera al cielo, que la codicia fuese el único tirano, que dominase sobre el corazon del avaro! Pero, ¡ay! Esta baja pasion es muy frecuentemente el ciego agente de otras mucho mas crueles que sin cesar fomenta. El orgullo, la vanidad, el amor á los placeres, y el lujo, que todo lo agotan, son sus compañeras inseparables; todo se invade para satisfacerles: y

(1) Luego hemos errado del camino de la verdad (*dirán los malos algun dia*), y la luz de la justicia no nos ha alumbrado, ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros.—Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdicion, y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor.—¿De qué nos aprovechó la soberbia? ¿O qué nos ha traido la jactancia de las riquezas?—Todas aquellas cosas pasaron como sombra..... Sap. 5, 6, 7, 8, 9.

(2) Para el varon codicioso y apretado son inútiles las riquezas.....—El que amontona por su genio injustamente para otros allega, y con sus bienes se regalará otro.—¿Quién para sí mismo es malo, para que otro será bueno? y no se gozará en sus bienes. Eccli. 14, 3, 4, 5.

nada mas comun, que ver una extravagante prodigalidad al lado de la mas sórdida avaricia.

ARTÍCULO III.

Del orgullo.

El deseo de la propia gloria indica al hombre el alto fin para que está destinado. Mas, si en la calma de las pasiones reflexiona sobre esta noble porcion que le distingue de los brutos, conoce que él no puede esperar su grandeza, ni de los otros seres que le son inferiores, ni de aquella otra porcion de sí mismo, que siéndole comun con los reptiles, le apega á las cosas de la tierra por las necesidades y por los males que sufre: y si entonces no convierte sus miradas hácia el cielo para buscar en el seno del Eterno la verdadera gloria, que jamás hallará en las grandezas de la tierra (1), no viendo cosa mas grande que él mismo, colocará toda su confianza en sus propias fuerzas; se atribuirá el mérito de todo lo que es; nada querrá que no le venga de sí mismo, haciendo asi, que *el polvo y la ceniza* se gloríen de los beneficios del Criador (2); y abusando por consiguien-

(1) Los ojos del Señor sobre los que le temen..... el que levanta el alma y alumbra los ojos..... Eccli. 34, 19, 20. = os amonestábamos..... que anduvieseis de una manera digna de Dios que os llamó á su reino y gloria. 1. Thessal. 2, 12, 2. Petr. 1, 3. = Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos..... 1. Joan. 3, 1. = Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida, por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos.— Para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros. 1. Petr. 1, 3, 4.

(2) Eccli. — 10, 5.

te contra el mismo Dios, de los dones recibidos de su mano (1), creyendo huir de los vicios vergonzosos que embrutecen, caerá en otro mas odioso todavía, que á la vez es todo injusticia, bajeza é ingratitud; esto es, en el vicio del orgullo, que por su carácter particular de malicia, lisonjeará su vanidad bajo una falsa apariencia de grandeza. Porque á la verdad ¿qué viene á ser este hombre, que confiado en solas sus fuerzas, cree poseer en sus pretendidos sentimientos de honor bastante magnanimidad, bastante energía para dominar todas sus pasiones, para despreciar todas las riquezas, todas las grandezas de la tierra? ¿Este hombre, que ya se extraña, ya se vanagloría, ya resuelve y decide ostentando el tono de la superioridad; y cuya estimacion está reservada para él solo, no teniendo para el resto de los hombres mas que desprecio ó indiferencia? Yo observo que se enfurece contra el mérito del que oscurece el suyo; que espía las debilidades ajenas, que pondera los defectos, que derrama manchas sobre las puras virtudes, dejándose ver su rabia al través de los débiles elogios que le arranca el respeto humano. Cuanto mas quiere que le respeten, tanto menos consideraciones guarda á los demas: se queja de que le ofenden, cuando realmente él es quien ultraja: pretende satisfaciones, debiendo darlas. Quien le contradiga, incurrirá en su enojo; y su estimacion será para el que le adule, si se condesciende con sus exigencias, no se detendrá hasta lograr una dominacion completa. Demasiado presuntuoso para admitir consejos (2), muy con-

(1) ..... ¿qué tienes tú que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? 1. Cor. 4, 7. = ... El que se gloría, gloríese en el Señor. 1. Cor. 1, 31. = Mas nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Gal. 6, 14.

(2) No recibe el necio palabras de prudencia. Prov. 18, 2.

fiado en los peligros de extravios (1), será no obstante demasiado inflexible para retractarlos cuando hubiere caido en ellos. Este es el hombre soberbio; aquel otro, temiendo hacerse traicion si ostentase un aire dominante que le haria odioso, procurará indemnizarse por medios y maneras despreciables que su vanidad ridícula le sugerirá. Si sus cualidades no pueden presentarle como hombre brillante, procurará fascinar con apariencias. Sus títulos, sus muebles, sus trajes, todo, los menores adornos de su persona entrarán en juego para dar, al menos, un efímero aparato á su despreciable entidad. ¡O, cuánto es preciso desconfiar de lo que el hombre aparenta valer! pues quiere ser apreciado por todo aquello que no es él mismo. Y si no, dígase ¿qué mérito quedaria á la persona si todas las artes reclamasen la parte con que habian contribuido á engrandecerle? Yo solo busco á el hombre en la choza que habita: mis miradas se dirigen á él solo, pues á él solo es á quien busco; y los sentimientos de respeto de que me penetro, son el justo homenaje que tributa mi corazon á su virtud: tal vez al lado de su pajiza choza se levanta un soberbio palacio. Me admira la belleza de su arquitectura, su magnificencia, sus jardines; las aguas, los bosques: discurro por todas partes, y en todas aplaudo los primores del arte. Llega el dueño, y se alaba, cuando debiera avergonzarse; pues yo no pregunto por él, sino por su palacio: y empleando un momento con él, me retiro, viendo que es solo un insecto el morador de aquella magnífica morada.

Tú, hombre soberbio, quizá no te conozcas retratado en estos groseros coloridos del orgullo. Quiero creerte; la educacion ha corregido tu exterior; pero mírate in-

(1) —.....quien presuroso es de pies, tropezará.—La necedad del hombre da un traspie á sus pasos. Prov. 19.

teriormente, y allí hallarás al hombre que no quisieras ver. Tu mismo disimulo te dará á conocer que no debes ser el mismo que pretendes aparecer; pues no te atreves á mostrar tal cual eres. Despues de esto, ¿podrá ya sorprender, que el orgullo y la vanidad, que tan fácilmente sabe el amor propio disimular, sean precisamente los vicios, á quienes este mismo amor propio con tanta dificultad perdone en los demas (1), y que Dios y los hombres ensalzen al humilde, y humillen al soberbio (2).

Pero no insistamos ya mas sobre las tres grandes pasiones que dominan la tierra. Lo dicho basta, y aun sobra para conocer que no hay desórden alguno en lo moral, y casi mal alguno en lo físico, que no brote de alguno de estos impuros manantiales (3). Añadamos todavía, que cualquiera de estas tres pasiones, cuando es llevada al término de su exaltacion por el carácter impetuoso del que la tiene, y porque el concurso de las circunstancias la sea favorable, viene á ser una calamidad general. La pasion de Antonio por una reina de Egipto, redujo á cenizas el imperio romano. La avaricia de un favorito, que vende á peso de plata los secretos del Estado, es bastante para dar al traste por su perfidia con un reino. El orgullo de un conquistador ambicioso inundará la tierra de sangre; y gracias á la Providen-

(1) ..... aborrece el Señor..... ojos altivos..... Prov. 6, 16, 17..... el que es vano y sin cordura estará expuesto al desprecio. Prov. 12, 8.

(2) Porque el principio de todo pecado es la soberbia: quien la tuviere será lleno de maldicion..... Eccli. 10, 15. =y tú Capharnaum ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida. Luc. 10, 15. =Porque todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla será ensalzado. Luc. 14, 11.=Prov. 11, 2. Cap. 25: 6, 7. Cap. 29, 23.

(3) Para que supiesen que por las cosas en que uno peca, por las mismas es tambien atormentado. Sap. 11, 17.

cia Divina, que asi, como enfrena la violencia de los elementos, variándolos para que no trastornen el universo, ha contenido tambien la violencia de las pasiones por mútua oposicion que quiso hallasen dentro y fuera del hombre, para evitar del mismo modo la total ruina de la sociedad. Mas aun cuando por esta sabia economía, que es un beneficio de la Providencia, contrariando el amor de las riquezas, al amor de los placeres, y á entrambos el orgullo y la vanidad, haga que no se verifique la explosion de las pasiones con el furor que lo realizarian á carecer de este poderoso dique, no por eso deja de ser, á las veces tan funesto, como hemos dicho, ni su malicia, como acabamos de ver, se disminuye tampoco.

CAPÍTULO IV.

MOTIVOS Y MEDIOS QUE SUMINISTRA LA LEY NATURAL PARA QUE SE OBSERVEN SUS PRECEPTOS.

No basta instruir al hombre en sus deberes; es preciso ademas proponerle una recompensa, y mostrarle los medios; y esto vamos á hacer en las últimas lecciones, que forman como el complemento de la ley natural.

ARTÍCULO I.

Recompensas que ofrece la ley natural.

Apeteciendo naturalmente ser feliz, jamás se resolverá á renunciar al bien presente sin la esperanza de otro mayor bien futuro: jamás tendrá bastante fuerza para combatir sus inclinaciones, si el precio de la victoria no corresponde á las fatigas del combate (1). La ley

(1) Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo por mi causa. — Gozaos y alegraos, porque vuestro galardon muy grande es en los cielos. Math. 5. 11, 12.

natural, que está fundada sobre la recta razon, no podrá prescribir contra este derecho inalienable de la naturaleza, ni mandar al hombre dar mas, para recibir menos.

Es necesario, pues, proponer al hombre una recompensa, para determinarle á ser virtuoso; y en la idea de un Dios infinitamente justo, la recompensa de la virtud debe ser la verdadera bienaventuranza; pues no puede cifrarse aquella, ni en los placeres sensuales, ni en los honores, ni en las riquezas, ni tampoco en la estimacion pública: todas estas ventajas reunidas, no han hecho jamás feliz á ninguno, porque los que las poseen, buscan aun su felicidad (1); y aun puede decirse que son peligrosas para la virtud misma; y en efecto; pocas veces

(1) Yo he llegado á ser grande, y he aventajado en sabiduría á todos los que fueron antes de mí en Jerusalen; y mi entendimiento contempló muchas cosas sabiamente, y las aprendí. — Apliqué mi corazon á aprender la prudencia, y la doctrina, y los errores, y la necedad: y conocí que aun en esto habia trabajo y afliccion de espíritu. — ..... Engrandecí mis obras, me edifiqué casas, y planté viñas..... Poseí siervos y siervas, y tuve mucha familia: tambien ganados mayores y numerosos rebaños de ovejas, mas que todos los que fueron antes de mí en Jerusalen.— Amontoné para mí plata y oro; y los haberes de los reyes, y de las provincias: me escogí cantores y cantoras, y las delicias de los hijos de los hombres..... Y superé en riquezas á todos los que fueron antes de mí en Jerusalen.... — Y no les negué á mis ojos todas cuantas cosas desearon: ni vedé á mi corazon que gozase de todo placer, y se deleitase en las cosas que yo habia aparejado; y juzgué que esta era mi parte, el disfrutar yo de mi trabajo. — Y habiéndome vuelto á todas las obras, cuantas habian hecho mis manos, y á los trabajos en que yo inútilmente habia sudado, ví en todo vanidad y afliccion de corazon. Eccles. 1, 16, et sequent. Cap. 2, 4, 7, 8, 9, 10, 11. =..... pasa la figura de este mundo. 1 Cor. 7, 31.

hacen mejor al hombre, y sí peor frecuentemente. Ademas, no es raro de que el criminal tenga una vida próspera, mientras que suele verse al inocente gemir en la miseria: luego la prosperidad no es el premio de la virtud. Ofreced, si no al hombre los placeres, los honores, las riquezas, la gloria humana, como el término de sus obras; vais á encender en su corazon el deseo dominante por todos estos bienes, y á exaltar, por tanto, las tres mas grandes pasiones; á hacer brotar todos los vicios, y á sofocar todas las virtudes. ¿Cómo, pues, podria la virtud proponerse estos bienes por su recompensa? La misma gloria que resulta de la estimacion pública, esta gloria que es el ídolo de los sabios, y que parece ser el patrimonio exclusivo del hombre de bien, viene á extinguirse cuando se la acerca la luz de la razon; pues que al fin, las virtudes y los vicios tienen su morada en el corazon, á donde no penetra la vista. Las apariencias y el interés personal, son los únicos fundamentos en que libramos nuestro dictámen sobre esta materia. Si acertais á ser útil, ó agradar, todo se os disimulará; mas si por el contrario os veis en la precision de contradecir, no se hará la misma gracia á vuestras virtudes. Basta el saber alucinar, para granjearse la admiracion; y por esto tal vez, el que con sus depredaciones devastó el universo conseguirá un lugar distinguido en la historia, mientras que la virtud humilde quedará sepultada en el olvido. Es verdad que el vicio tendrá su castigo en los remordimientos y su recompensa la virtud, en la paz dichosa de la conciencia: ¿pero seria bastante esta recompensa, para el hombre de bien, calumniado, oprimido, cercado de dolores, y de la indigencia; ó espirando tal vez en un cadalso? ¿Y el criminal, que prospera, y que á fuerza de delitos llega á ensordecer para no oir los gritos de su conciencia? ¿seria suficientemente castigado con los remordimientos?

Estan, pues, reservados para otra vida el premio y

el castigo (1); y en ella será cuando el Legislador Supremo, cuyo imperio se extiende sobre todos los hombres, y aun sobre la muerte misma, legislador infinitamente sabio, infinitamente justo, que examina el interior de los corazones, que pesa asi las intenciones como las obras; que solo él es bastante magnífico para recompensar la virtud que le da honor, y poderoso para castigar el crímen, que le ofende; que por lo mismo él solo es quien puede ejercer la justicia; este, este, es el que juzgará entonces al mundo entero (2), á no ser asi, el hombre que desea la justicia seria mas justo que el mismo legislador, que mandándola, no la administrase. Su ley toda santa como es, seria injusta; porque no teniendo otros motivos suficientes vendria á ser impracticable para el hombre racional. El labrador animado con la esperanza de las recompensas, soporta sin murmurar el peso del dia y del calor (3): quitadle esta esperanza, y al punto

(1) Porque el hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles: y entonces dará á cada uno segun sus obras. Matth. 16, 27. = Pero esperamos segun sus promesas cielos nuevos, y tierra nueva, en los que mora la justicia. 2. Petr. 3, 13.

(2) Y ví un grande trono blanco, y uno que estaba sentado sobre él, de cuya vista huyó la tierra y el cielo, y no fue hallado el lugar de ellos. — Y ví los muertos grandes y pequeños que estaban de pie delante del trono..... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros segun sus obras. Apoc. 20, 11, 12. = Entonces estarán los justos con grande constancia contra aquellos que los angustiaron y que les quitaron sus trabajos. — Viéndolos serán turbados con temor horrendo, y se maravillarán de la repentina salud que ellos no esperaban. Sap. 5, 1, 2.

(3) Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía. Jac. 5, 7.

desfallecerá. Los remordimientos no serán mas que un terror vano para el criminal que sepa disimular. La paz de la conciencia vendria á ser un fantasma, una ilusion para el justo que no encontrase en su corazon el consuelo de un Dios que vé y que juzga; y el hombre de bien, acusando de injusto ó de impotente al cielo, se echaria, ademas, en cara á sí mismo la inutilidad de sus propias virtudes.

ARTÍCULO II.

Medios que la ley natural indica para la observancia de sus preceptos.

Parece que bastaria indicar al hombre que necesariamente desea ser feliz, el camino de la felicidad, para que desde luego le emprendiese: de suerte que seria un arcano cómo pudiera marchar por el lado opuesto, á no convencernos la experiencia diaria de que las verdades mas interesantes influyen en el hombre con la proporcion misma que afectan su corazon; que se oscurecen cuando el alma se distrae; que se borran cuando las contradicen las propias inclinaciones ó el mal ejemplo; que, por decirlo así, se atenúan cuando se miran desde lejos; y por último, que cuando ya no se perciben, vienen á ser para nosotros como si no las hubiese. Es necesario, por tanto, recordarlas con frecuencia, penetrarnos de ellas, meditar sobre la regla é importancia de nuestros deberes, sobre la aplicacion que de ella hemos de hacer en la práctica, sobre los motivos capaces de excitar nuestra vigilancia, y de reanimar nuestras fuerzas, á fin de que brillando en nuestra alma estas verdades interesantes, nos ayuden, como es propio de ellas, en la necesidad, nos ilustren, nos afirmen en el bien, y sirvan de dique contra la violencia de las pasiones que nos arrastran (1).

(1) Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon,

Sin duda que estas verdades saludables parecerán austeras en un principio, porque exigen sacrificios; pero si las contemplamos en la persona que las practica, nada hallaremos en ellas que no sea dulce y amable. Animémonos con su ejemplo (1): busquemos su trato y amistad; y la estimacion que esta nos hará concebir de su persona, nos inspirará naturalmente el deseo de imitarlas.

Sabed, no obstante, distinguir al hombre de bien de los hombres hipócritas, cuya boca predica humanidad y destila hiel: condescendientes solo para sí, y duros y enfadosos para los demas: siempre ásperos para corregir: fingen perfeccion para sorprender la confianza de los demas: dominan con despostismo intolerable si llegan á subyugar: enemigos implacables si pierden la esperanza de esclavizaros: virtud, justicia, por último, toda llena de acrimonia, toda herviada de espinas, siempre sombría y suspicaz, jamás ingénua ni verdadera,

con toda tu alma, con toda tu fuerza. — Y estas palabras que te mando yo hoy, estarán en tu corazon. — Y las contarás á tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir, al levantarte. — Las atarás como por señal en tu mano, y estarán, y se moverán entre tus ojos. — Y las escribirás en el umbral y puertas de tu casa. — Deut. 6, 5, 6, 7, 8, 9. = Guarda, hijo mio, los mandamientos de tu padre, y no dejes la ley de tu madre. — Atalos en tu corazon perpétuamente, y rodealos á tu garganta. — Cuando anduvieres, vayan contigo: cuando durmieres, sean tu guarda; y al despertar habla con ellos. — Porque el mandato es antorcha, y la ley luz, y camino de vida la reprension de la enseñanza. — Prov. 6, 20, 21, 22, 23. = Medita estas cosas: ocúpate en ellas; á fin que tu aprovechamiento sea manifiesto á todos. — 1 Tim. 4, 15.

(1) El que anda con sabios, sabio será: el amigo de los necios, tal se hará como ellos. Prov. 13, 20. = Hom-

bastante para hacer aborrecible la virtud misma, si fuese semejante á la que ellos mienten (1). Huid al punto, y desconfiad de su celo farisáico. El hombre virtuoso, siempre bueno, marcha siempre tambien por el camino recto; mas es preciso buscarle, porque ni apetece, ni pretende ser conocido; y para gozar de su trato, es necesario principiar mereciendo su estimacion.

Una turba, por el contrario, de hombres insustanciales, y aun malos, se acercará á ti, ya para pasar el tiempo, ó ya para cubrir á la sombra de tus virtudes las sospechas de una reputacion equívoca, cuando no sea, tal vez, para seducirte, y triunfar en seguida de tu debilidad. Aleja, aleja de ti á tales personas; pues todo trato que no tiene por lazo la virtud, ha de serte perjudicial (2). La salud mas robusta se resiente habitando de contínuo en una mansion infestada.

bres justos sean tus convidados..... Eccli. 9, 22. = Mas con el varon santo trata de contínuo, con todo aquel que conocieres que guarda temor de Dios. — Cuya alma es segun tu alma; y que cuando anduvieres tentando en tinieblas, se condolerá de ti. Eccli. 37, 15, 16.

(1) Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores. — Por sus frutos los conocereis..... Matth. 7, 15, 16. = Mas has de saber esto, que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos. = Porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados. — Sin aficion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad. — Traidores, protervos, orgullosos, y amadores de placeres, mas que de Dios. — Teniendo apariencia de verdad; pero negando la virtud de ella. Huye tambien de estos tales. 2 Tim. 3, 1, 2, 3, 4, 5.

(2) No traigas yugo con los infieles..... — Por tanto salid de medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo que es inmundo. 2 Cor. 6, 14, 17. = Mas os denunciamos, hermanos, en el nombre de Nuestro Señor

Pero el enemigo mas temible está dentro de nosotros: allí luchan sin cesar las pasiones contra la virtud; y aunque enfrenadas, conservan, sin embargo, inteligencias secretas con los enemigos exteriores. Cerrad las avenidas, y fortificad los puntos endebles si quereis conservar la plaza. Mientras dormís, el enemigo vela, y entonces es cuando viene á el ataque; si una vez triunfa, sabed que ejercerá un imperio tiránico.

No os contenteis con velar: es preciso armarse para combatir con la ayuda del Todopoderoso. Habiendo sido criados para ser felices, no os entregará á vuestra propia debilidad si implorais su socorro (1). Seguid las huellas del corazon desamparado, que de un vuelo se remonta hasta el cielo para buscar la luz y la fortaleza que le faltan. En los grandes peligros exclamad: *ó Dios, socorredme.* En las irresoluciones congojosas decid: *ó Dios, alumbradme.* Si la calumnia os oprime, y os amenaza la muerte, *mi Dios*, prorumpireis, *juzgadme vos mismo*, *libradme.* Tales son los primeros gritos de la naturaleza que siente la presencia de su autor, que publica su bondad, que implora su asistencia.

A estos diferentes medios convenia añadir el conocimiento de sus propios deberes; y como el camino del exámen y discusion es demasiado lento y difícil, la Providencia ha dado al hombre luego que nace dos

Jesucristo, que os aparteis de todo hermano que anduviere fuera de órden..... 2 Thess. 3, 6.

(5) Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá. — ..... — ¿O quién de entre vosotros es el hombre á quien si su hijo pide pan le dará una piedra? ¿O si le pidiere un pez, por ventura le dará una serpiente? — Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los pidan? Matth. 7, 7, 9, 10, 11.

maestros en la persona de aquellos de quienes ha recibido el ser, para que formen su espíritu y su corazon: quiso ademas que fuese bastante largo el tiempo de la educacion, haciendo larga la infancia; edad preciosa en que el hombre, siendo, por decirlo asi, enteramente nuevo, conociendo mejor sus necesidades y su insuficiencia, es por lo mismo mas dócil á la voz de la instruccion.

Mas el pobre ocupado absolutamente en buscar su subsistencia y la de su familia, ¿tendrá luces bastantes para instruirle? ¿Tendrá tiempo? ¿Tendrá voluntad? Ademas ¿qué lecciones podrán dar á sus hijos los padres de costumbres corrompidas? ¿Qué apoyo dará á sus máximas morales? ¿Qué unidad podrán tener sus principios?

Es cierto que las leyes suplirán á estas faltas de la educacion; pero hay que convencer el entendimiento para obrar conforme á razon: hay que colocar la justicia en el corazon para hacer virtuoso al hombre; y las leyes no pueden mandar al uno ni al otro. Conoce el hombre tan perfectamente su independencia en cuanto á esta noble porcion de sí mismo, que cualquiera otra dominacion, que no sea la de Dios, se le hará insoportable. Las leyes humanas, pues, son insuficientes para formar el hombre interior. ¡Ah! ¡Cuántos crímenes se escapan á la vigilancia de las leyes! ¡Cuántos vicios se sustraen de su poder, quedando en la obscuridad sin castigo! Por último, debiendo ser una la regla de las costumbres para todos los tiempos y lugares, ¿seria jamás estable ni unánime si recibiese su sancion de las instituciones humanas? Solo, pues, el primer legislador de esta ley antigua, grabada desde el principio en el corazon de todos los hombres, solo este Legislador Supremo que habla á todos con el imperio de la divinidad, que lee en el fondo del corazon, que le manda, que le juzga, que castiga, que recompensa, y que á todos juz-

ga con justicia, es el solo que puede poner al alcance, á la vista de todos las máximas sagradas de su ley eterna, y fijar la incertidumbre é insconstancia del espíritu humano por la infalibilidad de su palabra.

Que venga, pues, exclama á este propósito un sabio de la antigüedad inspirado por solo la conviccion de sus propias necesidades (1): que venga este Legislador Divino á grabar con rasgos de fuego sobre el mármol y el bronce la ley antigua que las pasiones y prejuicios han borrado del corazon del hombre: que venga á publicarla en los cuatro ángulos del universo: que disipe todas las tinieblas; y si la autoridad de esta ley desanima, que envie ademas un hombre justo, cuyas virtudes sirvan á un tiempo de modelo y de estímulo.

Mas ¿quién ha de ser este hombre tan justo que llame sobre sí las miradas de todos, y que merezca su aprobacion? «Es necesario, dice el mismo filósofo, que este hombre no tenga ni aun la gloria de parecer justo para que no se pueda sospechar que lo es por vanidad, es necesario que sea despojado de todo, menos de su virtud: es necesario que sin hacer daño á nadie sea tratado como el mas criminal de todos..... Es necesario que persevere justo hasta el fin..... que sea azotado: cargado de cadenas, que se le salten los ojos, que se le clave en una cruz, y que se le haga espirar entre los mas crueles tormentos (2).»

¿Pero en dónde se hallará este justo?

(1) Socrat. in Alcib.

(2) El mejor partido que nos queda (*dice Sócrates in Alcibiad.* hablando de los deberes del hombre) es esperar con paciencia. Sí: es necesario esperar que alguno venga á instruirnos del modo con que debemos portarnos con los hombres. = *Discípulo.* ¿Y cuándo será ese tiempo? ¿Quién es el que ha de enseñarnos estas cosas? Pues me parece que yo siento un vivo deseo de conocer este personaje. = *Socrat.* — Este de quien se trata es un persona-

je que se interesa en lo que te toca; mas él lo hace, á lo que yo entiendo, del modo con que cuenta Homero que Minerva usó respecto á Diomides. Disipó el obstáculo que tenia delante de los ojos para que pudiese ver. Del propio modo es necesario que el impedimento que hay sobre los ojos de tu entendimiento desaparezca, para que puedas despues distinguir lo justo de lo injusto; el bien del mal; distincion qne hasta ahora no te hallas en estado de poder hacer con perfeccion. = *Discip.* Pues que venga esa persona, y que disipe, cuando á bien tenga, estas tiedieblas: por lo que á mí toca, estoy enteramente decidino á hacer cuanto quiera prescribirme, para llegar á ser mejor. = ***Socrat. in Alcib. Plat.***

LA LEY NATURAL

EXPLICADA Y PERFECCIONADA

POR LA LEY EVANGELICA.

SEGUNDA PARTE.

DE LA LEY EVANGÉLICA.

CAPITULO PRIMERO.

DEL LEGISLADOR DE LA LEY EVANGÈLICA, Y DE LOS MISTERIOS QUE NOS HA REVELADO.

Yo busco por todas partes y en todos los siglos á este varon justo, cuyo retrato acaba de trazarnos un sabio de la antigüedad; á este modelo colmado de todas las virtudes, probado por las humillaciones y los tormentos; á este justo, el mas digno objeto de nuestro amor; y solo he podido hallarlo sobre una montaña de la Judea, crucificado por una nacion ingrata á quien habia colmado de beneficios. El se ha llamado el enviado de

cielo para enseñar á los hombres una ley nueva. Detendré, por tanto, mi atencion; y para conocer bien á este sabio extraordinario, de que el universo no habia visto ejemplar semejante hasta entonces, consideraré, primero su persona, y despues pasaré á contemplar las verdades que vino á enseñarnos.

ARTÍCULO I.

De la persona de Jesucristo.

Los sabios de la antigüedad aspiraban á la celebridad, por la ostentacion de las virtudes, por la reputacion, por el crédito de sus discípulos, y, mas que todo, por la singularidad de sus costumbres. Afectaban hallar el fausto de los grandes para sobreponerse á la grandeza misma: vituperaban los vicios de los hombres, sin compadecer su flaqueza; y de este modo pretendian suplir por el desden y vano orgullo lo que faltaba realmente á su virtud. Mas el justo que yo veo aquí espirar en una cruz, muere con el carácter de una sabiduría eminente que á solo él es propia. Bueno, justo, benigno, bienhechor: en su persona concurren las mas sublimes virtudes con la mas noble sencillez: de su boca fluye la mas alta sabiduría con el lenguaje de los pequeñuelos: los pobres son el objeto principal de sus instrucciones, escogiendo doce de entre ellos, que destina para que sean sus apóstoles. La oracion y las tareas penosas de su mision absorbian toda su vida. El recorre el pais de la Judea para instruir al pueblo, y consolar á los desgraciados; perdona sus propias injurias: defiende con valor los derechos de la verdad y de la inocencia: huye al desierto cuando intentan aclamarle por rey (1), y viene

(1) Joan. 6, 15.

á abrazarse con la cruz cuando es llegado el tiempo de que fuese clavado en ella (1). El falso heroismo solo se somete á grandes pruebas por vanidad y ostentacion: si aparenta desprecio de los suplicios, es mostrando una animosidad feroz; y mientras afecta una insensibilidad que solo puede ser aparente, porque es contraria á la naturaleza del corazon humano, descubre una falsa virtud, y una verdadera debilidad. Mas aquí se deja ver el verdadero héroe tal cual es, y como debe de ser: sin disimular la sensibilidad de la naturaleza, hace que los dolores cedan á el amor de la justicia. El Justo que llama mi atencion por un heroismo que el mundo no habia conocido hasta entonces, ni jamás podrá imitar, porque nunca sabrá renunciar á su gloria propia, habla en las circunstancias en que el filósofo hubiera enmudecido, y enmudece, cuando el filósofo no habria podido callar. En el instante mismo de ser entregado á los mas crueles tormentos; el sabio hubiera disimulado sus temores; mas este Justo confiesa que su *alma está triste hasta la muerte* (2); y quiere que sus mismos discípulos sean testigos de sus terrores y agonía. Sus enemigos le acusan, le calumnian, le contradicen (3). El sabio no hubiera dejado de hablar; y Jesucristo ni una sola palabra dijo en su defensa (4). La nacion á que habia llenado de beneficios, pide su muerte con desapiadados gritos, y no despliega sus labios para quejarse. Le pregunta el soberano pontífice, y aunque su respuesta serviria para juzgarle digno de muerte, lo hace por dar testimonio á la verdad, y por obediencia al pontífice que le habla en nombre del Dios vivo (5). Uno

(1) Marc. 10, 33.
(2) Matth. 26, 38.
(3) Marc. 14, 56.
(4) Ib. 14, 61.
(5) Matth. 26, 63.

de sus jueces hace esfuerzos para librarle; y si le habla, es para advertirle que es responsable de su poder al Soberano Señor del universo (1). Otro que deseaba oirle, y se halla dispuesto á absolverle, no logró que abriese su boca mientras estuvo en su presencia. El silencio le atrajo las burlas y el desprecio: se le trató como á un demente, y sin embargo continuó callando (2). Cargado con su cruz se aflige, y llora sobre las desgracias de Jerusalen que habia pedido su muerte (3). Clavado ya, todavía ruega por los verdugos que le hacian morir (4); y para alcanzarles el perdon, emplea la voz de esta misma sangre que derraman.

A estos caracteres manifiestos de una virtud tan extraordinaria, se juntan los testimonios públicos que parecia no estar en el órden de lo posible para acreditar una verdad á todas luces innegable. Se le condena al suplicio de los malhechores; y el mismo que le entregó le reconoce y publica justo é inocente (5): el juez que le condena, el centurion que le guarda (6), el mismo pueblo que pidió su muerte y fue espectador de su suplicio, se acusa de haber crucificado al *Justo* (7). El odio de sus amigos sirve tambien para justificarle; pues habiendo buscado en vano testigos para hacerle parecer culpable (8); estos únicamente dirigen calumnias contra sus virtudes (9). Ademas, era Justo, que parecia abandonado á la malicia de sus enemigos; este Justo cubierto

(1) Joan. 19, 10, 11.
(2) Luc. 33, 8 y siguientes.
(3) Ib. 19, 41, cap. 23, 28.
(4) Ib. 23, 34.
(5) Matth. 27, 4.
(6) Luc. 23, 47.
(7) Ib. 23, 48.
(8) Matth. 26, 59.
(9) Luc. 23, 5.

de oprobios, como el mas despreciable y último de todos los hombres, se deja ver al mismo tiempo en medio de sus humillaciones y tormentos, con toda la grandeza, con todo el poder de un Dios. Una sola palabra suya, basta para postrar en tierra á sus enemigos, en el instante en que se entregaba en sus manos (1): tocándola, sana la oreja de uno de los que vinieran á prenderle (2), y contiene la mano del discípulo que se apresta á su defensa (3). Finalmente, al morir, conmueve toda la naturaleza, sin que jamás hubiese ejercido un imperio mayor sobre el universo, que en aquel momento precisamente en que los hombres se ven abandonados de todo su poder (4).

Sus discípulos, testigos de sus virtudes y milagros, publican por todas partes la historia de su vida. Ellos le han visto mandar á la naturaleza entera: dar vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos. Al imperio de su voz, vieron lanzar á los demonios, y que declaraban al dejar los cuerpos que él era verdadero Hijo de Dios (5). Le vieron caminar sobre las aguas (6), multiplicar en el desierto el pan y los peces (7): viéronle cubierto de gloria en el Thabor (8): oyeron la voz del cielo que les anunciaba su filiacion eterna (9): le vieron resucitado despues de su muerte; habló y comió con ellos (10): tocaron sus llagas (11). Mas de

(1) Joan. 18, 6.
(2) Luc. 22, 51.
(3) Joan. 18, 11.
(4) Matth. 27, 51. Marc. 15, 38. Luc. 23, 43.
(5) Marc. 3, 11, 12.
(6) Matth. 14, 25.
(7) Ib. 14, 19.
(8) Matth. 17. Marc. 9.
(9) Ib. 17, 5. 2.ª Petr. 1, 17.
(10) Luc. 24, 42. Joan. 21, 10.
(11) Joan. 20, 27.

quinientos testigos (1) deponen esto mismo: estas apariciones duraron por el espacio de cuarenta dias (2). En su presencia se elevó á los cielos, prometiéndoles, al dejarlos, enviarles el Espíritu Santo (3). Este Espíritu Santo descendió en efecto, sobre ellos, llenándolos de valor, de luces, de sabiduría; comunicóles el don de lenguas (4), y de milagros (5); cuyos extraordinarios dones trasmitian á sus discípulos, por medio de la imposicion de manos (6), declarando con esto á la faz del universo, que aquel mismo que habia espirado en una cruz, está vivo y triunfante á la diestra del Padre celestial. El poder, que á su muerte ejerció este Justo, el que manifestó despues de morir, la prediccion que habia hecho de su muerte y resurreccion, y el cumplimiento de todas sus promesas despues que hubo resucitado; todo esto prueba igualmente la realidad de lo que tenia predicho, á saber: *nadie podria quitarle la vida contra su voluntad*; *mas que él la daria cuando quisiese* (7).

Una multitud de judíos de todas las naciones, que se hallaban en Jerusalen con motivo de la fiesta de Pentecostés, acudió á la voz de este último prodigio, y cada uno de ellos oia hablar á los Apóstoles en su lengua propia (8). Estos hombres, tan ignorantes antes, y tan tímidos, de repente son trasformados en unos hombres nuevos. Sus primeras predicaciones se reducen á publicar, que ellos han visto á Jesucristo resucitado: y toda su elocuencia, á la intrepidez de su valor en manifestar lo que habian visto.

(1) 1.ª Cor. 15., 6.
(2) Act. 1, 3.
(3) Ib. 1, 8.
(4) Ib. 2, 4.
(5) Ib. 4, 10.
(6) Ib. 8, 15.
(7) Joan. 10, 17.
(8) Act. 2, 6.

Los testimonios de todos estos prodigios se hallan consignados en cuatro historias; cuyos autores son, ó los Apóstoles que cuentan lo que vieron, ó los discípulos de los Apóstoles que refieren lo que oyeron de boca de sus maestros, y tambien lo que pudieron ver. Estos cuatro historiadores publicaron sus evangelios á vista de todos los demas Apóstoles; de los cuales, muchos dejaron consignados en sus Epístolas los principales hechos referidos en aquellos; publicáronlos á vista de todos los discípulos; quienes por su creencia y adhesion deponen de la autenticidad de las mismas historias. Publicáronlas por toda la Judea, y esto, en un tiempo en que los testigos estaban vivos, sin que ninguno se atreviese á contradecirlas. Escribiéronse en diversos tiempos, en distintos lugares, en diferentes lenguas; y su simple lectura basta para convencerse de que, ni pudieron copiarse, ni menos convenirse. Los hechos que refieren estan conformes tambien con el testimonio de las iglesias, que siendo entonces recientemente fundadas por los Apóstoles, ó por sus discípulos, eran las depositarias inmediatas de la doctrina apostólica. La vanidad, el interés personal ó el respeto humano, son los encubridores de la verdad; y estaban tan lejos de todas estas afecciones humanas los sagrados historiadores, que ellos son los que nos han enseñado sin disfraz alguno lo humilde de su nacimiento, su ignorancia, sus debilidades, su cobardía, y su fuga, en el momento mismo que su Maestro se entregó en manos de sus enemigos: ninguno calla el crímen del Apóstol que le vendió; tampoco pasa en silencio ninguno de ellos la cobardía del Jefe de todos que le negó. Por todas partes publican que su Maestro es el Hijo de Dios soberano del mundo; confirmando con sus milagros estos títulos augustos; y aunque parecia que sus ignominias y su muerte debian hacerlos increibles, sin embargo, contra todos los dictámenes de la prudencia humana refieren casi siempre sucintamente los milagros de su omnipotencia,

mientras lo hacen con la mayor proligidad de sus ignominias y de los tormentos de su pasion: tres nos declaran la tristeza que le asaltó en el huerto de Getsemaní, y las congojas de su agonía. Y estos testimonios que dieron los Apóstoles á su divino Maestro, lo sellaron casi todos con su sangre.

Al tejernos su historia estos autores sagrados recuerdan juntamente los oráculos que muchos siglos antes habian anunciado las principales circunstancias de su vida: oráculos que habian sido publicados por hombres eminentes en santidad, y abrasados de celo por la honra de Dios; oráculos que nos ha trasmitido una nacion enemiga que aun en el dia los venera como divinos despues de haber perseguido á los Profetas que los habian proferido y dado la muerte al Justo que profetizaron. Jamás hubo tradicion ni mas auténtica, ni menos sospechosa.

Abriendo estos oráculos, yo encuentro, que habiendo prometido Dios, desde el principio del mundo, un Redentor que debia enseñar, instruír, y santificar al género humano, estaban prevenidos los deseos, que las necesidades del hombre inspiraron á un sabio de la antigüedad. Encuentro en ellos las señales que habian de llevarnos al conocimiento de este Redentor: señales que, sin faltar una, todas se hallan reunidas en la persona de este justo crucificado. Leo en los Profetas, el lugar, y tiempo de su nacimiento (1): veo predicha la virginidad de la que habia de ser su madre (2): la venida de los Magos para rendirle adoraciones (3): se halla anunciada su predicacion (4), su santidad (5), sus

(1) Mich. 5, 2.
(2) Isai. 7, 14.
(3) Ps. 71, v. 10, Isai. 60; 6.
(4) Isai. 55, 3, 4, 5,
(5) Ib. 11, 1.

milagros (1): que entraria en Jerusalen sobre un jumentillo (2), que uno de sus Apóstoles habia de venderle (3), estando señalado hasta el precio en que habia de ser vendido (4). Tambien estaban anunciadas las circunstancias de su pasion (5): su resureccion (6), y la venida del Espíritu Santo (7). Debia aparecer en el mundo, cuatrocientos, noventa años despues del edicto del restablecimiento de Jerusalen (8), y cuando el cetro hubiese salido de la Tribu de Judá (9); es decir: precisamente en la época en que este justo se dejó ver; época tan evidentemente marcada, tan generalmente reconocida en el tiempo de su venida, que la nacion misma que le crucificó habia hecho publicar en los cuatro ángulos del mundo, que estaba cercana la venida del Mesías prometido (10). A favor de esta expectativa, muchos quisieron ser habidos por el Mesías; y tomaron las armas para hacerse declarar por reyes; pero todos ellos fueron perseguidos, y desaparecieron (11). Solo el Mesías que permanecia sometido á los señores de la tierra, que mandó pagar el tributo, que prohibió sacar la espada, que recomendaba la dulzura y humanidad que habia declarado, que no venia á ser servido, sino á servir á los demas (12) que habia dicho

(1) Isai. 35, 6.
(2) Zach. 9, 9.
(3) Ps. 54, 13, 14, 15.
(4) Zach. 11, 12.
(5) Ps. 21, et 53.
(6) Ib. 15, 10.
(7) Joel. 2, 28.
(8) Dan. 9.
(9) Génes. 49, 10.
(10) Tacito, Hist. 15. Suetonio, vida de Vespasiano.
(11) Josefo, de Bello Judáico.
(12) Matth. 20, 28.

de sí mismo que no reinaria sobre el universo, sino despues de haber sido puesto en una cruz (1); este fue el solo Mesías que obtuvo el imperio de la tierra, y sobre la cual reina hace diez y ocho siglos, habiendo, en efecto, recibido, segun tenia predicho, los homenajes de todos los pueblos. Yo os envio, decia á sus Apóstoles, como corderos en medio de los lobos (2), y conservando la mansedumbre de corderos, es como estos Apóstoles convirtieron los lobos en ovejas; derramando su sangre por sus enemigos, es como lograron atraerlos. ¿Podria el espíritu humano idear jamás un medio mas extraño, para formar un imperio tan extenso? ¿Se atrevió jamás á intentarlo todo el poder de los hombres? Pero el enviado del cielo encierra en su omnipotencia recursos, que ni aun conocen los conquistadores de la tierra. El manda á doce discípulos pobres é ignorantes, y estos discípulos marchan bajo su palabra á anunciar por toda la tierra lo que habian visto y oido, y sus virtudes, aun mas que los milagros, propagan el Evangelio por toda ella: confirman con su muerte á que se ofrecen la doctrina que enseñan; y el éxito justifica la realidad de las promesas que habian recibido de su maestro.

A la voz de estos hombres extraordinarios, y en medio de las naciones mas corrompidas, se levanta por todas partes, un pueblo de santos, que se forma, se multiplica, y se perpetúa, con la humildad, la mansedumbre, y la justicia, por la eficacia de la palabra evangélica: y este nuevo imperio, el mas extenso de cuantos se han conocido, el único que se ha establecido sin ningun medio humano, y el solo á quien no ha podido debilitar el transcurso de los siglos; este imperio, es el imperio de este Justo, cuyas virtudes y prodigios

(1) Joan. 3, 14.
(2) Matth. 10, 16.

llenaron de admiracion á la Judea: de este Justo, que despues de haber espirado en una cruz, y predicho que reinará por la cruz, se subió á los cielos á la diestra de su Padre, para protejer su pueblo, y reinar sobre el universo.

Al mismo tiempo que corren los siglos, y que parecia que sus milagros y predicciones debian irse oscureciendo en proporcion de lo que se aleja de nosotros la época en que se hicieron, el cielo los confirma, los publica por un milagro permanente; milagro cada vez mas patente, y que está á la vista de todos: milagro, que es por sí mismo el cumplimiento mas auténtico de todas las profecías: milagro, que lejos de confundirse en la oscuridad de los tiempos, adquiere, por el contrario mas brillantez, y se hace mas notable por la sucesion de las generaciones: porque él anuncia á todos los pueblos y edades la mision divina de este justo crucificado.

Habian anunciado los Profetas que la nacion judáica seria cargada de anatemas por desconocer al Mesías, que la seria enviado (1); y que los gentiles que habian de reemplazarlos en el culto del verdadero Dios, serian alumbrados con una nueva luz. Este Mesías habia renovado las mismas predicciones en términos todavía mas expresos (2): habia anunciado la próxima desolacion de Jerusalen, la ruina del templo, la dispersion de su pueblo en castigo de su incredulidad (3). Tambien habia predicho que otro pueblo vendria á ocupar el seno de Abraham, y que este nuevo pueblo heredero de sus promesas, seria asistido de su espíritu hasta la consumacion de los siglos. Y tan pronto como la nacion judáica

(1) Isai. 29. 10. C. 9, 2. C. 8, 14, 15.
(2) Matth. 21, 41, 42, 43.
(3) Ib. 23, 33. Cap. 8, 9, 11, 12. Cap. 23, 38, 39. Cap. 24, 2.

puso el colmo á su endurecimiento entregando el Mesías á la muerte, luego al punto principió á dejarse ver el nuevo pueblo heredero de las bendiciones de Israel; y en menos de un siglo se propagó y extendió por todas las extremidades de la tierra. Jerusalen, que habia pedido que la sangre del Justo cayese sobre ella y sobre sus hijos, veia levantarse la tempestad de la ira divina que habia invocado. Sus desgracias principiaron con las sediciones y guerras que este mismo Mesías habia predicho que continuaron siempre, y se acrecentaron hasta la entera destruccion de la ciudad (1). En vano tres siglos despues un emperador apóstata intentó reedificar el templo: la tierra se opuso á esta empresa con sacudimientos violentos y globos de fuego que brotaban de su seno, consumieron los materiales acumulados, y dieron muerte á no pocos de los operarios (2). Los judios que arrancaron hasta los cimientos de las antiguas ruinas despues de haber cumplido á la letra por sí mismos sin saberlo, la prediccion que este mismo Mesías habia hecho que no quedaria piedra sobre piedra, se vieron forzados á desistir de su vano empeño. El templo no ha vuelto á ser restablecido ni debia serlo; porque habiendo una ley nueva que abolia las ceremonias legales para las que fue consagrado, era ya inútil. Aun hay mas: el tiempo mismo que todo lo cambia, que todo lo destruye, que confunde el orígen de los pueblos, y borra hasta los vestigios de las antiguas generaciones, este tiempo, decimos, respeta aquí constantemente los decretos del Eterno, sobre el destino de los pueblos que debian perpetuarse hasta el fin de los siglos, conservando los prodigios permanentes del Justo crucificado. Mas há de diez y ocho

(1) Josep. de Bello Jud.
(2) Socrat. Hist. 1, 3. C. 17. Amiano Marcel. Crisost. Hom 4.ª in Matth. Orat. 2 in Jud. Theod. Hist. 1, 3, 17. Sozom. 1, 5, 21.

siglos que los judios invocaron sobre si la maldicion divina; y esta nacion, sin príncipe, sin templo, sin altar, sin sacerdotes, sin centro alguno de union, sin pertenecer á ningun pueblo, á ningun pais, se encuentra diseminada por todas las partes de la tierra, absolutamente distinta de todas las demas naciones, no obstante lo mucho que la interesaria incorporarse y confundirse con ellas; y al lado de esta nacion, el nuevo pueblo que la fue sustituido en el reino del cielo, este nuevo pueblo no está limitado á nacion alguna, ni á ninguna familia; que solo se propaga por la enseñanza, que se compone simultáneamente de todas las naciones de la tierra; este nuevo pueblo despues de mas de diez y ocho siglos que su orígen fue consagrado con la sangre de su Divino Legislador se mantiene en el mundo, y conserva el mismo espíritu, la misma doctrina, el mismo gobierno; de suerte, que estos dos pueblos que por su propia constitucion debieran ser los menos consistentes, son los únicos, por el contrario, de todos los antiguos pueblos, que han adquirido una especie de inmortalidad sobre la tierra; pero llevando cada uno consigo los caracteres propios que muestran la diferencia de su destino. El primero, que habia de ser el oprobio de las naciones, que debia ser lanzado á las tinieblas exteriores, que habia de andar á oscuras en el medio del dia, este pueblo tan distinguido antes, que solo él hasta entonces habia gozado de la luz, no ve en el dia mas que envilecimiento arrastrando un carácter tan peculiar de ignominia, que lo marca y distingue por do quiera, de una manera indeleble. Si todavía conserva en su integridad los libros santos, es porque debian de servir de testimonio al Evangelio: y sin embargo procura desfigurar su doctrina por medio de absurdas tradicciones. El otro pueblo, á quien el Mesías predijo sus persecuciones, y sus victorias, se vió muy luego acometido por todas partes, y destituido do todo auxilio humano;

para que asi se conociese que su existencia y su perpetuidad no eran obra de los hombres. Triunfa, por último, y se deja ver con nuevo brillo sobre la tierra. Habia oido de su Divino fundador que era la luz y la vida del mundo; y por esto su pueblo se extiende por todas partes, su religion se anuncia por la redondez del universo, llevando á todo él con efecto la luz y la vida; caen por tierra los ídolos, enmudecen sus oráculos, y brotan por do quiera las mas sublimes virtudes.

Los filósofos, que hacia muchos siglos discurrian sobre la existencia y naturaleza del primer ser, sobre el destino y obligaciones del hombre, no habian conseguido, con sus disputas, mas que extraviarse; pareciéndose á aquellos laberintos, en que solo penetran algunos rayos de luz solamente para distinguir la oscuridad profunda en que estan envueltos. Pero este nuevo Sabio, en vez de disputar, decide como maestro: enseña verdades, que llevan la luz á lo íntimo del corazon. Sus máximas, sencillas á la par que sublimes, vertidas segun la oportunidad, parecen aisladas en un principio; mas comparando unas con otras, se las ve formar un cuerpo de doctrina único; el mas santo, el mas sabio, el mas luminoso, el mas bien coordinado que pudiera imaginarse.

Este nuevo Maestro no se limita á hacer salir, por decirlo asi, á la ley natural del lastimoso abismo en que las pasiones y preocupaciones la habian sumido, y del que, toda la sabiduría humana no era bastante á sacarla; sino que, como vamos á ver bien pronto la perfeccionó revelando grandes misterios, que á los ojos de los sabios parecian desde luego una locura; pero bien meditados presentan al hombre los fundamentos mas poderosos, le inspiran la mas noble generosidad y el mas grande valor, levantándole á un grado de perfeccion, á que jamás podrian aspirar todas las virtudes humanas, ni percibir el discurso de todos los sabios. Finalmente, en su persona se encuentra el modelo y ejemplar mas acabados de la

ley santa que enseñó; y este nuevo Sabio, el mas justo de todos los hombres, anunciado por tantos siglos, designado por tantos oráculos, probado con tantos sufrimientos; tan poderoso en obras y palabras, tan fiel en sus promesas: este Sabio que manda á toda la naturaleza, haciéndola servir, segun su voluntad, al cumplimiento de sus vaticinios: este Legislador de todas las naciones, que ilustra á todos los pueblos, y los santifica por la mas sublime de todas las leyes: este Sabio, este Justo, es el mismo Jesucristo á quien adoramos sobre la cruz, y cuyo nombre es alabado y bendito por toda la redondez de la tierra.

ARTÍCULO II.

De las verdades que Jesucristo nos ha revelado.

Las dos primeras verdades que se presentan al hombre son, la existencia de sí mismo, y la existencia de Dios. Pero ¿quién es este Dios? ¿Qué cosa es el hombre? De la resolucion de estas dos cuestiones depende la regla de las costumbres.

El universo entero publica por todas partes la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la providencia de un primer Ser, bastando abrir los ojos para conocer esta verdad. Tampoco se necesita mas que examinarse á sí mismo para reconocer que dentro de sí obra un ser pensador, cuyas operaciones son enteramente distintas de la materia. Basta consultar á la propia conciencia para aprender de ella los primeros principios de la moral, como los deberes generales de la honestidad, justicia, moderacion, humanidad, &c., que la misma nos prescribe y manda. Estas primeras ideas conducen naturalmente al conocimiento de una vida futura, en la que, un Dios infinitamente justo, ha de ejercer sobre los buenos y sobre los malos la justicia, que parece como en suspenso, durante esta vida presente; y de aqui es fácil concluir que con la muerte no acaba todo lo

que es el hombre. Mas la razon no pasa de aquí; y cuantas veces han pretendido pasar mas adelante los filósofos, cada paso ha sido marcado con una nueva caida, con un extravío mayor.

Pues como carecian de toda idea de los seres espirituales, cuando han querido comprender la naturaleza de Dios, no supieron hacerlo de otro modo que figurándose una sustancia corpórea: colocándola, unas veces en los elementos, y otras en los astros. Algunos le consideraban como una alma unida á todos los seres del universo, y casi todos le atribuian figura humana. En fin, la imaginacion, que por todas partes creia ver Dioses, no supo hallar en ninguna al verdadero Dios.

Por la misma razon, siempre que el hombre ha deseado formarse una idea de este ser viviente que piensa dentro de sí mismo, nunca pudo imaginarse otra cosa que una materia sutil dotada de vida. ¿Pero esta materia sutil seria mas indisoluble que el cuerpo que ella anima? ¿Cómo evitaria su propia muerte destruyéndose el cuerpo? De esta dificultad nacia el considerar como unos meros problemas el premio y castigo de la vida futura, y de que el hombre fuese para sí mismo el enigma mas difícil de explicar de cuanto existe en la naturaleza.

Dado en falso el primer paso, el filósofo avanzaba cada vez mas en el extravío de la moral. En vez de atemperarse á los principios que sobre las costumbres le indicaba la razon, pretendia analizar el corazon humano; y tomando, por consiguiente, sus desarregladas inclinaciones como ley de la naturaleza, procuró amalgamarlas con los principios de su conciencia; y de aquí, midiendo la extension de sus deberes, segun sus propias fuerzas, porque ignoraba los auxilios de la gracia, buscó en su orgullosa vanidad las fuerzas que le faltaban de parte de la naturaleza para aspirar á las grandes virtudes que su propia conciencia le daba á conocer, y colocar, por decirlo asi, su moral al nivel de la condi-

cion humana; y véase aquí el orígen de tantos sistemas absurdos, que no pueden mirarse si no como un ultraje á la ley natural, los cuales sirvieron muchas veces para tributar al crímen los homenajes debidos á la virtud.

Mas tan luego como se dejó ver sobre la tierra el sol de justicia, se disiparon todas las nubes: una sola palabra salida de los labios de Jesucristo bastó para darnos á conocer la naturaleza al Supremo Ser: esto es, *Yo soy la verdad* (1).

Pero ¿qué cosa es esta *verdad*? Cuanto mas examino esta idea, tanto mas grande se presenta á mi alma, tanto mas se eleva sobre mi capacidad, tanto mas me admira. Yo sé que la idea de la verdad excluye toda idea de mentira: que la verdad es necesaria: que sin la verdad, la razon que consiste en el conocimiento de lo verdadero, vendria á ser nada. Conozco que la verdad reside en todas las cosas; porque en todas, y por todos se deja conocer: que la verdad es una, indivisible y perpétua: que existe necesariamente, y que existirá por toda la eternidad, siendo esencialmente la misma en todos los tiempos, y hablando el mismo lenguaje á todos los hombres. Mas esta verdad que yo encuentro en todas las cosas, dentro y fuera de mí: esta verdad que yo no puedo negar, me es, sin embargo, imposible definir y comprender: tales son tambien los atributos de este primer Ser que existe antes de todo tiempo, y ha de existir eternamente: el que todo lo ordena, lo gobierna y domina. Y hé aquí cómo este Ser infinito en perfecciones, este Dios único á quien debo adorar, se me manifiesta por sus obras, sin que pueda yo, no obstante, conocerlo jamás perfectamente; pues sus atributos es consiguiente que sean en un todo conformes á la naturaleza en que residen.

(1) Joan. 14, 6.

La fé viene en seguida á esclarecer esta primera idea con los conocimientos particulares que nos suministra sobre las perfecciones divinas. Dios, nos dice, es un espíritu puro (1), y uno en esencia (2): todo lo ha criado (3): nada puede sin él existir, ni puede nada oponerse á su poder (4). Es el principio de todas las cosas (5), sin que él mismo tenga principio. Todo lo gobierna su providencia, sin que suceda cosa alguna sin su voluntad (6). Es veraz en sus palabras, fiel en sus promesas, lleno de bondad y de misericordia para con los hombres (7). Su inmensidad hinche el universo todo (8); y estando presente á todas las cosas (9), viéndolo todo con su infinita inteligencia, es, sin embargo, invisible á nuestros ojos (10). Infinitamente santo (11), el solo bueno por esencia (12), Padre único (13), en quien residen, y de quien se derivan todo el amor, y todos los derechos de la paternidad en el cielo y en la tierra (14): es quien todo lo dirige por su sabiduría (15), quien todo lo manda segun su voluntad (16). Aborrece á los malos, y tiene todas sus complacencias con los jus-

(1) Joan. 4, 24.
(2) Marc. 12, 29. Joan. 17, 3.
(3) Rom. 16, 26. Heb. 1, 10.
(4) Joan. 1, 3.
(5) Ib. ib.
(6) Matth. 20, 29, 30.
(7) Joan. 3, 15, 16.
(8) Matth. 5, 34, 35.
(9) Ib. 6, 4.
(10) Joan. 6, 46. = 1.ª Joan. 4, 12.
(11) Apoc. 4, 8. Isai. 6, 3.
(12) Matth. 19, 16, 17.
(13) Ib. 23, 9.
(14) Eph. 3, 15.
(15) Matth. 10, 29.
(16) Gen. 1, 3.

tos (1); y finalmente, á solo él pertenece el honor, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos (2).

A estas verdades que son accesibles á la razon, y á las que no puede menos de adherirse, añadió otras Jesucristo, que la misma no podia penetrar.

Ha nos enseñado, en efecto, que Dios, siendo uno en esencia, existe en tres personas distintas, que son: Padre, Hijo, y Espíritu Santo; y estas tres personas no son mas que un solo y mismo Dios (3); pues siendo la Divinidad esencialmente una, debe ser necesariamente la misma en cada una de las tres personas divinas. La segunda Persona tomó, sin experimentar mudanza, la naturaleza humana; y por esta union infalible, la naturaleza divina y la naturaleza humana subsisten en una sola persona, que es la del Hijo de Dios, Dios y hombre á un mismo tiempo: union misteriosa y real, á que llamamos *hypostática*, para distinguirla de todo otro género de union, la cual, siendo única en su especie, nada puede haber que se la parezca perfectamente; ni la union de los cuerpos entre sí, que solo consiste en la aproximacion de sus partes; ni la union del alma con el cuerpo, que causa la mútua dependencia de estas dos sustancias, produciendo una sola naturaleza; ni la union tampoco de los santos con Dios, que se obra por la caridad, sin tocar á la diversidad de las personas, subsistentes despues de esta union.

En virtud de esta union incomprensible, convienen á la Persona de Jesucristo los atributos y operaciones de las dos naturalezas: por lo cual era á un tiempo pasible é impasible: fue nacido en tiempo, y existente desde la eternidad: hijo verdadero de Dios, é hijo verdaderamente del hombre: de suerte que su Madre San-

(1) Ps. 33, 16, 17.
(2) 1.ª Tim. 1, 17.
(3) 1.ª Joan. 5, 7.

tísima, aunque solo sea madre de la humanidad de Jesucristo, es por esto mismo verdadera *Madre de Dios*.

Es verdad que la razon humana jamás podrá comprender estos misterios; pero tambien lo es que la razon dice á los hombres que Dios, infinitamente superior á la humana inteligencia, dejaria de ser Dios si pudiese ser comprendido; y la misma razon manda creer, cuando habla Dios, que es infalible. Pero, aun prescindiendo de esto, ¿no encuentra el hombre dentro de sí mismo una semejanza de estos misterios que no comprende? Las operaciones de su alma, su entendimiento, su voluntad, aunque distintas entre sí, ¿no son una misma cosa con su alma? Esta alma y su cuerpo, aunque tan diversos, ¿no componen una misma persona? Pues si el hombre no puede dudar de estas verdades que le asegura el sentido íntimo, y sin embargo le es imposi bleconocerlas, ¿podria negar su ascuso á las que Dios le ha revelado porque no pueda comprenderlas?

El Hijo de Dios, que como hemos dicho, no se desdeñó de tener por madre á una mujer, no tiene otro padre que aquel que le engendra desde la eternidad: se sujetó á los sufrimientos y oprobios, como castigo que eran del pecado, por quien vino á satisfacer, sin embargo de que su santidad jamás podia tener el menor contacto con la culpa.

De estas verdades incomprensibles á la razon humana, se desprenden otras, que si bien estan á su alcance, nunca las habia conocido perfectamente.

Mis sensaciones, mis pensamientos, mi voluntad, y las demas potencias de mi entendimiento, no pueden ser modificaciones de la materia. Hé aquí, por decirlo así, el primer vislumbre de la razon. Mas habiendo sido ilustrada por la fé, el hombre ve un Ser infinito en perfecciones, espíritu por esencia: conoce que este Ser ha podido criar otros seres espirituales á semejanza suya: concluyendo de aquí, que las operaciones de su alma

que parecian incompatibles con la naturaleza de los cuerpos, son efectivamente las modificaciones de una sustancia espiritual, en un todo diferente de la materia.

No es, pues, esta alma una sombra que pasa, ni un vapor que se disipa, ni nada tampoco de cuanto se asemeja á los seres corporales, sino una sustancia noble que se escapa á los sentidos. Lejos de disolverse por la muerte, no haciendo esta mas que romper los lazos que la aprisionan y sujetan al imperio de los sentidos, al imperio de estos mismos órganos que parecian darla vida, consigue su libertad, adquiere toda su energía en la nueva vida que entra, vida propiamente de los espíritus. Despues de esto la inmortalidad de mi alma deja ya de ser un misterio. Mi razon queda asegurada de la certeza de la vida futura, y de la esperanza de las recompensas; y si por mi cuerpo pertenezco á la clase de las criaturas terrestres, conozco sin embargo que las excedo en mucho por la dignidad de un alma que me dió el primer Ser criada á su semejanza.

¿Y no podrá haber todavía sobre mí otras criaturas puramente inteligentes, superiores á la naturaleza humana? La razon nada dice sobre esto; mas Jesucristo me enseña que existen con efecto estas inteligencias sublimes, cuya naturaleza se acerca á la del Ser Supremo á proporcion de sus cualidades eminentes: que de ellos unos son ángeles de pureza, bienaventurados por la vision de Dios, sus embajadores para intimarnos su voluntad, y para ejercer en su nombre, ya sus misericordias, y ya sus venganzas: que debo respetar su presencia, é invocar su proteccion; y otros hay ángeles de malicia y de tinieblas, que habiendo sido condenados á los suplicios eternos en castigo de su soberbia, ponen todo su conato en hacernos desobedientes como ellos, á fin de que participemos de sus tormentos: que debemos por tanto resistir á sus sugestiones, y estar alerta contra sus engaños.

La oposicion que encuentro entre mis inclinaciones y mi conciencia no me permite ver con claridad la regla de mis deberes. Mas esta oposicion se explica con las luces de la fe; pues Jesucristo nos ha descubierto un pecado de orígen, que habiendo corrompido nuestra naturaleza, pervirtió tambien las inclinaciones de nuestro corazon. Sin embargo, ni la violencia de estas, ni mi propia debilidad deben desanimarme; pues Jesucristo que se ofreció en sacrificio por mis pecados, me franqueará sus auxilios para que con ellos pueda yo cumplir la ley que me ha impuesto.

La fe, revelándome estas verdades, descorre un velo, y yo me encuentro con un nuevo órden de cosas: tres diferentes mundos se ofrecen á mi consideracion: el cielo, en que la posesion de Dios hace la bienaventuranza de los justos: los abismos ardiendo, en que los malos son atormentados con los demonios; y el mundo actual, destinado para que en él se formen los escogidos para el cielo.

Percibo ademas en este mundo visible que se renueva y varía sin cesar bajo las leyes particulares que le dirigen, un otro mundo moral, enteramente espiritual, compuesto de seres inteligentes, alumbrado de otra luz, que es la de la verdad, regido por otras leyes, que son las de la justicia, movido por otros agentes, que son, ó las inclinaciones de la naturaleza, ó las inspiraciones de la gracia. El mundo físico, que solo existe para dar lugar á la formacion del mundo moral, dejará de existir, tan luego como quede cumplido aquel objeto: esto es, luego que el segundo haya adquirido su complemento por la reunion de todos los miembros de Jesucristo unidos con él como con su jefe en el reino de los cielos (1). El mundo moral oculto ahora en el corazon del

(1) Eph. 4, 12.

hombre (1), se *acrecentará* (2), se perfeccionará por la operacion secreta de la gracia, hasta el dia en que estando completo el número de los escogidos, se deje ver tal como es para subsistir por toda la eternidad. Entonces, destruido el primer mundo, la *muerte*, despues de haber ejercido su imperio sobre todo lo que debia perecer, perecerá ella misma (3), quedando sin poder sobre un nuevo órden de cosas en que todo ha de ser inmortal.

CAPITULO II.

PRIMEROS PRECEPTOS DE LA LEY EVANGÉLICA.

Al mismo tiempo que Jesucristo se sirvió enseñarnos verdades muy interesantes sobre la naturaleza de Dios, sobre el destino del hombre, sobre la certeza de una vida futura, que sirven como de fundamento á las verdades prácticas, explicó al mismo tiempo los preceptos de la ley natural, que recibieron la mayor claridad desde entonces, y la mayor perfeccion, apoyándolos sobre los mismos misterios, que parecian ajenos de la moral. Este Divino Maestro, que practicaba lo mismo que enseñó, es el modelo mas cumplido que debemos proponernos. Y véase aquí lo que ahora debemos explicar. Para ello consideraremos al hombre en el órden de la religion, lo mismo, con corta diferencia, que lo hicimos en el órden de la naturaleza.

ARTÍCULO I.

Primer precepto de Jesucristo, amar á Dios sobre todas las cosas.

Hemos observado que habiendo Dios enviado á su

(1) Col. 3, 3.
(2) Eph. 2, 21, 22.
(3) 1 Cor. 15, 26.

Hijo á este mundo para atraer, por la humildad de la fé, á el hombre extraviado por el orgullo de su presuncion, era necesario principiar por creer en él para ser alumbrado con su luz: que habiendo este Hijo de Dios aparecido sobre la tierra con las señales mas manifiestas de su mision divina, no podiamos negar nuestra creencia á su palabra, sin *acusar de mentira* á su Padre *que le envió* (1); y que hallándonos cercados por todas partes de misterios de la naturaleza, no nos debia admirar que al hablarnos este Enviado Divino de cosas celestiales fuesen tambien misterios incomprensibles á la razon las verdades que se dignaba revelarnos. Mas hay esta diferencia entre unos y otros misterios: que los de la naturaleza humillan su razon dejándola en tinieblas; pero los de la fé, aunque la humillen, la sirven al mismo tiempo de antorcha para darla á conocer verdades que la afirman en sus primeros conocimientos, y disipan las nubes que la ofuscaban.

Todo en el universo, sin duda, nos hablaba desde luego del poder de Dios, de su sabiduría, de su bondad: mas luego que Jesucristo nos habló desde lo alto de la cruz, para edificar á su Padre un templo espiritual, destinado á glorificarle eternamente en el cielo, por medio de la oblacion de sí mismo, y de sus santos, Dios se dejó ver de nosotros con una nueva gloria. No es, pues, ya la belleza de la naturaleza, ni el ornato de los cielos, ni la economía de la providencia en el gobierno de este mundo visible, lo que llama mi atencion, y me admira, sino, esta misma naturaleza obediente á la voz del hombre Dios; el infierno mismo sometido á sus mandatos, y que publica su omnipotencia; son todos los siglos, todos los imperios sujetos á su poder, para formar desde el principio del mundo esta cadena de acontecimientos, que debian preparar su venida,

(1) 1.ª Joan. 5, 10.

para cumplir sus predicciones, para llenar sus promesas, para conservar su Religion. Jamás se ha mostrado Dios al mundo con tanta majestad como en el misterio de un Dios crucificado; misterio, que los sabios del mundo reputaron por locura (1). Entonces, grande infinitamente en santidad, nos dió á conocer lo enorme del pecado, que le ofende, por la víctima expiatoria, infinitamente santa. Infinitamente grande en su bondad, nos franqueó todos los tesoros de sus misericordias en el don que nos hizo de su propio Hijo. Infinitamente grande en majestad declaró, que no podia ser glorificado de una manera digna de él, sino por la mediacion de su Hijo unigénito, igual á sí mismo. Infinitamente grande en justicia y en misericordia, recibe para perdonar al hombre culpable, la oblacion de una víctima, que siendo infinitamente santa, satisface á su justicia plenamente, pagando por su muerte la deuda inmensa, á que las penas del hombre criminal no alcanzan. Infinitamente grande en magnificencia, recompensa el mérito de su Hijo en el mérito del hombre, para recompensar á este de una manera digna de Dios.

Los beneficios de Criador, los cuidados de su providencia, la naturaleza entera, que hacia servir á mis necesidades, me anunciaban desde luego las solicitudes de su bondad paternal. Ellas nos daban claro á entender, que estando todo dispuesto para nosotros, jamás abandonaria el Criador al hombre, que invocase su socorro. Pero cuando yo veo al primer Ser, criar, y mandar al universo, grabar sobre la arena los rasgos de su magnificencia, gobernar y disponerlo todo como único soberano; entonces, oprimido de su gloria, siento cómo sumirme en mi propia nada; y, ¡ay! exclamo, *¿qué es, pues, el hombre*, ó gran Dios, *para que vos os digneis acordaros de él* (2)?

(1) 1.ª Cor. 1, 23, 24.
(2) Ps. 8, 5.

El hombre, nos dice Jesucristo, este átomo casi imperceptible en la vasta extension del universo, no es solamente ese polvo organizado, que nace, siente, y desaparece con la muerte: tampoco es como el reptil, que se arrastra sobre la tierra, aunque tenga operaciones, que se le asemejan; ni es solo este espíritu pensador, que quiere, que discurre, pero que mandado por la organizacion de un cuerpo frágil, se halla sujeto siempre á las debilidades y miserias de la humanidad: es sí, una criatura formada á la imágen del Padre celestial, rescatada con mi propia sangre: es una porcion de mi herencia; es un hijo adoptivo del Criador, de cuyo espíritu debe vivir, debe llevar la marca de su santidad, participar de mis misterios, y ser unido á mi reino. Su alma, su corazon, todas las facultades de su espíritu serán penetrados un dia con los rayos de su divinidad, se abrasarán en el fuego de su amor, y le poseerán por toda una eternidad. ¡Ah! ¿Qué es el universo entero con todo su magnificencia en comparacion de este átomo viviente pero átomo en quien Dios puso tanta nobleza; y quiso llamarle á un destino tan elevado? Tu no ves mas que la majestad y la omnipotencia de un Dios Criador: pero *su bondad es* infinitamente *sobre sus obras* (1) y sus beneficios son una prenda de su amor. El *quiere la misericordia, no el sacrificio* (2). Yo, yo mismo *he venido á llamar á los pecadores, y no á los justos* (3). Yo he muerto para merecer tu perdon, y tu puedes merecerlo todo por mi gracia; puedes conseguir por mis méritos por mi nombre todo cuanto pidas (4). Tus desgracias serán pruebas solamente; y al probar yo tu fidelidad; me propongo hacerte merecer asi mis recompen-

(1) Ps. 144, 9.
(2) Matth. 9, 13
(3) Ibidem.
(4) Joan. 14, 13.

sas. Estas palabras consoladoras me las dirige Jesus, el Hijo de Dios, desde lo alto de su cruz: y jamás apareció mas digno de las complacencias de su Padre, que cuando se hallaba en este estado de abandono y de sacrificio. A estas dulces palabras, todos mis temores se disipan; yo me arrojo, yo me entrego en sus brazos con todas mis solicitudes: y la esperanza en su misericordia, reanima en mi corazon el fuego de la Caridad.

Dios es el Ser infinitamente perfecto: debo, pues, amarle infinitamente por justicia, Dios me ha dado cuanto soy, y cuanto tengo: yo debo amarle infinitamente por gratitud. Dios es el solo bueno por naturaleza; yo debo amarle infinitamente por mi propia felicidad. Esto decia la razon al hombre.

Mas luego que la fe me ha ilustrado sobre las grandezas, las perfecciones, los beneficios, del Ser Supremo ¡ah! ¡cuánto mas imperioso es el lenguaje con que ella habla á mi corazon! Porqué, ¿qué son todos los dones de naturaleza en comparacion de los bienes sobrenaturales ó del órden de gracias con que me ha colmado? El me ha sacado, no solo del caos de la nada, sino tambien de el de la injusticia, para darme una vida propia de los espíritus, que ha de durar eternamente. Ha borrado la maldicion del pecado, y me ha hecho pasar de la condicion de los hijos de los hombres, á la de los hijos de Dios. Me ha llenado de sus gracias, para hacerme digno de sus promesas. Me ha confiado á la solicitud y cuidados de su Iglesia, y la ha comunicado su poder para que vele por mi felicidad. Está siempre á mi lado, para ilustrarme, para animarme, para fortalecerme en los combates, y en los padecimientos. El me llama, cuando me desvio: me consuela, cuando he vuelto; se dá él mismo á mí, cuando me perdona: y me amenaza con sus venganzas, si dejo alguna vez de esperar en su bondad.

La bienaventuranza que yo deseo, no puedo hallar-

la mas que en Dios solo; en este Dios, que teniendo *la vida en sí mismo* (1) ha de recompensar en mí, no simplemente el mérito del hombre; sino el mérito de un Hombre Dios, y esto, con toda la magnificencia de un Dios. El Padre celestial lo tiene asi prometido con juramento en la alianza que ha hecho con el hombre por la mediacion de su Hijo; y al consagrar esta misma alianza Jesucristo con su propia sangre, me ha dado el ejemplo mas importante de la confianza y del amor que yo debo á su Padre. Generosamente aceptó la muerte, para darle gloria: se puso enteramente en sus manos, cuando parecia abandonado de su Padre (2) y no puso fin á su preciosa vida, hasta haber visto desde lo alto de la cruz, que ya estaba enteramente cumplida la voluntad de su Padre (3). Por este generoso sacrificio tributó á su Padre el homenaje mas glorioso que Dios pudo recibir en el universo: y su Padre le dió en recompensa, la mayor gloria con que pudo adornar al hombre, estableciéndole por *Pontífice eterno* (4) de un pueblo santo, y *dándole todas las naciones por herencia* (5).

Mas era preciso que viniese la fe á franquearme por sí misma las puertas del santuario, y á manifestarme los decretos eternos de la sabiduría infinita, los cuales estaban *ocultos desde el principio del mundo* (6) á los ojos de los sabios. Era necesario que esta misma fe me mostrase sentado á la diestra del Padre celestial, á este hijo unigénito, en un mismo trono, ejerciendo cerca de él los oficios de Pontífice, para interceder por nosotros. Era necesario me hiciese ver á su Espíritu Santo der-

(1) Joan. 5, 21.
(2) Marc. 15, 34.
(3) Joan. 19, 28.
(4) Ps. 109, 5.
(5) Ib. 2, 8.
(6) Eph. 3, 9.

ramando sobre la tierra los dones de sabiduría, de fortaleza, de caridad. Era necesario que me enseñase, que el reino de los cielos, que era el reino de tres personas Divinas, era el reino tambien de los escogidos de Dios, el reino de la santidad, el reino de la justicia, el reino de la misericordia. ¡O fe celestial! Fe, *en quien se hallan encerrados todos los tesoros de la sadiduría* y de la ciencia eterna (1). Fe, que brotaste de la sangre de un Dios, fe, que has bajado sobre la tierra para la salud del mundo, ven á inflamar mi corazon; ven, y penetra mi alma con los rayos de la Divinidad. ¡Ah! ¿Podria yo conocerte, sin tributarte adoraciones, sin publicar tu triunfo, sin armarme de justa indignacion contra los que quisiesen apagar tu luz, y volver á sumir el universo entero en las tinieblas? ¡Qué! ¿Habria yo de creer que no hay salud mas que en Jesucristo, que los santos son la obra exquisita de su misericordia, que formarán aquella corte celestial que está destinada para dar gloria á Jesucristo, eternamente; habria de creer que todos los que viven sin conocer en este mundo á Jesucristo, serán eternamente desdichados en el otro: y no obstante esto, habia de ver sin indignacion que la herejía y la impiedad sembraban por todas partes el veneno del error, que daban á mis hermanos una muerte eterna, que blasfemaban contra Jesucristo que es la salud del mundo, haciendo todos los esfuerzos para derribarle, si fuera posible, de su trono? ¿No levantaria mi voz para rebatir sus conatos, para advertir á mis hermanos? ¿No alargaria mi mano á los que veia perecer? ¿O al menos, no lamentaria su desdicha, ya que no pudiese remediarla? Jesucristo se entregó á la muerte por dar testimonio á la verdad: la fe que vino á traernos sobre la tierra, es el precio de su sangre: y no con otro que con el de la suya propia, es como

(1) Col. 2, 3.

sus Discípulos nos trasmitieron la fe que ellos habian recibido. Y si los enemigos de Jesucristo osaren ultrajarle ¿miraré yo á Jesucristo como un Dios extraño para mí? Si ellos pretenden cerrar mi boca, yo, en un reino católico ¿no tendré valor para confesar su Santísimo Nombre? ¿Me avergonzaré de pertenecer al número de sus hijos? ¿De su ley santa, de su cruz, de el mismo Jesucristo? No; no se cree verdaderamente en Jesucristo, cuando no se tiene el valor bastante para confesarle delante de los hombres (1).

¿Qué deberé, pues, yo hacer, para ser digno de sus recompensas? Jesucristo no exige de mí, ni talentos, ni hazañas; ni ninguna de estas obras brillantes, que deslumbran, que admiran, que mueven, que arrastran las voluntades; todo esto no es mas que la gloria del hombre, y aun esto no está en su arbitrio y potestad. ¡Ah! ¿Y qué valdria, por fin, delante de Dios toda la gloria de los hombres? Dios solo pide la rectitud de corazon, la fidelidad á su ley, la conformidad con su santa voluntad, así en las ocupaciones de una vida privada, como en las funciones de los cargos públicos. Tiene prometido que recompensará hasta un vaso de agua fria que yo dé en su nombre (2); y él mismo me dá ejemplo de la obediencia que pide. Por obedecer á su Padre, pasó treinta años en la oscuridad de una vida privada; y por obedecer á su Padre, abrazó los trabajos de una mision penosa, se sometió á la muerte de cruz; *Yo hago*, nos dice, *todo lo que place á mí Padre* (3), y este retrato de sí mismo que nos trazó en dos palabras, es el modelo grande de santidad que propone para nuestra imitacion.

(1) Matth. 10, 32, 33.
(2) Ib. 10, 42.
(3) Joan. 14, 31. = Cap. 15, 10.

El culto público es la expresion natural de la adoracion, ya, un sentimiento íntimo le habia indicado á todas las naciones; pero este sentimiento no determinanaba el modo ni la pompa; y cualquiera que fuese no podia tener, por sí mismo, ni fuerza ni valor. Mas en la religion evangélica, es el centro de nuestro culto, la oblacion de Jesucristo, Legislador, Pontífice, y Víctima Santa de su pueblo; el mismo que es orígen de todas nuestras gracias, nuestro Redentor, nuestro Remunerador, nuestra esperanza, nuestra fortaleza, nuestra vida; Jesucristo renovando sobre nuestros altares, en medio de su pueblo, el sacrificio que consumó sobre la Cruz, por nuestra salud: Jesucristo presentando á su Eterno Padre, con su propia sangre nuestras adoraciones, y nuestros homenajes, y haciendo bajar sobre nosotros las gracias del cielo por los méritos de su misma preciosa sangre; asi es como Jesucristo en esta forma de sacrificio viene á ser el centro de union de todos sus hijos, de este pueblo inmenso repartido sobre la faz de la tierra, diseminado entre todos los pueblos. El es la ofrenda esencial del culto solemne á la que todas las demas ceremonias deben referirse; ofrenda, que representando la muerte de Jesucristo, está siempre animada de aquel amor inmenso que le hizo morir por nosotros, á fin de reconciliarnos con su Padre celestial; es aun todopoderosa para aterrar el infierno, para cerrar las puertas del abismo, para vivificar su Iglesia: oblacion augusta, que reune en el homenaje que Jesucristo rinde continuamente á su Padre, todos los homenajes que las criaturas pueden tributarle, y los cuales solo por su medio pueden ser santificados; homenaje de adoracion por la ofrenda de un Dios que ha satisfecho plenamente á su justicia: homenaje de impetracion por la ofrenda de un Dios que todo lo ha merecido para nosotros; homenaje de accion de gracias por un sacrificio cuyo valor excede infinitamente á cuantos beneficios

hemos recibido del Criador: oblacion vivificante, que santifica todas las ceremonias del culto público por la relacion que ellas dicen con Jesucristo: que consagra el culto de los Santos, obra de su gracia, el de sus reliquias, que sirvieron de templo al Espíritu Santo, y que han de participar algun dia de su gloria; que santifica los altares á su nombre y honor, que santifica su cruz, manantial perenne de gracias; que santifica el signo augusto que hacemos sobre nuestras personas, invocando el nombre santo de la Trinidad: que santifica, en fin, todas las prácticas piadosas capaces de alimentar la fe, de animar nuestra esperanza, y de conservar la caridad. La sabiduría humana creerá haber tocado á lo sumo, mofándose de la sencillez de los ejercicios de piedad; pero la sabiduría humana, no será siempre sino muy limitada; porque ella considera en los objetos lo puramente sensible; es decir, lo que tienen de menos valor, en vez de que la fe, que tiende siempre sus miradas hácia el cielo, que ve á sus pies todo lo que es tierra, que solo considera grande á Dios, que solo conoce al hombre por la relacion que tiene con Dios, que solo considera en él las disposiciones del corazon que honran á Dios, ennoblece por su espíritu cuanto ella anima, y por decirlo asi, todo cuanto toca. Todo es para ella grande, porque todo es santo, porque de todo se sirve para elevar el alma á Dios inspirándole las virtudes celestiales, que son las que constituyen la verdadera grandeza.

ARTÍCULO II.

Del segundo precepto de Jesucristo: amarnos á nosotros mismos, como manda Dios.

Si nuestro primer deber es amar á Dios con todo nuestro corazon, es tambien para nosotros una impe-

riosa necesidad el amar la propia dicha. Estos dos amores, de los cuales uno es indispensable, y otro necesario, deben por tanto estar acordes con los principios de una sana moral, pues si el amor de Dios estuviese en contradiccion con el amor irresistible de nuestra propia felicidad, seria impracticable. ¿Pero en dónde hallar esta felicidad, cuyo deseo ha de conciliarse con el amor de Dios?

Las pasiones, que no reconocen otro reino que el de los sentidos, no pueden buscar la felicidad mas que en los bienes sensibles, en los placeres, en los honores, en las riquezas, en el poder, en la fama. Mas si todas estas cosas constituyen la felicidad del hombre, este que la ama necesariamente sobre todas las cosas, no podrá amar á Dios sobre todas ellas; y en la precison de elegir, necesariamente dará la preferencia á el bien en que crea hallar su felicidad. Pero, ¡ah! ¿qué vendrá á ser por último esta figurada felicidad? El hábito solo de gozar, hará desaparecer la dicha y se mirará abandonado entonces á sí mismo el hombre en el vacío del bien, entregado á la agitacion de los remordimientos á la turbacion y á las inquietudes de los deseos. Envilecido por la bajeza de sus sentimientos, sin virtud para soportar las privaciones de la vida, sin valor para sufrir las desgracias, se hallará siempre en oposicion con su conciencia, con Dios, consigo mismo, con su propia felicidad; y en fin, hasta con la de los demas; porque no pudiendo poseer los bienes de la tierra sin excluir de su goce á los otros, tendria precision de atentar á la dicha ajena, para proporcionarse la propia. De aquí proceden las disputas, las animosidades, los celos, las injusticias, y casi todos los crímenes que infestan la sociedad. El hombre no seria benéfico mas que para sí solo: su beneficencia no seria otra cosa, que un egoismo desfigurado que cambiaria de forma, pero no de naturaleza, desapareciendo tan pronto como cesase

el interés personal. Por tanto es manifiesto que las pasiones engañan á el hombre aun en los deseos y esperanza de su propia dicha haciéndole poner sus miras en bienes aparentes, que jamás pueden hacerle feliz.

Jesucristo, sin mandarme expresamente porque seria supérfluo el amor de mí mismo, me dice el modo con que debo amarme, que es lo que yo tenia necesidad de saber.

La razon me indicaba que sola la virtud podia proporcionarme la posesion del verdadero bien. Pero ¿cuál es este bien? Dios solo es este bien, me responde la fe; y bajo este punto de vista todos los deseos entran otra vez en el órden de la justicia: el amor de mí mismo, que antes me hacia enemigo de Dios, de mí mismo y de los demas, por separarse de su verdadero fin, se identifica con el amor de Dios, que es mi único bien, y á quien yo debo amar sobre todas las cosas, y con el amor del prójimo, á quien Dios me manda amar por amor suyo. Desde entonces el amor del prójimo no es ya aquel amor de sensibilidad con que se honran los sabios de la tierra, sino que es esta caridad noble y generosa, nacida de un principio permanente de bondad, que no distingue el bien de los demas del mio propio: caridad fundada en el amor que debo á Dios, y en la certeza de las recompensas que me tiene prometidas. Y asi siendo Dios para mí el bien supremo, sin que los de la tierra puedan llenar mi último fin, yo poseeré estos sin apego; y no los miraré ya, ni como un objeto de mis complacencias, ni tampoco como el blanco de mi ambicion.

De esto procede toda la moral evangélica en cuanto á deseos y goces. Todo lo que mancha el alma, todo lo que cautiva el corazon, todo lo que quita ó debilita el amor de Dios, y me aleja, por consiguiente, de mi único bien, es un mal positivo, que Jesucristo me lo tiene prohibido. Tambien me prohibe todo lo que pone

la virtud en peligro, porque esto me expondrá á perder el amor de Dios. Entonces su fe que al principio me era enojosa por el aire de austeridad con que la veia enfrenar mis inclinaciones, se me presenta con un carácter de santidad, de dulzura y de sabiduría, digno de su divino Legislador. Su severidad allana los caminos del cielo, removiendo los obstáculos: hace fácil la práctica del bien, apartando las ocasiones: previene todos los desórdenes, atacando á todas las pasiones: hace ligero, por tanto, el yugo del Señor: le hace amable por la dulzura del amor divino, á proporcion que va dominando el gusto sensible á los bienes de la tierra; y entonces es cuando yo comprendo la necesidad de esta máxima evangélica, á saber: que es necesario *morir á sí mismo*: esto es, *á los sentimientos de la carne y de la sangre*: que son como el alma del hombre carnal *para poder hallar la vida* (1); pues no se puede vivir la vida del hombre carnal sin perecer irremisiblemente, perdiendo el amor de Dios, que es la vida del hombre celestial.

ARTÍCULO III.

Del tercer precepto de Jesucristo: amar al prójimo por amor de Dios.

La ley natural nos manda amar á nuestros semejantes, y de hacerles bien; pero jamás el amor propio dejaria de hallar pretextos para eludir este mandamiento. Al fin de prevenir nuestros errores, Jesucristo ha puesto este mismo amor propio en los intereses del prójimo, haciéndole defensor é intérprete de los derechos que los demas tienen sobre nosotros cuando nos ha ordenado que los amemos como á nosotros mismos. Segun esta regla, basta preguntar á nuestra conciencia lo que quer-

(1) Matth. 10, 39.

riamos que el prójimo hiciese por nosotros, atendida la situacion en que nos hallamos; y tomándola por árbitro de lo que nosotros deberiamos hacer, es bien seguro que en nada faltaremos á nuestro prójimo.

Entre aquellos que deben ser el objeto de nuestro amor y de nuestra beneficencia, Jesucristo nos recomienda los mas necesitados, hácia los cuales suele el amor propio manifestar mayor indiferencia: quiere que demos de comer al hambriento, de beber al sediento: que vistamos al desnudo, que visitemos al enfermo, que consolemos al afligido: nos recomienda de un modo especial á nuestros enemigos, contra quienes el amor propio nos inspira grande aversion; y no solamente nos manda este Señor perdonarlos, que es todo lo que habia podido adelantar la sabiduría humana, sino lo que es aun mucho mas difícil: esto es, nos manda amarlos: quiere que roguemos por ellos, poniendo asi á Dios por testigo de la sinceridad de nuestro amor. Pasa mas adelante; y como el beneficio llega á ser una especie de venganza que humilla, cuando le acompaña el desprecio ó la indiferencia, Dios quiere que haciéndoles bien, les demos al mismo tiempo testimonio de nuestra benevolencia: que procuremos vencer sus resentimientos con demostraciones de caridad: nos prohibe acercarnos á sus altares, mientras no hayamos satisfecho á el mandato que nos ha impuesto (1), como tributo perpétuo que hemos de pagar constantemente, sin que jamás cese la obligacion de hacerlo (2); y si amamos al prójimo, como Jesucristo nos ha ordenado, todas las obligaciones de la sociedad estan cumplidas.

La caridad, dice S. Pablo, es sufrida, es benigna, no es envidiosa, no obra mal, no es orgullosa, no es ambiciosa, no busca lo que es suyo, no se irrita, no

(1) Matth. 5, 23, 24.
(2) Rom. 13, 8.

piensa mal, no se goza en la iniquidad, mas se regocija con la verdad: todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre (1).

Y esta caridad que tiene el amor de Dios por principio, le toma tambien por regla; y por consiguiente si nos manda amar á nuestros enemigos como á nosotros mismos, tambien nos prohibe que amemos á nuestros amigos mas que á Dios; y de que prefiramos la estimacion, la proteccion de los hombres, la benevolencia de aquellos que tienen los derechos mas legítimos sobre nuestro corazon, á el amor inviolable que debemos á Dios: advirtiéndonos *que el que ama á su padre y á su madre mas que á Dios, no es digno de él* (2).

Jesucristo es nuestro mejor modelo; pues en el inmenso amor que nos ha mostrado hallamos el ejemplo del que nos tiene recomendado respecto de nuestros hermanos.

Nos manda amar á los hombres; y su amor hácia nosotros le hizo venir á la tierra para salvarnos. Nos manda sobre todo que amemos á los que nos aborrecen; y él vino á redimir á el mundo que es su enemigo. Nos ordena que nos reconciliemos con ellos; y no se desdeña de descender hasta nosotros, para reconciliarnos consigo mismo.

Nos dice que les hagamos bien; y él derramó su sangre por aquellos mismos que le atormentaban. Nos recomienda principalmente los pobres y los desgraciados; y él mismo se hizo pobre para enriquecernos con sus dones (3); y los pobres son á quienes principalmente dirige las palabras de su Evangelio (4). Tomó sobre sí nuestras enfermedades (5) para darnos sus propias

(1) 1 Cor. 13, 4 *et sequent.*
(2) Matth. 10, 37.
(3) 2 Cor. 8, 9.
(4) Luc. 4, 18.
(5) 1 Cor. 15, 3.

fuerzas: recorrió las ciudades y las aldeas de la Judea para consolar á los desgraciados: sanaba á los enfermos, se afligia con los que lloraban (1); y él mismo que habia rehusado mudar las piedras en pan, despues de un ayuno de cuarenta dias, multiplicó los panes en el desierto, para mantener á la multitud que le seguia desfallecida; y si no dió albergue sobre la tierra, á él mismo le faltó en donde reclinar su cabeza; pero bien pronto dejó la tierra para ir á preparar á sus hijos mansiones eternas en la gloria.

No se contenta con amar á los enemigos que le persiguen, que le llenan de oprobios, que iban á entregarle á la muerte: no tiene por bastante el colmarlos de beneficios: tenia predicho á sus discípulos que serian perseguidos por su causa; y expresamente les manda que, á su ejemplo, los amen, declarándoles que esta generosa caridad será por la que los conozca por sus verdaderos discípulos (2). Sus apóstoles siguen fielmente esta marcha: el primer mártir de su Evangelio ruega al morir por los que le daban muerte; y esta caridad que nació de la sangre de un Dios, no se ha extinguido aun desde que la legó á sus discípulos al morir como su propia herencia. Asi, mientras que los sabios predican humanidad y beneficencia, sola la caridad es la que se emplea en estas obras.

En efecto, cuando yo dirijo mi vista sobre la faz de la tierra, un espectáculo lamentable se presenta á mi consideracion: las pasiones que todo lo dominan, que lo pervierten, que lo confunden todo: los vicios que triunfan con audacia: los lazos de la sangre y de amistad que se rompen: los principios de las costumbres, y los fundamentos de la sociedad que se trastornan: la iniquidad que prevalece, y que por todas partes deja

(1) Joan. 11, 35.
(2) Ib. 13, 35.

las marcas de la disolucion, haciendo esfuerzos para ahogar los gritos de la religion. Mas en medio de esta escena trágica de desgracias y de crímenes, veo levantarse monumentos de beneficencia, como otros tantos templos consagrados al Dios de caridad: los unos destinados á prolongar los dias de la decrépita vejez: otros á conservar los de la infancia abandonada. En aquel se asiste á los enfermos, se consuela á los débiles en este, se da de comer al necesitado; allí se previenen las necesidades del mendigo, acostumbrándole á trabajos útiles: en estos otros, finalmente, se abre un asilo respetable para la inocencia de una edad sin experiencia, ó para la seguridad del sexo débil, los cuales despues de haber apartado del peligro á los desgraciados, vienen á ser un semillero de buenos ciudadanos. Pero en todos estos templos sagrados de beneficencia, no se invoca mas que el nombre de Jesucristo: allí solo se conoce el nombre de caridad; pero tambien es cierto que tales edificios solo se encuentran en las tierras dichosas en que se adora al Dios de caridad. Los hombres compasivos que levantaron estos edificios augustos, los que en estos asilos admirables hacen correr sin cesar manantiales perennes de bendiciones, para perpetuar en ellos las obras de misericordia, invocar tambien el nombre sagrado de Jesucristo: las sociedades benéficas que en ellos se consagran al consuelo y alivio de los enfermos, á la instruccion de los pobres: estos hombres compasivos que bajan hasta lo mas profundo de los calabozos para suavizar las cadenas de los que allí gimen: estas almas sensibles que despues de solicitar la compasion de los ricos, van en seguida á llevar el socorro al indigente que se oculta por no tener ánimo para pedirle: todos estos héroes de la beneficencia, todos son tambien héroes de la caridad. Un aire contagioso que destruye las provincias, ha llevado ya por todas partes las sombras pavorosas de la muerte: los moribundos invocan por do

quiera la conmiseracion pública: la muerte se presenta á la puerta: huyen entonces espantados los apologistas de la humanidad; y llena de pavor huye tambien en pos de ellos la multitud. ¡Ay! ¿Se verán entregados á la desesperacion los miserables abandonados? No, por cierto: hombres llenos de caridad correrán á desafiar la muerte en medio de los que estan para espirar. Yo los veo ya venir de todas partes: los veo partir el peligro para llevarles los auxilios; mas estos héroes benéficos son tambien los que conocen la caridad de un Dios que les ha enseñado á dar la propia vida por la salud de sus hermanos. En estas casas del duelo en que la pobreza y la afliccion se han establecido de asiento, veo tambien virtuosos cenobitas, que despues de haber sido arrancados de las dulzuras de una vida cómoda, y quizá del fausto de una fortuna brillante, vienen á establecerse en medio de los pobres, y pobres los mas abandonados de la humanidad; y hechos ellos mismos voluntariamente pobres, quieren aun por eleccion ser criados de los indigentes. Yo examino á estas almas generosas, y llevando todas grabado sobre sus frentes el nombre sagrado de Jesucristo, me anuncian la caridad celestial de que estan animadas.

Los apologistas de la humanidad publican sin cesar que el género humano se halla dominado por las supersticiones, y envuelto en las tinieblas de la ignorancia. ¡Ah! ¿Y qué es lo que ellos hacen para sacarlos de tal estado? Arengan entre las gentes que los aplauden: y forman libros de cálculo sobre las ventajas y utilidades; mas ir á catequizar al pobre en su miserable choza, recorrer tierras distantes y pueblos bárbaros entregándose á una vida errante, á trabajos penosos; exponerse á toda suerte de peligros para enseñar á los pueblos, cuyas costumbres ponen espanto, á conocer, á bendecir al Criador para hacerlos justos y felices; ¡ah! sola la caridad de Jesucristo será la que llegue á este grado

sobrenatural de beneficencia; porque sola ella es la que puede suministrar motivos suficientes y poderosos (1).

Los protectores de la humanidad abogan en Europa por la libertad de los negros, con el objeto de convertir á los amos de estos, que viven en la América: y mientras tanto se enriquecen con el tráfico de su servidumbre. Una política ilustrada, procura arreglar los deberes, sin alterar el órden de las clases. Tiene presente, que por un designio de la Providencia la servidumbre es un beneficio para el esclavo, poniéndole en disposicion de que pueda ser alumbrado con las luces de la fe: que el esclavo es físicamente mas feliz aun en estado de servidumbre, que cuando gozaba de libertad (2); viniendo tambien la misma esclavitud á

(1) Se habla de humanidad en los teatros: se predica la caridad en las cátedras cristianas: pero las mujeres públicas se situan á las avenidas de los teatros, y los pobres van á sentarse á las puertas de nuestras Iglesias.

(2) Cuando se ve á ciertos hombres, que por su doctrina propagan el cruel egoismo; cuando se ve á mujeres filósofas, que se las hiela la sangre por el perrillo que se las murió, mientras que tienen bastante crueldad para dejar perecer de hambre á sus puertas al mendigo que las pedia un pedazo de pan, cuando se ve, digo, á esta clase de gentes arrebatarse por los sentimientos de compasion en favor de los esclavos de América, se sentiria cualquiera tentado de la risa, á no contemplar con justa indignacion, que esta humanidad hipócrita que declama contra la esclavitud, se propone únicamente hacer recaer sobre la religion de Jesucristo, que la tolera, lo que tiene de odiosa. Asi se calumnia á una religion porque tolera, y nada mas, la esclavitud, que llegaria á ser muy suave, si con puntualidad se observasen las leyes que sobre ella tiene prescriptas; y se acusa al mismo tiempo de fanatismo á esta religion adorable, porque no quiere tolerar sistemas corruptores, por naturaleza, de las costumbres públicas y trastornadores de todo órden social. Pero; ¿y qué es todo lo que ha producido en último resultado

ser un beneficio para la humanidad, entre las naciones bárbaras, que mútuamente se consumirán con guerras

toda la humanidad filosófica en favor de los esclavos? De cuantos amos traspasan las leyes de la humanidad, ¿hay uno tan siquiera (lo decimos con entera confianza) que no sea filósofo en el alma, ó al menos en la práctica?

«Los esclavos, se dice, son de tal manera hacinados en los barcos destinados al tráfico de negros, que en su transporte perecen la mitad: y apenas llegan á las colonias, bajo un sol abrasador, son aplicados á trabajos penosos y violentos. En lugar de pan, solo comen casave (*), algunas patatas, y guanávanas (**). Una camisa, y un calzon largo de lienzo, es todo su vestido, llevando pies y piernas descalzos. ¿Causará admiracion, despues de esto, que desesperados muchos lleguen hasta cortarse la lengua?»

¿A quién se querrá persuadir que los amos, personalmente interesados en la conservacion de sus esclavos, miren con indiferencia su salud, aun cuando los tengan en la clase de bestias de carga? No, no es asi. En la travesía de Africa á la América, se cuida de ellos; y llegados á las colonias tambien se procura darles descanso, para reponerlos de las fatigas del viaje. Hasta pasados seis meses, no se les aplica al trabajo ordinario. Este está limitado al cultivo de las cañas de azúcar, del café, algodon, y cacao. Dan principio á la faena á las seis, poco mas ó menos, de la mañana: dan de mano al medio-dia, y descansando dos horas, continuan despues hasta las seis de la tarde. Si llueve, solo trabajan en los ingenios

(*) *Casave* es raiz de un árbol llamado *yuca*: las hay muy largas: son blancas, redondas, y gruesas algunas como el brazo de un hombre. Aun las gentes mas acomodadas de la América usan de ellas para verdura en los cocidos. Para hacer la pasta ó masa, que dan en vez de pan á los negros, las majan mucho, formando despues tortas grandes, redondas, y delgadas, que cuecen fácilmente. — D. T.

(**) *Guanávana*, fruta de América, parecida al melon; la lleva un árbol del mismo nombre. Es dulce, muy jugosa, y fresca: tiene blanca la sustancia interior, que es lo que se come, conteniendo á veces un licor aquoso muy grato. No solo la comen los negros; aprécianla todos los del pais; y hacen tambien conserva, que se estima como uno de los mejores dulces. — D. T.

intestinas dando muerte á los prisioneros, que no querrian conservar al menos que no les interesasen los

ocupados en diversas manufacturas. A la mas ligera indisposicion, los separan del trabajo, y los visita un Médico, que para esto hay en cada ingenio. Este *sol abrasador* en que se encuentran, es mucho menos ardiente, que aquel bajo que nacieron en el Africa. Las patatas, guanávanas, y el casave (con que se les hace pan) es para ellos un alimento exquisito, en comparacion del que usan en sus tierras, que son solas raices. Tienen ademas, con mayor abundancia, que nuestras gentes del campo, alimentos mas sustanciosos que los de Europa. Si llevan un vestido corto, y descalzos los pies, ¿era mejor acaso el que tenian en el lugar de su nacimiento? ¿Y necesitan de mayor abrigo en los paises meridionales? Lo que el paisano gana en Európa, es cierto, que lo gana para sí, y que el esclavo trabaja para su señor: pero lo que aquel gana apenas es bastante para que no perezcan de hambre él y su familia; y aun muchas veces les falta lo absolutamente necesario. El negro recibe de su amo para él, y para su familia, todos los artículos de primera necesidad. Ademas, en cada ingenio se le asigna un pequeño terreno, que él cultiva; criando animales útiles, siendo todo para su provecho. Cuando falta á su deber, se le castiga; y si á veces, es hasta correr la sangre, es por crímenes, que en Europa merecian pena de muerte. Si el castigo excede á la falta, esto será un abuso del amo, que la religion y la humanidad condenarán siempre. Si el esclavo se huye, se le castiga como al soldàdo desertor. Si en ciertos momentos de desesperacion algunos se dan la muerte, ¿qué podremos inferir de aquí? ¿Acaso, no hacen otro tanto en Europa los hombres libres? ¿El suicidio, no es un crímen mas bien del hombre, que del esclavo? La relacion que dejamos hecha sobre el estado de los esclavos, la debemos á un verdadero filósofo, que tiene posesiones en América, y que habiendo vivido algun tiempo en aquellas regiones, ha podido examinarlo todo con imparcialidad y con la calma que pide la recta razon, para que los juicios sean rectos tambien.

provechos que les ofrecia el retenerlos en servidumbre.

Pero la religion de Jesucristo ha hecho mas todavía: tolerando la esclavitud, ha suavizado su rigor, alentándolos á la fortaleza y sufrimiento con las promesas de una recompensa eterna; y tambien por la dulzura que inspira á los amos llevando la caridad á su corazon. Enseña á los unos á servir con la franqueza de hombres libres, y con la sencillez de una conciencia recta; y á los otros, á tratar como hermanos á sus siervos, con la generosidad de señores compasivos; y acercando de esta manera las clases, sin invertirlas, consigue que el afecto ocupe el lugar del despotismo y del temor: acostumbra al amo y al esclavo á que se reconozcan por hijos de un Padre comun, y hace á las veces esfuerzos para extinguir absolutamente la servidumbre; y en efecto, mientras que en los pueblos que no conocen á Jesucristo se halla en el dia en uso la esclavitud, la Europa la proscribe á proporcion que la Religion de Jesucristo va extendiendo su dominacion y espíritu de mansedumbre y fraternidad. En fin, por un heroismo exclusive de esta Religion divina, ella forma hombres generosos, que van en busca de los esclavos para rescatarlos, con peligro de perder ellos mismos la libertad. Los envia á fijar entre ellos su residencia á fin de poderlos socorrer, cuando no la es dado comprarles la libertad. Si hay amos bárbaros, si hay esclavos feroces, que traspasan todas las leyes de la humanidad, no obstante el nombre de cristianos que llevan, la religion que los reprueba, que los amenaza, que los castiga, que emplea todos los medios para al menos humanizar á éstas almas atroces, ¿será acaso mas responsable de sus crueldades, que de los crímenes de los otros malos cristianos que la deshonran? ¿Y estos mismos hombres bárbaros serian mas humanos, si no conociesen la ley evangélica?

¿Pero en qué consiste esta tan grande diferencia que

media entre la humanidad del sabio, y la caridad del cristiano? Consiste en que la humanidad, y la caridad, que provienen de dos principios distintos, estan tambien animados de espíritus muy diferentes; consiste, en que la humanidad del sabio, producida por una sensibilidad natural, no la afectan sino muy ligeramente los males que no tienen á la vista, y por sí no es capaz de grandes empresas. Esta sensibilidad, ademas, la debilita y muy de ordinario la apaga un amor exclusivo de nosotros mismos, que agota todos los recursos en los placeres, y en el lujo: mas la caridad, que es la humanidad del cristianismo, tiene en la gracia de Jesucristo, y en los grandes fines de la fe una fuerza sobrenatural que hace comunes nuestros intereses y los de nuestros hermanos; que sustituye á las exigencias del lujo y del capricho, las necesidades verdaderas; y aun se vale de la industria y de voluntarias privaciones para proporcionar recursos al indigente. La humanidad ve solo en las desgracias al hombre que sufre; mas la caridad ve en el hombre, á Jesucristo, que sufre, á Jesucristo que implora para el hombre la misericordia que ha tenido para nosotros; y por consiguiente, la caridad respeta en los desgraciados, la misma pobreza, los padecimientos, que les hacen parecerse mas á Jesucristo. La humanidad buscando la recompensa, ó en la satisfaccion del bien que hace, ó en el aplauso de los hombres, es siempre débil, y por lo comun despreciable en sus motivos; desaparece enteramente, cuando le falta este apoyo; enmudece á la vista del malo, que excita su indignacion, ó del enemigo que provoca su venganza: mas la caridad aspira al reino de los cielos, segura de conseguir el *perdon, perdonando* (1) *y la misericordia, haciendo misericordia* (2); la caridad, que hace que el que haya

(1) Matth. 6, 14, 15.
(2) Ib. 5, 7.

sembrado bendiciones, recogerá tambien bendiciones (1), que cada uno *sea medido* con la misma medida *con que haya medido á los demas* (2) la caridad, que se halla animada por la certeza de las promesas, y por la inmensidad de las recompensas, encuentra en la eficacia de sus motivos, y en la energía de la fe una elevacion y una fuerza, capaces de emprenderlo y de sufrirlo todo.

CAPITULO III.

DE LOS PRINCIPALES DEBERES QUE NOS PRESCRIBE JESUCRISTO, CON RELACION AL ÓRDEN PÚBLICO.

Habiendo Jesucristo venido á traer la paz al mundo, proveyó, no solamente á el bien de cada uno en particular, sino tambien al bien general de los pueblos, uniendo entre sí los miembros de la sociedad civil, por medio de los lazos de la subordinacion: todos sus preceptos los dejó establecidos sobre este gran principio de la ley natural, á saber, que siendo Dios el autor del órden, no podia violarse el órden público, sin contrariar su voluntad suprema; y él ha desenvuelto este principio, le ha dado la mayor elevacion, ha derramado sobre él la luz mas viva, haciéndonos considerar los objetos bajo un nuevo punto de vista.

ARTÍCULO I.

De los deberes que Jesucristo impone á los casados y á los amigos.

Hemos dicho ya, que siendo el matrimonio respetable asi en su institucion como por su fin, la felicidad de esta alianza sagrada dependia del espíritu que se lle-

(1) 2. Cor. 9, 6.
(2) Matth. 7, 2.

vase á ella; y que los esposos sin costumbres, no podrian dejar de hacerse infelices. Tambien hemos observado, que esta sociedad la habia establecido, no el instinto brutal, sino la sabiduría del Criador para la propagacion del género humano; para el bien y utilidad de los hijos; para el órden y reposo de las familias; para el bien general de la sociedad; que la satisfaccion de los sentidos, único fin que se proponia el hombre carnal, solo es un medio que entra en el órden de la creacion para llenar los designios del Criador; y que cuanto se apartaba de las miras de la Providencia, era criminal á sus ojos. Los gentiles; al casar sus mujeres, decia el Angel á Tobías, apartan su espíritu de Dios, para entregarse á sus deseos: mas tú, tú recibirás á Sara en el temor del Señor, mas bien que con el objeto de dejar una descendencia, ó de satisfacer á tus inclinaciones; para que asi heredes en la persona de tus hijos, las bendiciones que Dios dió á Abrahan (1).

Pero pasando todavía Jesucristo mas adelante, nos manifiesta en la union del hombre con la mujer, el símbolo de la que él mismo ha contraido con su Iglesia (2). Bajo este punto de vista, esta primera sociedad, tan respetable en su orígen, pero que el hombre sensual y terreno habia degradado, se deja ver con toda la dignidad, con toda la pureza convenientes á la santidad de su autor, viniendo á ser Jesucristo y su Iglesia los modelos de los esposos.

Arrastrado el hombre por un instinto brutal á contraer unos empeños que se alejaban de su verdadero fin, bien pronto pasó de la pasion mas desenfrenada, al fastidio y al desprecio. Queriendo entonces satisfacer la inconstancia de sus gustos, y la volubilidad de sus deseos con la pluralidad de mujeres y libertad de divorcio, se

(1) Tob. 6, 17, &c.
(2) Eph. 5, 32.

apartó aun mas de las miras del Criador, llevando al seno mismo de las familias un nuevo gérmen de discordias. La nueva esposa era rival de la primera, y ambas inspiraban á sus hijos los sentimientos de su rivalidad. Una mujer repudiada sabria comunicar á los suyos su despecho y animosidad. La que logró suplantarla, se vengaria con malos oficios del odio de su contraria. El corazon del marido se dividia, se resfriaba, se disgustaba. Los hijos, tomando naturalmente parte en las querellas de sus madres, no podian menos de mirarse como rivales domésticos, y la casa paterna venia á ser un foco perpétuo de turbacion y disputas.

Jesucristo, sin condenar las inclinaciones del corazon humano, las modera, las dirige, las esclarece, las sujeta á la regla de las costumbres, y al bien de las familias, renovando la unidad é indisolubilidad primitivas del matrimonio. El mismo es el único esposo de la Iglesia, esposa única suya. La caridad es la que estrecha los nudos sagrados de estos dos esposos celestiales, y la santidad forma su gloria. Toda la belleza de la Iglesia está en sus virtudes: á su imitacion los esposos de la tierra deberian ser santos, para conseguir el ser *presentados como una Virgen casta* á Jesucristo (1).

« La mujer no debe poner su gloria en los adornos exteriores, sino en adornar el hombre invisible y oculto que está en el corazon con la pureza incorruptible de un espíritu lleno de mansedumbre y de paz, que es un ornato magnífico á los ojos de Dios, y en darse á respetar por su modestia y por la integridad de sus costumbres (2).» Habiéndola sido dado el marido por jefe, debe honrarle por su amor, por *su respeto*, *por su temor*, debe serle sumisa, *como lo está la Iglesia á Je-*

(1) 1 Cor. 11, 2.
(2) 2 Petr. 3, 3, 4.

sucristo (1), pero por un amor santo y racional, no por un amor servil y desarreglado (2).

El hombre lejos de prevalerse de su superioridad, por el contrario, ha de soportar los defectos de su compañera, compadeciéndose de su debilidad. Debe amarla como Jesucristo amó á su Iglesia, quien se entregó á la muerte para santificarla, y hacerla parecer á sus ojos llena de gloria, sin tacha, sin arruga, santa é irreprensible (3). Debe vivir prudentemente con ella; tratarla con honor y distincion como á sexo mas débil; teniendo presente que, asi como él, es ella tambien heredera de la gracia que da la vida: de suerte que no se oponga obstáculo alguno para impetrarla (4). De esta manera, la mujer estará subordinada, sin ser avasallada: mandará el marido sin dominar; y el amor santo que santificará su matrimonio, les dictará todos sus deberes, y hará su mútua felicidad, sin dejarles sentir el yugo de su dependencia.

Los tesoros de Jesucristo, sus gracias, los dones de su espíritu, el poder de su ministerio, las virtudes y trabajos de los santos, su religion, su doctrina, son como bienes comunes de su Iglesia (5). Los dos esposos celestiales tienen una misma voluntad para conservarlos: concurran ambos á la propagacion, á la salud y á la felicidad de sus hijos: la Iglesia por su vigilancia, por su solicitud, y por la sabia distribucion de los bienes espirituales de que es depositaria; y Jesucristo, ilustrándola con sus luces, asistiéndola con su gracia, protegiéndola con una providencia especial, y dando á todos la vida de la gracia. Siempre el mismo espíritu,

(1) Eph. 5, 22, 23, 24.
(2) 1.ª Petr. 3, 3.
(3) Eph. 5, 25, 26, 27.
(4) Petr. 3, 7.
(5) 1 Cor. 3, 22, 23.

la misma ley, las mismas miras, la misma herencia, la misma morada. La concordia y la paz, la dicha y la abundancia reinan, con la confianza y la caridad, en esta familia santa, por la sumision de los hijos á la madre, y de la madre á su esposo. Su union es inalterable, porque su espíritu no se muda nunca; y cuantos siembran la discordia entre los hijos, son echados fuera de la casa del padre de familias.

Conformándose con este modelo divino, el marido y la mujer unirán sus deseos, sus cuidados, sus consejos para la educacion de sus hijos, y administracion de sus bienes: cada uno segun la medida de las facultades que han recibido; y hallarán, en el cumplimiento de sus deberes, en el respeto, estimacion y deferencias de un amor recíproco y bien ordenado, en las dulzuras de una sociedad apacible, en la honestidad y subordinacion de una familia religiosa, estímulos para la virtud, ayudas y consuelos para soportar, para santificar las penas de la vida; y todas las ventajas que el Criador se propuso en la institucion del matrimonio.

Aunque Jesucristo no determina los deberes de la amistad, hace aun mas, sin embargo; y por un carácter de grandeza y de santidad que diviniza su ley santa, trasforma la amistad misma en una virtud eminente que abraza todas las cualidades, todos los deberes, todas las utilidades en un grado tal de excelencia, que excede infinitamente á todo lo que el heroismo de la amistad pudo jamás imaginar de grande y generoso. En su religion la amistad es caridad. ¡Caridad! Virtud divina que puede con toda propiedad decirse la amistad de Dios; y que teniendo su orígen en el seno del eterno Padre, Jesucristo la derramó sobre la tierra para perpetuarla en su Iglesia, para santificar á sus hijos, y para propagar entre ellos todas las demas virtudes. ¡Caridad! Virtud indefectible é inmortal, que subsistirá en el cielo aun despues de evacuadas la fe y la espe-

ranza, para reinar eternamente en el reino soberano, que será el imperio mismo de Jesucristo.

Y en efecto: ¿qué viene á ser la amistad del mundo, su solicitud, sus complacencias, su fidelidad, comparadas con esta caridad viva, ardiente, desinteresada, que de nada se ofende, por nada se irrita, que se aflige con los afligidos, y con los alegres se alegra (1), que no ve mal alguno entre los hombres en que no tome parte su compasion (2)? *¿Que se hace todo para todos, á fin de ganar á todos para Jesucristo* (3)? ¿Que no deseando, ni sus bienes, ni su favor, ni su aprecio, ni aun su benevolencia, está dispuesta á sacrificarlo todo por hacer á todos felices (4), llegando hasta desear ser por sus hermanos anatema (5)? Caridad que mirando á Jesucristo sobre todas las cosas, y no obrando sino por él, ni amando á los hombres mas que por él, evita cuanto pueda perjudicarles, al mismo tiempo que á nada se niega de cuanto pueda serles útil, dedicando el hombre todo entero sus trabajos, su reposo, su fortuna, y hasta su misma vida á la salud de sus hermanos, como á un bien que á todos es comun. «*Si, todo es pa*»*ra vosotros*, decia el Apóstol á los de Corinto: todo es »para vosotros, sea Pablo, sea Apolo, sea Cephas; y el »mundo, y la vida, y la muerte, y las cosas presentes, »y las futuras: todo es para vosotros. Vosotros sois de »Jesucristo, y Jesucristo es de Dios (6).»

Los frutos de esta amistad verdaderamente divina no consisten únicamente en consuelos y alivios para esta vida frágil y perecedera: aunque la caridad los proporciona, los asegura, los multiplica, no se contenta con

(1) Rom. 12, 14, 15.
(2) 2 Cor. 11, 29.
(3) Philip. 1, 8 *et sequent.* = 1.ª Cor. 9, 22.
(4) 2 Cor. 12, 14, 15.
(5) Rom. 9, 3.
(6) 1.ª Cor. 3, 22.

esto, pasa aun mas adelante. Ella distingue bienes todavía mas efectivos y consistentes; la santidad del hombre, la perfeccion del hombre, la verdadera felicidad del hombre: hé aquí su objeto principal, sin que cese su solicitud hasta haber hallado la bienaventuranza, que consiste en el reino de Dios. No es la conformidad de gustos, de edad, de condicion, lo que forma los vínculos de esta amistad celestial: ni tampoco las miras de cosas puramente humanas las que la constituyen: ni es aquella amistad afectuosa que no pasa de los límites de la sensibilidad, y excluye al hombre vicioso, al hombre inútil, para encerrarse en un estrecho círculo. La caridad que toma la semejanza de Jesucristo, imita tambien su grandeza, su excelencia, su inmensidad. Ella abraza á todos los hombres, haciendo al hombre amigo de todos: amigo del hombre caprichoso y descontentadizo, cuyos defectos soporta: amigo del hombre malo, que desearia hacer bueno: amigo del hombre enemigo, cuyo odio procura vencer: amigo del hombre bárbaro, del hombre desconocido, porque ella desea con sinceridad la dicha de todos. ¡Virtud celestial! Que vive, no animada de una sensibilidad natural tan débil, tan inconstante como el corazon humano de quien es hija, sino de este espíritu divino, eterno, inmutable, que la comunica tanta dignidad y tanta energía. Independiente de la instabilidad de los sentimientos y de las circunstancias, descansa en las promesas solemnes que se le han hecho, y en las grandes verdades que se le han revelado, y sobre unas y otras se eleva hácia el cielo, como apoyada sobre una basa inmóvil, que ni los vientos, ni las tormentas podrán trastornar jamás.

¡O vosotros que pedís amigos, y os quejais quizá de no haberlos encontrado todavía! Buscadlos, no en las sociedades que levantó el interés, la vanidad, el amor á los deleites, la ociosidad, sino en la religion de Jesucristo; y por do quiera que halláreis verdaderos

cristianos, estad seguros de que habeis tambien hallado verdaderos amigos. Jesucristo, verdadero amigo de los hombres, amigo de todos, dió su vida por todos. ¿ Podria amarnos mas el que siendo Dios ama á los hombres por bondad y misericordia? Tomó sobre sí nuestras enfermedades, para experimentar asi por nosotros aquel tierno afecto de la amistad y de la compasion, que no podia sentir como Dios (1). Escogió amigos de entre los hombres: les dió este título: los distinguió con gracias especiales, por una predileccion particular de esta amistad, á un tiempo sensible y divina. *Ya no os llamaré siervos, sino amigos*, dijo á sus discípulos, *porque os he manifestado lo que he oido de mi Padre* (2). Sintió en sí las dulces emociones de la amistad: se conmovió, derramó lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro, á quien honra con el nombre de amigo (3). Se enterneció cuando llegó el momento de dejar á sus discípulos, que quedaban solos en medio de las persecuciones y padecimientos; pero ofreció antes la sangre preciosísima que iba á derramar, para implorar en su favor la proteccion de su Padre celestial. Pide, no que se eximan del doloroso sacrificio que les estaba reservado, sino que le fuesen reunidos en el mismo reino. « Padre mio, dijo orando por ellos: yo he manifestado vuestro nombre á los que me disteis. No ruego por el mundo, sino por ellos que son vuestros. Yo no estoy mas en el mundo; mas ellos quedan todavía en el mundo, y yo voy á vos. Salvadlos, Padre Santo, por vuestro nombre. Que ellos no sean mas que una sola cosa como somos nosotros. Mientras que he estado con ellos, los he guardado en vuestro nombre; mas ahora que yo voy á vos, haced que tengan dentro de sí la plenitud de mi alegria. El mundo

(1) Heb. 4, 15.
(2) Joan. 15, 13, 14, 15.
(3) Ib. 11, 11, 35.

los aborrece, porque no son del mundo: no os pido que los quiteis del mundo, sino que los libreis del espíritu maligno. Santificadlos con la verdad. Yo los he enviado al mundo, como vos me enviasteis. Yo me ofrezco en sacrificio, yo me entrego á la muerte por ellos, para que sean santos. Yo ruego por ellos, ruego por los que han de creer en mí, para que sean una misma cosa conmigo, como vos estais en mí, y yo en vos. Les he comunicado la gloria que vos me habeis dado (la caridad que he recibido de vos), para que sean consumados en la unidad. Que el mundo conozca que vos los habeis enviado, que los habeis amado, como me habeis amado á mí. ¡O Padre mio! yo quiero que en donde yo estoy esten ellos tambien conmigo, que vean la gloria que me habeis dado antes de la creacion del mundo. ¡O Padre justo! el mundo no os ha conocido; mas yo les he manifestado vuestro nombre para que yo esté entre ellos con aquel amor con que vos me habeis amado (1).» ¡O lenguaje sublime de una amistad verdaderamente divina!

Pero este amor sagrado que trascendia sobre los demas afectos de la humanidad santísima de Jesucristo, se ordenaba y dirigia á la distribucion de sus gracias; habiendo declarado que no á él, sino á su Padre correspondia señalar las primeras sillas en su reino (2); y conforme á la voluntad de su Padre, no obstante su predileccion por los hijos del Zebedeo, no al discípulo amado, sino á solo Pedro, fue á quien dió la primacía de jurisdiccion en su iglesia (3).

(1) Joan. 17, 6 *et sequent.*
(2) Matth. 20, 23.
(3) Ib. 16, 18.

ARTÍCULO II.

Deberes que impone Jesucristo á los padres y á los hijos.

El cariño paternal solo se ocupa de la felicidad presente de los hijos, porque solo considera el órden de las cosas sensibles. Mas la ley de Jesucristo, aunque conforme con los sentimientos de la naturaleza, porque siempre lo está con las miras del Criador, pasa mucho mas adelante; y, como toda ella se refiere al reino de Jesucristo, procura principalmente formar ciudadanos dignos del cielo, dirigiendo por consiguiente hácia este último fin, en donde se halla la verdadera felicidad, todos los deberes del cariño paternal. La sencillez de los niños, que es el patrimonio de la inocencia, atrajo el tierno amor de Jesucristo. Llamólos á su rededor cuando los apóstoles quisieron apartarlos: les dió sus bendiciones, y los propuso por modelo á los mismos apóstoles. *Si no os haceis semejantes*, les dijo, *á estos niños, no entrareis en el reino de los cielos* (1). Hízoles saber que los niños que parecen ocupar el último lugar entre los hombres, le tienen muy distinguido entre los hijos de Dios; pues estan confiados á la custodia *de los ángeles que ven la cara de su Padre* (2). *Si alguno*, les dijo tambien, *escandaliza á cualquiera de estos pequeñuelos, seria mejor que le atasen una piedra de molino al cuello y le arrojasen al mar* (3). Los padres, pues, que son los ángeles visibles de sus hijos en la tierra, deben, á ejemplo de los espíritus celestiales, velar con diligencia sobre un depósito tan sagrado; y ¡desgracia-

(1) Matth. 18, 23, &c.
(2) Ib. 18, 10.
(3) Ib. 18, 6.

dos de ellos si descuidaren el conservar su inocencia; si no precaven cuanto puede ofenderla; si la exponen por indiscrecion; y, mucho mas desgraciados todavía, si con sus lecciones ó ejemplos son los primeros á corromperlos!

Jesucristo como Criador, y como Redentor, se ha mostrado el mas tierno de todos los padres. Como Criador, todo está ordenado y dispuesto para el momento en que habiamos de aparecer en este mundo. Estaba designado el punto, la suerte que habiamos de ocupar y tener; y desde que principió nuestra existencia, jamás se han apartado de nosotros sus miras benéficas. Todos los elementos conducidos por sus manos bienhechoras, como otros tantos hábiles artistas en un vasto taller, atentos á la conservacion de nuestros dias, no han cesado de obrar, de combinarse, de rodearnos para proveer á nuestras necesidades. La naturaleza se ha embellecido mil veces para franquearnos sus tesoros. Cada estacion viene á presentarnos sus tributos. Nuestras necesidades se renuevan cada dia; y cada dia tambien su Providencia derrama sus riquezas sobre la tierra, con una profusion tal, que excede en mucho á nuestras necesidades. Mientras dormimos, aun vela sobre nosotros esta Providencia, que todo lo provee, todo lo arregla, en todo obra, sin que canse á su bondad infinita el estarnos socorriendo siempre, y sin que nuestra ingratitud suspenda jamás el curso de sus beneficios.

Pero ¿qué son todos estos dones de la naturaleza comparados con los tesoros inefables de nuestra redencion? Con la existencia se nos dió todo lo necesario para conservarla; mas en otro órden, en el órden de una nueva creacion, Jesucristo como Redentor nos da otra segunda vida; todas las prerogativas de hijos de Dios: nos promete su asistencia, para que podamos hacernos dignos del alto fin á que somos llamados. Nos pone, en una palabra, entre los brazos de su Iglesia como un

depósito sagrado, sobre el que ha de pedirla algun dia cuenta. Animada de su espíritu esta Madre tierna, nos enseña verdades sublimes, que ilustran, que ennoblecen el alma: inculca en el corazon de sus hijos las máximas santas que han de guiarlos en la carrera de la vida presente. Diariamente nos franquea los tesoros de la divina misericordia, para purificarnos, para confirmarnos en su gracia, para fortalecernos contra los enemigos de la salvacion, para alentarnos, para consolarnos. Inmutable en la fe, su lenguaje es uno en todos los tiempos, el mismo para todas las edades, para todos los pueblos. Del mismo modo, sus cuidados se extienden á todas las condiciones; se compadece con entrañas de madre amorosa de nuestras enfermedades; pero sin relajar jamás la pureza de sus máximas: permite, por una sabia condescendencia, los placeres inocentes que dulcifican las amarguras de la vida, al mismo tiempo que previene el exacto cumplimiento de nuestros deberes, y sin que jamás tolere aquellos recreos peligrosos en que podemos naufragar, y que proscribe por lo mismo con la mas inflexible severidad.

Estas son las lecciones de amor paternal que Jesucristo nos da: conformándose con ellas, un cariño bien ordenado, como será entonces, no podrá menos de dirigirse siempre al verdadero bien de los hijos: con ellas se acostumbrarán á cumplir con sus obligaciones: tambien los enseñarán á sufrir las privaciones para reprimir asi la inquietud de sus deseos: tendrá con ellas el cariño paternal resolucion bastante para contristar á sus hijos, siempre que asi lo exija la correccion; y hará esta con prudencia para no irritarlos (1), ni hacerlos tampoco pusilánimes (2), mandando siempre aquello solo que sea justo.

(1) Eph. 6, 4.
(2) Col. 3, 21.

Jesucristo se entregó á la muerte por el amor que nos tuvo: nos amó, para hacernos dignos de él, y quiere esto, para darnos parte en su reino. Si nos ha impuesto leyes, tambien ayuda nuestra flaqueza, dándonos siempre fuerzas y auxilios suficientes para poder cumplir sus mandamientos: si nos aflige, es para enmendarnos; y aunque nos castiga, jamás se cansa de sufrirnos. En las congojas de la vida nos hace sentir su presencia por el consuelo: nos ordena privaciones; pero es para recompensarlas: inquieta nuestra conciencia con temores; pero lo hace para prevenir nuestras desgracias. En cualquiera situacion en que nos encontremos, siempre nos suministra medios para hacer útiles las penas inherentes á la vida; y el mundo entero no tendrá poder bastante para causarnos el menor daño, cuando nos hayamos resuelto á obedecer los mandatos de nuestro Divino Maestro.

Quiere que los padres perdonen á sus hijos cuando se arrepienten; quiere que olviden sus prodigalidades, cuando en vez de los bienes que disiparon vuelven á la casa paterna con la virtud recuperada; pues él mismo nos abre el seno de su misericordia despues que le hemos ofendido. Nos llama hácia sí con secretos remordimientos, por tiernas reconvenciones; y el criminal que se arrepiente, luego recupera su gracia. El padre del hijo pródigo corrió á el encuentro de este, tan pronto como supo que volvia: le abrazó, rególe con sus lágrimas, y lejos de reprenderle, se entregó á los transportes de alegría, dándole muestras señaladas de su cariño paternal (1).

Los padres al morir dejan á sus hijos sus títulos y sus riquezas; y Jesucristo se entregó á la muerte para hacernos coherederos de su reino con el título glorioso de hijos de Dios; y despues de su muerte quiso quedar

(1) Luc. 15, 22 *et sequent.*

entre nosotros, para darse á nosotros, y darnos asi la vida: siendo nada menos que su cuerpo y sangre preciosísimos la herencia que al morir nos dejó por su testamento solemne, y que deberá perpetuar hasta el fin de los siglos el título augusto de nuestra filiacion divina, con el memorial sagrado de su pasion y de su amor (1).

El respeto, el amor y la obediencia que prescribe la ley natural para con los padres, habian sido renovados en la ley de Moisés por un mandamiento expreso que imponia la obligacion de socorrerlos en sus necesidades (2); pero los fariseos desnaturalizaban este precepto, autorizando á los hijos para que pudiesen ofrecer á el altar lo que debian al amor paternal. Jesucristo reprobó tal doctrina que, bajo pretexto de honrar á Dios con un amor de preferencia, injuriaba á su bondad infinita por la infraccion de su ley (3). Enseñónos que el único modo de ofrecer á Dios los bienes que se sirvió darnos es aplicándolos al destino para que los recibimos; y declara, que no aceptará su Padre Celestial las ofrendas que se hagan con perjuicio de los derechos paternales (4); pero advirtiéndonos al propio tiempo, que *cualquiera que ame á su padre ó á su madre mas que á él, no será digno de él* (5); y en este sentido es en el que nos manda aborrecer al padre, á la madre, á la mujer, á los hijos, á los hermanos, á las hermanas, á nuestra misma vida: esto es, de renunciar á todo, antes que faltar al amor que le debemos, si queremos ser sus discípulos (6). El mismo Jesucristo bajó del cielo

(1) Luc. 22, 19.
(2) Exod. 20, 12. Deut. 5, 16.
(3) Matth. 15, 5, 6, &c.
(4) Ib. ib.
(5) Ib. 10, 37.
(6) Luc. 14, 26.

para hacer la voluntad de su Padre Celestial; y conforme á ella permaneció sujeto á su Madre Santísima y á S. José (1), quienes ejercieron sobre él los derechos de la paternidad divina. No sabemos mas de su infancia que su docilidad y sumision, que son los dos virtudes principales que recomendó á esta edad. Mas cuando su Padre Celestial habla, todos los sentimientos del cariño filial ceden á la voz de su Padre que le llama. Sepárase de sus padres á la edad de doce años para ir al templo como á inaugurar su mision divina; y á sus quejas amorosas contestó, que él debia dedicarse todo entero á los oficios de su divina mision (2). Si en las bodas de Canan convirtió el agua en vino á ruegos de su Santísima Madre, tambien la manifestó que no el amor filial, sino los consejos supremos de su Padre Celestial, eran los que debian reglar el ejercicio de su omnipotencia (3). *Su madre y sus hermanos querian hablarle*: ¿qué madre hubo jamás mas digna del respeto y del cariño filial? pero atendiendo entonces á su ministerio divino, hizo callar en aquella ocasion todos los sentimientos de la naturaleza; y, *ved aquí*, dijo, extendiendo la mano hácia sus discípulos, *ved aquí mi madre y mis hermanos; pues cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana, y mi madre* (4). Mas el amor filial enmudecido entonces al imperio del Padre, habia de recobrar toda su fuerza en un momento solemne; y en este momento, que era esperado por tanto tiempo, por tanto tiempo deseado, en que Jesucristo espirando entre los tormentos para consumar la obra de la redencion del género humano, habia de hacer sobre la cruz el sacrificio de

(1) Luc. 2, 51.
(2) Ib. 2, 49.
(3) Joan. 2, 4.
(4) Matth. 12, 49, 50.

su vida á su Padre Celestial, hizo tambien un testamento particular, que fue su disposicion última, para dar á su Madre Santísima un hijo adoptivo, encargado de cumplir para con esta Señora los deberes sagrados de respeto y amor, en nombre de un hijo que iba á dar su vida por ella misma (1).

ARTÍCULO III.

Deberes que impone Jesucristo á los soberanos y á los súbditos, á los amos y á los criados.

Si únicamente se considerara el brillo que rodea el trono, y el poder que ostentan los soberanos, creeríase que el mundo existia solo para ellos. Pero la razon les dice á ellos y á nosotros que, al colocarlos la Providencia en aquel puesto, los habia escogido para hacer la felicidad de los pueblos: que el ejercicio de su soberanía lo reclamaba exclusivamente el bien público; y en una palabra, que la extension de su poder era al mismo tiempo la medida exacta de sus obligaciones.

Pero á la luz de la fe déjase percibir un nuevo órden de cosas, en el que las monarquías, los pueblos, los imperios y el mundo todo estan destinados á formar un solo reino bajo el imperio de Jesucristo, y en el cual Dios tiene arreglado el destino de las naciones y el curso de los siglos, para dar gloria á el que las potestades del mundo trataron como la cosa mas despreciable, y para santificar á los escogidos, miembros de este reino, cuya mayor parte ó son desconocidos al mundo, ó perseguidos por el mundo. De suerte que en medio de la confusion y tumulto de las pasiones, cuando la injusticia, la ambicion y la fuerza hacen alarde de dominar toda la tierra, destruir ó trastornar por sí solas to-

(9) Joan. 19, 26.

das las grandes monarquías, precisamente entonces se hace sentir un Señor Soberano mucho mas poderoso que todos los reyes del mundo, que señala el nacimiento y la caida de los imperios segun conviene á las miras de bondad y misericordia que él tiene sobre un pueblo poco conocido, y cuyo destino parece ser el de confundirse con otros pueblos; pero que estando de un modo especial bajo la proteccion de su providencia, es el solo pueblo por quien este Señor Soberano de los reyes levanta y destruye los reinos; porque este pueblo es el solo adorador del verdadero Dios.

La ley natural enseña á los señores del mundo á ser justos y humanos, manifestándoles que su autoridad, la reciben de un Señor Soberano, que es el Dios de la justicia. Mas en la religion son ademas hermanos, los que ocupan el lugar de súbditos. Jesucristo les manda que los amen, que los respeten como á porcion de su reino, rescatada con su propia sangre; como á un depósito sagrado de que son responsables y cuya pérdida será castigada á proporcion del precio que costó: que la tierra en que ejercen su poder es una sombra que pasa, y que será reemplazada por una nueva tierra, y unos nuevos cielos Que entonces solo habrá un rey, que será Jesucristo, un solo imperio que será el de Jesucristo, establecido sobre la inmutabilidad y eternidad del mismo Dios. Entonces sentadas sobre un mismo trono la verdad y la justicia arrancarán los velos brillantes de las grandezas humanas, que ocultaban grandes crímenes. El hombre se encontrará solo con la ley de Dios, y su concienca; y bajo este punto de vista, se cambia la escena. Solos los justos serán *reyes* (1); y entre estos reyes, se encontrarán *pocos sabios*, *segun la carne*; *pocos poderosos*, pocos nobles. Dios ha reservado sus predilecciones para los que son *insensatos*;

(1) Apoc. 1, 6.

para los que eran *débiles y despreciables segun el mundo, para confundir asi, lo que el mundo tenia de mas fuerte y de mas sabio* (1): y su gloria durará eternamente, como la justicia y la verdad.

Reciban los poderosos del mundo estas grandes lecciones como el código principal de su conducta: ellas les harán humillarse, ellos grabarán en su corazon la justicia, la bondad, la clemencia, con el amor al cumplimiento de sus deberes: y la misma soberanía se presentará á su vista como una servidumbre, que los hace dependientes de los pueblos, que les estan subordinados.

Jesucristo, que al aparecer en el mundo recibió el título de rey, no vino al mundo mas que para salvarle. Muriendo por la salud de los hombres, puso el sello á su imperio divino; y asi fue como adquirió el derecho de reinar sobre todas las naciones. El mismo declaró, que habia venido, *no para ser servido, sino para servir á los demas* (2); y juntando el ejemplo con sus palabras, se humilló hasta lavar los pies á sus discípulos; y esta leccion de humildad estaba tan íntimamente unida con su reino divino segun las miras de su infinita sabiduría, que amenazó con excluirle de él á la cabeza de su Iglesia, si insistia en no dejarse lavar los pies, como pretendia al principio. Dirigiendo en seguida la palabra á sus Apóstoles: *Vosotros me llamais*, les dijo, *vuestro Señor y Maestro, y teneis razon; pues lo soy con efecto: si, pues, Yo os he lavado los pies, Yo que soy vuestro Señor y vuestro Maestro, tambien vosotros debeis lavar los pies unos á otros. Ejemplo os he dado, para que vosotros hagais asi como habeis visto, que Yo 'he he hecho. En verdad os digo: que el criado no es mayor*

(1) 1.ª Cor. 1, 26, 27, 28.
(2) Matth. 20, 28.

que el amo; ni el enviado es mayor, que aquel que le envia. Si sabeis estas cosas, y las practicais; sereis bienaventurados (1).

Aunque esta instruccion principalmente se dirige á los ministros de la religion, no por eso deja de tener su aplicacion para los ministros de la potestad civil; pues viniendo toda autoridad del mismo orígen, debe dirigirlo el mismo espíritu. Los Príncipes Cristianos prestan un homenaje solemne á esta máxima divina, cuando, imitando al Rey de los Reyes en esta ceremonia religiosa, la Iglesia les repite la misma leccion que Jesucristo dió á sus discípulos.

Mas tal vez se dirá, esta práctica, ¿no sirve para degradar la majestad del Soberano humillándole á los pies de los sacerdotes ó de sus súbditos? Al contrario: ella estampa un nuevo rasgo de grandeza, consagrando su persona augusta con el sello de la religion; pues como ministros de Dios los Soberanos son defensores de los pueblos para protegerlos, y enviados para ejercer su poder y su imperio. Sus personas y sus derechos, especialmente puestos bajo la proteccion de Dios, serán siempre respetados, mientras que la religion de Jesucristo sea el garante de su soberanía: ni jamás reinarán con tanta gloria, y con tanta seguridad, como cuando hagan reinar consigo á esta religion divina, y á todas las virtudes que ella manda. Los súbditos no verán entonces en el poder que los domina, un despotismo odioso, que amenace á sus cabezas, para disponer arbitrariamente de sus vidas y fortuna; sino un poder paternal que afianza su fidelidad. No serán dominados por el terror de las penas, como los esclavos; sino que estarán sometidos por amor, como hijos de Dios. Obedecerán no por deseo de agradar á los hombres, engañándoles unas veces, y casi siempre sin amarlos; sino por

(1) Joan. 13, 13, 14, 15, 16.

temor de desagradar á Dios, que registra el fondo del corazon (1). Así, el esclavo llegará á ser libre por la elevacion de sus pensamientos, que le colocarán sobre su dependencia; y su misma libertad será la mejor prenda de su fidelidad, porque amará la obediencia teniéndole inviolablemente unido á la ley de Dios. La fuerza podrá violentar; pero el mover la voluntad es peculiar de la religion. El cristiano sabe, que obedeciendo á los hombres, obedece á Dios, que es el Soberano Señor de los reyes; que su suerte no pende de los que mandan, que pueden ser injustos; sino de la voluntad del que es infinitamente justo, que reina sobre todos, y mira con complacencia á los humildes de corazon, y desecha con indignacion al hombre soberbio. Instruido de esta manera en la escuela de Jesucristo estará sumiso á los amos *duros y díscolos* (2). Los malos tratamientos, en vez de provocarle á que se rebele ó murmure, servirán de avivar su fe, y de dar un nuevo lustre á su fidelidad; «considerando, que los sufrimientos y las injusticias por parte de los hombres son la herencia de los hijos de Dios; y que ellos son llamados á llevar su cruz, siguiendo á Jesucristo su Soberano maestro, que nos dió primero ejemplo para que le siguiesemos: pues siendo inocente, pagó sobre la cruz la pena debida á nuestros pecados, para que muriendo nosotros al pecado, vivamos la vida de justicia (3).»

La historia misma da testimonio de la feliz influencia de la religion de Jesucristo sobre la felicidad de los reyes y de los pueblos. No los hay en que sus reyes sean mas déspotas, é imperen con menos seguridad que aquellos que no conocen á Jesucristo: al mismo tiempo, que jamás se hallará sobre la tierra pais algu-

(1) Seph. 6, 6, 7, 8.
(2) 1. Petr. 2, 18.
(3) 1. Ib. 2, 18 *et sequènt.*

no en que los derechos de sucesion se guarden mas constantemente, en que las revoluciones sean menos frecuentes, en que el gobierno sea mas sabio, mas feliz, mas tranquilo, que aquel en que Jesucristo es adorado como el primer Soberano de los reyes; no obstante las infracciones de su ley santa y á pesar tambien del abuso que puede hacerse para presentarla como cómplice de la ambicion. Luego que el Jefe de su Iglesia subió al trono de los Césares, Roma, antes presa de las revueltas, y excisiones intestinas, Roma, que con tanta frecuencia mudaba de dueño, esta Roma digo, adquirió, una especie de consistencia, que la distingue de todas las monarquías del universo; y despues de casi diez y seis siglos que los Romanos Pontífices ocuparon su solio es la única monarquía en que jamás ha sido interrumpido el órden de sucesion Ningun imperio se hallará en que los súbditos sean gobernados con mas blandura, ni tampoco en que esten mas cordialmente unidos á su Soberano.

Josucristo que como Soberano supremo manda con su ejemplo á los reyes de la tierra la dulzura, la humanidad, y la beneficencia, se dejó ver sobre la tierra *en forma de siervo*, para enseñar á los súbditos el respeto, la fidelidad y obediencia para con los Soberanos del mundo. Manda que los honremos; y y aun obró un milagro, el único que hizo en su favor, para pagar por sí mismo y por el Jefe de su Iglesia el tributo que es un testimonio solemne de su sumision, y de su obediencia. Reprendió á San Pedro por haber sacado la espada contra los ministros de la autoridad pública, y esto en el momento mismo que se apoderaban de su sagrada persona. Pudiera haber aniquilado á sus enemigos con una sola palabra; pero lejos de esto púsose en sus manos: obedeció la sentencia inícua que le condenaba á muerte; y obedeció hasta los verdugos que le crucificaban. En esta obediencia, que, siendo

Dios, prestaba á los hombres, obedecia á su Padre Celestial como se lo habia ofrecido cuando vino al mundo (1); y por esta obediencia, que le llevó hasta abrazarse con la cruz, apareció mas grande aun, que cuando brilló rodeado de gloria sobre el Tabor; pues en ello presentó al Padre el mas grande y el mas glorioso de todos los sacrificios, recibiendo en recompensa el imperio sobre todo el universo (2). Sus discípulos debian por necesidad participar del mismo espíritu; y asi es, que jamás los Emperadores Romanos tuvieron vasallos mas fieles que los mismos Cristianos á quienes tan encarnizadamente perseguian,

De suerte, que Jesucristo por una disposicion admirable de su infinita sabiduría, presenta en su persona á todas las clases y condiciones el modelo de todas las virtudes, trazando á cada una los deberes que la son peculiares.

CAPITULO IV.

DE LAS TRES VIRTUDES QUE SIRVEN DE FUNDAMENTO A LA MORAL DE JESUCRISTO, OPUESTAS A LAS TRES PASIONES QUE SON EL ORÍGEN DE TODOS LOS VICIOS.

Hemos visto que el hombre carnal precisado á buscar su dicha sobre la tierra, era á la vez dominado de tres pasiones, orígen de todos los vicios, á saber, *del amor á los placeres*, del amor *á las riquezas*, y del amor *á la gloria ó fama*; porque el mundo que es la region de las pasiones, no ofrece ninguna otra cosa mejor ni las pasiones, por consiguiente, pueden percibir mas adelante ningun otro objeto.

Jesucristo, para formar en nosotros el hombre celestial, hizo morir al hombre carnal; oponiendo tres vir-

(1) Ps. 39, 11.
(2) Phil. 2, 8, &c.

tudes á los tres indicados afectos desordenados del corazon humano, esto es, *la mortificacion de los sentidos, la pobreza de espíritu y la humildad de corazon.* Jesucristo desde lo alto de la cruz, con esta muerte mística, destruye todas las pasiones á la vez, sofoca en su orígen todos los vicios, y establece sus preceptos y consejos: nos invita á que sigamos el camino de su santa ley, y nos presenta, para animarnos, los motivos mas poderosos.

ARTÍCULO I.

Mortificacion de los sentidos.

Los sentidos, que parecen ser los árbitros únicos del hombre por la poderosa impresion que causan en el corazon humano, le arrastran naturalmente hácia los placeres, como si en ellos consistiese su verdadera felicidad. Los mismos estóicos que pretendian espiritualizar enteramente al hombre por medio del amor á la sabiduría, y despojarle hasta de la sensacion del dolor, no podian menos de mezclar la idea de los placeres sensibles con la felicidad que ellos se imaginaban á su modo en la otra vida.

Pero enhorabuena; suponed que los placeres constituyan, por lo menos una parte de la verdadera felicidad; es cierto entonces que cada uno se los pintará segun su fantasía le sugiera; y como falta el conocimiento de un término fijo, cada cual le adelantará ó atrasará conforme á su inclinacion, y segun el grado de felicidad que se figure experimentar en el goce de dichos placeres. De aquí resultaria, como una consecuencia precisa que muy luego no habria otra regla para juzgar de la ilegitimidad de aquellos, que el mal físico, producto del exceso; y una vez apoderadas del campo las pasiones, no pudiendo ya contenerse, ni hallando en donde fijarse, se vendria á parar de grado en grado en

el precipicio de los mas grandes desórdenes y de las últimas desdichas. La juventud se cubriria de oprobios: la vejez se anticiparia con sus dolencias al término de esta desgraciada carrera; las pasiones le harian mas corto exigiendo siempre nuevos contentamientos, minando el frágil edificio sobre que fundaban esta felicidad; y el hombre enteramente embrutecido se abismará en las sombras de la muerte: ¡momento terrible! en que viene á tierra este simulacro de arena. La muerte va á desvanecer la ilusion, á reducir á polvo, lo que solo era polvo; y ya no quedará del hombre mas que *sus vicios que reposarán en adelante con él, en lo profundo de un sepulcro* (1).

Pero ¿y es cierto, tan evidente, que la muerte, esta fiera dominadora de la tierra cubrirá para siempre con sus sombras estas cenizas impuras, arrebatándolas de la vista del universo? La religion, cuyas luces penetran hasta el sepulcro, nos revela secretos que pasan de aquí sobre esta porcion de nosotros mismos, que parecia iba á confundirse con la nada; mas el hombre sensual, que solo ve en sí tierra, que no conoce otro bien que la felicidad de los sentidos, era preciso que se degradase en la porcion mas bella de su ser: este hombre en quien el espíritu, el corazon, los deseos, los pensamientos todo se habia convertido en terreno, en quien los sentidos dominaban con tanto imperio sobre su alma, que debia ser la señora; este hombre, decimos, deja de ser, desaparece. Mas Jesucristo forma un hombre nuevo, le muestra una region nueva, que debe servirle de morada por toda una eternidad; pone al alma en la posesion de sus derechos naturales, la restituye la superioridad perdida sobre los sentidos; y despues de haberla reintegrado en su dignidad primitiva, despues de haberla vivificado con su espíritu, comunica tambien al cuer-

(1) Job. 20, 11.

po un dote de inmortalidad santificándole, para agregarle algun dia al reino de los espíritus, *en donde la carne y la sangre no tendrán entrada* (1); y en donde todo es inmortal celestial. «Jesucristo nos ha sepultado »con él en las aguas del bautismo, dice San Pablo, para »que muramos, para que asi como él resucitó de entre »los muertos por la gloria del Padre, nosotros tambien »andemos en una nueva vida. Nos ha crucificado consigo, »para destruir el cuerpo del pecado, á fin de que no »siendo ya esclavos del pecado, habitando dentro de »nosotros el mismo espíritu que le resucitó de entre los »muertos, vivifique tambien nuestros cuerpos mortales, »de suerte, que despues de haber llevado la semejanza »de su muerte, llevemos tambien la semejanza de su re»surreccion (2).»

Asi, el bautismo que nos consagra á Jesucristo para darnos una vida toda espiritual en memoria de su resurrecion, y que es una ley de muerte para el hombre terreno y sensual, es á un mismo tiempo señal y prenda de nuestra futura resurreccion. Por dicho acto, nuestro cuerpo se hace *templo del Espíritu Santo* (3), el canal de sus gracias, miembro sagrado del Hijo de Dios, que le alimenta con su preciosa sangre. Todo, pues, es santo; todo por consiguiente debe ser celestial en un cuerpo, del que el mismo Dios de santidad ha tomado posesion, como de cosa propia. La muerte reduciendo á cenizas este cuerpo, no podrá arrebatarle sus privilegios. La fe distinguirá siempre en él, lo que siempre habia respetado; los despojos santos de un alma inmortal, una porcion preciosa de la herencia del Hijo de Dios: y estos restos preciosos de la mortalidad del hombre, se-

(1) 1. Cor. 15, 50.
(2) Rom. 6, 4, &c.
(3) 1. Cor. 3, 16.

rán depositados en un lugar santo en donde aguarden el dia solemne para ser revestidos con la gloria de Jesucristo, y recibir una nueva vida, que sirva de ornato á su triunfo.

Elevado asi el hombre, sobre las alas de la fe, hasta las mansiones celestiales ya no necesita otra voz que le muestre los deberes de la castidad, de la modestia, de la templanza: la religion lo tiene dicho todo. El sabe, »que como Jesucristo despues de haber resucitado de »entre los muertos, no morirá jamás, asi habiendo él »mismo muerto al pecado y viviendo en Dios por Jesu»cristo, el pecado no debe reinar mas en su cuerpo mor»tal, por obedecer á sus deseos: que no debe hacer ser»vir mas sus miembros á las armas de la iniquidad por »el pecado: sino á las armas de la justicia como un hom»bre que ha sido resucitado de entre los muertos (1).» Y bien lejos de halagar á su cuerpo, bien lejos de gloriarse de las cualidades brillantes que favorecen las inclinaciones desarregladas del corazon humano, honrará con respeto religioso, en un cuerpo terreno al Dios de santidad que le ha consagrado con su presencia: temerá cuanto pueda manchar su pureza, cuanto pueda hacerle perder los privilegios de la inmoralidad recibidos. Sabe, que profanar el templo del Señor, es incurrir en la maldicion divina (2) y asi, respetando su cuerpo, le contendrá dentro de aquella dependencia, con que solamente podrá honrar lo que es mansion de Dios; pues todo lo que saca á las criaturas de este órden, las envilece. Tendrále, con este respeto sugeto al imperio del alma, y esta lo estará á el de Dios; harále servir á las obras de la fe, formará un holocausto de penitencia, preparándole de esta manera para recibir el último sello de la inmortalidad, con el esplendor de los espíritus ce-

(1) Rom. 6, 11, 12, 13.
(2) Ib. 6, 26.

lestiales. Mirando con los ojos de la fe la figura de este mundo que pasa, y la magnificencia del reino que ha de durar siempre, sabrá decirse á sí mismo, que *su vida es un combate sobre la tierra* (1): que no puede vivir con Jesucristo, sin morir antes con él (2); que no puede resucitar con Jesucristo, sin ser crucificado, como él lo fue, *á el mundo* y sin que *el mundo sea crucificado en él.* Llegará por último á comprender la fuerza de estas máximas. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (3). *Desgraciados de vosotros que reis, porque vendrá dia en que llorcis* (4).

Su alma, sin duda, como dependiente de los sentidos, estará sujeta tambien como lo estuvo el mismo Jesucristo á los padecimientos y necesidades de esta vida mortal; pero estos padecimientos *suplirán lo que falta á la pasion de Jesucristo* (5), por la semejanza que le darán con su divino Maestro. Experimentará ademas, lo que Jesucristo infinitamente santo no pudo sentir; esto es, las sugestiones del pecado y los movimientos humillantes del hombre sensual: pero estando todo entregado á Jesucristo, *y pudiéndolo todo con su gracia*, las mismas tentaciones servirán para acrisolar su virtud, y acrecentar la gloria de su triunfo (6).

ARTÍCULO II.

Pobreza de espíritu.

Como las riquezas sirven de pábulo á las pasiones, estas á la vez sustentan el amor de aquellas; pues no

(1) Job. 7, 1.
(2) Rom. 6, 10.
(3) Matth. 5, 5.
(4) Luc. 6, 25.
(5) Col. 1, 24.
(6) 2. Cor. 12, 3.

puede desearse la felicidad de este mundo, sin desear al mismo tiempo los bienes que la proporcionan. La sabiduría humana que proscribia la avaricia, la injusticia, y los démas desórdenes que nacen de la codicia, no podia extirpar esta, permitiendo al mismo tiempo otras pasiones, compañeras suyas inseparables y necesarias. Más Jesucristo puso el remedio en el orígen del mal, haciendo morir asi todas las pasiones que procedian como un engendro de la codicia.

Pero, se dirá: ¿el hombre sin pasiones no carecerá tambien de deseos? y el hombre sin deseos ¿no será una cosa fuera de la naturaleza? Sí, ciertamente: el hombre sin pasiones, sin deseos, sin apego á cosas de la tierra, estará fuera de la naturaleza, si es que nada tiene que desear fuera de ella; pero la fe, que le hace despreciar los bienes terrenos, le enseña á buscar otros bienes en el cielo: bienes que le son dignos únicamente. Jesucristo que es *el primer resucitado de entre los muertos* (1), nos abre la puerta de esta nueva mansion; y convencido el hombre de que la santidad es el único camino que conduce á este término, dirigiendo á este objeto todos sus deseos, ve desaparecerse ante sus ojos todos los tesoros de la tierra. Desde entonces el amor á la felicidad, que en el hombre carnal era amor solo á las riquezas, á los placeres, á los honores y á la gloria, pasa á ser en el hombre cristiano amor á Dios, á su religion, á la virtud. No viendo la felicidad en otra parte, su ambicion, que antes se dividia entre mil deseos, mil objetos diferentes, turbada contínuamente por los obstáculos, los cuidados, las zozobras de una vida tumultuosa; esta ambicion insaciable, que alternativamente llamaba al fraude y á la injusticia en su apoyo, muda de naturaleza, variando de objeto. Como única-

(1) Col. 1, 18.

mente aspira á un bien independiente de los hombres, y del poder de todos ellos, se reconcentra en un solo objeto para dar mayor eficacia á sus deseos, sin turbar la paz del alma, y deseando solamente las recompensas, premio de la santidad, solo puede producir virtudes. Asi el cristiano en vez de acumular bienes de la tierra, los derramará generosamente en el seno de los necesitados, para acrecentar los del cielo, sin que tenga otra avaricia que de los tesoros de la eternidad. En lugar de gloriarse en las riquezas, las temerá, y se humillará (1): sabiendo que sus cuidados sofocan la semilla de la palabra divina (2); que las riquezas son cebo de las pasiones; que aumentan las dificultades para el cumplimiento de nuestros deberes, y suscitan enemigos á la virtud. Nuestro Divino Maestro Jesucristo nos enseñó, con su ejemplo, el amor á la pobreza; se hizo pobre para *enriquecernos con sus propios tesoros* (3); prefirió á los pobres en la distribucion de sus gracias; declaró que *es mas dificil á el rico entrar en el reino de los cielos, que el pasar un camello por el ojo de una aguja* (4); y los vicios que nacen del seno de las riquezas, conducen á la maldicion que lanzó contra ellas. *Llorad, pues, ricos de la tierra, y dad ahullidos por las desgracias que van á caer sobre vosotros. Vuestras riquezas han sido entregadas á la corrupcion; vuestros vestidos fueron pasto de la polilla; vuestra plata y oro han sido consumidos por el orin; y este orin servirá de testigo contra vosotros. El quemará vuestra carne como el fuego. Habeis amontonado tesoros de ira para los últimos dias. Escuchad cómo grita contra vosotros el salario de los obreros á quienes defraudaisteis del fruto de su trabajo.* Es-

(1) Jac. 1, 9.
(2) Luc. 8, 14.
(3) 2 Cor. 8, 9.
(4) Matth. 19, 24.

tos gritos han penetrado hasta los oidos del Altísimo. Habeis pasado los dias en festines, y alimentado en la lujuria vuestro corazon, para el día en que sereis inmolados (1). Este anatema terrible ha sido fulminado por el Espíritu Santo, en boca de un Apóstol.

Pero ¿no debe alarmarse la política al ver un tal despego; que parece debe sofocar la industria y las artes, acabar con todas las fortunas, obstruir los veneros de riqueza, así de los particulares, como del Estado, y paralizar la sociedad toda, causando en ella un fatal estupor é inercia? Todo al contrario: la sabia política bendecirá al Dios de los cristianos, que proscribiendo la codicia, corta de raiz las injusticias, las violencias, los fraudes, y casi todos los crímenes que minan la sociedad: que condenando el amor desordenado á los bienes de la tierra, al propio tiempo que impone la obligacion de administrar prudentemente los que posecmos, provee á la vez al bien particular y general, sin disminuir en nada las riquezas del Estado. De suerte que el discípulo de Jesucristo no obrando por el impulso ciego de la codicia, sino por amor á su deber, semejante á un administrador fiel, solo se valdrá de medios lícitos y honestos para adquirir y para conservar. Tendrá menos inquietud y mas economía, mas aplicacion, mas órden en su administracion: cortará las superfluidades del lujo y de la sensualidad: reducirá las necesidades de su estado á los límites de la frugalidad y de la modestia: no expondrá su fortuna, ni la de los demas, por la ambicion de acrecentarla, asegurando de este modo mucho mas sus haberes. En una palabra, poseyendo sin aficion bienes de la tierra, usará de ellos con templanza, y soportará su pérdida sin flaqueza.

(1) Jac. 5, 1, 2, 3, 4, 5.

ARTICULO III.

Humildad de corazon.

Advertir al sabio que ni los placeres ni las riquezas pueden hacer la dicha del hombre, es repetirle lo que ya tiene conocido; pero decirle que nada posee propio, y por consiguiente, que su gloria solo puede hallarla en los dones que ha recibido de Dios, es hablarle un lenguaje desconocido. Sí; condescenderá desde luego en darle gracias por las riquezas y por los honores; pero no consentirá en deber á otro que á sí mismo sus propias virtudes: y se negará á dar gloria á Dios por los dones con que recibió la excelencia de su ser: esto es, rehusará prestar el homenaje mas debido, y de que tan celoso se muestra el Criador. ¿Qué hará entonces el Todopoderoso para castigar esta felonía? ¿Qué? Levantará sin duda su mano, y abandonado á sí mismo este sabio, se conceptuará grande por la hinchazon de su orgullo y loca vanidad; pero bien luego sabrá, por una funesta experiencia, que la hinchazon del corazon no es la grandeza del hombre. Pretenderá dominar en medio de la prosperidad; pero hecho juguete de la fortuna, se sumergirá cuando menos piense en las desgracias, porque en ninguna parte hallará reposo. Atormentado siempre con el deseo de engrandecerse, no perdonará bajezas ni humillaciones para conseguirlo: será esclavo de su capricho, corriendo sin cesar en pos de la sombra fugaz del renombre: será tambien esclavo de los demas hombres, que engañado, creia tener á sus pies; y ocupado enteramente de los proyectos de su orgullo y de su frívola vanidad, le será preciso ostentar apariencias vanas, por vergüenza de que se conozca lo que es. Será, pues, su orgullo una verdadera debilidad, será bajeza, será hipocresía, será pusilanimidad. En vano lla-

mará con su apoyo los sentimientos del honor; de ese honor que se reviste de todas las formas, que se invoca sin cesar, sin que se le haya definido hasta ahora: de ese honor que se hace fiero y altanero para repeler un insulto; que es terco é injusto por evitar una humillacion; que se arroja á mil iniquidades por sostener una mala accion; y que no atendiendo á otra regla que á si mismo, obliga á cometer los mayores crímenes, cuando así lo reclama la propia reputacion. ¡Ah! ¿En qué ha de parar este honor siempre que esté en lucha con el respeto humano, ó exponga lo que se llama propia gloria? Entonces esta grande virtud de aparato que tanto ruido metia, y que aparentaba desafiar á todos los peligros, destrozada por la tempestad, y hecha el juguete de los vientos, acabará por estrellarse contra un grano de arena.

Para ser verdaderamente grande, es preciso que convencido el hombre de su insuficiencia y debilidad vaya á buscar en los poderosos motivos de la fe la fuerza que no hallará dentro de sí mismo. Jesucristo para engrandecer á el hombre principia humillándole: le enseña que el pecado original ha impreso tal deformidad en su ser, que le hace inferior á la misma nada; pues el Criador que le sacó con una sola palabra del caos de la nada, ha derramado toda su sangre para sacarlo de la injusticia; y aun asi, regenerado como está, su conciencia le hace conocer que todavía *el pecado habita dentro de él*: que está expuesto á perecer á cada instante, si no es asistido de la gracia; y que cuanto mas levantado se encuentra, tanto mas funesta puede ser su caida.

Humillado asi el cristiano á los pies de Jesucristo, será contenido, afable, modesto; tal vez pase desapercibido en el tumulto de la sociedad, porque se presentará sin pretensiones; quizá su silencio, hijo de la modestia, dé ocasion á que le dominen los hombres sober-

bios, que creen sojuzgarlo todo con el estrépito que los rodea. Buscará el último lugar, cediendo los primeros puestos para los que quieran ocuparlos; y el cálculo del hombre confundirá su moderacion con la pusilanimidad: la sencillez de su virtud, con la estupidez de su ignorancia: las condescendencias de la humildad, con la servidumbre de la política; y el desprecio de los honores y riquezas, con la insensibilidad y la apatía. Pero ¿qué importa? El cristiano verdaderamente humilde que nada espera, ni del mundo, ni de sus propias fuerzas, colocando toda su confianza en la asistencia del Todopoderoso, consigue asi ser grande en realidad. Si se muestra insensible á cuanto lisonjea la vanidad de los hombres, es porque remontado su espíritu á una esfera mucho mas elevada, no pueden interesarle las llamadas grandezas de la tierra. En aquel grado de elevacion á que la humildad le levanta, está sobre cuanto abate á el hombre; sobre todo lo que domina á el corazon humano; sobre lo que turba la paz del alma, la despedaza, la avasalla, la degrada; sobre las prosperidades que no satisfacen sus deseos; sobre las adversidades que en nada pueden disminuir la felicidad que espera: entonces es cuando el cristiano hace á Dios el mas generoso de todos los sacrificios: el sacrificio que todo lo da á Dios, y nada se reserva: el sacrificio que ataca al amor propio hasta en su último retiro: el último sacrificio que queda por hacer, cuando ya están los demas consumados: el sacrificio que no pudo conocer toda la sabiduría humana, que no podria jamás hacer, y cuyo precio estaba reservado á Jesucristo mostrarnos, dándonos el mas singular ejemplo: esto es, el sacrificio de sí mismo, de la propia gloria. Y sin embargo, cuando se trate de los intereses de Dios ó de su religion, de la justicia, del bien de la patria, de la felicidad de los ciudadanos, entonces se verá á este cristiano humilde, que parecia insensible á todo, se le verá desplegar una grande alma,

la mayor energía; porque animado con la presencia de Dios, será fuerte con el poder mismo de Dios, sin que la vanidad le arredre, ni le acobarde el desprecio, ni le dominen los caprichos. Como no pretende la estimacion de los hombres, no buscará ocasiones, ni tendrá necesidad tampoco de parecer lo que es para hacerse respetar; y hasta el malo, que desearia cubrirle de vergüenza, se verá él mismo confundido en su presencia, por el ascendiente que la justicia y la virtud ejercen siempre sobre el corazon humano, cuando se presentan con aquella dignidad que les es propia, haciendo resaltar el sello que imprimen los desórdenes en la frente del criminal para su confusion y oprobio. Cuanto el cristiano confia menos en sus propias fuerzas, tanto mas fuerte será por la mayor confianza que pondrá en aquel que todo lo puede: siempre obedecerá la voz de sus mandatos, sin que le retraigan las humillaciones, ni los obstáculos le contengan: *plantará, regará*, y dejará el cuidado *de dar el incremento* á aquel que lo envia: no se envanecerá en la prosperidad; pero tampoco le abatirán las desgracias. Todo está bien para el siervo, cuando ha cumplido la voluntad de su Señor.

Está cierto de que será recompensado, no segun lo que haya recogido, sino segun lo que haya sembrado (1). S. Pablo, que se tenia por indigno del nombre de apóstol (2), obró muchos milagros en el curso de sus trabajos apostólicos; y del convencimiento de su propia debilidad sacaba su mayor poder (3). Confiesa que él es nada (4), y siente al propio tiempo que todo lo puede en aquel que lo fortalece (5); y no temeroso-

(1) 1 Cor. 3, 8.
(2) Ib. 15, 9.
(3) 2 Cor. 12, 9.
(4) Ib. 12, 11.
(5) Phil. 4, 13.

gurar con humilde, pero animosa confianza, que «ni »la vida, ni la muerte, ni los principados, ni las potes»tades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las »violencias, ni nada de cuanto hay mas alto ó mas ba»jo, ni alguna otra criatura podrá jamás separarle del »amor de Dios en Jesucristo (1).» «Yo he recibido, »dice, en cinco diferentes veces treinta y nueve azotes; »tres veces he sido apaleado: he sido apedreado una »vez: he naufragado por tres veces: he estado un dia y »una noche en lo profundo del mar. He viajado conti»nuamente con peligros en los rios, peligros de ladro»nes, peligros por parte de los gentiles, peligros en la »ciudad, peligros en los desiertos, peligros en la mar, »peligros de los falsos hermanos. He sufrido toda clase »de trabajos, de fatigas, muchas vigilias, hambre y sed, »muchos ayunos, frio y desnudez (2).» Y S. Pablo destituido asi de todo, renunciándolo todo, luchando contra tantos obstáculos, y persuadido de que por sí *él nada era* (3), de todo triunfó, para hacer adorar á un Dios humillado. ¡Que se nos citen sabios semejantes fuera del cristianismo! Asi es que bastaron doce sabios de esta misma escuela, de orígen oscuro, segun el mundo; pero humildes profundamente, y que hablaban y obraban como S. Pablo, en nombre de Jesucristo, para llevar á los cuatro ángulos del mundo esta religion santa, que hace mas de diez y ocho siglos que alumbraba al universo; y la misma virtud que tan grandes prodigios obró, los causará siempre semejantes, reinando en el corazon del hombre; porque la gracia de Jesucristo jamás perderá nada de su eficacia y poder.

(1) Rom. 8, 38, 39.
(2) 2 Cor. 11, 24, &c.
(3) Ib. 12, 11.

ARTÍCULO IV.

De la perfeccion evangélica, y de las órdenes religiosas que la deben su origen.

Dejamos observado que hay en nosotros como dos hombres diferentes, cuyas voluntades estan siempre en opesicion (1): el hombre de carne y sangre, hijo de Adan entregado enteramente á las pasiones, que no ve, ni juzga, ni obra mas que por ellas; y el hombre del espíritu y de la fe, que vino Jesucristo á criar dentro de nosotros, cuya patria es el cielo, y cuyas miras todas son tambien celestiales (2). De donde se sigue, que los sabios que viven segun el espíritu del primer hombre, no pueden vencer las pasiones si no con otras pasiones contrarias: el amor á los placeres cederá á el amor de las riquezas: este á el amor de la gloria: la avaricia enfrenará el lujo: la vanidad á la avaricia; y el orgullo será el regulador exclusivo de todas ellas; pues como el hombre carnal no conoce mas bienes que los de este mundo, es para él, no solo impracticable, sino hasta inconcebible la abnegacion á todas las pasiones (3). Por el contrario, reduciendo Jesucristo toda su moral á hacer morir en nosotros al hombre sensual por la mortificacion de los sentidos; al hombre ambicioso, por la pobreza de espíritu; al hombre soberbio, por la humildad de corazon; para formar en nosotros el hombre nuevo, el hombre animado de un nuevo espíritu, de una nueva vida, hace guerra á la vez á todas las pasiones atacándolas en el germen fatal de donde se de-

(1) 1 Rom. 7, 15, &c.
(2) 1 Cor. 15, 47, &c.
(3) Ib. 2, 14.

rivan. Y como es difícil poseer bienes de la tierra sin pegarse á ellos; usar con moderacion de los placeres; gozar con prudencia los honores; y librarse de las tentaciones del mundo, en medio del mundo mismo; como el uso de las cosas sensibles naturalmente impresionan el corazon humano de modo que le apegan á la tierra, le apartan de su verdadero fin, y poco á poco van disminuyendo la aficion á las cosas santas, Jesucristo para prevenir estos inconvenientes, nos aconsejó tambien la renuncia absoluta de todos los bienes, de todos los placeres, y de todos los honores del mundo.

Por esta razon, aunque santificó por la gracia del sacramento el estado del matrimonio, prefiere, sin embargo, la virtud de la continencia (1), como un medio de servirle con mas libertad (2). «Yo quisiera, que no »tuvieseis ninguna solicitud, decia su Apóstol; pues el »marido tiene solicitud por las cosas del mundo, de como »haya de agradar á su mujer. La mujer desea tambien »agradar á su marido. El corazon, pues, está dividido; »al paso, que la que permanece en viudez, ó guarda vir»ginidad, no se ocupa mas que de las cosas de Dios, »para ser santa de corazon, y de espíritu (3).» Asimismo, despues de mandarnos, *que poseyesemos como si no poseyeramos* (4), añade, para enseñarnos la perfeccion, *Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y da su precio á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* (5).

Finalmente, no solo nos recomendó Jesucristo la humildad, sino que tambien nos exhorta á regocijarnos cuando fueremos «humillados, perseguidos, malditos,

(1) Matth. 19, 12.
(2) 1 Cor. 7, 35.
(3) Ib. 7, 32, 33, 34.
(4) Ib. 7, 30, 31.
(5) Matth. 19, 21.

»calumniados por su causa: porque nos espera en el cielo »una grande recompensa (1); » y la gloria del Espíritu de Dios reposará entonces sobre nosotros (2).

La naturaleza ciertamente no podrá menos de asombrarse á vista de este despego absoluto, que la priva de todos sus recursos, y parece que abandona á el hombre á sí mismo, en una vasta soledad: mas para dar á conocer de un modo evidente, que ni las humillaciones, ni la pobreza, ni los padecimientos le degradan de ninguna manera que todas las grandezas del mundo nada tienen de verdadera grandeza, y que toda la felicidad del mundo nada puede añadir á la verdadera felicidad; Jesucristo infinitamente grande, infinitamente bienaventurado en sí mismo como Dios, y predestinado como hijo del hombre á ser colocado sobre todas criaturas, á quien fueron dadas en herencia todas las naciones, apareció en el mundo *anonadado en forma de siervo* (3); fue el primero que practicó los consejos, que se sirvió darnos; y los practicó con tal perfeccion, que solo el Hombre-Dios pudiera hacerlo; no solo es el modelo de la pureza mas perfecta; sino que fue el primero que nos dió á conocer la excelencia de la virginidad; y obligó á la negra envidia, que calumnió hasta sus milagros, á respetar en su Sagrada Persona la integridad de esta virtud sublime; y por un privilegio que debia caracterizar la pureza del Dios-Hombre, no quiso nacer sino de una Madre Virgen. No solo aceptó el sacrificio de la cruz, sino que fue á encontrarse con ella (4), obrando como un Hombre-Dios, que expiaba los pecados, que no habia cometido, para santificar al mundo que venia á redimir; y dió á la muerte el imperio, que

(1) Matth. 5, 11, 12.
(2) 1. Petr. 4, 13, 14.
(3) Phil. 2, 7.
(4) Matth. 20, 18.

de otra manera no podia tener sobre su Sagrada Persona. No solo nació y quiso vivir en pobreza voluntaria; sino que por una abnegacion propia únicamente del Dios-Hombre, el que viste las flores de los campos, y da de comer á las aves del cielo, suspendió, por decirlo así, su omnipotencia, para recibir el pan de mano de los hombres á quienes este Señor lo reparte todos los dias. No solo se humilló, sino que descendió desde la diestra del Padre para anonadarse. Solo un Dios-Hombre hubo que tan profundamente se humillase; porque no hay mas que un solo Dios que pudiese descender desde tan alto. Su cruz, que era locura para la sabiduría humana, y un escándalo para el judío carnal, fue el altar sagrado en donde consumó el misterio de la sabiduría y poder divino, inmolando consigo al hombre sensual por los tormentos que sufrió; al hombre ambicioso, por la completa desnudez en que murió: al hombre soberbio con los oprobios del pecado con que quiso ser cubierto; y lejos de que todas estas humillaciones disminuyesen su gloria, son por el contrario objeto de su triunfo, y títulos de su omnipotencia. Ellas abren á los hombres las puertas de la eternidad, y reconcilian á la tierra con el cielo. «Porque se humilló por obediencia hasta la »muerte, y muerte de cruz, dice el Apóstol, Dios le »ha exaltado, y le ha dado un nombre, que es sobre »todo nombre; para que al nombre de *Jesus* se doble »toda rodilla, en el cielo, en la tierra, y en los in»fiernos (1).»

Ultimamente, por una sabiduría y un poder, propios de un Hombre-Dios, y que publicarán su gloria en todos los siglos, Jesucristo nos dió á conocer, y ha hecho que se venga practicando desde entonces esta perfeccion evangélica que se dignó aconsejar á sus hijos; perfeccion, que admira, que pasma á la naturaleza, y

(1) Phil. 2, 8, &c.

que parece estar tan sobre las fuerzas del hombre. Toda la elocuencia de los filósofos no habia sido bastante para formar un solo sabio sin orgullo; mientras que Jesucristo solo dijo esta palabra: *Dád vuestros bienes á los pobres, y seguidme*; y una multitud de cristianos lo abandona todo para seguirle; sin que los desórdenes, ni los escándalos, que á veces se han introducido hasta el santuario mismo hayan sido un obstáculo, ni lo serán jamás para que Jesucristo deje de tener en todos tiempos imitadores de sus virtudes.

Los Apóstoles fueron los primeros en seguir las huellas de su divino Maestro, y en formar hombres que heredasen el mismo espíritu. Los fieles de Jerusalen venden sus bienes, reparten su precio entre los hermanos, se confunden con los pobres, y viven con ellos en la desnudez y humillacion de la pobreza. Una muchedumbre de vírgenes, *cuya conversacion está en el cielo*, retratan al vivo sobre la tierra la pureza de los ángeles. Ninguno de todos estos son como los filósofos, que afectando austeridad en las costumbres, no saben renunciar al vano deseo de parecer sabios: ocupados estos nuevos sabios en la soledad, no en especulaciones ociosas que alimentan la vanidad, que halagan el orgullo, que atraen los aplausos de los hombres; sino en meditar las verdades santas que encienden el fuego de la caridad, y mantienen viva la comunicacion con el cielo: se entregan, lejos de los peligros del mundo á la práctica de las mas sublimes virtudes: y por evitar los asaltos de la vanagloria, que corrompió la virtud de los antiguos sabios, se sustraen de la vista de los hombres, deseando ser conocidos únicamente de Dios.

Entre esta multitud de solitarios, que pueblan los desiertos, unos viven separados, para distraerse menos de la contemplacion; otros, unidos en monasterios, para animarse mútuamente á la práctica de las virtudes celestiales, bajo la direccion de superiores que ve-

lan sobre el mantenimiento de la disciplina, y el aprovechamiento espiritual de cada uno de ellos. En los de esta última clase, la obediencia, que es una de las prácticas de la humildad cristiana, es una virtud indispensable, para que reine el órden y la union en su gobierno paternal. Despues se añadió un freno á la tentacion é inconstancia del corazon humano harto inclinado por desgracia *á mirar atrás despues de haber puesto la mano en el arado*. (1) obligándole por promesas solemnes á la observancia *de la castidad, de la pobreza, y de la obediencia*: promesas, que haciéndose espontáneamente á Dios, constituyen una obligacion sagrada, que el hombre no puede rescindir. Tal es el orígen de las órdenes religiosas que vemos en el dia en la Iglesia (2).

(1) Luc. 9, 62.

(2) A nosotros ya apenas nos queda mas que la memoria de estas instituciones saludables, nacidas del Espíritu de Dios. Estaba reservado á los hombres del siglo XIX el descubrimiento de que son incompatibles con las luces del siglo, con las costumbres, con las exigencias de los pueblos. ¡Qué! ¿el Hijo de Dios pudo *aconsejar* un estado, digno de semejantes calificaciones? ¿El Evangelio, que nos dió la sabiduría infinita estará en oposicion con los conocimientos humanos, con el adelanto de las ciencias? Con las luces del siglo, y del siglo XIX, sí; porque estos en muchos son tinieblas con que el espíritu del error fascina sus cabezas. Y, ¿quién osará decir, que el Dios de justicia y de santidad puede ordenar lo que es contrario á las buenas costumbres? Si las nuestras se apartan de la regla que debe dirigirlas, entonces malamente se apellidarán así, las que son sólo corrupcion, desórden, depravacion; y ved aquí las costumbres á que las órdenes religiosas no pueden menos de contradecir. ¿Las exigencias de los pueblos? ¡Desdichado pueblo aquel, á quien se procura poner en pugna con la religion que profesa, bajo aparentes y mentidos pretextos! Si este lazo

»El estado religioso, dice un ilustre Prelado, no es, »pues, una institucion puramente humana, supuesto »que Jesucristo no menos es el Autor de sus preceptos, »que de sus consejos, y que aprobó positivamente en »la conducta de María, la generosa resolucion de todos »aquellos, que siguiendo el dulce atractivo de una vo»cacion especial, le hacen un sacrificio total é irrevoca»ble de su persona, consagrándose en un estado perfec»to á la contemplacion perenne de sus bondades, y de »sus grandezas.»

«Por tanto, lejos de que el estado religioso sea in»diferente ó extraño á la religion, la religion, por el »contrario, está vivamente interesada en la práctica de »los consejos evangélicos, tan antigua como la Iglesia »cristiana, y comun casi á todos los cristianos de la »Iglesia naciente; práctica, que se perpetuó entre los »fieles, y que ha producido en todos los tiempos esos »ejemplos brillantes, por la santidad de sus costumbres »que sirven para distinguir la verdadera Iglesia de las »sectas, que se han formado separándose de ella (1).

Los institutos particulares añaden á los tres votos de religion ciertos ejercicios de piedad, que son otros tantos medios para facilitar la observancia de aquellos, y de mantener el fervor. Muchos estan tambien dedicados al santo ministerio, á la instruccion de los pobres,

que se tiende á su sencillez llega á alcanzarle, no hay remedio: el desenfreno, y la anarquía será el premio de su obcecacion. Esta verdad práctica hace obrar en contrario sentido á naciones que se vanaglorian de ser las maestras de la ilustracion: procuran levantar, lo que en momentos de delirio, para su mengua, echaron por tierra; y esta conducta es la mejor respuesta á los que no se abstienen de reproducir los mismos motivos que se hallan reprobados por los propios autores. = D. T.

(1) Mandamiento de Mr. el Cardenal de Malines para la cuaresma de 1787.

á el consuelo de los enfermos, y á otras obras de misericordia, igualmente útiles á la sociedad civil, que á la edificacion de la Iglesia. Y si es cierto, como nos lo enseña la fe, que no existe el hombre sobre la tierra para buscar, como el reptil, el alimento de un dia para morir un momento despues, sino para hacerse digno por el ejercicio de las virtudes de una vida bienaventurada y eterna; si es cierto, que el reino de los cielos es el fin y término de la creacion, y las miras de la Providencia, el blanco á que deben dirigirse todos los designios de los hombres, todos los sistemas de gobierno, y la institucion de todas las monarquías del mundo; si es cierto, que el universo entero solo existe para formar el reino de Jesucristo (1); y que las oraciones y méritos de los santos atraen sobre la tierra las bendiciones del cielo, y suspenden las venganzas divinas (2); si es cierto que no hay medio mas eficaz que el ejemplo para conservar las costumbres, que son el garante mas seguro de la fidelidad de los pueblos, y de la prosperidad de los estados; si es cierto en fin, que el mismo Jesucristo es quien nos ha enseñado con su ejemplo y doctrina, la práctica de los consejos evangélicos, ¿se podrá, sin abjurar la fé, sin injuriar á Jesucristo, y á su religion santa, confundir con la clase de los ciudadanos ociosos y despreciables á estos cristianos generosos, que tienen valor para abrazar un estado de perfeccion, que es un milagro de la gracia, á estos hombres religiosos, que desde el centro de su retiro levantan las manos al cielo para hacer bajar las bendiciones, y suspender su ira; y que desconocidos como son al mundo, predican sin embargo el Evangelio al mundo, por la publicidad de sus virtudes?

(1) Heb. 2, 10.
(2) Act. 27, 22, 23, 24.

¿Se pretenderá acaso hacernos temer que se quede desierta la sociedad por poblar los cláustros arrebatados los hombres del deseo de practicar la perfeccion evangélica? Repítase esto mil veces: nosotros diremos, que Jesucristo, que ha provisto al bien de la sociedad, como al de la religion, no llama á la perfeccion cristiana mas que á un corto número de escogidos; sin dejar á la voluntad de los hombres la diversidad de vocaciones, que el Señor ordena y dispone. A uno que le queria seguir y se lo rogaba, le respondió. *Vuelve á tu casa, y cuenta á tus parientes las grandes gracias que has recibido* (1). tambien dijo á otro, *Vé, vende lo que tienes, da el precio á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, y sígueme* (2).

Vese claro por aquí, que Jesucristo al llamar á sus discípulos al Apostolado les exigió una abnegacion absoluta á todos los bienes de la tierra, para disponerlos asi, á las penosas fatigas de su ministerio. Obedezca, pues, cada uno á la voz que le manda; y sin dejar vacío en la sociedad, concurrirá al bien público, segun la medida de los dones, que haya recibido, y la diversidad de la vocacion, sirviendo á la armonía del cuerpo político, en vez de ser un ente, sin destino ni utilidad. La abnegacion absoluta, es por sí harto dura á la naturaleza para que no deba de temerse mas, que en vez de entregarse á ella la multitud indiscretamente, por el contrario, el número de los que fueron llamados resistan á la voz de Dios, por seguir una vida mas cómoda.

Tal vez diga el impío, que los consejos evangélicos son impracticables. Pues bien: su dicho nos dará derecho para concluir, que los que efectivamente los practican deben ser sostenidos por una fuerza mas que humana; y que el Legislador que los hace observar, está

(1) Marc. 5, 19.
(2) Matth. 19, 21.

revestido de un poder divino: porque al fin, cualesquiera que sean los abusos y escándalos que haya en los estados mas santos, siempre se verán en ellos estas virtudes grandes y brillantes tanto como sólidas, y que estan sujetas á tan fuertes pruebas, que seria imposible ni aun sospechar de su sinceridad.

Pero ¿cuál es esta fuerza divina, este atractivo poderoso, capaz de hacer amar la austeridad de los consejos evangélicos? ¡Ah! Esto es un secreto de la sabiduría eterna, que los sabios del siglo no comprenderán jamás, porque no conocen la fuerza ni la dulzura de unos sentimientos que nunca experimentaron: ellos no pueden entender cómo el hombre encuentra delicias en aquello que parecia debia entristecer el corazon humano. Es un sentido que les falta, y, por decirlo así, un tacto sobrenatural, que no puede idearse cuando no se ha experimentado jamás. Una madre coloca su dicha en los penosos cuidados que emplea por su hijo: forma sus delicias aquella misma vigilancia que parece servidumbre, siendo el cariño maternal quien la hace suave y ligera esta carga. Un cortesano tolera con alegría las mas duras fatigas á vista de su señor por el deseo de agradarle: la ambicion le hace ligero este yugo. ¿Qué no hará, pues, la caridad en el corazon del cristiano que se considera cercado por la inmensidad de Dios, de su grandeza, de su bondad, de su misericordia, cuando abismado en el océano de sus perfecciones infinitas, piensa que ve, que respira en su seno paternal, que todos los instantes de su vida, que todos los tesoros de la naturaleza, que todos los bienes de que goza son beneficios de su bondad infinita? ¿Cuando reflexiona sobre las gracias especiales que desde que nació se le vienen dispensando por el discurso de toda su vida, para librarle de los peligros, para asistirle con auxilios, para evitar mil veces que perezca? ¿Cuándo contempla que este padre amoroso le asiste sin cesar, y está junto á

él para animarle, para sostenerle, para consolarle en sus penas: que siendo testigo de sus pensamientos, y observador de sus combates y padecimientos, ha de ser tambien algun dia remunerador de su fidelidad: que su recompensa será nada menos que gozar de Dios; y que esta dicha durará por toda una ternidad? ¡Qué dulzura, qué alegria, qué atractivos experimentará en medio de los trasportes de amor y gratitud, con que bendecirá á este Padre amoroso, con quien conversará acerca de su naturaleza, sobre su religion, de sus grandezas, de sus beneficios: derramará su corazon ante su presencia: le adorará, le manifestará sus necesidades, implorará su asistencia, y le ofrecerá humildes y fervorosas acciones de gracias! ¡Cuán en poco tendrá entonces la privacion de los placeres y de los honores que no tienen entrada en su corazon: la fuga de las tentaciones, cuyo peligro teme, y la renuncia de todo lo terreno, cuya nada conoce! ¡Cuán fácil le debe ser el triunfo sobre las pasiones tantas veces ya vencidas, y por consiguiente ya debilitadas! Y si todavía los sacrificios y padecimientos son dolorosos á la naturaleza, ¡cuán templada se halla su amargura por las efusiones de la caridad, y la segura esperanza de la recompensa! ¿Qué podrá el universo entero contra este cristiano? Su propia felicidad está siempre consigo, porque siempre está con él la proteccion de Dios. Todo puede conseguirlo con la ayuda de este Señor, porque todo lo tiene prometido á la oracion (1); y con la asistencia de su gracia, los sufrimientos, y las desgracias mismas de la vida presente aumentarán la medida de su felicidad. Asi es que los que llevan por entero el yugo del Señor, lo encuentran dulce y ligero: solo es insoportable para los que solo quieren llevarlo á medias; pues cuanto menos se ama á Dios, mas disgusto causan las cosas de Dios; y

(1) Joan. 14, 13.

por el contrario, cuanto mas se hace por Dios, mas se acrecienta su amor con el mérito de las obras, haciéndonos gustar la dulzura que trae el servirle. S. Pablo *se regocijaba en los padecimientos* (1), *y su corazon era inundado de alegría en medio de las tribulaciones* (2); y el solitario, el religioso, que así como el Apóstol vive en las austeridades, en la penitencia, y que baña cada dia con sus sudores y su sangre la tierra de los infieles, experimentará tambien los mismos consuelos, y hablará el mismo lenguaje.

De todos los filósofos que en el dia enseñan, como lo hacian en otro tiempo los estóicos, que el sabio se basta á sí mismo, que no tiene necesidad mas que de sí mismo, y del testimonio de su conciencia para ser feliz, ninguno hay que deje de ser desmentido por la experiencia propia, y que no haya dado una prueba personal en favor de lo contrario. Si huyen de los hombres, es porque los aborrecen: si rehusan verlos, es por la persuasion en que estan de que todos son malos: si los aprecian con cierto desden y orgullo, es porque los que esto hacen, se creen mucho mejores. ¿Cuál es la causa de que ninguno de estos sabios haya pensado en desterrarse voluntariamente á una soledad desconocida? Y ¿por qué, al contrario, tienen buen cuidado de establecerse en las cercanías de ciudades populosas, cuya proximidad naturalmente debe excitar la curiosidad de conocerlos, mientras que el solitario formado por la religion, el solitario amigo de Dios, convencido de su fragilidad, de su impotencia, humillado á vista de sus propias flaquezas, hace todos los dias lo que el sabio jamás podrá practicar? Nace esto de que el sabio que pretende bastarse á sí mismo, por lo menos tiene necesidad de sustentar su pretendida virtud con la vana opinion de

(1) Col. 1, 24.
(2) 2 Cor. 7, 4.

los hombres que desprecia; y porque viéndose solo, quedaria reducido á la nada: en vez de que el solitario viviendo de la fe, se encuentra siempre con Dios en la soledad. Esto lo obra, por decirlo asi, la mágia del amor divino, que parece cambia la naturaleza de las cosas, por el dominio que ejerce sobre el corazon humano. Pero «el hombre animal y terrestre no conoce las cosas que son del espíritu de Dios. Son á sus ojos como una locura, y no puede comprenderlas porque no puede juzgarse de ellas, sino por el espíritu de Dios (1).» *El hombre espiritual puede, por el contrario, juzgar de todo*, porque tiene por regla el espíritu de Dios, que es espíritu de verdad; y él *no puede ser juzgado por nadie*, porque es necesario tener el espíritu de Dios para conocer las cosas que vienen de él (2). El yugo del Señor, pues, es verdaderamente ligero y suave (3) para los que le llevan; y Jesucristo fiel en sus promesas, dando, á los que dejaren todo por seguirle, *ciento por uno en este mundo, y la vida eterna en el otro* (4).

ARTÍCULO V.

De los motivos con que Jesucristo nos anima á la práctica de sus divinos mandamientos.

Dos solos son los motivos capaces de someter el corazon humano á el imperio de la ley: el motivo de justicia, y el de interés: es decir, el amor de Dios, y el amor de nosotros.

El autor de nuestro ser, el principio de la vida, el Soberano del universo, la sabiduría eterna, el orígen

(1) 1 Cor. 2, 14.
(2) Ib. 2, 15.
(3) Matth. 11, 30.
(4) Ib. 19, 29.

de todo bien, que es justo por esencia, y nada manda que no sea para hacernos felices, tiene un derecho indisputable á todo nuestro amor. Este es el lenguaje de la ley natural; pero cuando la fe nos habla de las grandezas de Dios, de su amor, del sacrificio de su Unigénito Hijo, de la inmensidad de sus misericordias, del valor infinito de su gracia, ¡ah! ¿cuánto mas elocuente y mas enérgico es todavía este lenguaje?

El amor de nosotros mismos nos inspiraba el deseo de la felicidad; y la razon nos decia que la felicidad preparada por un Dios de justicia para el hombre justo debia de hallarse en la otra vida, supuesto que en la presente no se poseia; pero la imaginacion, que confundia la naturaleza del cuerpo con la del espíritu, creia ver la aniquilacion del hombre en el sepulcro; y en esta ánsiedad se preguntaba á sí misma: ¿qué será esta felicidad futura? ¿Cuánta su grandeza? ¿Cuál su duracion? Pero la razon nada respondia; y por esta incertidumbre, la perspectiva de este bien, que solo se divisaba á lo lejos, y como al través de espesas nubes, disminuia el interés por ella, y no oponia mas que una débil resistencia á las pasiones que se apoderaban de todos los sentidos, y prometian sin cesar una dicha presente y sensible.

Mas vino la fe á derramar la luz sobre las sombras de la tumba, y á reanimar nuestras esperanzas con la magnificencia de sus promesas, mostrándonos la existencia de una vida futura, valiéndose, no de simples discursos, que luchan siempre con la ilusion de los sentidos, sino de la palabra de Dios, que es la verdad eterna; y la recompensa que promete á la virtud, es recompensa propia para seres inteligentes, y tal, que ni *el oido lo haya jamás oido, ni el espíritu del hombre seria capaz de concebir* (1): esto es, excederá á cuanto

(1) Cor. 2, 9.

la ambicion del hombre pudiera aspirar jamás. La pena de los malos será un abismo de fuego. La duracion de las recompensas y de las penas será la de la eternidad. La medida de las penas será proporcionada á el pecado, para cuya expiacion fue necesario que se derramase la sangre preciosísima de Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios verdadero. La medida de las recompensas será conforme á la magnificencia de un Dios que nos asocia á sus méritos, para hacernos participantes de su gloria. Pero ¿por qué título podremos asociarnos á sus méritos? Por el de que formando con él un mismo cuerpo, como miembros suyos que somos, debemos participar tambien de su triunfo por el espíritu de adopcion que hemos recibido. Esto supuesto, ¿en qué consistirá la felicidad que nos tiene prometida? En la posesion del mismo Dios, que siendo por escencia la bondad infinita, penetrará todas las potencias del alma con la inmensidad de su presencia: ilustrará el entendimiento con su soberana luz: abrasará con su amor la voluntad: derramará sobre los justos la paz y la alegria; y alimentándolos así con el solo sustento capaz de saciarlos, sin que se apague jamás la sed, colocará al hombre todo entero en el reposo, del que por su naturaleza es el principio y fin de todas las cosas.

El Soberano Legislador á quien debemos estas promesas es el mismo Dios que no las ha proporcionado y merecido. El garante de nuestra inmortalidad es el imperio que ha ejercido sobre la muerte, resucitándose á sí mismo. La justicia que ejerce en este mundo cumpliendo con su asistencia divina las promesas que hizo á su Iglesia, y llevando á efecto las venganzas con que amenazó á la nacion que le crucificó, son la prenda y señal de la que ejercerá en el otro mundo. ¿Será posible, pues, que el hombre cuando llega á penetrarse de estas grandes verdades, el hombre, que tan ansioso se muestra siempre de su propia felicidad, deje de concebir un

valor invencible para emprenderlo todo, para superarlo todo, para sacrificarlo todo, para sufrirlo todo, antes que faltar al cumplimiento de la ley de Dios? O ¿podrá traspasarla alguna vez sin temblar, sin estremecerse?

CAPÍTULO V.

DE LA IGLESIA, Y DE LOS AUXILIOS QUE NOS OFRECE PARA CUMPLIR CON LA LEY DE JESUCRISTO.

No se limitó la bondad infinita de Jesucristo á ilustrarnos con las luces de la fe, y á asistirnos interiormente con las inspiraciones de su Divino Espíritu: quiso ademas depositar en las manos de sus ministros una porcion de su poder, para que con él cooperasen á nuestra salvacion. Mas antes de exponer los auxilios que encontramos en el seno de la Iglesia, es muy conveniente dar á conocer su naturaleza y constitucion.

ARTÍCULO I.

De la constitucion de la Iglesia.

Hemos observado ya que estando la ley natural sujeta á las disputas de los hombres, y á ofrecerse á la vista de estos con los colores que pudieran darla las pasiones y preocupaciones, tocaba á la bondad infinita del Supremo Legislador que la habia grabado en nuestro corazon, fijarla por una ley positiva que llevase el sello de su divinidad; y ya hemos visto tambien cómo Jesucristo habia cumplido esta obra grande: cómo, sacando esta ley primitiva del caos en que las disputas de los filósofos la tenian sumida, la habia explicado, la habia perfeccionado, la habia hecho, por fin, amable y manifiesta por el ejemplo de sus virtudes. Mas como el nuevo código, asi como la ley natural, era para todos

los hombres, debia tambien promulgàrse en toda la tierra: siendo para todos los siglos, era necesario que fuese conocido en todos los tiempos. Era asimismo necesario que los maestros de esta ley sagrada se pudiesen conocer por caracteres manifiestos: era necesario que su mision fuese acreditada con títulos públicos é incontestables, á fin de que todos pudiesen reconocerlos por enviados del cielo. En fin, como esta nueva ley pudiera eludirse ó alterarse con falsas interpretaciones, era necesario que los ministros de Dios encargados de enseñarla, fuesen tambien revestidos de la autoridad competente para explicarla, para decidir las dudas que se suscitasen, para fijar la creencia de los pueblos por la infalibilidad de sus decisiones, y mantener la unidad de su gobierno por la sumision y obediencia.

Jesucristo, pues, proveyó á todas estas necesidades por medio de la institucion de su Iglesia. Dió mision á sus apóstoles para enseñar á todas las naciones, con poder para perpetuar su ministerio, trasmitiendo á sus sucesores la potestad que ellos habian recibido: prometióles su asistencia, y les dió un superior en la persona de S. Pedro, á quien de una manera especial encargó *confirmar á sus hermanos en la fe*, y velar sobre el gobierno de todos: *tú eres Pedro*, le dijo, *y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1).

En virtud de esta emision fundan los Apóstoles iglesias en diferentes partes del mundo, á donde llevan el Evangelio. Comunican á los obispos la plenitud del sacerdocio, instituyen ministros inferiores con una parte de su potestad, para que cooperen con ellos á la salud de los pueblos, segun la medida del poder que á cada uno se le confiere. Consiguiente á este órden gerárgico, los ministros inferiores estan subordinados á los obispos

(1) Matth. 16, 18.

y estos á su Jefe; no formando la universalidad de los fieles que ellos dirigen, mas que un solo cuerpo, que se llama Iglesia; y este cuerpo organizado de la manera dicha por la sabiduría eterna, y animado con su espíritu, no perecerá jamás. Tan pronto como los espíritus soberbios é inquietos intentan corromper su doctrina, ó de sustraerse de su gobierno, cada obispo tiene derecho de juzgarlos segun su autoridad, y de castigarlos. La voz del jefe de la Iglesia se hace entender cuando le conviene excitar, ó secundar el celo de los primeros pastores, ó para reformar su gobierno y disposiciones. El cuerpo episcopal unido á su jefe forma un tribunal supremo; y, ó bien esten dispersos los obispos, ó bien reunidos, su juicio es irreformable; porque siendo siempre asistida la Iglesia por el Espíritu Santo, segun la promesa de Jesucristo, jamás puede enseñar el error, ni autorizar los abusos (1). Cualquiera, pues, que resista á sus mandatos, ó se rebele contra su gobierno, se separa por este solo hecho de la Iglesia universal; y si por motivos de prudencia y caridad deja alguna vez de ejecutar en lo exterior el decreto de separacion que tiene pronunciado contra los díscolos, si los culpables aun parecen participar en un templo comun de la sociedad de los fieles, no por eso deja de verificarse dicha

(1) Cuando el cuerpo episcopal no está congregado, el jefe de la Iglesia es el único juez competente en materias de fe y de costumbres, siendo irreformable su juicio, que por consiguiente tienen que admitir los obispos, lo mismo que el resto de los fieles, y en este sentido, sin duda, habrá de entenderse lo que dice el autor cuando asegura que el juicio del cuerpo episcopal cuando se halla diseminado es irreformable; porque es constante que para juzgar los obispos como cuerpo en materias de fe y de costumbres, es preciso estén reunidos, y reunidos por el que es su cabeza, el S. Pontífice, y adheridos á ella en sus decisiones. = D. T.

separacion delante de Dios; pues la oveja que se salió del aprisco, no puede ya tener parte, ni en las gracias, ni en las oraciones, ni en los méritos de la Iglesia. El pastor pierde tambien la mision apostólica de que estaba revestido, y la autoridad de que participaba para dirigir el rebaño, si se aparta de la cadena de la sucesion; sucesion á que, sin entrar en discusiones sobre puntos controvertidos, basta atenerse al simple fiel para conocer que allí se encuentra la verdadera Iglesia, depositaria de la enseñanza y de la potestad sacerdotal, á que debe someterse, como que sin interrupcion sube hasta los apóstoles, de quienes recibió el verdadero magisterio encomendado por Jesucristo, y que ella conservará exclusivamente; y asi el verdadero fiel, el hijo de la Iglesia, podrá decir á los sectarios: «Vosotros os habeis salido del redil, rompiendo la cadena de la sucesion: por consiguiente, ya careceis de la mision de la enseñanza. Vuestra doctrina es un error, como contraria á la que enseña la Iglesia, única heredera del apostolado, y de las promesas de Jesucristo. Vosotros, pues, no sois ya del rebaño de Jesucristo, por haberos separado de su iglesia. No es á vosotros á quienes se nos manda obedecer, sino á los que estan sentados sobre la catedra de los apóstoles. Nosotros existimos antes que vosotros; nosotros estamos antes que vosotros en posesion del ministerio santo; y vuestra existencia la debeis al crímen de la rebelion. El tiempo no podrá oscurecer el orígen de vuestro nacimiento; y por antiguos que seais, sereis siempre nuevos. La Iglesia en que nosotros vivimos será siempre la primitiva Iglesia; y mientras no volvais al redil de donde salisteis, no podreis recobrar la vida que os falta desde entonces.»

En vano el cisma y el error invocarán la paz para hallar tolerancia. La Iglesia tendrá sin duda siempre entrañas maternales para sus hijos, por mas criminales y obstinados que sean: los sufrirá, imitando la *longanimi-*

dad de su divino Esposo: hará votos para su conversion: instruirá, exhortará, empleará cuantos medios la sugiera la caridad para volverlos á su seno (1): pedirá siempre por ellos: jamás querrá su muerte, estando siempre dispuesta á usar de misericordia. Pero siendo esencialmente santa en sus dogmas, é irreconciliable siempre con el vicio y con el error, nunca absolverá á los culpables de los anatemas que contra ellos fulmina el Evangelio, ni los admitirá á la participacion de los santos misterios; pues obrando de otro modo, se separaria de los principios de su constitucion, sobre que descansan la justicia de su gobierno, y la integridad de su doctrina. El medio de conservar la paz y la unidad no puede consistir en autorizar la rebelion destructora de una y otra: debe buscarse en el mantenimiento de la subordinacion, que es la base de todos los gobiernos. Permitiéndose la desobediencia á la Iglesia en un solo punto de su doctrina, bastaria para que se negase la obediencia á todos los demas; pues asi dejaria de ser infalible; y desde este momento su autoridad no seria ya la regla de fe, la cual debe ser inmoble y permanente, sin que pueda estribar en una autoridad sujeta á error. Cada uno tendria necesidad de examinar por sí la doctrina que enseñase la Iglesia, para no exponerse á engaño, y se consideraria con derecho á decidir segun se creyese inspirado sobre el número de los libros sagrados, sobre su inteligencia, sobre la doctrina de la tradicion: viniendo á ser su juicio particular la regla de su creencia: tendria cada uno su símbolo particular, sin que las disputas pudiesen terminarse, no habiendo un tribunal infalible que fijase la creencia. Asi es que los protestantes desde que se sustrajeron de la autoridad de la Iglesia, se han dividido en infinitas sectas, que por diversos rumbos todos vienen á parar ó en el soci-

(1) 2 Tim. 4, 1, 2, 3.

nianismo, deismo, ateismo, ó en un pirronismo universal; frutos seguramente que en todos tiempos ha dado la falsa paz; porque autorizando la independencia, necesariamente conducen á la confusion, y á los desórdenes de la anarquía.

En vano se procurará invocar todavía el nombre santo de la caridad: esta será siempre intolerante con la herejía, y el cisma, supuesto que impone á los pastores la obligacion de velar por la salud de los fieles; y por consiguiente la de conservar el depósito de la fe, sin la cual no hay salvacion; la de conservar la autoridad apostólica, sin la cual les sería imposible mantener la integridad de la fe, ni instruir, ni gobernar los pueblos; la obligacion de extirpar todo gérmen de division, que tiende á destruir el reino de Jesucristo; la obligacion de ahuyentar del redil á los lobos destructores que intentan ensañarse contra el rebaño (1); la obligacion de separar de en medio de él, á los hombres peligrosos, *cuyo lenguaje artificioso, cunde como el cáncer* (2), *y corrompe las buenas costumbres* (3). Jamás la Iglesia se ha separado de estos principios; ni tampoco ha dejado jamás de incurrir en sus anatemas cualquiera que se ha separado de sus decisiones. Los príncipes cristianos no deben temer menoscabo alguno en los derechos de su soberanía por la obediencia que prestan á la Iglesia. Jesucristo, cuyo reino no es de este mundo, no quiso dar potestad á los ministros de su Evangelio sobre los reinos de este mundo. El poder que recibieron, es sobre las conciencias: *sus armas*, todas espirituales, solo *son poderosas para abatir el orgullo del espíritu humano que se levanta contra Dios* (4). Los castigos que

(1) Act. 20, 29.
(2) 2. Timot. 2, 17.
(3) 1. Cor. 15, 33.
(4) 2. Cor. 10. 4.

acuerdan ó determinan consisten en la privacion de las gracias de que son depositarios; y su autoridad está tan esencialmente unida á la justicia, que perderia su vigor y fuerza desde el instante mismo en que se quisiese hacerla servir á la iniquidad.

Un órden, pues, tan sabio, tan acomodado á las necesidades de los pueblos, tan propio de una religion todo santa, de una religion que habia de predicarse á todas las naciones, que á todos ha de suministrar medios conducentes á la salvacion, siendo siempre, y en todas partes esencialmente una; un órden tan á propósito para la propagacion y conservacion de la Iglesia que debia extenderse por todas partes, y subsistir en todos los tiempos, exigiendo por lo mismo la trabazon mas íntima y fuerte; semejante órden, decimos solo podia ser obra de la sabiduría divina; y si fuese posible, que el espíritu humano hubiese llegado á idearle, habria sido ineficaz todo su poder para ejecutarlo. No; no habia mas que aquel, que formó el corazon del hombre que pudiese darle, por decirlo asi, una segunda naturaleza, y mudar de repente, hombres groseros, ignorantes, y tímidos, en sabios, llenos de luces y de valor, para convencer, para persuadir, para alumbrar al universo; para disipar las tinieblas que ofuscaban la faz de la tierra, y que todo el orgullo de los filósofos no habia hecho otra cosa, que aumentarlas. Solo el que ejerce un dominio absoluto sobre sus criaturas pudo colocar á estos nuevos sabios sobre todos los respetos y consideraciones humanas, sobre los desprecios, las persecuciones y el terror de los suplicios, para que cumpliesen la mision que les encargaba. Solo aquel que pudo infundir en el alma de estos hombres tal sabiduría y valor, que uniendo la intrepidez con la dulzura de la caridad los hizo triunfar á la vez de los artificios de la elocuencia, de las supersticiones de la idolatría, de la violencia de las pasiones, y de la crueldad de los tiranos, conservando siem-

pre la mansedumbre de la oveja y la sencillez de las palomas. Solo aquel, que como Soberano Señor reina sobre el universo, pudo, á la voz de unos hombres que nada eran en el mundo, formar un pueblo de santos en medio de naciones las mas corrompidas; sujetar este nuevo pueblo á una ley que echaba por tierra todas las ideas de la idolatría, y enfrenaba todas las pasiones. Solo aquel, que pudo reunir en un mismo espíritu, en una misma fe y bajo una misma ley, y un gobierno único que carecia de fuerza, de todo aparato exterior, de armas, de riquezas; pueblo inmenso, diseminado entre todas las naciones; compuesto de príncipes y vasallos, sabios é ignorantes; para que juntos adorasen á un Dios crucificado, y ellos fuesen crucificados tambien, haciendo que muriesen sus pasiones, que parecian ser la vida del hombre. Solo aquel que vive desde la eternidad, y permanece el mismo en medio de los tiempos, es quien pudo dar á su Iglesia una estabilidad que no ha podido alterar el curso de los siglos, de suerte, que en medio de la multitud de sectas que desde el nacimiento de la Iglesia no han cesado de atacar su doctrina, y de atacarla de todos modos, ninguna ha podido alterarla, ni por los asaltos de la hipocresía, ni por la violencia de las pasiones, ni por las sutilezas, ni por el artificio y crédito de los sectarios. Ninguna ha logrado cortar el hilo de la sucesion apostólica que existe en ella; ni despojarla de su autoridad, ni abolir, ni cambiar su gobierno, ni impedir que existiese siempre, y que sea visible, adornada de los caracteres que muestran al universo su mision divina. Y esta esposa fiel de Jesucristo siempre santa, veraz é invariable, conserva, y conservará perpetuamente el mismo espíritu; sin que entre la multitud de decretos que tiene publicados sobre la doctrina y sobre la disciplina se haya contradicho jamás, ni separado de la sabiduría, justicia y santidad que brillaron siempre en todas sus decisio-

nes; y sin que jamás tampoco los defectos particulares en que puedan incurrir ó hayan incurrido algunos de sus pastores, que son los jueces de la doctrina, hayan ofendido á la integridad de la fe, ni sufrido la menor alteracion la pureza de su moral para justificar desarreglos de cualquiera clase, que sean. En fin, solo aquel que es Santo por esencia pudo comunicar á su Evangelio este espíritu de vida, que en todos los tiempos, y en medio de los siglos mas bárbaros y corrompidos, ha reproducido las mismas virtudes que brillaron en el nacimiento del cristianismo.

En esta Iglesia, pues, esencialmente una, esencialmente santa, y la sola depositaria de la fe, de la mision y de las promesas de Jesucristo, en esta Iglesia que semejante á un grande árbol plantado sobre el monte santo extiende sus ramas hasta las extremidades de la tierra, manifiesta á todo el universo, animada siempre del espíritu de Dios, que produce por todas partes y en todos los tiempos frutos de vida, y cuya existencia, propagacion y efectos son un milagro permanente de la proteccion divina; en esta Iglesia es en donde Jesucristo depositó sus tesoros inagotables, para que pudiesemos cumplir la ley santa que vino á anunciar al mundo.

ARTÍCULO II.

De los auxilios que nos ha deparado Jesucristo en su Iglesia, para que cumplamos sus mandamientos.

Semejante al niño que desde el momento que nace recibe de la madre que acaba de darlo á luz, todos los auxilios necesarios para la conservacion de su vida; el fiel, luego que es regenerado, halla en el seno de la Iglesia todos los medios de que necesita para conservar la nueva vida que ha recibido.

La primera necesidad del hombre en el órden moral, es conocer la regla de costumbres que debe seguir como guía segura; y ya queda probado que Jesucristo suplió á la insuficiencia de las leyes civiles, y de la educacion paterna, mandando á sus apóstoles que enseñasen á todas las naciones. Tambien hemos visto, que por la constitucion de su Iglesia, por la asistencia que la prometió, y por el órden que estableció en ella, no se excluia del conocimiento del Evangelio ningun pueblo, ninguna edad, ninguna condicion. En virtud de la mision divina que recibieron los ministros de esta ley santa, se dirigen á todas las clases de la sociedad, por todos los paises del mundo conocido: penetran, así en los palacios de los reyes, como en las chozas de los pobres: buscan por todas partes al hombre; todos hablan el mismo lenguaje, el lenguaje del Evangelio, el lenguaje de la sencillez y de la sabiduría. Prescindiendo de la política mundana, y de las prácticas enojosas y fútiles de lo que se llama etiqueta, ellos van desde luego al corazon, para sembrar en él la semilla de la religion. Procuran grabar allí las verdades interesantes que sirven á la virtud de fundamento y estímulo, y desenvuelven al mismo tiempo los motivos mas propios para inspirar resolucion y valor. Instruyen, amonestan, corrigen, ya pública, ya privadamente segun la necesidad y la conveniencia lo reclaman. Previenen á los pueblos contra los escándalos mas comunes y peligrosos. Velan atentamente para evitar que las novedades corrompan la sana doctrina; doctrina, que estando asegurada y protegida en toda la Iglesia, partiendo de un solo centro, es siempre la misma sin diferenciarse en nada la que el último ministro publica en las extremidades de la tierra; constituyendo un lazo íntimo, una cadena que une á los fieles con los ministros de la palabra; á los inferiores con los Pastores superiores, y á todos con el Jefe supremo, que es la cabeza del cuerpo místico

de Jesucristo alimentado del mismo espíritu, y animado con la misma vida.

En la educacion puramente humana, casi todos los cuidados se reducen á formar el hombre exterior. Sed justo, se le dice, sed humano, discreto, atento, agradable; modesto en la prosperidad, animoso en las desgracias, intrépido en los peligros; y á esto se reduce la moralidad del hombre. Se le recomienda la decencia en las costumbres, la moderacion en los placeres, la fidelidad en los destinos. Mas todo esto no es otra cosa que la apariencia del hombre; y un hombre de bien semejante, solo será un hipócrita, si carece de un corazon recto. Propónesele por motivo la esperanza de las riquezas, el deseo de la estimacion y confianza pública. Pero, ¿serian estos suficientes fundamentos para que la moral descansase sobre ellos? Se le habla de honor, y se coloca este en el concepto y estimacion de los hombres: pero, siendo estos por lo comun injustos ¿podrá su opinion servir de regla de nuestras costumbres? Se le dice que el hombre de bien encuentra la suficiente recompensa de los sacrificios que exigió el cumplimiento de su obligacion, en el testimonio de su conciencia. Pero, este testimonio ¿le dará siempre la fuerza bastante para luchar contra la violencia de las pasiones, y el temor de la desgracia? Digámoslo de una vez; al paso que se le recomienda el cumplimiento de sus deberes, se le inspiró la ambicion, la codicia, el amor á los honores y á la fama; que son comunmente consejeros de las injusticias. Al propio tiempo que se habla de virtud, se permite, se justifica, y aun se aplaude todo lo que fomenta la inclinacion á los placeres, encendiendo así en el corazon del hombre, un volcan de todos los vicios.

Mas la religion lleva desde luego la virtud al corazon, reduciendo toda su moral á estas pocas palabras, *Amad á Dios sobre todas las cosas: amad á vuestros*

semejantes, como á vosotros mismos por amor á Dios; y solo de él, esperad la recompensa.

Si los ministros del Evangelio aciertan á grabar en el corazon esta compendiosa leccion, quedará completamente educado el hombre. Sin conocer los artificios de la política que solo modifican las exterioridades del hombre, el cristiano, instruido en la escuela de Jesucristo, será siempre, y en todos los estados, todo lo que debe ser: buen padre, buen hijo, buen marido, buen amo, buen criado, buen ciudadano, buen magistrado, buen rey; y lo será con aquella sinceridad que distingue la virtud, de cuanto no es ella misma; pues la que es verdadera tiene una fisonomía peculiar, que no puede confundirse.

Cuando yo me acerco á los respetables retiros, en que los piadosos cenobitas pasan los dias tranquilos en la oracion y en el silencio, enlazando con el trabajo corporal la meditacion de las verdades eternas, creo ver en su morada la mansion de la tristeza y la rusticidad á la sombra de las florestas, y en medio de los rigores de la penitencia, y de la virtud solitaria. Mas, ¡cuál es mi sorpresa, cuando el humilde solitario se presenta á mi vista, brillando en su frente la paz, y los encantos poderosos de la virtud! Entre estos mismos, á quienes la medianía quizá de su condicion no les prometia mas que una muy comun educacion, se encuentra una urbanidad religiosa, que se muestra por las atenciones, la solicitud y la dulzura de la caridad; por la humildad, por la modestia, y por aquella amable sencillez de costumbres, que agradan bien diferentemente que las ceremonias de representacion y de aparato; porque allí se encuentra la expresion propia y natural de una alma sinceramente virtuosa.

Para inculcar en nuestra alma las máximas de la moral, nos invita la ley natural á meditarlas. Mas la ley de Jesucristo nos impone un mandamiento expreso,

y nos recuerda todos los dias la memoria de sus preceptos. Todos los dias, en la cátedra y en las oraciones públicas nos habla de Jesucristo, de su cruz, de sus gracias, de su misericordia, de su santidad, y de su justicia; de los misterios de la redencion, de las virtudes, y de la gloria de sus santos; de las recompensas que nos tiene prometidas. Todos los dias nos reviste, por decirlo asi, de su santidad, y se hace sensible á todos los sentidos para fortalecernos, para preservarnos, y para consolarnos. La administracion de los sacramentos, la pompa y majestad del culto público, las ceremonias de los funerales, la solemnidad de las fiestas, el sonido de las campanas, que las anuncian, los cánticos sagrados con que se celebran, vienen á herir, por decirlo asi, por todas partes al hombre, que huye á pesar de esto, y se esfuerza á luchar contra el dictámen de su propia conciencia, que aun sin embargo le advierte por dó quiera, que hay un Dios, un Jesucristo, una muerte, un juicio, una eternidad, y le muestra el orígen de las gracias y los auxilios de la salud, invitándole por este medio al arrepentimiento.

La ley natural nos indica que debemos buscar un apoyo á nuestra debilidad en la comunicacion con los hombres virtuosos. Mas la religion de Jesucristo forma por sí misma esta recomendable sociedad. Reune á sus hijos en el lugar santo; y en esta augusta asamblea, el pobre y el rico, el grande y el pequeño se confunden en la presencia del Soberano Señor del universo, á cuyo poder estan sujetas todas las criaturas, y hasta la misma nada; edificándose mútuamente por el culto que dan á su majestad suprema, y por la participacion de los mismos sacramentos; alimentándose todos con el pan de la palabra divina, alentándose mútuamente con cánticos solemnes, con homenajes de adoracion, y acciones de gracias, á bendecir al Dios tres veces Santo, y á glorificarle por medio de una vida pura y sin tacha.

El lazo de esta sociedad santa es el mismo Jesucristo que se hace presente en medio de ellos sobre los altares, á fin de rogar por sus hijos: Jesucristo, que en la oblacion de sí mismo que hace á su Padre en calidad de Pontífice eterno, reune á todos los fieles que hay sobre la tierra, á todos los que en el cielo gozan de su gloria, y á todos los que estan purificándose en el purgatorio. En virtud de esta asociacion espiritual de todos los miembros de este cuerpo místico con Jesucristo, llamada *Comunion de los Santos*, los que aun pelean y sufren, reciben auxilios por los méritos y oraciones de todos los demas miembros; y por esto el castigo mas terrible que hay en la Iglesia es el que interrumpe esta influencia espiritual, separando de su cuerpo místico á los pecadores obstinados con la espada espiritual de la excomunion.

El convencimiento íntimo de nuestra debilidad nos llevaba á levantar nuestras manos hácia el cielo, invocando el socorro á nuestras miserias; pero nuestras infidelidades nos hacian temer que el cielo se cerrase á nuestros ruegos. Mas Jesucristo expió todos los pecados del mundo, y nos ha abierto las puertas de la misericordia, animando nuestra confianza, haciéndose nuestro medianero, y por decirlo asi, nuestra fianza para con el Padre Celestial. Nos manda esperar, nos manda pedir, y nos asegura que todo lo que pidamos á su Padre en nombre suyo nos será concedido (1); y aunque en virtud de su union inefable con el *Verbo divino*, su humanidad santísima siempre fue asistida de la Divinidad, sin embargo, se preparó para los trabajos del apostolado orando (2): suspendió las tareas de su mision para ir á orar en el desierto (3): por la oracion se dispuso tambien

(1) Joan. 15, 16.
(2) Luc. 3, 21.
(3) Matth. 4, 21.

para el sacrificio que iba à consumar sobre la cruz (1): consumóle orando (2): finalmente, él mismo nos enseña cómo habiamos de orar (3); y la breve fórmula que nos enseñó, contiene á la vez en cada una de sus partes una peticion, una máxima, y un propósito.

Dirigiéndonos á Dios, comenzamos dándole el nombre de *Padre*; y este título nos recuerda el amor que nos tiene, el que debemos tenerle nosotros, y la confianza con que hemos de pedirle.

Este Padre está *en los cielos*, como en su propio reino; y el reino de un padre, lo es tambien de sus hijos. ¿Qué valdrá, pues, el universo entero, qué importarán los reinos todos de la tierra para el que está destinado á reinar en el cielo?

El primer deseo de un hijo de Dios es que el *nombre* de su Padre Celestial *sea glorificado*, *y que su reino venga*: esto es, que su reino sea consumado por la completa reunion de todos los escogidos en el cielo con Jesucristo; pues desear que este reino venga, es desear que venga el fin de la figura de este mundo que pasa, para que venga el reino de Jesucristo que ha de durar eternamente.

No pudiendo las criaturas glorificar á Dios mas que por la obediencia, deseamos que todos los hombres *hagan su voluntad santa sobre la tierra*, como la cumplen los santos *en el cielo*, formando nosotros al mismo tiempo la resolucion de cumplir sus santos mandamientos.

Despues de haber pedido el reino de los cielos, esto es, la mas grande gloria posible en el órden espiritual, solo pedimos de los bienes de la tierra *el pan de cada dia*. El rico, como el pobre, reconoce aquí que el pan de

(1) Joan. 17, 20, &c.
(2) Luc. 23, 46.
(3) Matth. 6, 9, &c.

cada dia es un beneficio del Padre Celestial. El pobre reconoce igualmente que el pan que recibe, de la mano del rico, es pan que recibe de la mano de Dios; y siendo tambien su industria un don de la Providencia, sabe que debe hacer fructificar el talento que Dios le ha dado para proporcionarse el pan que pide.

Implorando la misericordia del Padre Celestial, reconocemos que somos culpables; y cuando le pedimos que *nos perdone, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, contraemos una obligacion mas expresa de ejercer tambien la misericordia, protestando conceder á los demas el perdon que pedimos para nosotros mismos.

Temiendo nuestra propia debilidad, pedimos que *no nos deje caer en la tentacion*; y esta peticion supone en nosotros la resolucion sincera de evitarla. Pedimos que nos libre del espíritu maligno; lo que supone la obligacion y propósito de estar alerta contra sus sugestiones, y de resistir á sus ataques.

Ademas de los auxilios que Jesucristo tiene prometidos á la oracion, ha colocado un rico tesoro de gracias en las manos de su Iglesia, y comunicádola una porcion de su poder, para que coopere á sus miras amorosas, y supla, por decirlo asi, á los cuidados de su afecto paternal, durante el corto espacio de su ausencia.

A proporcion que se verifica el desarrollo de la razon en nuestra alma, concurren á ilustrarla las luces de la fe: por esto, siguiendo siempre los grados de su capacidad en las instrucciones, al principio nos suministra aquellas que podemos llamar la leche de la infancia. Mas luego que la razon nos hace capaces de admitir un alimento mas sólido, presenta á nuestros ojos las santas máximas de su moral, y despues de obligarnos á ratificar los empeños que contrajimos en el bautismo, nos administra un nuevo sacramento, para darnos fuerza con que confesemos á Jesucristo delante de los hom-

bres, y para que vivamos conforme á la fidelidad que le tenemos prometida.

Pero ¡ah, cuán pronto habiamos de olvidarnos de sus promesas y beneficios! Y en vez de cerrar Jesucristo los tesoros de su misericordia, confió las llaves del cielo á sus sacerdotes para perdonarnos: diciéndoles, *que todo lo que ellos ataren sobre la tierra, será atado en el cielo; y que todo lo que desataren sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo* (1). Siendo esta promesa indefinida, no hay pecado que no pueda perdonarse: la inmensidad de la misericordia de quien la hizo, era preciso que correspondiese á la inmensidad de sus méritos. Pero la discrecion que es inherente á esta potestad concedida á sus ministros, no permitiéndoles absolver al culpable sin conocer sus faltas, y las disposiciones de su corazon, impone á estos la obligacion de descubrir el interior de su conciencia, á fin de que la misma misericordia se aplique con justicia.

Esta confesion, acompañada del exámen deliberado y racional de su conciencia, del dolor y detestacion de sus infidelidades, prepara al pecador para recibir el perdon. El sacerdote, hecho depositario de lo interior de su conciencia, naturalmente toma por él el interés y afecto de padre, al propio tiempo que el pecador deponiendo en su seno la carga que le oprimia, y pidiéndole misericordia, no puede por menos que mirarle con el afecto de hijo. Haciendo á este padre la humilde confesion de sus culpas, deposita á sus pies, con una entera seguridad, sus angustias é inquietudes: con esto se desvanecen sus temores: pide, y recibe instrucciones en los casos árduos y difíciles; sobre los cuales, no atreviéndose á consultar con otra persona por no publicar sus secretos, se veria perplejo, entregado á su propio dictámen. Instruido el ministro por una larga experien-

(1) Matth. 16, 19.

cia; asistido de la gracia del sacerdocio, versado en la ciencia de la ley, y en el conocimiento del corazon del hombre, sin otro interés que el de la religion, que lo es del culpable al mismo tiempo, le hace conocer sus respectivas obligaciones, le da reglas de conducta, hace que cesen las enemistades, procura se restituya lo mal habido, promueve la paz en las familias; y si lo exige la caridad de su ministerio, él mismo se presta á allanar las dificultades: calma los escrúpulos, desengaña; y aclara las falsas conciencias: anima, aconseja, exhorta, manda: hablando á todos en nombre del Soberano Señor que le envia. Dice á los grandes las verdades que les interesa saber, y que ningun otro osaria manifestarles. Se vale del ascendiente que le ofrecen la confianza del penitente, y la autoridad del ministerio para preparar el corazon á recibir las impresiones de la gracia. Impone la práctica de obras saludables, que sirven á un tiempo de expiacion y de preservativo; y si suspende el perdon para asegurar la conversion, jamás lo niega por enormes que sean los pecados; y ¡ah! cuando reconciliado con Dios el pecador, oye al levantarse de los pies de su ministro que le dice aquellas consoladoras palabras de Jesucristo. *Ve en paz*; ¡cuán recompensado se encuentra por la alegria que siente de la saludable confusion que le hizo humillarse! ¡Cuán claro conoce entonces que es suave el yugo del Señor, y diferente la paz de Jesucristo de la alegria turbulenta del mundo, que jamás proporciona la paz que promete!

La Iglesia llama á este tribunal de misericordia á todos sus hijos, que son reos de culpa: y cuando se ven expuestos á los terribles asaltos de la efervescencia de las pasiones, y de la seduccion del mundo, redobla sus instrucciones para fortalecerlos en los peligros: les hace recordar en la amargura del corazon los primeros extravios de su vida: les reitera el perdon, les administra el pan de los fuertes, y este pan es el mismo Jesucris-

to, que se digna bajar á las manos del sacerdote para incorporarse con sus hijuelos; que oculta su majestad, para no oprimirlos con su gloria; y que bajo las apariencias de un alimento ordinario se les entrega, dándoles á entender que quiere ser un alimento diario.

Al mismo tiempo la Iglesia no desiste, continúa siempre instruyendo y exhortando: por todas partes y en todo tiempo; en las afliciones, en las desgracias, en los peligros, en los combates acude solícita para socorrer á sus hijos: los acompaña para aconsejarlos, para animarlos, para sostenerlos, les tiende la mano para levantarlos cuando tienen la desgracia de haber caido; y aunque ellos se obstinen en resistir á sus amonestaciones, jamás desiste de llamarlos hácia el bien. Estrecha, invita, reprende, importuna, sin que la obstinacion canse jamás su paciencia, sin que las infidelidades de sus hijos sean bastantes para que pierda nunca la esperanza de salvarlos (1).

En fin, cuando llegamos al término de la carrera de nuestra vida, á este momento lúgubre en que todo lo interior padece, y todo lo exterior se escapa, en que el mundo, que huye, ningun consuelo puede ofrecernos, este momento en que tocamos ya á las puertas de la eternidad, entonces tambien se presenta la religion con la cruz de Jesucristo para reanimar nuestra confianza á la vista de un Dios que se ofreció á la muerte para rescatarnos: implora en nuestro favor sus misericordias: nos muestra, al través de las grandezas humanas que se eclipsan, el reino de Jesucristo que se acerca, y las promesas reservadas á los padecimientos sufridos por su amor: nos administra el último sacramento, y nos enseña á sufrir y á morir. Despues de nuestra muerte, aun vive su caridad para nosotros. Redo-

(1) 2 Tim. 4, 2.

bla sus ruegos en presencia de nuestros despojos mortales, y los coloca en un lugar santo para que esperen allí el dia de una nueva regeneracion. El mundo, ¡ah! el mundo que habia incensado á nuestros vanos ídolos, bien pronto se olvidará de que hemos existido. Mas la Iglesia siempre solícita por sus hijos, jamás cesará de implorar la misericordia para ellos.

Los ministros de la religion, encargados de velar por el rebaño de Jesucristo, tenian necesidad de una especial asistencia para llenar dignamente sus funciones, y Jesucristo instituyó un sacramento que les confiere, con la uncion del sacerdocio, la gracia de ejercerlo santamente. Los casados tenian necesidad de gracias especiales para conservar las buenas costumbres en el seno de las familias; para propagar en ellas la virtud por medio de la educacion, para hacer reinar la paz y la concordia; y Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, para comunicarles las gracias correspondientes á los deberes de su estado.

Habiendo recibido los obispos con el poder de las llaves la autoridad para gobernar, se sirven tambien de su poder para proveer á las necesidades de sus hijos, y para promover su piedad; determinando á este fin, por reglamentos particulares, la práctica de las obras santas, que solo se hallan prescritas en el Evangelio de una manera general.

Jesucristo ordenó la mortificacion de los sentidos, y la Iglesia impone el precepto de ayunar en ciertos dias determinados, para prepararnos á celebrar las fiestas solemnes, y para impetrar de Dios ministros que sean segun su corazon. Jesucristo habia recomendado la oracion; y la Iglesia designa ciertos dias para vacar con especialidad á esta práctica santa: reune en ellos á sus hijos para anunciarles la palabra de Dios; para cantar sus alabanzas, para asistir á la celebracion de los santos misterios, y hace que suspendan los trabajos servi-

les, para que con menos distraccion practiquen las obras de piedad y religion. Jesucristo habia dado á sus pastores el poder de perdonar los pecados; se hizo la víctima de nuestros altares para alimentarnos con su cuerpo preciosísimo, habiendo dicho antes que *si no comiamos su carne, y bebiamos su sangre, no tendriamos vida en nosotros* (1); y la Iglesia, para vencer la indolencia de sus hijos, tiene dado un mandato expreso, para que por lo menos una vez en el año se reconcilien con Dios en el tribunal de la penitencia, y participen del cuerpo y sangre de Jesucristo, eligiendo los dias de gracia consagrados á celebrar los misterios de su muerte y resurreccion; y en ellos, asi como en otras fiestas, ostenta la majestad del culto público por medio de la pompa y augustas ceremonias, que imprimen en el corazon del hombre sensible una viva idea de la santidad de la Religion. Jesucristo aconsejó la práctica de la perfeccion evangélica; y la Iglesia para animarnos á ella instituyó diversas órdenes religiosas, que son otros tantos asilos destinados á preservar la inocencia de los escándalos del siglo, á probar las vocaciones, á formar las mas eminentes virtudes: les ha dado particulares reglamentos para mantener el fervor, y la pureza de la disciplina: obliga á sus individuos con votos solemnes, que oponen una barrera á la inconstancia del corazon humano; y la diversidad de las reglas ofrece á todos y á cada uno medios para poder seguir su inclinacion particular, adoptando aquella, á cuyas prácticas se sientan llamados; y de este modo se forman en el seno de la Iglesia los miembros místicos de Jesucristo que llegan á alcanzar la plenitud del hombre perfecto.

Tal es el carácter de la Iglesia de Jesucristo: condu-

(1) Joan. 6, 54.

está la verdadera felicidad, por medio de las mas sublimes virtudes; produce estas por los mas eficaces medios, poniéndolos al alcance de todas las condiciones; y la Iglesia misma se presenta á la faz del universo adornada de una autoridad siempre permanente que lleva el sello de la divinidad; para que todos puedan conocerla, y admitir con confianza sus instrucciones; y para llevarnos á tan grande dicha, por el camino de la virtud, solo pide, lo que todos podemos; esto es, pureza de corazon y obediencia.

Mas, para conocer bien todas estas ventajas, seria preciso haber experimentado sus privaciones: convendria suponernos aislados en el mundo, entregados á nuestra razon sola, y entonces, preguntarnos á nosotros mismos. ¿Quién soy yo? ¿Qué cosa es este ser, que piensa dentro de mí? ¿Quién me dió la existencia? ¿Qué término, ó fin es el que me espera? Cuando los sabios de la antigüedad quisieron profundizar sobre estas preguntas, que deciden sobre los deberes y felicidad del hombre, se extraviaron miserablemente: ¿ pretenderemos, acaso, penetrarlas mejor nosotros con nuestra razon? Yo me traslado en espíritu á esas regiones, cercadas todavía de las sombras de la muerte; y encuentro en ellas cristianos diseminados por las aldeas, por los bosques, muchas veces perseguidos; los cuales, de todas partes, y algunas muy distantes, concurren, con peligro de la vida, para presentarse ellos, sus mujeres, y sus hijos, al ministro de Dios, que viene á alimentarlos con la palabra divina; los veo agruparse á su rededor, sin abrigo, como ovejas errantes, alimentándose y acomodándose segun pueden, para escuchar con un santo anhelo las palabras de caridad, que les dirige; para depositar en su seno, las penas que los afligen; para pedir con vivas instancias la gracia de la reconciliacion; para consolarse mutuamente con cánticos sagrados, y bañar despues con lágrimas de alegria y compuncion el altar santo, que Jesucristo bañó con su

sangre preciosísima. Los veo soportar con paciencia las necesidades, la intemperie de las estaciones, olvidarse de sí mismos, para ocuparse solamente de la dicha que tienen presente, y hacer ruegos eficaces para que prolongue su feliz estancia. Mas una visita tan consoladora, no puede serles muy larga: desde otra parte llaman otras ovejas á el pastor; y bien pronto suceden á las lágrimas de alegría, los suspiros y sollozos, y la mas tierna despedida. ¿Pero qué extraño? pues es un padre que va á separarse de sus hijos (1), y á quien quizá no volverá jamás á ver. ¡Ah! y cuán diferentemente estos cristianos, conocen el precio de las gracias, de que escasean, y tienen hambre, que nosotros, á quienes por su abundancia desgraciadamente causan tal vez fastidio y náusea.

(1) Hay muchas provincias en que los misioneros sólo pueden dejarse ver por poco tiempo; y para remediar este inconveniente, procuran instruir á los fieles por medio de catequistas, de los maestros y maestras de escuela; pero como la mayor parte de estos son pobres es necesario atender á su subsistencia, y aun á veces tambien á la de aquellos que viven de su trabajo, cuando les falta este. Es preciso asimismo cuidar de los cristianos que se hallan presos. Muy útil seria el establecimiento de muchos seminarios en los pueblos, para que en ellos se educasen naturales del pais, en quienes se advirtiese buenas disposiciones para el sacerdocio: pero como los recursos son muy limitados para que puedan alcanzar á todos, hay que pasar por el dolor de dejar muchas tierras incultas por falta de medios, y aun desatender algunas iglesias, que se hallan muy distantes y piden pan, sin que haya persona alguna que lo pueda dar. Los misioneros que se envian de las casas de Paris son en tan corto número relativamente á la extension de su distrito, que apenas pueden visitarlo una vez al año: y ciertos departamentos sólo pueden serlo de dos en dos años.

CAPITULO VI.

DE LAS VENTAJAS QUE LA RELIGION DE JESUCRISTO OFRECE Á LA SOCIEDAD CIVIL.

No cesan los enemigos de la religion de Jesucristo de acusarla de que hace al hombre infeliz en este mundo; porque enfrena sus inclinaciones, porque se opone al progreso de las ciencias, porque pone coto á la razon. Mas aunque todo esto fuese asi, aunque esta religion santa privase al hombre de algunas ventajas temporales, aun cuando opusiese algun obstáculo al adelanto de los conocimientos humanos, ¿qué son todos los bienes de este mundo comparados con la felicidad que nos asegura por toda una eternidad? ¿Qué todos los conocimientos humanos al lado de una ciencia que enseña al hombre sus deberes, y su fin? Esto es, ¿al lado de la única ciencia, que interesa saber? Pero no obstante, haremos ver, para mayor abundamiento que esta misma religion, lejos de ofrecer obstáculos al bien temporal del hombre, y al desarrollo de las luces, influye poderosamente por el contrario en el bien de la sociedad civil, y en los adelantos de las ciencias humanas. Estas dos verdades darán todavía á conocer mejor la divinidad de esta religion, que vela siempre por la felicidad del hombre, mostrando en todo la sabiduría, y bondad de su autor. «Cosa »admirable, decia un filósofo moderno (1); la religion »de Jesucristo, que parece no tener otro objeto, que la »felicidad futura, proporciona tambien en la vida pre»sente la mas grande felicidad.» San Pablo lo habia dicho ya en menos palabras, *La piedad es útil para todas las cosas* (2). Presentemos esta verdad, colocándola en aquel punto de luz que la comunica mayor claridad; y

(1) Montesquieu.
(2) 1. Tim. 4, 8.

si para ello nos vemos precisados á repetir alguna cosa de lo que ya tenemos dicho, el lector conocerá que en la exposicion de un cuerpo de doctrina, cuyas partes descansan en una misma basa, es preciso muchas veces, volver á los mismos principios para poder explicar las verdades que se derivan de ellos, y vienen á enlazarse por diferentes caminos, reuniéndose todas como un centro comun de luz.

ARTÍCULO I.

De la influencia que tiene la religion de Jesucristo en los bienes de la vida presente.

Jamás se hubiera imaginado que una ley de abnegacion pudiera conducir al hombre á el estado mas feliz posible sobre la tierra, por el despego á aquellos mismos bienes que parecia debian constituir su única felicidad. Pues sin embargo, esta verdad que se creeria una paradoja antes de que la fe hubiese ilustrado á la razon, es en el dia una verdad tan clara á los ojos de la razon misma, como sorprendente el que por tanto tiempo haya sido desconocida. Para hacer mas perceptibles las pruebas, consideraremos al hombre bajo tres diferentes respetos: 1.° en cuanto á sí mismo: 2.° relativamente á sus semejantes: y 3.° en órden á la sociedad; y veremos que en todos ellos, la religion de Jesucristo es siempre amiga del hombre.

Y en primer lugar, respecto á el hombre en sí mismo, las pasiones le muestran la dicha en los placeres, en los honores, en las riquezas. Mas los placeres le degradan y dominan; las ilusiones de la embriaguez que ocasionan duran solos momentos, cuyos intervalos estan llenos de hastío y amargura, de inquietud, de remordimientos, llegando á ser, hasta la misma vida, un peso insoportable. La irritabilidad, y vanas pretensiones del orgullo, los cuidados, los temores y sobresaltos de la

ambicion le traen en una agitacion continua, y le desesperan cuando ve menguados sus proyectos.

Jesucristo presenta un contento mas dulce, mas durable: placer exento de remordimientos é inquietudes, porque jamás está reñido con la verdad y con la justicia. Haciendo amar la virtud, da la paz de la conciencia, que es el primer bien del hombre en la tierra: templa los deseos, y las penas de la vida presente, con la esperanza de la felicidad de la vida futura.

La reputacion ó buena fama, es asimismo un bien; pero ¡cuántos desórdenes vienen á lastimarla! La ley de Jesucristo produce las virtudes, y la estimacion pública tambien, que naturalmente sigue á aquellas.

Tambien los bienes de fortuna son necesarios á la vida: pero los placeres y el lujo aumentan las necesidades, y consumen las mas grandes riquezas. La ambicion que todo lo aventura por elevarse, camina siempre sobre el borde de un abismo, si es que no se precipita. La religion condena los vicios que disipan los caudales: condena la ambicion, que los pone en peligro, quita las necesidades, que son hijas de las pasiones; recomienda la vigilancia, el trabajo, la aplicacion, que multiplican los bienes, y enriquecen.

La salud es un bien; pero el cuerpo se hace muelle con la ociosidad, los excesos le arruinan. Jesucristo condena la ociosidad y nos manda guardar las reglas de la moderacion y de la templanza.

El primer bien de las familias consiste en la paz, en el honor, y en la concordia. Mas las familias se deshonrau con los vicios; las injusticias, los celos, las animosidades y las antipatías fomentan en ellas la discordia. La religion hace que reine la paz y el honor con la virtud.

Las enfermedades y la vejez anticipada, son los tristes frutos de la corrupcion de costumbres. El Evangelio, obligándonos á una vida sobria y laboriosa nos prepara dias largos y felices.

Los deseos insensatos son el mayor tormento del hombre; pues desea lo que no está en su poder adquirir ni conservar: de aqui nacen los trabajos, las inquietudes, las ansiedades, los temores, la desesperacion. La religion de Jesucristo solo deja un deseo principal, que domina, y adormece los demas: un bien, que está al alcance de todos; el deseo de asegurarse de la bienaventuranza, que por consiguiente calma las inquietudes de la vida presente.

Las mismas pasiones, que causan la desdicha del hombre, acibaran los dias de su existencia. Un revés de fortuna abate al hombre ambicioso: las humillaciones quebrantan al soberbio: las enfermedades hacen desesperar al voluptuoso; y cuando se presenta la muerte, el hombre de riquezas, y el dado á los placeres, que solo ve mas allá del sepulcro, ó un aniquilamiento eterno, ó una eternidad de tormentos, invoca esta misma nada que le causa horror, por escapar del suplicio que le espanta, y aun se estremece y tiembla porque no es oido en su desesperacion.

. Si la religion de Jesucristo no siempre proporciona las ventajas temporales de que acabamos de hablar, es en razon de que no son estas su último fin; por eso nunca nos las promete, aunque siempre nos muestra el camino mas comun, y por lo regular mas seguro de llegar a conseguirlas. Si no nos pone á cubierto de las penalidades inseparables de la humanidad, si no extingue la sensibilidad en los padecimientos, al menos los modera, y aun los dulcifica por el espíritu de abnegacion. Las enfermedades y los dolores pierden una parte de su amargura para el cristiano crucificado ya con Jesucristo por la mortificacion de los sentidos. Las humillaciones, las desgracias, y las privaciones consiguientes á la indigencia, son menos acerbas para un alma, que mirando la gloria del mundo y todas las riquezas de la tierra como una sombra, que pasa, se afana por llegar á el rei-

no que la está preparado. De nuestra misma sensibilidad sabe formarse la fe un título de consuelo y alegría: pues sabe que las penas son, en el órden de la Providencia, el camino ordinario que conduce á la verdadera felicidad. En las humillaciones, en la pobreza, en las desgracias, siempre estamos bajo la proteccion de un padre amoroso, que es protector especial del pobre y del afligido. Ante sus ojos, la pobreza no nos hace pobres, no nos mancilla tampoco la calumnia. En el justo que padece y es perseguido, ve la pureza de una alma recta: la inocencia calumniada es un objeto digno de sus complacencias; y la felicidad que nos tiene prometida será conforme á nuestros padecimientos. El Señor entró en su gloria por medio de la cruz; y por la cruz han de entrar tambien sus escogidos. La muerte, que pone espanto á la naturaleza, rompiendo los lazos de nuestra prision, destruyendo el débil edificio de nuestro cautiverio, y reduciendo á polvo nuestros cuerpos, no hace mas que despojarnos de la mortalidad, para introducirnos á una nueva vida. Asi nos lo tiene prometido Jesucristo poniendo en manos del cristiano, como prenda de su palabra, esta misma cruz, por la que le franqueó las puertas de la eternidad; y por una trasformacion, que solo pudo causar la omnipotencia de Dios, el instrumento de un suplicio, cuyo aspecto estremeció la humanidad, cambiando de naturaleza, por decirlo asi, infunde en el alma el contento y la serenidad, desde que el Hijo de Dios lo hizo instrumento de nuestra salud. Desde entonces, el desgraciado siente la virtud poderosa de aquel que espiró sobre la cruz, y experimenta el contento anticipado, y la prenda de la felicidad que este Señor le tiene prometida.

En segundo lugar, con respecto á sus semejantes. Contínuamente se oyen quejas contra la ingratitud, contra la malignidad, y contra la envidia de los hombres; se habla á cada paso de sus injusticias, se indigna contra

su orgullo y su perfidia, y causa irritacion su criminal egoismo, que concentrando á el hombre en el solo interés personal, no le deja sensibilidad alguna para sus semejantes. Tal fue en otro tiempo el carácter de los gentiles, *sine aflictione* (1). Mas Jesucristo sustituyó á estos vicios la justicia y la caridad. Hágase que reinen estas dos virtudes sobre la tierra, y vendrán con ellas á la sociedad las ventajas y las dulzuras que habian desterrado de ella los vicios. Atendiendo cada uno á las obligaciones de su estado, puede considerarse bajo la proteccion de los demas; contribuirá al bien público, y no habrá para él mas males sobre la tierra, que los inseparables de la humanidad.

Una falsa política llama al lujo y los placeres en apoyo del bien público; para dar impulso al trabajo y á la industria, y para hacer refluir en los pobres la sobreabundancia de riquezas. Pero no se considera que el amor á los placeres, y el lujo lo absorben todo, que producen necesariamente los fraudes, los robos, las discusiones &c.; que son las olas que agitan la sociedad; que este amor que produce el egoismo, extingue la sensibilidad hácia el indigente; y que las ventajas que ofrece el lujo fomentando la industria, son harto pequeñas, en comparacion de los males que ocasiona; pues que se alimenta aquel con el despojo cruel de una multitud de infelices á quienes se oprime.

La religion de Jesucristo lleva hácia el bien público por un camino mas seguro, mas sabio, mas sencillo, mas noble. Planta en el corazon las virtudes, y proporciona asi á la sociedad todas las ventajas positivas, sin que haya de experimentar los males que necesariamente procrean los vicios. Efecto consiguiente al carácter de esta religion divina, que siendo, como su Autor, esencialmente santa y sabia, ha de obrar por naturaleza los ma-

(1) Rom. 1, 31.

yores bienes; pues si á su sombra se cometen abusos, siempre son hijos estos de las pasiones que ella condena.

En tercer lugar, ó con respecto al órden público Jesucristo afianza todas las partes de la administracion civil, sentándolas sobre la base inmoble de su religion. Entremos aquí en algunos pormenores.

En todo gobierno, la prosperidad del Estado depende de el sostenimiento de las costumbres públicas; de la sabiduría y observancia de las leyes. Si, pues, es una verdad innegable, que la religion de Jesucristo es la mas á propósiso para formar las costumbres, se sigue tambien de aquí, que no la hay mas sabia, ni mas acomodada á las necesidades del hombre, y al bien de la sociedad, verdad que dejamos ya demostrada. Que los príncipes, pues, y los súbditos vivan conforme á las máximas del Evangelio: que los legisladores tomen por modelo la ley de Jesucristo, que se revistan de amor á los hombres y á la justicia, como ella les previene; que fomenten, que protejan las virtudes, que enseña; que repriman los vicios, que condena; que establezcan con equidad las penas y las recompensas para hacer observar las leyes; que sean ellos mismos el modelo y ejemplo en el cumplimiento de las obligaciones que imponen, y de este modo brillará sin duda por todas partes el órden. Jesucristo será el mejor apoyo de su gobierno, ligando las conciencias á las leyes del Estado; hará suave su obediencia, añadiendo á las penas y recompensas de las leyes, las penas y recompensas de la vida futura: y de este concierto, resultará una sabia legislacion, y un gobierno feliz.

Para poder atender á todos sus ramos, le es preciso al príncipe repartir entre diferentes ministros los cuidados de la administracion; de suerte, que la felicidad de los pueblos pende de la capacidad, integridad y vigilancia de aquellos de quienes ha de valerse. Si la religion de Jesucristo no cria estos talentos, al menos los busca, y

los pone en ejercicio: porque siempre procura el bien público y comunica ademas las virtudes que condenan los abusos. Un príncipe religioso no confiará los empleos mas que á sugetos capaces para su desempeño; y cuando asi suceda, cuando todos los puestos esten dignamente ocupados, no podrá menos de marchar todo en concierto, y ser sabia la administracion.

La abundancia hace que florezcan los Estados; pero la codicia desatiende las verdaderas riquezas, por allegar bienes aparentes: pasa á un nuevo mundo para arrancar de las entrañas de la tierra un metal funesto, que el Autor de la naturaleza sabiamente habia ocultado, arrebatando á su patria multitud de operarios que podrian proporcionar bienes reales y efectivos. La codicia que es pábulo tambien del lujo y sensualidad, multiplica las necesidades, y á proporcion seca los manantiales de la riqueza. Se hace ostentacion de ser rico, y en realidad es mayor la pobreza: la fortuna es para un número reducido, mientras que una multitud prodigiosa carece do lo necesario; y aun el rico con poseer mucho, jamás cree que tiene lo bastante. Pues bien; para desterrar la indigencia, bastaria el que reviviese la frugalidad, la sencillez de costumbres; el amor al trabajo, y el que se cumpliese con la caridad cristiana. Entonces, una prudente economía haria aparecer la abundancia; y careciendo de objeto lo superfluo para su inversion, refluiria naturalmente en bien del pueblo y del Estado. Las riquezas de los monasterios, que en el dia excitan la envidia, son el fruto de modestas virtudes. Viviendo los monjes con sencillez y frugalidad, lograron trasformar en hermosas campiñas vastos desiertos abandonados, y á fuerza de sudores quedaron convertidos en un manantial de riquezas para las provincias (1). Los pobres

(1) En estos tiempos se ha querido enseñar lo contrario, suponiendo que las casas religiosas perjudicaban á la

acuden allí seguros de hallar socorro ocupándose en trabajos útiles. Con estos auxilios se aumentó la poblacion; y. poco á poco, alrededor de estos monasterios, de estas mismas soledades incultas, se formaron los pueblos y las ciudades (1): viniendo á ser á un mismo tiempo las

riqueza territorial. ¿Pero cuán vano y gratuito sea esto, lo demuestra una experiencia, bien triste por cierto. Ocupóse cuanto pertenecia al clero regular, y otro tanto se hizo con lo del secular. ¿Y qué ventajas ha traido esto para el Estado? ¡Ojalá que no se hubiesen acrecentado sus males? Creemos que pueda producirse aquí como imparcial el juicio del Sr. Ministro de Hacienda. Pues véase cómo se explicaba ante el Senado en la sesion del 31 de marzo del presente año de 1845 hablando de los malos efectos que habia producido la venta de los bienes dichos. =«Es tan exacto esto, Señores, (son las palabras del Sr. Ministro) que tengo en mi poder los documentos de lo que han producido los bienes del clero regular; y nos encontramos con que dentro de un año se hallan ya los productos de su venta consumidos, y cargada la nacion con 50 millones de reales para mantener al clero regular, sin ventaja para él; asi que, Señores, realmente mas males ha acarreado, que bienes.» =Otro Sr. Senador aseguró en la misma sesion, que las enajenaciones de los bienes eclesiásticos lejos de producir un alivio á los gastos públicos, habian causado en ellos un recargo enorme; de 18 á 20 mil millones, dijo otro Sr. Senador, ser la deuda de la nacion. =Lo mismo sucedió en Inglaterra; lo propio acaeció en Francia; y Federico de Prusia dijo que las rentas y productos de los bienes eclesiásticos que habian entrado en su tesoro, habian sido una carcoma que consumió las demas. Pueblos, ved aquí la mejor respuesta contra las teorías encantadoras con que muchas veces se procura abusar de vuestra sencillez.

(1) Debieran tener esto presente los enemigos del celibato eclesiástico: la experiencia, lo positivo que invocan para convencerse, está aquí como en todo lo demas contra sus quimeras. ¿Pues, y la despoblacion que causa tanto cura, tanto fraile? ¿Por qué no han de casarse pa-

riquezas de los monasterios un beneficio para los ciudadanos, y un bien positivo para el Estado.

La poblacion es el nervio de los Estados; y por consiguiente, es muy propio de una sabia política procurar su acrecentamiento: mas temiendo á los gastos enormes que el lujo ha llegado á hacer indispensables en casi todas las clases, y que para una medianía son insoportables, resulta que muchos tienen que abrazar un celibato forzado. La idea tambien de una depravacion casi general infunde desconfianzas y ofrece dificultades sobre la eleccion de un esposo, ó de una esposa; y esta es

ra aumentar el número de los ciudadanos, que es el nervio y la felicidad de las naciones? Atended cómo sin casarse procuran la felicidad en este como en todo lo lo demas. Enseñan á que sean buenos cristianos; y procurando apartar al hombre de la depravacion de costumbres, contribuyen poderosamente á que se multipliquen los matrimonios; inculcan la necesidad y deber estrecho de la buena educacion; y haciéndoles mas llevaderas las cargas enojosas del matrimonio, mostrándoles, que los oficios y recíprocas obligaciones de su estado, emanan de un acto consagrado por la religion; y al mismo tiempo que oponen este poderoso dique al desarreglo del corazon, no hay duda que se asegura la armonía de los matrimonios; y que por consiguiente serán estos mas fecundos. ¿Hacen acaso lo mismo tantos célibes de libertinaje como suelen verse en la sociedad sin otro destino al parecer que causar en ella muchos males? ¿Son estos los que aumentan la poblacion? ¿Esperará ningun Estado tampoco el acrecentamiento de sus individuos de tantos matrimonios que la inmoralidad logró separar? Refórmense las costumbres; deséchese ese lujo escandaloso que arruina las fortunas, y retrae de contraer un empeño insoportable á muchas clases; obsérvese, en una palabra, la moral del Evangelio, y se aumentará la poblacion, aunque algunos dejen de casarse para consagrarse á Dios en un estado que aconsejado por su infinita sabiduría no puede menos de ser siempre beneficioso á los pueblos. = D. T.

otra razon de preferir el celibato, temiendo hacerse desgraciados. No falta tampoco, quien adopte un celibato de libertinaje, por vivir sin cuidados, y con menos regularidad. Por enriquecer á un hijo preferido, suele dejarse sin bienes á los demas, y con esto se les precisa á un celibato de razon. Que se observe el Evangelio, y quedarán remediados todos estos males. Los casados sin costumbres, no pudiendo amarse, paran en recíproco aborrecimiento La falta de correspondencia causa la separacion; ¿qué posteridad podrá esperarse de estos? Víctimas lastimosas de la prostitucion, tienden por otra parte lazos á la inocencia, corrompen las costumbres públicas, retraen del matrimonio, ó bien desunen á los casados; y estériles ellas mismas, como no contraigan ademas infecciones vergonzosas, ó nunca tienen hijos, ó bien son siempre desgraciados los que dejan al Estado. ¡Cuántas generaciones se pierden por esto, que habria salvado la religion! ¡Cuántos célibes ocupados en servir á la vanidad de los grandes, quedarian reformados! ¡Cuántos ciudadanos, que perecen en las guerras, ó por odios particulares, conservaria! ¡Y cuántos huérfanos tambien, cuántos pobres, cuántos enfermos pereccrian, si la religion no acudiese á su socorro!

La hacienda pública, tan nesaria para la vida de las naciones, suele disiparse por las prodigalidades, y por las estafas; y á ello se sigue la paralizacion: todo se resiente; y para cubrir las necesidades, es preciso recargar á los pueblos. Entonces se oprime al pobre, y para sacarle lo que no tiene, se le arrebata hasta el escaso producto de su trabajo, con que sustentaba la vida; y, ó ha de perecer, ó para prolongar la existencia adoptará el partido de robar. Mas si la religion habla al corazon del príncipe y de los súbditos, habrá fidelidad en la administracion: los impuestos serán proporcionados á el haber de cada uno: fielmente repartidos, fielmente pagados, acrecentarán las rentas del príncipe la econo-

mía é integridad que presidirán todos los actos de su administracion; y aliviando á los pueblos, se conservarán ademas perennes los manantiales, para poder atender á casos imprevistos.

Si el mundo hubiera recibido la justicia y caridad que Jesucristo vino á traerle, se hallaria la guerra desterrada de la tierra; pues amándose todos los hombres como hijos de una misma familia, las pretensiones de los príncipes y de los pueblos se terminarian siempre amistosamente; y el príncipe que osare traspasar los límites sagrados de la justicia, hallaria armados contra sí á todas las naciones. La religion reuniria todos los pueblos en defensa de un estado oprimido, así como llama á todos los ciudadanos en socorro del huérfano desvalido. Mas una vez que las guerras han llegado á ser inevitables, esta misma religion tan pacífica por su espíritu; forma los ejércitos mas terribles para defensa de los Estados.

Porque ¿qué es en efecto lo que constituye la fuerza de los ejércitos, y decide sus empresas? ¿El número de los combatientes? Pues la religion los multiplica, aumentando la poblacion. ¿Es la destreza y vigilancia de los jefes? Pues siempre serán capaces y vigilantes los generales, si la religion entiende en su nombramiento. ¿Es la fuerza y valor de los soldados? Pues la religion proscribe los vicios, que son los que enervan uno y otro. ¿Es la subordinacion, la observancia de la disciplina? Pues la religion hace un deber y un hábito el guardarla. ¿Se necesitan caudales para subvenir á los grandes gastos de la guerra? Pues la religion proporciona estos tesoros por medio de prudentes economías. Los ejércitos se disuelven por la desercion, por los robos, y por la corrupcion de costumbres, y la religion las corrige, y manda obrar en todo con arreglo á justicia. La envidia, y aun la traicion de los jefes malogran á veces los planes mas bien concertados, y son causa de que perezcan

ejércitos enteros; y la religion previene todos estos desastres. El lujo y la molicie llevan en pos de los ejércitos una multitud de hombres inútiles que los deshonran: sirven ademas de que sus marchas sean lentas, menos expeditas sus evoluciones, y mas trabajosas las campañas: la religion previene estos desórdenes, condenando aquellos vicios. La devastacion del territorio enemigo, que acaba con el fruto de los sudores del labrador, disminuye al propio tiempo los recursos para la subsistencia de las tropas: la religion, que prohibe hacer daño al enemigo, sin necesidad, protegiendo las posesiones, conserva tambien recursos que pueden ser necesarios á los ejércitos. Para el caso de una derrota, de marchas forzadas, de fatigas penosas, los hombres afeminados con la sensualidad, el lujo y el ocio, sucumbirán desde luego, mientras que los buenos cristianos habituados al trabajo y á la rigidez de costumbres soportarán las privaciones, y las mas recias fatigas. Finalmente, preciso es recompensar el valor, y grandes motivos se necesitan para arrojarse á grandes empresas. Y ¿qué rey será bastante poderoso para recompensar á un ejército entero por los peligros, por las fatigas de una guerra? ¿Qué recompensa habrá para aquel que haya muerto combatiendo por su patria? ¿De qué aprovecharán los honores del sepulcro para el que dejó de existir? ¿Y aun á los que viven, de qué puede servir esta gloria? ¿Esta gloria que solo existe en la opinion de los hombres, ocupados enteramente de sí mismos, y muy poco atentos á el lustre de los demas, qué vendrá á ser para la multitud que quedó sepultada en el olvido? Mas esta recompensa que no pueden dar los hombres, la hará un rey mas poderoso que los señores del mundo, un rey que reina mas allá de los siglos, y que la tiene prometida á los que se sacrifican en defensa de la justicia: recompensa que es nada menos que el reino eterno de la vida futura. Solo, pues, su religion es la que

puede inspirar el verdadero valor. Sin ella, este será un frenesí, un furor; pero una virtud, nunca, porque nunca puede apoyarse en motivos racionales. Un ejército de verdaderos adoradores de Jesucristo, que han aprendido de su Señor á derramar su sangre por la justicia, sin sacar la espada contra los mismos que la hacen verter, será un ejército invencible; y rey cristiano al frente de semejantes guerreros, será tan formidable á sus enemigos por su gran poder, como respetable para sus aliados por sus virtudes.

Sin embargo de que la religion inspira el valor mas intrépido, jamás se olvida de la caridad que la anima. En medio de los horrores de los combates no deja de predicar la conmiseracion: reprime la ferocidad de los combatientes: manda perdonar á el enemigo que implora la misericordia, socorrer á el que se ha rendido, respetar la vida de los ciudadanos y sus bienes, siempre inocentes, aun en las guerras mas injustas, y bastante desgraciados por tener que soportar todo el peso de ellas, y participar de sus peligros; y finalmente, tan luego como la salud del Estado se halla suficientemente asegurada, hace que el conquistador se pare en medio de los triunfos: le manda envainar la espada; y por medio de la santidad del juramento afianza la paz á los pueblos, haciendo respetar la fe de los tratados.

Como la suerte de los imperios, así como la de los ciudadanos, no puede menos de estar sujeta á las vicisitudes de los tiempos, es imposible que á veces dejen de presentarse momentos borrascosos que conmuevan hasta los fundamentos del trono, ó en que los súbditos sean entregados al capricho y opresion de la tiranía. ¿Qué hará entonces un pueblo que gime bajo el peso de un rey déspota? ¿Convendrá sacudir el yugo de la dependencia para librarse, para contener el abuso del poder? ¿Será justo levantar un tribunal contra el soberano, pedirle cuenta de su administracion, juzgarle, despojarle

del poder supremo? Asi discurre una filosofía funesta, que alimentada del espíritu de independencia, tiende al trastorno de toda autoridad. Permítasele si no el tiempo suficiente para dar consistencia á su fatal sistema, para propagarlo, para desarrollarlo, y para que fermente en las cabezas de los súbditos, y á la primera señal de descontento se verán correr sobre la tierra todos los horrores de la anarquía; pues como no hay gobierno, por justo que sea, libre de abusos y defectos, contando los revoltosos con poder bastante para formarse un partido, jamás les faltarian pretextos para concitar turbulencias sediciosas. Los príncipes habrian de tomar precauciones contra ellas: se harian suspicaces, y aun crueles por política, parando en tiranía su dominacion, oprimiendo á los pueblos, por el temor de ser ellos oprimidos. Cuando la fuerza es la que impera, no sucumbe por lo regular el malo, sino el débil. Los soberanos no podrian confiar en la fidelidad de sus vasallos: estos se creerian con derecho á darles la ley: mirarianlos como aliados sospechosos, á quienes conviene humillar; y en vez del respeto y amor recíproco que endulza los cuidados del gobierno, y el yugo de la dependencia: en vez de la confianza que une á los súbditos con el príncipe, y constituye la fuerza de los Estados, se sucederian las sospechas y las desconfianzas, haciendo mas ingrata su condicion, sin dejar cabida á otras consideraciones y respetos, que á los del temor y ambicion.

Pero la religion, como animada de un espíritu muy distinto, marcha por un rumbo absolutamente contrario; y en aquellos momentos críticos que hacen temer revoluciones espantosas, condenando el abuso del poder, permitiendo, y aun mandando que se eleven representaciones enérgicas, aunque respetuosas, se vale de los poderosos motivos de la fe para hacer soportar las injusticias de los príncipes, como uno de los muchos ma-

les inevitables de la humanidad, y para sofocar en su orígen los primeros síntomas de una rebelion, que atraeria sobre los pueblos un cúmulo de desgracias.

Mas segun esto parece que un príncipe feroz tendrá, bajo la proteccion del Dios de los cristianos, la libertad de ejercer sobre los pueblos todas las atrocidades de la tiranía. Nada de eso; esta misma religion que recomendará la fidelidad para con los señores bárbaros, será el mejor antemural, la mas firme defensa de los pueblos contra el poder que los oprime; y cuando el déspota pretenda oprimirlos con un yugo de hierro, queriendo ahogar hasta sus gemidos, esta religion santa levantará su voz para protegerlos. Representará al tirano, pondrá delante de sus ojos, le hará ver todos los desastres, todos los horrores de que es culpable, y que pretende él disimular. Le llamará sin cesar hácia los deberes de la humanidad y de la justicia: desplegará con energía ante su vista las verdades que no quisiera oir: le mostrará un sepulcro delante de sí, un tribunal terrible en el cielo, y los abismos entreabiertos á sus pies; y con la cruz de Jesucristo en la mano, le dirá, que los infelices á quienes oprime son hijos de Dios, que se dignó morir por ellos; y sin atentar nada contra los derechos del príncipe, sin levantar al lado del trono un poder rival, conseguirá dominarle, no por la fuerza de las armas, sino por el imperio de la verdad y de la justicia, por el respeto que inspira el sacerdocio; y aunque se la desatienda, encontrará medios para ser obedecida.

Supongámonos por un momento en una de aquellas oscilaciones desastrosas, en que una fermentacion general enciende por todas partes el fuego de la guerra civil, y hasta el soberano tiembla sobre el trono. En vano este príncipe dirigirá la voz de su autoridad á unos súbditos rebeldes que se creen bastante fuertes para hacerse temer. Pero escúchese todavía la voz de la religion, y esto será suficiente para calmar los espíritus, y

restituir la paz á los pueblos, sin que llegue á verterse una sola gota de sangre. Mas y cuando un déspota con espada en mano haga gemir á los pueblos bajo un yugo de hierro, viole todas las leyes, robe á los ciudadanos, busque crímenes en los ricos para despojarlos, y cuente con poder bastante para conculcarlo todo, ¿qué recurso quedará entonces para los desgraciados pueblos? Ninguno otro mas que el de la religion. Sí, los pueblos, obligados á ahogar sus sollozos, levantarán todavía sus ojos hácia sus ministros; y si esta religion no está cautiva, esta religion santa que á un mismo tiempo vela por la salud de las monarquías y de los súbditos, salvará á los reyes y á los pueblos, y su influjo hará renacer la paz y la concordia.

Pero diráse por ventura ¿todas estas máximas que dicta la ley natural, no son anteriores á la promulgacion del Evangelio? Sí, ciertamente: ¿mas la razon por sí sola, habria disipado las preocupaciones que la oscurecian? ¿Hubo de todos los antiguos filósofos, de todos los antiguos legisladores, hubo, decimos, mas que uno, y eso porque fue inspirado, que las comprendiese perfectamente? Reúnase cuanto enseñaron conforme á la razon, ¿resultará por ventura una moral comparable con solas las máximas sublimes á la par que sencillas que Jesucristo enseñó á las turbas desde el monte? Sí, á veces los filósofos estan acordes con la razon. ¡Cuántas, por el contrario, llegan hasta justificar las mismas pasiones, y tomar por virtud lo que solo es orgullo y vanidad! Consúltese si no á los falsos sabios de nuestros dias que pretenden restituir todos sus derechos á la razon. ¡Ah! extinguiendo estos grandes genios la antorcha de la fe, ¿no han llegado á olvidar hasta las primeras nociones de la moral, y aun lo que ellos mismos habian ya enseñado, por seguir lo que llamaban *ley natural*? ¿Qué resultado tuvo, por ultimo, la *quinta esencia* del filosofismo aplicada á la formacion del catecismo del

derecho natural en el concurso, propuesto quizá con solo el objeto de decir á todo el universo que la sana moral no necesitaba de las luces de la fe? ¿Qué efecto produjo su repeticion por varios años consecutivos? Ninguno, ciertamente: sí, ninguno, segun el dictámen mismo de la célebre academia, reputada como la mas á propósito para la propagacion de las luces; la cual anunciando por último al público que se retiraba el premio del concurso (1), manifestó con esta prueba auténtica de hecho que en materia de moral, esto es, en una materia que parecia ser muy propia de la razon, la razon misma caminaba entre tinieblas, si no era guiada por las luces del Evangelio. Y ¿cómo seria posible á la razon humana que por sí misma no es bastante para conocer, ni el orígen de nuestra depravacion, ni la poderosa influencia de la gracia, cómo la seria posible, decimos, comprender el complexo de una moral impracticable á solas las fuerzas naturales, y cuyo sistema de tal modo se encuentra combinado, que desuniendo la parte mas pequeña, vendria por tierra todo él? Mas y aun cuando concediesemos á nuestros pretendidos sabios la capacidad bastante para penetrar y conocer todos los principios de la sana moral, ¿quiénes serian los encargados de enseñarlos? ¿Irian ellos á instruir al pobre y al labrador á las campiñas? Y aun cuando tuviesen valor bastante para emprenderlo, ¿traeria su apostolado á los pueblos las mismas ventajas que el sacerdocio de Jesucristo? ¿Llegaria á inspirar la misma confianza? ¿Bastaria por sí sola la razon para comunicar la suficiente elevacion y energía para sobreponerla á las pasiones por medio de las ideas sublimes de un Dios hecho hombre, del hombre hecho hijo de Dios, de un reino eterno prometido á los justos? ¿Hubieran podido jamás idear estos nuevos apóstoles moti-

(1) Cincuenta luises.

vos tan poderosos para animarnos á los grandes sacrificios que la religion exige de nosotros, y hacernos tampoco tan magníficas promesas? ¿Y aun admitido que así fuese, cuál seria la prenda de sus ofertas? ¿Quién daria la sancion á su doctrina? ¿Qué testimonios acreditarian su mision? ¿Cómo podria fijarse la incertidumbre del espíritu humano por la autoridad de la enseñanza, siempre vacilante, mientras no lleva el sello de la sancion divina? ¿Quiénes tendrian por sucesores en el apostolado? ¿Por qué derecho les trasmitirian la mision que ellos se habian arrogado? ¿Cómo hallándose dispersos por todo el mundo sus sucesores, podrian convenirse para conservar constantemente la misma doctrina? ¿Quien supliria á los ministros del Evangelio puestos por todas partes como centinelas para custodia de las costumbres, para instruir, para animar, para corregir, para proporcionar á todos medios de salud acomodados á sus necesidades, para unir con lazos tan estrechos, tan sagrados como son los de la fe, á los príncipes con sus súbditos, y á todos los miembros de la sociedad entre sí? ¿Quién se sustituiria á estos hombres apostólicos, que en el dia predican á todos una misma religion de justicia y de caridad, la sola verdaderamente benéfica, porque todo su verdadero interés está solamente en el provecho del hombre? Estos hombres á quienes se acusa de ser inútiles á la sociedad, porque no son ni los pies ni las manos del cuerpo político; esto es, porque limitan su ministerio á formar el hombre interior con virtudes, que son las que solamente pueden formar al hombre de bien; estos hombres que sin mezclarse en los negocios públicos trabajan con ahinco para asegurar la felicidad de los pueblos, y la armonía del órden público: ¿estos hombres, digo, serian reemplazados por sabios voluptuosos, que predicando beneficencia y humanidad, abren la puerta á todos los vicios, que disertan, como Epicuro, sobre la moderacion y la templan-

za desde el seno mismo de los placeres? ¿Qué pretenden reformar las leyes para darlas despues á los mismos reyes? ¿Que para encaminar al hombre hácia su felicidad querrian reducir todos los deberes del hombre al instinto de los brutos? ¿Que para enseñar las costumbres desearian acabar con la religion? ¿Que, finalmente, pretendiendo hacer racional al hombre han trastornado los principios de la moral, degradado la humanidad, y abortado solamente monstruos, sin formar siquiera un hombre de bien? No, no: solo aquel que ejerce un imperio soberano sobre todos los pueblos era quien podia dar á sus ministros una autoridad capaz de someter el entendimiento humano á una obediencia racional. Solo este Señor podia imprimir en la mision que les confiaba los caracteres augustos de la Divinidad, y conservar constantemente la unidad é inmutabilidad de doctrina, que debia servir para perpetuarla sin alteracion, hasta la consumacion de los siglos.

Solo, pues, al Hijo de Dios estaba reservado ilustrar con una luz celestial los grandes principios de la ley natural: explicarla, propagarla, mantenerla en toda su integridad, y santificarla con un gérmen de vida capaz de hacerla fructificar en todos los tiempos.

Quedando ya demostrado, que no hay religion mas benéfica, que la de Jesucristo, ni mas capaz de formar las costumbres, de consolidar las bases de la soberanía, y de asegurar la tranquilidad de los imperios, estrechando los lazos de la concordia: habiendo probado que ella sola es la que puede hacer á los pueblos justos y felices; y finalmente, habiendo hecho ver, segun acredita la historia de todos los tiempos, que la depravacion de costumbres, es la precursora cierta de la caida de los imperios, resulta de todo esto, que la religion de Jesucristo en el órden moral y político es la protectora siempre del género humano; y que sus enemigos, serán por consiguiente los mayores enemigos del bien

del hombre, y de la prosperidad de los estados.

¿Por qué razon, pues, por qué los ministros de esta misma religion, destinados á propagarla, y á hacerla respetar por su doctrina y ejemplo, han tenido la generosidad de obligarse á la ley de la continencia, para vacar asi con mas libertad, y menos distracciones, y por lo mismo con mas eficacia, á las funciones de un ministerio tan necesario á la felicidad de los pueblos, y de los Estados, por qué razon digo, se tiene el atrevimiento de hacérseles un crímen de esta ley que se impusieron, y cuya principal ventaja es para la sociedad? ¡Qué! han de valer ciertas consideraciones políticas para obligar á varias clases de ciudadanos á la ley del celibato; pudieron los mismos paganos imponerlo como una obligacion rigurosa de religion á las sacerdotisas (1) que se consagraban á ciertas divinidades, sin tenerlo por criminal mas que cuando se abrazaba por libertinaje, y los pretendidos bienhechores de la humanidad, que hacen tantos célibes libertinos, viniendo á ser los apologistas de la corrupcion de costumbres por vindicar los derechos de la libertad, estos pretendidos reformadores, inflamados repentinamente de un celo ardiento por la poblacion, ¿se atreverán á declamar contra el único celibato, que se propone á la vez por motivo, la virtud, y el bien público por fin, y cuya poderosa influencia en las costumbres recompensa con usura á la poblacion, lo que parecia disminuirla? Una tan chocante contradiccion solo puede proceder de un fanatismo que desearia aniquilar el Evangelio, para ahogar asi los remordimientos. Pero siempre será glorioso para la religion de Jesucristo tener semejantes enemigos; bastando para nosotros en prueba de las ventajas que reporta de la ley del celibato, el decidido empeño que muestran de abolirle.

(1) Las Vestales.

ARTÍCULO II.

Influencia de la religion de Jesucristo en el desarrollo de los conocimientos humanos.

Aunque la religion sea absolutamente distinta de las ciencias humanas; sin embargo, como todas las ciencias tienen un orígen comun en la razon suprema, que es Dios, deben tener con ella precisamente analogía. La razon sirve á la religion ilustrando el espíritu sobre la divinidad del Evangelio y la religion sirve á las ciencias y á las artes, dirigiendo las luces de la razon. Vamos á probarlo.

Para ayudar á el alma en el desarrollo de las luces, es preciso constituirla en estado de calma; porque asi se halla mas dispuesta para fijar la atencion, y librarse de preocupaciones. Para comunicar actividad y energía á los talentos, conviene elevar á el hombre por medio de grandes objetos, de motivos propios para interesarle, para inspirarle nobleza y resolucion. Las pasiones turban al alma, la entorpecen por un encadenamiento de deseos, de temores de proyectos, de inquietudes; y el amor al bien que forma el objeto de aquellas, la ocupa toda, y la debilita ó enerva. Arrástranla, no por el camino de lo verdadero, sino por la impresion de los sentidos, que muchas veces vá por rumbo contrario; y de este modo suscitan los mayores obstáculos al progreso de los talentos, y conocimientos humanos. Mas la religion remueve todos estos inconvenientes. Condena la pereza y la indolencia que tanto entorpecen el espíritu: prohibe los placeres turbulentos, que lo perturban, reservando toda su accion para objetos mas dignos. Asi, colocado el hombre en un estado conforme á su naturaleza, menos expuesto á distracciones, y mas capaz de meditar, podrá penetrar las verdades,

combinarlos, separar las apariencias que suelen confundirlos con el error; examinar la naturaleza de las cosas, su rumbo, sus progresos, sus alteraciones, sus relaciones y finalmente dará aquel enlace á sus ideas, á sus descubrimientos, que forman el todo de los sistemas bien establecidos.

¿Se necesita todavía elevar el ingenio á una esfera mas extensa, á una mayor altura? ¿De qué elevacion, de qué nobleza será susceptible una alma, que obrando segun el instinto de las pasiones, y limitando toda su felicidad á la de los brutos, no espera nada despues de la vida presente? El ingenio, pues, se embrutece en el hombre animal: mientras que todo es grande, por el contrario en el cristiano; su espíritu, como su corazon se ennoblece con las ideas magníficas de la fe; y por la generosidad que de ellas recibe. Levantado á la cualidad de hijo de Dios, no mira las cosas de la tierra, sino desde lo alto del cielo: y desde esta eminente elevacion, los proyectos, los pensamientos de los hombres, su grandeza, su poder, todo lo que pasa con los siglos, es nada, comparado con el reino eterno de Jesucristo. Todos los reinos desaparecen al lado del imperio celestial del Hijo de Dios. El universo entero no es mas que un solo punto en la inmensidad de sus obras. El nacimiento y caida de los imperios es solo una sombra; la duracion de los siglos no es mas que un instante en la eternidad; y todo lo que tiene término, es nada comparado con lo que ha de durar eternamente. Dios, que penetra el alma del cristiano, es el solo que puede saciar sus deseos. Y cuando á una alma tan engrandecida, se junten tambien los talentos, ¿qué nobleza, que fuerza, que elevacion se encontrarán en sus producciones? El primer poeta lírico levantó su vuelo hasta el cielo; asi nos lo asegura aquel cuya alma se sentia abrasada con la voz de los profetas (1). El genio de

(1) J. J. Rousseau, en el prefacio de sus Odas Sagradas.

Rafael, y de Miguel Angelo parece animado de un fuego divino, en las obras inmortales, que consagraron á la religion. ¡Qué distancia entre los oradores profanos, y nuestros oradores evangélicos; ya instruyan á los pueblos desde la cátedra del Espíritu Santo, ó ya desde las augustas asambleas dirijan su voz á los reyes! Y á la verdad; ¿qué objeto será mas á propósito para inspirar lo sublime, que las grandezas de Dios, el reino eterno de su Hijo Unigénito, la magnificencia de sus obras, la gloria de su imperio, la grandeza de sus misericordias, y el terror de sus juicios? ¿Será posible idear cosa mas grande que el órden de su providencia en órden al reino de Jesucristo? ¿Que las máximas de su moral divina, que los inescrutables juicios de su infinita sabiduría en los misterios inefables de la redencion? ¿Qué la majestad del culto consagrado por el sacrificio de un Hombre-Dios? ¿Que las virtudes y los triunfos de sus Santos? ¿Que la santidad del Pontífice eterno, que se sacrifica sobre nuestros altares, y siempre vivo en los cielos para interceder por nosotros? ¿Qué motivo podrá hallarse mas eficaz para mover, para persuadir, para inflamar, para animar, que la gloria de Dios, de su religion, y el interés mayor del hombre; esto es, la terrible alternativa de felicidad, ó infelicidad eterna? Lo decimos con entera confianza: ocupada el alma de estos objetos magníficos, poniendo en accion resortes tan poderosos, verásela siempre llena de energía de ingenio, de grandeza; pero si en vez de aquellos, se deja dominar por el amor propio, un espíritu de ostentacion sustituirá á el espíritu evangélico: y siendo vano aquel, y siempre frívolo, mezquino por naturaleza, llegó á ser tambien ridículo hasta el extremo en unas materias en que solo debe brillar lo sublime de la elocuencia cuando vá acompañado de aquella noble sencillez digna de la majestad de una religion divina.

Entre las ciencias humanas, la moral y la política son, sin disputa, las que ocupan el primer lugar por cuanto su objeto es el mayor bien del hombre: y segun queda ya demostrado, no hay moral, ni política mas sabias, que las que se conforman con el espíritu del Evangelio.

La metafísica casi era totalmente desconocida antes de la venida de Jesucristo. No hay absurdo que no hubiesen imaginado los filósofos sobre la creacion del mundo, sobre la naturaleza y facultades del alma. Jesucristo nos dió á conocer á el Ser Criador, principio de todas las cosas: nos enseñó que habia seres inteligentes criados á su semejanza; y estas ideas, aunque imperfectas á causa de nuestra limitada inteligencia, nos muestran un nuevo mundo: desvanécense los sistemas absurdos de los antiguos filósofos, al paso que comenzamos á ver, á caminar seguramente en la carrera de los seres metafísicos, y si las extravagancias de los antiguos, que disipó la antorcha de la fe, se reproducen entre nosotros, es solo entre los llamados espíritus fuertes, que habiendo renunciado á el Evangelio, se sumen cada vez mas en las densas tinieblas, que desaparecen con la presencia de la fe.

La verdad es el mérito esencial de la historia; y la religion, como enemiga del disimulo y de la mentira, manda al historiador examinar los hechos sin parcialidad, y referirlos sin alteracion. Colócale fuera del espíritu de partido que ciega, y de los respetos humanos, que corrompen. Que se nos cite una sola historia, que considerada segun las reglas de una sana crítica sea mas respetable que la de nuestros historiadores sagrados.

Los adelantamientos del espíritu humano en las materias físicas, son siempre á paso lento. Despues de muchos experimentos, observaciones y errores, es como puede conseguirse alguna inteligencia en el sistema de

la naturaleza. Los mas brillantes descubrimientos son debidos á la casualidad; muchas veces se contempla un fenómeno, sin poder indagar su causa. El físico observa minuciosamente, examina los vegetales, disecca los cadáveres, calcula sobre el curso de los astros; y no hay duda, que repetidas estas operaciones le ofrecen algunos resultados; pero todo lo demas, que es mucho, se escapa de su vista: y cuando se pregunta á sí mismo, cómo se perpetuan las especies, por qué virtud las semillas reproducen y multiplican los individuos: cómo pueden recorrer la inmensidad de los cielos esos globos inflamados sin declinar jamás del camino trazado; cómo giran con tanta rapidez alrededor de nosotros sin consumirse, sin detenerse en su carrera: cómo unas leyes, en sí muy sencillas, pueden producir tantas maravillas, conservar la armonía del universo, y dar vida á la naturaleza? ¿Cuando pretende indagar si el mundo ha existido siempre, ó, si los primeros elementos que le componen existian desde la eternidad antes que el mismo mundo; ó cómo sea esto, si todo ha tenido principio si todo ha sido producido: cómo un ser criador pudo prescribir leyes á los seres insensibles, cómo logró hacerse obedecer? La razon entregada á sí misma, camina á tientas en medio de tinieblas: y cuantas veces el físico pretenda responder á semejantes cuestiones, sus respuestas han de ser absurdas precisamente. Mas allégase la fe en socorro de nuestras escasas luces; y, sin entrar en prolijos exámenes, por lo comun mas curiosos, que útiles, conoce en general la naturaleza, por sus mismas operaciones, corre el velo de verdades muy importantes, y nos pone en camino para que podamos avanzar mas allá de donde alcanzan los conocimientos humanos.

Un Ser Eterno ha criado los cielos y la tierra. Solo él, es quien da vida á todo lo que respira, á cuanto se mueve sobre la tierra, por los aires, y entre las aguas.

Solo él es quien ha puesto en todos los seres vivientes, asi como en los que vegetan el principio de fecundidad que los reproduce, que los multiplica. El solo quien ha señalado á cada ser el lugar que ha de ocupar en el universo. Ha dado leyes á la naturaleza, haciéndose obedecer en virtud de aquella voluntad omnipotente que sacó de la nada á cuanto existe, y manda á todas las cosas con el imperio propio del Criador del universo. *Dijo, y todo fue hecho.*

Con la ayuda de estas luces, todo se concibe en el sistema general del mundo físico. ¿Pero se necesitaba de grandes esfuerzos para llegar hasta esta primera causa? Sí, ciertamente: éranlo para elevarse tan alto, y dejarse luego caer, por decirlo asi, con seguridad desde el mismo cielo, sobre todas las criaturas: eran necesarios, para poder fijar con intrepidez la vista en los rayos del Padre de las luces, sin ofuscarse, sin pasmarse al ver el inmenso abismo de la sabiduría, del poder que por todas partes le rodea, incomprensible á el hombre limitado: era necesario que tomando la razon por guia al mismo Dios, se elevase hasta su trono sobre las alas de la fe. Era necesario, para concebir una idea tan sublime, tan magnífica, tan luminosa, que este primer Ser hablase á el hombre con este imperio supremo que subyuga al espíritu humano por la autoridad de su palabra, y que le penetra con su luz, cuando le habla de sí mismo.

La historia de Moisés sobre la creacion explica naturalmente los hechos que teniéndolos á la vista me eran desconocidos en sus causas. Yo observo remontándome á las antiguas generaciones, cómo diversos pueblos vienen á confundirse en ramas comunes: y que las artes y ciencias van desapareciendo á proporcion que voy subiendo hácia tiempos remotos cuyo orígen no puedo conocer. Moisés me enseña un primer tiempo en que tuvo principio el mundo, y en el que, los des-

cendientes del primer hombre, separados entonces en familias, muy luego formando pueblos enteros, fueron poblando toda la tierra. De esto se desprende fácilmente, y se conoce perfectamente, cómo las ciencias y artes, que son obra del hombre, fueron progresivamente adelantando entre las naciones. Yo encuentro conchas sobre la cima de los montes, plantas marinas, y peces petrificados tambien; y buscando la causa de esto, me lo explica la historia del diluvio universal. El curso de los astros enseñó á los hombres á dividir el tiempo en años, meses y dias: ¿mas quién les enseñó á hacerlo tambien en semanas? ¿Cómo llegó á establecerse entre todas las naciones un uso, que ninguna relacion tiene con el órden físico? ¿No sube esta práctica hasta las primeras familias que poblaron la tierra? Pues Moisés descubre la causa de esta institucion, que la razon no encontraba, en la grande época del dia séptimo, dia en que terminó la creacion del mundo.

Los mismos misterios que debian al parecer ofuscar la razon por la oscuridad que les es inherente, la ilustran por el contrario; pues no solo nos dan á conocer verdades, que ignorabamos; sino que nos desengañan de ciertos errores generalmente adoptados, facilitando de este modo el adelanto de las ciencias. Mostrándonos nuestra ignorancia en aquello mismo que creiamos saber, nos ponen alerta contra la precipitacion de nuestro juicio, que con frecuencia nos extravía: nos enseñan á distinguir las ideas absurdas que parecian confundirse con las verdaderas ó exactas, alucinando la razon en la indagacion de lo verdadero. La existencia del hombre despues de la muerte, era una cosa inexplicable para el espíritu humano; porque careciendo de toda idea de los seres espirituales, comparaba el alma á una materia sutil, no comprendiendo cómo podia subsistir despues de la disolucion del cuerpo. Mas la fe, dándonos

á conocer la espiritualidad de los seres inteligentes, nos demostró en ello, que siendo nuestra alma de una naturaleza enteramente distinta de la materia, la separacion del cuerpo, no podia causar su aniquilamiento.

Arrastrado el hombre por un encadenamiento de preocupaciones, que le hacia confundir la naturaleza de los cuerpos con la de los espíritus, tenia por imposible, que tres cosas entre sí distintas, se identificasen en una sola; y la fe dándonos á conocer el misterio de un solo Dios en tres personas, nos mostró ser una realidad, lo que á nosotros parecia error. Tampoco penetraba la razon la posibilidad, y aun teníalo por absurdo, el que dos sustancias, sin perder cosa alguna de su integridad, se uniesen en una misma y sola persona; y la fe igualmente nos ha desengañado, enseñándonos que la naturaleza divina, y la naturaleza humana subsisten en Jesucristo en una misma y sola persona. Con esto es ya fácil de concebir el modo de distinguir los diferentes géneros de unidad, que siempre son relativos á la naturaleza de los seres. Con esta nueva luz, al considerar mi propia naturaleza, percibo que las operaciones de mi alma, aunque muy diferentes, son, sin embargo, una misma cosa con ella: conozco, que el alma y el cuerpo, que son dos sustancias realmente distintas, subsisten no obstante en mí en una misma y sola persona. Mas si pretendo pasar adelante para analizar, para definir la idea de la personalidad que yo creia comprender, se escapa á mi inteligencia. Los misterios de la sagrada Eucaristía, si chocan á mi razon, es por la preocupacion de juicios inexactos ó falsos. Antes yo atribuia á los cuerpos las cualidades sensibles de la materia; mas la fe me enseña que estas cualidades son enteramente distintas; pues que subsisten en la Eucaristía aun despues de aniquiladas las sustancias de pan y de vino. Obligado asi á reflexionar, una sana filosofía

me convence en seguida, de que las especies, que parecian inherentes, no son mas que modificaciones del alma. Pero, ¿un cuerpo puede estar en muchos lugares al mismo tiempo? ¿Puede contenerse en un cortísimo espacio? ¿Puede trasladarse á un otro lugar, sin pasar por el intermedio que le separa? Al querer yo decir que *no*, la fe me detiene, y me dice que todo esto se obra en la sagrada Eucaristía: que Jesucristo penetró en el cenáculo, estando cerradas las puertas (1): que los cuerpos adquirirán despues de la resurreccion cualidades sobrenaturales, que aunque incompatibles con el órden actual de los cuerpos físicos, no lo son sin embargo absolutamente con el de su naturaleza. Si pretendo discurrir sobre estos objetos, si me empeño en profundizarlos, hallo que no puedo definir, qué sea lugar, tiempo, espacio, debiendo confesar por último, que solo conozco ciertas cualidades de los cuerpos; y la razon misma llega á imponerme silencio, cuando pretendo pasar mas adelante; y quedo convencido de esta máxima importante que corrige la precipitacion de mis juicios, que me libra de una multitud de errores, y que jamás debiera olvidarse en la aplicacion de los conocimientos humanos, á saber: que la sabiduría eterna, habiendo acomodado nuestra inteligencia á nuestras necesidades actuales, solamente nos ha dado los conocimientos convenientes para que podamos dirigirnos en el corto espacio de la presente vida, dejando todo lo demas envuelto en una profunda noche para iluminarnos despues con una luz plena en la vida eterna; y por consiguiente, que en vano nos fatigamos queriendo extender nuestras miradas sobre objetos: que no es dado conocer á el espíritu humano.

Asi, la fe á quien se acusa de apocar las luces del

(1) Joan. 20, 26.

entendimiento humano, dilata por el contrario la esfera de sus conocimientos ilustrándole con una nueva luz, que la razon no puede menos de reconocer, y presentándole, nuevas verdades, que eran desconocidas é incomprensibles para él. Asi la fe, á quien se acusa de extinguir el fuego del ingenio, le comunica por el contrario la mayor energía por las ideas magníficas de una religion majestuosa; le precave contra las ilusiones, determinándole los límites por donde debe extenderse, y volviéndole á rumbo seguro, cuando llega á extraviarse. Asi, el freno que pone la fe á la curiosidad del espíritu humano, lejos de ofrecer obstáculos al progreso de sus conocimientos, le dá mayor empuje, apartándole de cuestiones inútiles, y empleando toda su energía en el descubrimiento de verdades útiles, que siempre deben ser el blanco de sus investigaciones. La brújula no manda al piloto; indícale solamente el rumbo; y el que desea llegar al puerto no la arrojará á la mar, para ejercitarse en la navegacion con peligro de naufragar.

Pero, ¿no diremos que la religion de Jesucristo condena las artes á una verdadera inaccion, proscribiendo el amor á las riquezas, al lujo y á los placeres, que son los objetos que ponen en actividad los talentos? No es asi: la religion disminuirá, sin duda, el número de artistas, que se multiplican con perjuicio de la sociedad y de las costumbres; y por lo mismo, una multitud de ciudadanos, á quienes ó la necesidad, ó el deseo de mejor fortuna hacen tributarios del fausto y de la sensualidad de los ricos, se dedicaria á trabajos útiles que enriquecerian la sociedad, sin favorecer á la corrupcion de costumbres. La turba desapareceria: pero habria artistas que tendrán ingenio para serlo; y que respetando siempre la virtud, pues los suponemos religiosos, se dedicarán á obras que den lustre á la nacion, que sean útiles á los ciudadanos; y que, correspon-

diendo á la decencia, y al decoro de cada clase servirán á la sociedad, sin serla funestas.

Los talentos no serán impulsados ciertamente por las pasiones, que la religion condena; pero como esta no reprueba el interés personal, cuando es moderado, el amor al bien público, ni el deseo de ser útil á sus semejantes, á la patria, al rey, á la religion, encontrarán en todo esto motivos muy poderosos para desplegar toda su energía. No ha de juzgarse del mérito de las virtudes sociales por un aparato esteril, ó por el funesto egoismo á que se les ha reducido; sino, por la decision con que el alma obraria á vista de los grandes intereses, de las miras sublimes de una religion toda divina, que desatándola, digámoslo así, de la frivolidad de los objetos terrenos, se levantaria indudablemente á la altura conveniente á la dignidad de su naturaleza. Es seguro, que los nobles sentimientos que la animarian entonces, no la permitirian emplear su ingenio en las apariencias que halagan las pasiones, porque la religion siempre verdadera, siempre santa, es tambien siempre enemiga del vicio. Tampoco influirian aquellos intereses, sino muy ligeramente, en las artes menos útiles; y nada absolutamente en las frívolas ó perjudiciales; porque, la religion que siempre se dirige á un fin digno de ella, no podria inspirar al ingenio cuando se degrada envileciendo al hombre, y haciéndole desgraciado: manifestándose en esto mismo todavía mas la sabiduría de la ley evangélica, que por una parte cierra la entrada á las pasiones sirviéndose de ellas algunas veces para el bien de la sociedad; y por otra, proponiéndose únicamente el bien del hombre, da la mas grande extension, la mayor actividad á los talentos, á las artes, y á las ciencias, segun es el provecho que la humanidad puede reportar de ellos, sin lesion de las costumbres abandonándolos todos, cuando pueden ser perjudiciales. ¡Ah! ¡perezcan antes

para siempre las artes todas, si solamente han de exis-para hacer desgraciados á los pueblos.

Mas ¿qué necesidad tenemos de largas discusiones para probar la grande influencia de la religion de Jesucristo en las ciencias y artes? Echemos una mirada sobre los filósofos de nuestros dias: entre estos hombres que tratando de la política, metafísica, historia natural, &c., se habian hecho algunos de ellos justamente célebres ¿hay ni uno solo que no se haya deshonrado por los absurdos y extravagancias ridículas con que salpicaron dichas ciencias, toda vez que quisieron contradecir las verdades que la religion enseñe (1)? Pasemos la vista por la redondez de la tierra, sigamos á la religion en todos los paises que ella recorre, y veremos perfeccionarse allí las ciencias y las artes: veremos civilizarse los pueblos, florecer sucesivamente los reinos de Francia, España, Inglaterra, Alemania, y los pueblos del norte: en fin, todos los paises del mundo, segun su luz los ilumina. Y por el contrario, hallaremos tambien pueblos que adelantados ya en las artes y ciencias, caen de nuevo en la ignorancia y barbarie, á medida que esta luz benéfica se aleja de su horizonte; y en el dia no se encuentra pais alguno en el mundo mas civilizado, ni en que el gobierno sea mas blando, mas justo y mas estable: ninguno, en que las ciencias y artes toquen á un grado mas elevado de perfeccion que aquellos que dichosamente son ilustrados con las luces del Evangelio.

Pasemos mas adelante: supongamos que por uno de estos acontecimientos desastrosos que de cuando en cuando suelen experimentar aun los mas florecientes imperios, la Europa cayese en la ignorancia y en la

(1) La prueba de este hecho está evidenciada en la excelente obra del Ab. Barruel, titulada *Çartas Helvianas*.

barbarie, todo seria perdido para las ciencias y las artes si la fe se extinguiese; mas todo se salvaria si su luz continuase brillando. Sus ministros repartidos por do quiera, se dedicarian por todas partes á instruir al pueblo, y darle á conocer las leyes sagradas que debia tomar por regla de sus costumbres. Hablaríanle del Criador, de su providencia, de sus juicios, de su misericordia. Pondríanle á la vista la eternidad de una vida futura, las recompensas prometidas á los justos, los tormentos reservados para los malos, el ejemplo de un Dios Redentor, las virtudes de los santos que ha coronado. Todas estas son lecciones harto vivamente interesantes al hombre, para que dejasen de hacerse lugar en el hombre racional, si aun es religioso; y á fuerza de repetirlas, llegaria la religion á suavizar las costumbres, y á inspirar sentimientos de humanidad, de moderacion y de justicia. Reuniendo á los cristianos en el lugar santo para instruirlos, y para dar á Dios un culto público, los acostumbraria poco á poco á mirarse como hijos de un mismo Padre. Los enseñaria á favorecerse, y á amarse mútuamente; y de este modo, ocupándose en hacer á los hombres buenos cristianos, formaria al mismo tiempo ciudadanos virtuosos. El clero, obligado á instruirse para poder enseñar, meditaria los libros santos, leeria la historia de la Iglesia, estudiaria sus leyes, su tradicion, y los idiomas que sirven para las oraciones públicas. Muchos de los ministros se dedicarian al estudio de las lenguas primitivas. Los principales tratados de la historia antigua han pasado á nosotros con los libros sagrados: su continuacion debe buscarse en los anales de la Iglesia. Siendo necesario el conocimiento de la astronomía para determinar los dias en que deben celebrarse los misterios de la resurreccion de Jesucristo, se conservarian en la Iglesia los elementos, por lo menos, de dicha ciencia. Habiendo el clero de ejercitarse en el ministerio de la palabra para instruir, pa-

ra defender los dogmas sacrosantos de la religion, naturalmente lograria hablar, explicar, analizar y discurrir con perfeccion. Diseminados los Pastores por todas partes para llevar á los pueblos auxilios espirituales, animados de su ministerio de caridad, presentándose con frecuencia á su vista el espectáculo compasivo de enfermos abandonados, es imposible prescindiesen de adquirir, por lo menos, las nociones generales de medicina para socorrerlos (1). La arquitectura, la escultura, la pintura y la música vivirian tambien para levantar templos al Señor, para adornarlos dignamente, y solemnizar en ellos las fiestas religiosas. El Evangelio siempre servirá del norte mas seguro para dirigir la administracion civil, para calmar las revueltas de los ciudadanos, para enseñar á los reyes la justicia que deben dispensar á los pueblos, para estrechar los lazos de la concordia que deben unir á los príncipes con sus súbditos, y afianzar la estabilidad de los imperios.

Pero ¿será acaso todo esto una bella ficcion que yo imagino? No, ciertamente: es sí una historia, cuyo cuadro acabamos de trazar. Toda la Europa era un incendio; y la Francia especialmente quedó hecha presa de las divisiones y desórdenes de la anarquía, cuando la invasion de las naciones del norte acabó de desolar este reino. Los pueblos entregados al pillaje y al yerro, con atender á su defensa y á las necesidades mas urgentes, olvidaron bien pronto las ciencias y las artes. Mas subsistió la religion; y como es independiente por su propia constitucion de las revoluciones humanas, se mantuvo en toda su integridad, y salvó al pueblo. Si los vicios y las supersticiones hicieron funestos progresos, jamás lograron que la religion los aprobase. El escán-

(1) Aun en nuestros dias ¡cuántos pobres quedarian sin recurso alguno en las parroquias rurales, si los curas no acudiesen á su auxilio!

dalo, que penetró hasta el santuario, no pervirtió jamás su doctrina: en medio de la mayor disolucion se vieron siempre brillar grandes virtudes. La luz, que por todas partes se iba extinguiendo, se reconcentró en los ministros del santuario. Dedicados estos por su estado á el estudio, conservaron el gérmen de las ciencias humanas: cultivaron las letras, se aplicaron á conocer las leyes, la filosofía, la medicina; y si no fue posible evitar que se introdujese el mal gusto, al menos se salvaron las principales nociones. Si en aquella época de esterilidad no aparecen partos del ingenio, supo aprovecharse de las producciones de los antiguos estudiando sus obras; y los monjes en sus retiros se emplearon tambien en copiarlas. Para perpetuar el ministerio de la enseñanza, los obispos formaron escuelas cerca de sus Iglesias, que como destinadas á la instruccion de los clérigos, tenian por objeto de sus estudios el dogma, la moral, la disciplina, y cuanto es relativo á las funciones eclesiásticas, cuyos estudios estando enlazados con los demas conocimientos, fueron ocasion de que estos tambien se conservasen y aprendiesen al mismo tiempo. Los obispos asignaron á los ministros una renta proporcionada de los fondos eclesiásticos, y presidian ellos mismos la enseñanza. Los monasterios tenian tambien sus escuelas, que se hicieron casas de educacion. De unas y otras, que fueron otros tantos semilleros para la religion y las costumbres, se vió salir una multitud de hombres grandes que ocuparon con distincion los primeros puestos de la Iglesia y del Estado. Los obispos en los concilios y en sus sínodos hicieron sabios reglamentos para defensa de la fe, para la reforma de las costumbres, para el sostenimiento de la disciplina, y para el desempeño de su administracion, adoptando los príncipes muchos de aquellos decretos para bien de sus pueblos. Los curas, atendiendo á sus parroquias, conservaban en las ciudades, en las campiñas, entre todas las clases de

ciudadanos las nociones esenciales de la moral: mantuvieron el culto público: llamaban sin cesar á los pueblos á la religion, é inculcaban constantemente las máximas que habian de hacer la felicidad de los ciudadanos, y asegurar la conservacion del órden social. Como el clero era el único cuerpo instruido, y por lo mismo el único capaz de servir con sus luces á el Estado, en un tiempo en que se tenia por sabio á el que sabia escribir, se sacaron todas las ventajas posibles de sus conocimientos en bien de la sociedad. Los príncipes llamaron cerca de sí á varias personas eclesiásticas para servirse de sus consejos: los emplearon con los mejores resultados en negocios árduos, y en los demas cargos de gobierno civil: los incorporaron en los tribunales para la administracion de justicia; y con el fin de hacer su ministerio mas útil, les comunicaron parte de su autoridad, y les otorgaron privilegios particulares que cedian en el bien general de los ciudadanos.

El furor de la guerra estaba apoderado de todos: los príncipes de la Europa se la hacian con obstinacion: los grandes vasallos del reino se habian erigido en pequeños tiranos, despues que sacudieron el yugo de la monarquía: la guerra rugia por todas partes, en ninguna habia seguridad. El pueblo, esclavizado y dividido bajo las banderías de los señores, que formaban otros tantos cuerpos de tropas enemigas, se veia forzado á derramar su sangre para afianzar la dominacion de sus déspotas. El monarca sin poder bastante para hacerse obedecer, no tenia tampoco fuerza para defenderse: las leyes yacian sin vigor, y la fuerza era la ley suprema. A favor de estas divisiones intestinas los pueblos bárbaros destruian impunemente los estados de los príncipes cristianos. Una nacion feroz, señora ya de la mayor parte del Asia, extendia sus conquistas hasta las costas de la Europa; y forzando las débiles barreras que todavía le oponia el imperio griego, amenazaba invadirlo todo.

No pudiendo la religion apagar de una vez el fuego de la guerra, consiguió al principio ciertos intervalos de paz, que se llamaron *tregua de Dios*. Sus decretos se observaron, porque aun se la respetaba: y el pueblo comenzó á respirar. A fuerza de instruir, de reprender, de repetir, de inculcar las máximas del Evangelio, logró calmar los espíritus; y reconcilió insensiblemente las naciones de Europa, divididas entre sí. Los Soberanos Pontífices, en calidad de padres comunes, se valieron del respeto y confianza que inspiraba la dignidad de su carácter, para hacerse mediadores entre los príncipes cristianos, que estando ya unidos por los lazos de una misma fe, se hallaban por lo mismo mas dispuestos para deponer las quejas recíprocas, y obrar de concierto contra el enemigo comun. En fin, despues de infinitas negociaciones, de muchos trabajos, y de una constancia de muchos siglos, lograron los Papas formar una poderosa liga para conjurar la tempestad, y la famosa batalla de Lepanto, que humilló la fiereza de los otomanos, levantó para siempre una barrera insuperable contra sus conquistas (1).

Los príncipes recobraron al propio tiempo su autoridad; los grandes Señores volvieron á entrar sucesivamente en la dependencia: el órden se restableció; y los resortes del gobierno se afirmaron, por decirlo así, sobre bases mas sólidas, adquiriendo una marcha mas firme, y mas constante.

A medida que la religion restablecia el órden y la paz la razon tambien recobraba sus derechos; la luz que se habia reconcentrado en el clero, se difundia sobre las diferentes clases de ciudadanos. Las escuelas de las ca-

(1) Se sabe que esta victoria ganada en 7 de octubre de 1571, fue debida principalmente al celo de S. Pio 5.°, que formó la liga contra los turcos, dirigió la empresa, y contribuyó á los gastos de la guerra con sumas inmensas.

tedrales fueron norma y orígen de las universidades. El clero menos necesario ya para los cargos civiles, fue deponiendo la autoridad, que los príncipes le habian confiado; y á excepcion de algunos empleos que todavía desempeñan en los tribunales seculares, todas sus funciones estan reducidas en el dia, al ministerio apostólico, del cual hubiera sido de desear, que no le hubiera sacado nunca la calamidad de los tiempos. Mas el clero no pudo prever entonces, que llegaria dia, en que se reputase un crímen, el ascendiente que la religion, y la superioridad de conocimientos le granjeó en el espíritu de los pueblos, y de los Soberanos, para beneficio del Estado. No sospechaba, que se le calumniaria por los servicios prestados en los cargos públicos del gobierno civil; cuando su saber y conocimientos eran necesarios: ni presumia tampoco que llegaria tiempo en que se le reputase por inútil para la sociedad, cuando se limitaba á los cargos del apostolado, y se le acusase de que se ingeria en los asuntos políticos, cuando se le llamaba en socorro del gobierno. No podia imaginar, que siendo él solo, quien salvó las ciencias del naufragio que iba á sumergirlas se acusase á él solo de la barbarie é ignorancia de su siglo, y que algun dia se le hiciese responsable hasta del mal gusto, que se extendia por todas las clases de la sociedad, únicamente porque no pudo preservarse del contagio general. Menos podia aun llegar á creer que la misma religion de Jesucristo, esta singular bienhechora de la humanidad, que es la luz del mundo, y que por todas partes imprime las señales de la caridad, de la sabiduría y santidad de su divino fundador, fuese llevada un dia por los pretendidos sabios al tribunal de la razon como enemiga de la razon misma, y como concausa de la ignorancia de los pueblos, y como cómplice de todos los vicios, contra los cuales, ella fue el único baluarte, solo porque no habiendo hallado siempre racional al hombre, no siempre pudo hacerle virtuoso.

¡Se lamenta de que los escándalos hayan penetrado hasta el santuario! ¿Pero quién ha pretendido, que en un estado de santidad, haya de haber solo virtudes? ¡Se quejan de los abusos! ¿Mas no se abusa algunas veces hasta del nombre de Dios para justificar los crímenes? ¿No se abusa tambien todos los dias de las mismas leyes, que condenan los abusos? ¿No se abusa de la autoridad misma, que debe hacer respetar las leyes? ¿No se abusa de los talentos, del crédito, de los bienes etc.? y en una palabra, ¿de qué cosa no se abusa, puesto que los vicios no son mas que el abuso que se hace de los beneficios del Criador? La ley que deja su libertad al hombre ¿le podrá forzar á que sea mejor? Los mismos desórdenes de los malos cristianos, que el impío echa en cara á la religion, ¿no tiene por el contrario derecho la religion para imputárselos al impío, puesto que los cristianos para ser viciosos tienen que violar las leyes sagradas de la religion que profesan, y practicar la moral que propaga el impío? Supongamos, si se quiere, ciertos todos los desórdenes de que se acusa al clero; supongámoslos aun mayores; no por esto dejará de ser menos evidente, que la integridad de una religion, infinitamente santa, y pura siempre entre las manos de los ministros, cuyos desórdenes condena, es, y será siempre, uno de aquellos fenómenos singulares, que solo puede explicarse por la omnipotencia del que prometió á sus Apóstoles *estar con ellos hasta la consumacion de los siglos*; y dijo á la mar. *Llegarás hasta aquí: y aquí vendrás á estrellar tus olas.*

CONCLUSION.

SE DEMUESTRA POR UNA BREVE RECAPITULACION, QUE LA RELIGION DE JESUCRISTO ESTÁ PERFECTAMENTE ACOMODADA Á LAS NECESIDADES DEL HOMBRE.

Dejamos ya demostrado, que lejos de estar la reli-

gion de Jesucristo en oposicion con la naturaleza como han osado decir sus enemigos, era imposible, por el contrario imaginar una religion mas acomodada á la naturaleza del hombre, ni mas conforme con los deseos primitivos del corazon humano; los cuales, al mismo tiempo que le indicaban sus necesidades, le advertian tambien sus deberes. Un ligero análisis de lo que dejamos dicho, dará aun á conocer mejor esta importante verdad, que debe ser el resultado de esta obra.

No pudiendo proceder los deseos de la naturaleza racional, mas que de su autor, necesariamente deben ser justos, tener por objeto un bien real y efectivo, que sea digno del hombre, y digno tambien de Dios; pues de lo contrario estarian en oposicion con la santidad del Criador. Este bien debe tambien estar á el alcanze de todos, porque á no ser asi, los deseos de conseguirlo vendrian á ser ilusorios, y contrarios á su bondad. Tambien ha de ser posible para todos, y posible por medios legítimos; porque si no, la misma razon, que siempre y necesariamente se dirige al bien nos invitaria al mal para llegar al verdadero bien, lo cual seria repugnante á la sabiduría divina. ¿Pero cuáles son estos deseos primitivos de la naturaleza, que se dirigen á un bien real, á un bien que está á el alcance de todos, y que todos pueden adquirir por medios legítimos? ¿Cuáles son estos deseos *innatos*, que viniendo del Criador, deben siempre estar de acuerdo con la recta razon, y sana moral? Se reducen á tres, que son como el principio de todos los movimientos de nuestra voluntad; á saber: el deseo de felicidad: el deseo de grandeza, y el deseo de inmortalidad; tres deseos, que son inseparables del corazon humano; pues el hombre se ama á sí mismo necesariamente: deseos irresistibles, y que yo encuentro en el corazon mismo del hombre que se degrada por la infamia del vicio, y por las bajezas de la servidumbre; pues que detestará la idea del envilecimiento que le humilla; le hallo tambien hasta

en el corazon mismo del impío, que se enfurece y tiembla con sola la idea de la nada; pues que si á veces invoca la muerte, es porque querria escapar de una justicia inexorable, que le aterra mas que la nada misma. Que busque, pues, el hombre la felicidad, que busque la grandeza, que busque la inmortalidad; pero allí, en donde plugo colocarlas al Criador. Las pasiones presentan al hombre los placeres sensibles como la suma felicidad; mas estos placeres solo son delirios momentáneos que depositan en el alma los disgustos, las inquietudes, los remordimientos y la vergüenza. Ellas buscan la grandeza en el fausto orgulloso, en las riquezas, en el brillo de la fama, en la elevacion de las dignidades, y del nacimiento, pero, todas estas ventajas, puramente exteriores al hombre, ¿podrán jamás constituir su verdadera grandeza? Se ambiciona la inmortalidad del nombre en los fastos de la historia; ¿pero qué viene á ser esta inmortalidad para el que ya no existe sobre la tierra? Todavía mas; frívolos como son estos bienes, ¿están sin embargo en la mano del hombre? Nos engañan, pues, las pasiones inclinando nuestros deseos hácia un fin, que no puede ser el fin de la naturaleza, ó de su Criador. Pero las pasiones, no conociendo otro fin, es claro que tampoco pueden dirigirnos por distinto rumbo; y por consiguiente desde que ellas nos arrastran, los deseos primitivos de la naturaleza, estos deseos tan sabios, tan puros en su orígen, se confunden con los que son inspiracion de las pasiones, corrompen al hombre, le degradan; y este primer error, es el principio de sus extravíos, y de su desdicha.

Jesucristo vino á esclarecer los verdaderos deseos de la naturaleza; no para adormecerlos, sino para fomentarlos, para engrandecerlos, para dirigirlos, mostrando su verdadero fin.

«Tú deseas ser feliz, dice á el hombre, deseas ser grande, deseas ser inmortal, y yo te he criado para que

lo seas. Yo he puesto en tu corazon estos deseos, para indicarte tu destino. Conoce, pues, tu naturaleza, y asi no te extraviarán tus deseos. Solas tus pasiones son las que te engañan; no porque ellas desean mucho, sino porque no desean bastante. Ellas rastrean sobre la tierra, y tú debes vivir para el cielo. Solo él que te ha criado, es quien puede hacerte feliz. Yo solo, yo soy el que puede premiar las virtudes que nacen de mí. Levanta tus ojos á lo alto, dilata tu corazon, y yo llenaré la inmensidad de tus deseos, con la plenitud de mis dones, Yo, que soy la verdad por esencia, yo penetraré tu espíritu con mi luz. Yo que soy el orígen de todo bien, apagaré tu sed de felicidad con la posesion de mí mismo. Uniéndote conmigo el amor, te hará verdaderamente grande por la conformidad de tus deseos con mi voluntad, y por la viva semejanza de tu alma con mis perfecciones, y la muerte, que pondrá término á tu vida mortal, no hará mas que asegurar tu felicidad, fijando tu corazon en la posesion del sumo bien. En lugar de la inmortalidad imaginaria que nada es para el hombre, yo pondré dentro de ti la verdadera inmortalidad, viviendo yo mismo con la caridad eternamente en tu corazon. La recompensa que te prometo, la prometo á todos; y el medio de merecerla, el único medio de mi santidad, él solo conforme á la dignidad de tu naturaleza, es el amarme sobre todas las cosas, y el amar á los hombres por amor mio.»

En estas palabras yo reconozco la voz de aquel que en otro tiempo hizo brillar la luz en medio de las tinieblas; y alumbrado con la antorcha de la fe, cesa la ilusion de los sentidos, y no hallo otro bien dentro y fuera de mí, mas que aquel que contiene todos los bienes en su esencia. Contemplando con asombro este Ser infinitamente bueno, descubro un nuevo órden de cosas: comprendo la perfecta armonía de la ley de Jesucristo con mi último fin, con los deseos, con las necesidades de mi

naturaleza, con mi verdadera felicidad. Esta ley está tan íntimamente enlazada con la sabiduría de Dios, con su bondad, con su justicia, que no puede concebirse otra, sin ofender sus divinos atributos, sin trastornar todo el órden de su creacion, todos los designios de su providencia. De esta conformidad, pues, de los deseos primitivos de mi naturaleza con el fin de mi creacion, con la santidad de mis deberes, y con las miras del Criador, procede toda la moral del Evangelio.

Habiendo sido yo criado para ser eternamente feliz, con la bienaventuranza de los espíritus, por la posesion del mismo Dios, este Dios criador de mi ser, debe tambien ser el centro de todos mis deseos, y el último fin de todas mis acciones. Yo debo amarle con todo mi corazon, debo creer sus palabras, debo confiar en sus promesas, debo esperar en su misericordia, debo guardar sus mandamientos. Las pasiones que apegan el corazon á la tierra, á la gloria, á los placeres, á los bienes, le apartan de Dios; por consiguiente ellas solo pueden envilecerme, y perderme; y asi, debo reprimirlas, si no quiero mi ruina: debo debilitarlas por las privaciones, para combatirlas con buen éxito; debo huir las ocasiones del mal, para no exponerme á caer. En una palabra; es preciso que sea sacrificado todo el hombre terreno, para que viva en mí el hombre nuevo, que nació de la sangre de Jesucristo (1); pues mi verdadera libertad estará en proporcion con el imperio que yo ejerza sobre estas pasiones que pretenden dominarme. Si busco la vida fuera de Dios, solo encontraré la muerte; y por el contrario, muriendo á mí mismo, yo encuentro en Dios la verdadera vida. Amando á Dios sobre todas las cosas, amaré á mi prójimo, que Dios me manda amar; amaré aun á los hombres ingratos, y malos, amaré á mis enemigos, haciéndoles bien por amor de Dios; pero los ama-

(1) Rom. 6, 67.

ré segun me ordena; y jamás amaré á mis prójimos y amigos mas que á Dios.

Que viva asi cada uno según el espíritu de Jesucristo, y cumpla cada uno con los deberes propios del puesto en que la Providencia le ha colocado: en lo interior de las familias, asi como en el trato social: en la oscuridad de la vida privada, como en los cargos públicos, y será todo lo que debe ser; y bajo el gobierno de un Padre comun de todos los hombres, como hijo de una misma familia, estará cada uno bajo la proteccion de todos los demas.

Por todas partes se condena el egoismo sin conocerlo: solo el cristiano es el que distingue su naturaleza, y solo quien evita sus malas consecuencias. Se le hace consistir en el amor dominante del interés personal; y esto es un error, por cuanto el hombre esencialmente se ama á sí mismo, y desea su felicidad. En lo que consiste es en el amor de un interés exclusivo, enemigo, por tanto, del bien de los demas: vicio que siempre será el dominante del corazon humano, mientras que el hombre busque su felicidad en los bienes de la tierra; pues no puede poseerlos sin excluir á los demas. Pero si coloca aquella en la posesion de Dios, posesion que se obra por medio del amor, por la vision de Dios mismo, por la participacion de su gloria: entonces; como todos pueden gozar de la misma felicidad, sin detrimento de la de ninguno, lejos de ser contrario al bien de otro el amor de nosotros mismos y de nuestra felicidad, será, por el contrario, inseparable del amor benéfico hácia todos los hombres, puesto que la posesion de Dios es la recompensa de la caridad que produce el amor del prójimo.

Ademas del bien esencial hay otros de segundo órden para remedio de las necesidades de la vida presente, y aun de mérito para la futura. La religion tambien nos los proporciona.

La vida y la salud son un don del cielo: la religion nos manda conservarlas para llenar los deberes que nos impone; y prescribiéndonos la moderacion, el trabajo y la templanza, provee á la conservacion de este don. Por el contrario, las pasiones, multiplicando los placeres de la vida, abrevian el curso de nuestros dias. El exceso anticipa los achaques de la vejez, concluyendo por un triste estado de postracion, de padecimientos y angustias, en que el hombre solo encuentra el desabrimiento que dejan los placeres, y el peso de su propia existencia.

La estimacion pública, que es un bien personal, contribuye tambien al sostenimiento de las costumbres, en cuanto por ella se honra la virtud. La clase y el nacimiento señalan diferencias en la sociedad; mas la estimacion es un homenaje que el corazon tributa al mérito solamente. La religion, que produce todas las virtudes, proporcionará por consiguiente la estimacion de los hombres.

Las riquezas, los honores y dignidades son bienes que suministran medios para socorrer al indigente, proteger al desvalido, y contribuir al bien público. Las intrigas, las bajezas, las injusticias, tal vez servirán de medio para que el malo acumule riquezas en poco tiempo; mas ellas labrarán bajo sus pies el precipicio en que vendrá por último á sepultarse. La religion de Jesucristo, amiga siempre de todos los hombres, rara vez favorece estas rápidas fortunas, que jamás proporcionan una vida feliz, y que casi siempre se forman labrando la desgracia de otros; pero al propio tiempo nos recomienda el amor á el trabajo, la aplicacion y el cumplimiento de nuestros deberes: mándanos ser siempre justos, benéficos y rectos de corazon, con lo cual se merece la confianza pública, y nos lleva asi por un camino mas seguro á adquirir riquezas proporcionadas á el estado respectivo de cada uno: esto es, hasta el punto en

que manda contenerse á la ambicion, equilibrando asi el bien particular y el de la sociedad. Las pasiones empobrecen, disminuyendo los medios, y aumentando las necesidades: mientras que la religion enriquece, reduciendo las necesidades, y multiplicando los arbitrios.

Los placeres inocentes son necesarios para descanso del cuerpo y recreo del espíritu: solo estos permite la religion para alivio de nuestras fatigas, sin que turben la paz del alma: placeres que recrean sin apegar el corazon, y que pasan sin dejar inquietud. La misma religion los persuade, los dispone: nos proporciona el mas puro, el mas durable de todos los placeres: esto es, la paz de la buena conciencia. El voluptuoso, acostumbrado á los movimientos desarreglados que le arrastran, se ve forzado, para buscar un momento de contento, á entregarse á pasiones tumultuosas que le rodean por todas partes, y que despues de un instante de ilusion solo le dejan disgusto y remordimientos.

Estas mismas pasiones, que prometiéndonos la felilidad son nuestro tormento, acrecientan nuestras desdichas por los males que originan, sin ofrecernos el menor medio de suavizar su amargura; y ¿será extraño que entregándose á la desesperacion atente hasta contra su propia vida quien no tiene valor bastante para soportar las miserias que la son inherentes?

Jesucristo, no solo previene estos males, sino que los dulcifica con el espíritu de mortificacion que nos ordena, y por la esperanza de las recompensas que nos tiene prometidas.

Las ciencias y las artes, que ilustran el entendimiento, y son tan provechosas á la sociedad y á los particulares, encuentran en la religion un grande apoyo para su fomento y desarrollo, al mismo tiempo que previene los abusos, moderando nuestros deseos, dirigiendo las luces de la razon, indicando al hombre los límites en que debe contenerse para evitar los extravíos

á que conduce la presuncion; y despues de haberle preparado de este modo para poder percibir las verdades que estan al alcance del espíritu humano, le facilita ademas el conocimiento de otras que jamás alcanzaria, y que como por reflexion influyen y se enlazan con todos los conocimientos humanos.

Al deseo de ser felices se une necesariamente el de conocer los medios de conseguirlo; y Jesucristo nos los muestra claramente; mas para que su luz pueda servirnos de guia, es preciso ante todas cosas creer en él. Para prepararnos á recibir su doctrina, comienza por someter á la fe nuestro entendimiento, y por medio de esta fe se nos comunica la mas sublime, la mas sabia, la mas luminosa de todas las religiones, partiendo del misterio inefable, que parecia una locura á los ojos de la sabiduría humana, de el misterio de la cruz; y desde lo alto de ella nos dice Jesucristo, que estando llamados á reinar con él en el cielo, deben ser como nada para nosotros todas las grandezas de la tierra, teniendo una nueva vida con él, puesto que hemos muerto al mundo con Jesucristo. Entonces, desde aquella cátedra, nos da á conocer cuál sea la grandeza de un Dios, que para ser honrado de un modo digno, ha de serlo por la mediacion de un Dios-Hijo, igual en todo á su Padre, cual la enormidad del pecado, cuya expiacion hubo de hacerse con los padecimientos de un Hombre-Dios, cual la grandeza de las recompensas que nos estan prometidas, siendo el fruto de sus méritos. Nos dice tambien, que habiendo sido elevados á la dignidad de hijos de Dios, debemos llevar su semejanza: que habiéndose dado á nosotros, debemos amarle con todo nuestro corazon: que habiendo derramado su sangre por todos los hombres, debemos amarlos á todos como á nosotros mismos: que dispensándonos sus gracias para cumplir sus mandamientos, no debe desalentarnos nuestra propia debilidad: que estando para siempre á la

diestra de su Padre para interceder por nosotros, podemos conseguirlo todo por su mediacion y por sus méritos. Sobre esta cruz, finalmente, Jesucristo se nos presenta como el modelo mas santo de la ley mas perfecta, el modelo de esta caridad, que es el complemento de su ley, y que determina todos los deberes del hombre, los deberes del hombre de todas edades, de todas condiciones, del hombre de todos los tiempos, de todas las circunstancias, del hombre privado, del hombre público, del hombre de estado. Y esta ley que es para todos los hombres y para todos los tiempos; esta ley que eleva al hombre á la mayor grandeza, á la felicidad suprema, á la verdadera inmortalidad: esta ley que llena, que satisface todos los deseos de la naturaleza, esta es la que Jesucristo mandó que publicasen sus apóstoles á todas las naciones, prometiéndoles su asistencia, y falcultándolos para que trasmitiesen su mision á sus sucesores, para de este modo perpetuar la enseñanza hasta la consumacion de los siglos.

Y esta ley es de tal modo individua, y tan esencialmente unida á la constitucion de la Iglesia (que es su depositaria), que al pretender desunirlas, se desplomaria todo el edificio; pues una vez apartada de la sucesion apostólica, á la que Jesucristo confió el depósito de la fe y la autoridad de gobernar; trasmitida á otros dueños, digámoslo asi, enseñándose otra doctrina, sea la que quiera, ya no se enseña, ya no se gobierna segun dispuso Jesucristo, que no ha dado su mision, ni confiado su autoridad mas que á su Iglesia. Y si esta pudiese errar en un solo punto, podria errar sobre todos los demas. Habria, pues, derecho para juzgar despues que ella juzgó; y no obstante la solemnidad de sus decisiones, cada cual podria decidir segun su espíritu particular sobre lo que hubiese de creer, y sobre lo que hubiese de practicar; y en este caso acabóse la unidad de doctrina, y la unidad de gobierno, porque faltaria tam-

bien la autoridad necesaria para someter los espíritus á la obediencia. Semejante entonces el espíritu humano á un navío sin piloto en medio de la borrasca, careciendo de una guia cierta y visible, correria en su curiosidad sin freno alguno, y jamás las disputas tendrian término. Bien pronto los misterios que ponen asombro á la razon, y las máximas de la moral que contradicen á las pasiones, se sujetarian al capricho de cada uno, quedarian ofuscadas, y desaparecerian. El misterio de la Encarnacion, que es como el principio de donde se derivan los demas, quedaria reducido á problema, cuando los demas se sometiesen á arbitrarias discusiones. No se conoceria el pecado original, que es el que ha viciado la naturaleza humana, ni la bondad de un Dios que vino á repararla, ni las gracias sobrenaturales que nos ha merecido, para que podamos cumplir sus mandamientos. Entonces su ley pareceria impracticable: y de celestial que es, seria preciso trasformarla en carnal y terrena, para que asi fuese proporcionada á las fuerzas de la naturaleza. Entonces, distinguiéndose solo confusamente los movimientos de la conciencia, que vienen del Criador, de los deseos desarreglados de la concupiscencia, que emanan de la depravacion de la naturaleza, se desfiguraria una moral, que no podria menos de parecer muy austera, confundiéndose la obligacion con las inclinaciones del corazon humano. Y como la moral, lo mismo que la fe, es esencialmente una, será preciso trastornar los principios cuando se rechazan, ó no se quieren recibir las consecuencias que proceden de aquellos.

Por tanto, no existiendo en toda su integridad la moral evangélica, dejaria de existir en su totalidad; porque si la ley de Jesucristo dispensa en una sola virtud, si permite una sola infidelidad, deja de ser infinitamente santa. Si hay una sola perfeccion posible que no arranque de sus máximas, no será en todo perfecta:

si prescribe un solo mandato que no sea conforme á razon; si da un solo consejo que no haga mejor al hombre, resultaria ser falsa; y en todos estos casos seria contraria á la sabiduría, á la santidad, á la verdad que deben caracterizar á una religion divina.

Que todos los sabios de la tierra mediten, que disputen, que calculen para formar una religion tan esencialmente una, tan esencialmente santa, tan esencialmente sabia, tan perfecta, en fin, en su complexo, y en cada una de sus partes; una religion que abrace un plan mas vasto y perfecto bajo todos aspectos: que se apoye sobre una base mas sólida, sobre verdades mas claras: que contenga fines mas elevados, máximas mas sabias y mas sublimes: que reuna tanta sencillez con tanta grandeza: en que todo se dirija á dar gloria á Dios, y á hacer mejor al hombre; y por consiguiente que nada contenga que no sea grande, que no sea sabio, que no sea justo, que no sea santo: una religion que inspire tanta generosidad, tanto valor, y nunca audacia ni presuncion: una religion que sea mas conforme á los deseos *innatos* de la naturaleza racional, mas luminosa en sus principios, mas eficaz en sus medios y motivos, mas noble y mas sublime en su espíritu, mas acomodada, en fin, á la dignidad del hombre, á sus necesidades, á su debilidad. Que busquen una religion mas amiga de la humanidad, de la sociedad, del órden público: que una á los hombres y á las sociedades con lazos mas dulces é indisolubles: que tenga una marcha mas sólida, mas firme, mas invariable. Jesucristo manda practicar las mas grandes virtudes: invita á el hombre á la mas alta perfeccion; pero nunca exige mas que lo que puede la naturaleza humana. Promete las mas grandes recompensas; y estos medios que son solo dignos de Dios, dignos del hombre, conformes á la sabiduría de sus máximas, y á la santidad de su espíritu, se encuentran á el alcance de todos.

Las ciencias humanas se perfeccionan á paso lento, segun es el desarrollo de las luces. Jesucristo nada tomó de los sabios, que le habian precedido; pues su moral toda entera se funda en la abnegacion de sí mismo, que jamás llegaron aquellos á conocer. La verdad corria de su boca, como de propio orígen: todo quedó dicho, cuando habló, asi como todo fue hecho, cuando plugo á su voluntad mandarlo; de suerte, que publicado su Evangelio, no ha sido posible añadir, ni quitar un solo punto, sin que todo él quedase alterado. Los sabios siempre que quisieron decir alguna cosa mas, ó se quedaron muy atrás, ó echaron por camino harto diferente del de la verdad. Unos para hacer feliz al hombre, le embrutecian sumiéndole en la embriaguez de los placeres; otros por elevarle á mayor altura de aquella á que podia aspirar, pretendian cambiar la naturaleza del corazon humano, sin otro resultado, que fomentar su orgullo. Querian hacerle insensible al dolor; y para ello decíanle que la compasion era un crímen. Jesucristo, por el contrario, lleva la virtud al mas alto grado posible, y hace que el hombre pueda siempre practicarla. Nos manda que amemos á todos los hombres y recomienda los sentimientos compasivos. En vez de sofocar este gérmen precioso de la beneficencia, fomenta esta, la recomienda, la recompensa. En vez de condenar la sensibilidad de los dolores, que son inseparables de nuestra naturaleza, exhorta al sufrimiento, á la paciencia, inspira hasta alegria, en medio de los padecimientos, por el deseo de sacrificarse en honor de Dios, y de obedecer á su santísima voluntad; y en vez de la ostentacion vana, que afecta parecer lo que no es, comunica á la verdadera sabiduría, aquella magnanimidad heróica que sin ocultar las debilidades inseparables de la humanidad, sabe separarlas, y someter todas las facultades del alma á la voluntad de su Criador.

La antigüedad nos ha conservado la memoria de

dos amigos, que se disputaron la gloria de morir el uno por el otro; pero la gloria de un semejante amor, será siempre contrario al órden de la naturaleza. Jesucristo infinitamente sabio, nos manda amar á todos los hombres, y á nuestros enemigos, como á nosotros mismos.

Para asegurar la felicidad y libertad de los ciudadanos, soñó una falsa política igualar todas las condiciones. Mas aun cuando esto fuese posible, nunca seria duradero; y por tanto viciosas serian las leyes que la acordasen. Jesucristo no alteró, dejó subsistente la diferencia de condiciones, y la desigualdad de bienes, que mantienen la emulacion, y sirven á la armonía de la sociedad por medio de la dependencia que asi se conserva en ella: pero estableció, bajo otro respecto una suerte de igualdad mas noble, mas dulce para el corazon humano, mas interesante á los hombres, mas favorable al órden público ordenando la caridad, que une á todos los ciudadanos, como hijos de una misma familia, cuyo padre es: que derrama sobre el indigente la abundancia del rico, y hace que el poder de los grandes sirva para proteger al débil. No nacen los desórdenes de la sociedad, de la desigualdad de las condiciones; sino de los vicios que las depravan, y condena Jesucristo.

Para defender á los súbditos de la opresion del despotismo, les han otorgado los filósofos modernos el derecho de juzgar á sus Soberanos, y el de hacerlos bajar del trono. Esto es encender en la sociedad el fuego de las guerras civiles, y sumergir á los pueblos en los horrores de la anarquía, sin remediar los abusos del poder. Jesucristo ha instituido una autoridad sobre los reyes, que lleva el sello de su mision divina; autoridad, que sin mezclarse en los derechos de la soberanía, sin salirse ella misma de la dependencia que debe tener en el órden social, reina sobre ellos en el órden religioso; autoridad que les habla en nombre de Dios vivo, á la cual no es posible imponer silencio; que siempre se

muestra la protectora incorruptible de la justicia: y es el único dique que los pueblos oprimidos pueden oponer á la tiranía de los déspotas.

El amor al bien público no era entre los antiguos mas que un cruel egoismo patriótico, cuya gloria consistia en destruir las naciones, para extender los límites de su dominacion. Un filósofo de nuestros dias (1) lo establece como un principio fundamental de su moral, sin concebir siquiera, que las virtudes sociales pudiesen extenderse mas allá. Pero Jesucristo quiere que todas las naciones se miren como familias de un mismo pueblo, del que es su Monarca supremo, y dando la preferencia al amor por la patria, manda al mismo tiempo que seamos justos y benéficos para con todos. Por lo mismo, todos los pueblos de la tierra, no son á los ojos del cristiano mas que un solo y mismo pueblo: y los ministros que los gobiernan, pastores de un solo rebaño. Si á las veces dividen á este pueblo intereses temporales, la religion predica á todos un Evangelio de caridad; y combatiendo la ambicion que los alarma, procura apagar el fuego de la guerra. El jefe supremo de la Iglesia, padre comun de los fieles, viene á ser como un mediador natural para terminar estas discordias; y siempre que su voz sea atendida, no podrá menos de restablecerse la paz.

Entre los antiguos sabios, la moral estaba casi siempre separada de la Divinidad; mientras que en la religion de Jesucristo, Dios solo es el principio, el centro, el fin de todas las virtudes: y su ley santa, por consiguiente, el fundamento de toda la moral.

Para anunciar á el universo esta ley celestial, envió Dios sobre la tierra á su Hijo unigénito, con los caracteres mas augustos de su divina mision. Prometido á los hombres desde el principio de los tiempos, y anunciado

(1) Helv. de l'Esprit.

sucesivamente por los profetas, este enviado del cielo cumplió en su persona todos los oráculos sagrados. Jerusalen vió con asombro sus prodigios y virtudes. Murió como Dios, y resucitó del mismo modo. Testigos oculares, que sellan con su sangre el testimonio de sus dichos, publican sus virtudes y milagros. Confirmáronlos multitud de judíos que se convirtieron. Quedaron autenticados en todas las partes del mundo, por la enseñanza pública de las iglesias primitivas que fundaron los Apóstoles, y sus discípulos, en cuyos escritos se hallan consignados; escritos, que desde luego se tradujeron á diversos idiomas, y se comentaron. Estas versiones y comentarios repetidas infinidad de veces por toda la redondez del globo, son como otros tantos testigos, que por do quiera deponen en favor de la integridad y autenticidad de los libros sagrados, y cuya falsificacion se hace cada vez mas imposible, á proporcion que se alejan de su origen.

La religion consignada en este código celestial, esta religion que nació de la sangre de su divino Fundador, que se perpetúa, que se propaga sucesivamente en todos los paises del mundo, que se conserva siempre pura, siempre una, que produce en todos los tiempos las mas grandes virtudes, publica por sí misma en todos los siglos, con su santidad, con su perpetuidad, con su inmutabilidad, con su eficacia, con su fecundidad, la asistencia del Omnipotente que la fundó. Por todas partes ilustra, por todas convierte; y acomodándose á la capacidad é índole de cada uno, á todos muestra su orígen divino. Las almas sencillas encuentran allí las virtudes cuyo gérmen deposita en el fondo de sus conciencias. Los genios mas elevados descubren una sublimidad que los admira y confunde. Los corazones sensibles son atraidos por el espíritu de caridad que inspira. Los sabios se convencen tambien de su divinidad, por lo estupendo de los milagros, y por

el cabal cumplimiento de los oráculos. Los mismos impios, publicando que el Evangelio es impracticable, dan testimonio sin querer, de la virtud divina que lo hace practicar. De suerte, que asi como la religion es tan esencialmente una, que no puede separarse la mas pequeña cosa, sin que deje de alterarse todo lo demas; asi tambien las pruebas que evidencian su divinidad estan tan íntimamente enlazadas con los principios de la recta razon, que negándose, vendrian á tierra todos los fundamentos en que estriban los conocimientos humanos.

Y en efecto; si es posible que el concurso de todas las señales de la mision divina de Jesucristo; que los milagros de su omnipotencia, que la belleza y sabiduría de su moral, que la perpetuidad de su reino, que el cumplimiento de tantas profecías, si es posible, decimos que todo esto, no sea mas que obra del acaso, forzoso seria añadir que no existia Providencia que vele sobre la salud de los hombres; y que las maravillas de la naturaleza, son solamente consecuencias de un concurso fortuito de circunstancias. Mas si no hay Providencia, tampoco habrá ley primitiva que mande obedecer á los Príncipes; y las leyes humanas por consiguiente, no teniendo otro fundamento que la autoridad del hombre carecen de sancion legítima para obligar las conciencias; y por tanto la fuerza será la sola reguladora del imperio de la ley. Si los hechos que se refieren en la historia sagrada, pueden ponerse en duda, no habrá cosa alguna de que no sea lícito dudar; pues ninguna se encontrará, que se halle apoyada sobre tantos y tan incontestables testimonios, ni sobre una tradicion tan auténtica y tan universal como aquellos. Si es permitido dudar de la sinceridad de los testigos, que fueron dechado de todas las virtudes, y que sellaron con su sangre la verdad de su testimonio, podrá negarse la fe á toda clase de testigos; y, ni habrá monumentos, ni habrá títulos, cuya autenticidad deba admitirse. Si se

atribuye á la exaltacion de la fantasía el que una multitud de testigos creyese ver, oir, y tocar, lo que realmente no existia, ¿cómo podremos certificarnos de la realidad, de lo que creemos percibir? ¿Sobre qué títulos, sobre qué testimonios, sobre qué pruebas, librarán los magistrados la certeza de sus juicios, para condenar al criminal al último suplicio? Si la curacion súbita de los enfermos, de los estropeados, de los ciegos de nacimiento, si la multiplicacion de los panes, si la resurreccion de los muertos: si todos estos portentos, son solo efecto natural de causas desconocidas, y, si el que un hombre, á quien se vió espirar en medio de los tormentos, resucite y suba al cielo se atribuye á una consecuencia natural de las leyes del movimiento, entonces forzoso seria confesar, que nada hay cierto en el órden de la naturaleza. Todas las nociones de la física y de la historia, todos los principios de gobierno, todo el órden de justicia, todas las virtudes sociales, serán nada mas que un problema; y el hombre se verá reducido á la desesperacion, no pudiendo saber cosa alguna.

En vano se ha pretendido confundir los asombrosos milagros de Jesucristo con maravillas de fábulas mentidas, para oscurecer asi los rasgos de su mision divina: la mas ligera comparacion entre unos y otros, basta para conocer el abismo que las separa.

Los antiguos legisladores quisieron pasar por inspirados del cielo. ¿Pero, y las pruebas? ¿No servirán para convencerlos de impostores, los muchos vicios de que sus leyes adolecen, los desórdenes, y aun absurdos que en ellas se encuentran solemnizados? Jesucristo publicó la mas santa, la mas perfecta de todas las leyes; y probó su mision con señales las mas manifiestas.

El paganismo se gloría de sus oráculos: ¿pero qué oráculo anunció jamás un acontecimiento imposible de preverse? En la religion de Jesucristo es una cadena inmensa de acontecimientos, que el espíritu humano

no podia imaginar; acontecimientos que dependian de una multitud de causas libres; acontecimientos predichos y cumplidos fielmente; y que como otros tantos rayos de luz comunicados mucho antes á los Profetas concurren en un foco comun, para formar el cuadro magnífico de Jesucristo y de su Iglesia.

Las fábulas refieren prodigios: ¿pero podrá citarse uno tan siquiera, que brille en él por su certeza, la sabiduría y omnipotencia divina? Jesucristo obró los mayores milagros: los obró del modo mas sencillo, los obró todos en beneficio de los hombres, ninguno por ostentacion: todos estan comprobados por testigos oculares libres de sospecha, y en quienes se halla la mayor sinceridad; y aun muchos de estos milagros los confiesan los mismos enemigos de Jesucristo.

Un Senador Romano aseguró con toda gravedad en la asamblea del pueblo, que Rómulo se le habia aparecido por la noche en medio de los Dioses prometiendo á Roma el imperio del mundo: con cuyo ardid logró calmar el furor de los soldados; que sospechaban de que los Senadores habian hecho perecer á Rómulo. Siete centurias habian ya trascurrido, y Roma era señora del universo, cuando un escritor (1) soltó, como por acaso este rasgo histórico, sin atreverse á afirmarlo. Jesucristo, despues de haber espirado sobre la cruz, apareció, por espacio de cuarenta dias á sus discípulos; y en una ocasion, á mas de quinientas personas á la vez: y estos son los testigos que publicaron haberle visto, muchos de los cuales conversaron y comieron con él. La relacion del Senador salvó al Senado: mas los Apóstoles sellaron con su sangre el testimonio de haber visto á Jesucristo: y lo afirmaron en un tiempo en que el mundo entero se conjuraba contra la religion que enseñaban, asegurando entonces mismo que Jesucristo

(1) Tito Livio.

les habia prometido que todas las naciones vendrian á adorarle, y que su imperio se perpetuaria hasta la consumacion de los siglos.

Que un conquistador predique en el Asia con el alfanje en una mano, y el Alcoran en otra; y que haciendo sus sucesores otro tanto lograsen, que pueblos semibárbaros, embrutecidos con los vicios mas groseros abrazasen una religion toda carnal, favorable á las mas brutales pasiones, cosa es muy natural; pero que los discípulos de un Dios crucificado prediquen una ley que contradice todas las pasiones, y que solo promete cruces y persecuciones en este mundo; que la prediquen en medio de naciones las mas corrompidas; y que estos hombres, pobres, sencillos, desprovistos de todos los medios humanos; que encuentran conjurados contra sí á los reyes, á los sabios, las preocupaciones, las supersticiones en una palabra, las pasiones todas del corazon humano, y todas las potestades de la tierra triunfen de todo, y logren extender el reino de Jesucristo, mas allá de donde avanzaron los mas grandes conquistadores de la tierra: que todos los reinos del mundo pasen y que el reino de Jesucristo fundado por doce pobres pescadores, subsista inmóvil jamás semejante portento podrá explicarse de otro modo, que reconociéndolo obra de la omnipotencia de aquel, que con un imperio absoluto, gobierna el universo entero.

Admírese en hora buena el valor de aquellos hombres de sangre, que han soportado con constancia los trabajos y fatigas de la guerra; que han desafiado á todos los peligros, y triunfado de todos los obstáculos para fundar vastos imperios. ¿Pero no es cierto que en el corazon del hombre se halla un agente natural, capaz de exaltar y de fomentar el valor para tales empresas? Sí, ciertamente; el amor desordenado de sí mismo, el deseo de dominar, de avasallar, de acumular tesoros, de admirar al universo, de cubrirse de gloria,

y trasmitir su nombre á la posteridad, es este resorte poderoso que obra en el hombre; pero acometer una empresa mas grande, y mas difícil todavía, y sacrificar para ello todo el interés del hombre, que es el único móvil de sus grandes esfuerzos, sacrificar el interés de las riquezas, y el de la gloria: entregarse á sí mismo á los oprobios, y á los suplicios, ¡ah! semejante heroismo solo puede ser efecto de una virtud divina.

Aléguenos ahora el incrédulo la buena fe para justificar su obstinacion: ¿podrá acaso la buena fe resistir á la evidencia de las pruebas? Despues de cuanto llevamos dicho, apelamos á su propia conciencia. Que nos responda: ó por mejor decir, que responda á aquel que escudriña lo mas oculto de los corazones. ¡Ah! ¿De qué le aprovechará efectivamente el engañar á los hombres, engañarse á sí mismo, si no puede librarse de las miradas de Dios? Que se responda, pues, á sí mismo, y que responda á Dios. ¿No principió por perder las costumbres, para haber perdido despues la fe? ¿No deseaba sacudir un yugo, que reprimia sus pasiones, antes de renunçiar á el Evangelio? ¿Se ha dedicado al menos, á conocer la religion de Jesucristo antes de blasfemar de ella? ¿Por qué si no tanto empeño, tanta prediléccion por las obras, que se burlan de ella? ¿Por qué tanta indiferencia por los apologistas que la defienden? ¿No lee con el deseo de confirmarse en la incredulidad, mas bien que de instruirse? ¿En qué consiste, que los mismos principios, que no duda admitir como tales para otros asuntos, los mira luego despues como problemas cuando se trata de probar con ellos la mision de Jesucristo? ¿Por qué contradecir con tanta obstinacion los hechos consignados en la historia mas auténtica del mundo, é ir luego hasta el último extremo del globo á buscar autoridades en las historias mas sospechosas para combatirlos? ¿Por qué esta horrible liga contra una religion, cuyas máximas, por lo menos se ve forzado á

respetar; y al mismo tiempo tanto celo para propagar el filosofismo de una moral impura y mortífera, que le haria estremecer de espanto si la viese practicar á su mujer, á sus hijos, á sus criados, á la sociedad en que vive, á los magistrados, á quienes pide justicia, ó al príncipe que gobierna? ¿Por qué guardar silencio sobre las máximas atroces de la incredulidad, y desatarse con tanto furor contra las pretendidas supersticiones, que á lo sumo, no podrian ser mas que cosas muy frívolas? ¿Por qué reclamar tolerancia en favor de los corruptores de la sociedad, y destilar la hiel y rabia mas feroz contra los ministros de una religion enemiga siempre del vicio, y siempre amiga del hombre? ¡Ah! todo esto nace, de que el impío desea vengarse de una religion que acibara sus placeres, con las amenazas de un Dios vengador del crímen. No esperemos pues, que, nos responda. Sus pretendida buena fe, es solo un vano pretexto. No es el conocimiento, no, el que le falta: es sí la rectitud de corazon. *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad para el que desea conocer su ley* (1). Pero esta misma ley es una piedra de tropiezo, para el que huye de la luz. Los fariseos pedian nuevos milagros para creer, y Jesucristo les respondió: *El que quiera hacer la voluntad de mi Padre, conocerá si mi doctrina viene de Dios* (2). Y ved aquí lo que diriamos tambien nosotros al incrédulo, si nos pidiese nuevas pruebas, mientras cierra sus ojos á la luz.—*Que busque sinceramente la verdad; y la verdad que ahora teme ver se le presentará naturalmente cuando desee con sinceridad conocerla, y se halle resuelto á seguirla.*

(1) Universæ viæ Domini misericordia et veritas, requirentibus testamentum ejus, et testimonia ejus. Ps. 24, v. 17.—

(2) Joan. 7, 17.

FIN.